UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

LITERATURA,

HISTORIA Y POLÍTICA.

ES PROPIEDAD DEL AUTOR.

Editores: los Sres. San Martin y Jubera.

Imprenta á cargo de Julian Peña, Alcalá, 44.

163.

LITERATURA,

HISTORIA Y POLÍTICA,

POR

D. JOAQUIN FRANCISCO PACHECO.

28630
8/8/93.

MADRID.
ANTONIO SAN MARTIN, Victoria, 9. | AGUSTIN JUBERA, Bola 11.
1864

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/literaturahistor00pach

La Coleccion que ofrecemos al público, bajo el triple título de Literatura, Historia y Política, comprende aquellas obras, ya de nuestra juventud, ya de nuestra edad viril, que, no formando un cuerpo importante para imprimirse ó para durar por sí solas, nos han parecido, sin embargo, no indignas de ser guardadas y conservadas.

Quizá será equivocado este juicio: quizá no merecerian ellas, más que otras, traspasar el instante de su nacimiento, ni presentarse con ese anhelo de perpetuidad. Podemos errar en tal presuncion, como han errado muchos. Protestando de nuestra buena fé, nada tendremos que decir, y nada diremos contra el fallo, que válida y soberanamente las juzgue y nos juzgue.

Es la verdad que van pasando los años; que se nos va escapando la vida; que vamos dejando atrás todo lo transitorio y perecedero, para venir á caer en lo perdurable. Es la verdad que empezamos á existir de recuerdos más que de esperanzas. Es la verdad que, viendo desaparecer á tantos con quienes hemos seguido la áspera carrera del mundo, nos hallamos sólos, nos sentimos tristes, y en la natural repugnancia á morir por

entero, pensamos en lo que pueda rodear, despues de estos breves dias, nuestro nombre y nuestra memoria.

El deseo de la inmortalidad es una condicion de la naturaleza humana: el afan del aprecio público lo es de nuestra honra y nuestra dignidad. Dios ha puesto en el fondo del alma esos sentimientos indelebles, que confirman lo eterno de nuestro sér, y lo noble de nuestro orígen. La Religion misma, asegurándonos una existencia futura, dándonos la esperanza de una felicidad inefable, no condena, sino que dirige mejor al purificarlos, los propios sentimientos.

¿Qué mucho el que queramos ser conocidos y estimados, ya de los que nos encontraran en esta peregrinacion, ya de los que posteriormente tengan noticia de nosotros? ¿Qué mucho el que deseemos no se pierdan de todo punto nuestras obras, si las hay entre ellas que nos parezcan distinguidas ó apreciables, ya que no extraordinarias, ni sublimes, ni sorprendentes? ¿Qué mucho, en fin, el que nos propongamos hacer por nosotros mismos esta eleccion, y no la abandonemos, ni á los azares de la casualidad, ni á las ciegas aventuras del mercantilismo y del interés?

Siempre nos ha parecido mal que el hombre que ha escrito larga, y como es necesario desigualmente, en su vida, no separe él propio lo que estima producto de meditacion, trabajo de arte y de conciencia, de aquello que no tuvo importancia, y que destinado para un dia sólo, cumplió su objeto al llenarlo. Siempre nos ha parecido una profanacion que personas extrañas registren con avidez los papeles del que muriera, para entresacar de allí lo que no pueden juzgar con su criterio, y para estampar lo que él quizá no hubiera dado á la luz pública. Siempre hemos rechazado con disgusto la idea de las *obras*

completas, ordenadas por los herederos ó los amigos de los herederos; así como hemos recibido con placer las *obras escojidas*, preparadas por los mismos autores. Hoy que tanto se habla de *propiedad* en los productos de la mente, debíamos no olvidar que tambien es una parte de ella el derecho de no poner en circulacion tales productos.—Sabemos sin duda que no es una regla universal la que estamos enunciando: que fué menester infringirla á fin de que existiese la Eneida: que todo borron que se encontrara del que escribió *El Quijote*, seria de un inapreciable valor en la historia de las letras españolas. Mas aquí hablamos de los hombres comunes, ó poco más que comunes, y no de los príncipes de la ciencia ó de la literatura de cualquier nacion; aquí hablamos de nosotros mismos, del que traza estas líneas y de los que ordinariamente han de leerlas:—los pensamientos vulgares y la norma usual no se aplican ni se aplicaron nunca á los Cervantes ni á los Virgilios.

Nuestra vida intelectual, si no ha producido altos y preclaros frutos, ha sido por lo ménos activa y fecunda. Amamos el saber desde niños: nos dedicamos de muy luego al estudio: empezamos á imaginar, á pensar, á escribir, más temprano de lo que era costumbre por aquellos tiempos. El consejo de un padre cariñoso é inteligente nos impelia y nos sostenia en este camino, por donde despues habia de llevarnos, no sólo el gusto sino aun la misma necesidad. A la par con el latin, con la filosofía y con las matemáticas, devorábamos las Poesías de Melendez y las Comedias de Calderon: entre una disertacion sobre la tutela y otra sobre el derecho de tanteo, brotaba de nuestra mente un romance descriptivo, una oda á la libertad de Grecia, ó un acto de tragedia de la escuela de Racine. El arte y la literatura eran nuestro deleite y nuestro amor: un porvenir artís-

tico y literario, una reputacion de poeta, eran nuestro ideal, nuestro anhelo, nuestra esperanza.

No escribiendo aquí unas Memorias, sino el Prólogo de la presente *Coleccion*, es innecesario decir cómo esas inocentes y bellas aspiraciones tuvieron que ceder el puesto á las más graves y laboriosas de la jurisprudencia y de la política. El torbellino de la época hubo por una parte de arrastrarnos; y los deberes apremiantes de una situacion no holgada nos lanzaron, por otra, en la carrera y en los compromisos del foro. Quien se habia criado para ser hombre de letras, vino á ser Diputado á Córtes, Orador de Parlamento, Consejero, Embajador, Ministro; y á rellenar los intervalos de esa existencia azarosa con la Fiscalía del Tribunal Supremo, y más aún, con la simple y constante profesion de Abogado.

Pero la idea artística, pero el gusto de lo bello, pero la memoria y la adoracion perpétua de lo que habia sido nuestros primeros amores, eso, no salió jamás de nuestra alma. Siempre que nos fué posible volvimos los ojos á las puras letras y á las puras artes, buscando en ellas descanso y consuelo; aun sin perjuicio de dar la forma más literaria que cabia en nuestras facultades á las ásperas y secas tareas de nuestra comun y forzosa ocupacion.

Nuestras obras de derecho corren impresas por el mundo, y han tenido una fortuna que nos halaga y nos envanece. Algun periódico jurídico en que tomamos parte (el *Boletin de Jurisprudencia*), alcanzó un éxito superior á toda fundada esperanza. El *Comentario á las Leyes de Desvinculacion*, y el que corre unido á él *sobre los Recursos de Nulidad*, no han contado ménos de cuatro ediciones. *Las Lecciones de Derecho Penal*, que dimos en el Atenéo, son libro de texto en casi todas las Repúblicas Hispano-Americanas. El *Comentario al Código Penal* está ya ne-

cesitando una tercera impresion. Por último, la principiada obra sobre *las Leyes de Toro,* ha sido recientemente recibida, en cuanto vió la luz pública, con una benevolencia, con un favor extraordinarios. Empeñados y comprometidos más por tales distinciones, nuestro deber y nuestro conato se cifran en terminarla de un modo que no las desmerezca.—Todos esos trabajos forman una série especial, en la que por ahora nada tenemos que hacer aparte de concluirla.

Otro es el objeto presente, como queda dicho al principio de estos apuntes. Si en lo tocante á las ciencias del Derecho nos conoce el público cuáles somos; si en lo respectivo á Artes nos ha juzgado ó nos puede juzgar tambien por nuestro libro *de Italia*; quizá no sucede lo mismo hoy en historia y en política, y de seguro no sucede en literatura, en cuyos terrenos, ó no se han publicado, ó están diseminadas entre otras mil de escasísima importancia, las obras á que damos algúna en nuestro sincero juicio. Justa estimacion ú orgullo, dignidad ó vanidad,— lo que sea,— ya hemos dicho que no queremos morir completamente, y que deseamos rodear nuestro nombre y nuestra memoria de lo que creamos noble y honroso. Si es, en efecto, justa estimacion, cumpliremos al realizarlo un acto útil: si es meramente decepcion orgullosa y vana, será por lo ménos una ilusion inocente, que á nadie perjudique, que á nadie dañe.

Esta *Coleccion* va á tener tres partes, como lo declara su propio título. En la primera, denominada Literatura, nos proponemos comprender las pocas *poesías líricas* que hemos conservado de las muchas escritas en nuestra juventud; tres *tragedias ó dramas* que compusimos; y por último los *discursos académicos*, que en diversas ocasiones pronunciamos, y que no nos parecen indignos de recogerse y durar. Tales obras formarán

dos tomos.—En la segunda seccion, denominada HISTORIA, vamos á comprender: 1.° Lo que llamamos hoy «*Introduccion á la Historia de nuestro tiempo*,» y que dimos á luz hace más de veinte años, con el nombre de «*Introduccion á la historia de la Regencia de la Reina Cristina.*» Este es un estudio que obtuvo gran éxito por entónces, y cuya edicion quedó muy luego agotada de todo punto.—2.° Otra obra, escrita con el título «*de la Monarquía Goda, y de su Código el Fuero Juzgo*», que sirvió de prefacio á la reimpresion de éste, hecha en 1848 por la Empresa de la Publicidad. Fué un trabajo de conciencia, que no creemos desmerezca hoy mismo, y que puede bien estar en otras manos que en las de los que estudian ó consultan meramente las leyes.—Y 3.° Un «*Ensayo sobre la Historia de las ideas é instituciones liberales en España*»; lecciones que por los años de 1850 pronunciamos en el Ateneo, que así mismo lograron completo éxito en aquella sazon, y que hasta ahora no se han impreso ni publicado jamás. Tambien estas obras compondrán dos volúmenes, aunque tengamos que dividir materialmente una de ellas.—La última y tercera parte, POLÍTICA, comprenderá: 1.° Los *Despachos diplomáticos*, que sin faltar ni á secretos ni á consideraciones puedan publicarse, entre los muchos que hemos escrito. 2.° Aquellos de nuestros *Discursos parlamentarios*, desde 1840 hasta el dia, que por las materias á que se refieren, ó por las doctrinas sustentadas, merezcan conservarse. Y 3.°, y en fin, unos pocos *artículos* escojidos en nuestra larga carrera periodística, ya como muestra de nuestro modo de ver, ya como ejemplo de nuestra manera de discutir, en una tribuna tan importante y en unos tiempos tan difíciles como la que y los que hemos ocupado y atravesado.—Esta seccion pudiera ser mucho más extensa, y llenar una docena de

tomos: el deseo de que no comprenda sino lo de verdadero interés, nos hará reducirla á otros dos. Dos volúmenes bastan de seguro en tal materia para darnos á conocer, y para honrarnos ó condenarnos.

Ninguna otra cosa tenemos que decir aquí. Anunciando al público nuestro propósito, sin falsa molestia, como sin ridícula arrogancia, sólo añadiremos que ha de sernos permitido el acompañar á veces nuestras obras, especialmente las antiguas, con los juicios que en el dia, al leerlas de nuevo, nos merecieren. Seguiremos en ello la enseñanza de algun autor ilustre; y lo haremos con tanta libertad, con tanta imparcialidad, como podrán ver nuestros lectores. Parécenos que Dios nos ha concedido la gracia de que nos veamos bien á nosotros mismos, y de que, no siendo César, ni comparables á César, podamos hablar en tercera persona, al juzgar nuestras obras, como al referir nuestros hechos todos.

Madrid, 1864.

PARTE PRIMERA.

LITERATURA.

I.

POESÍAS LÍRICAS.

A LA AMNISTÍA DE 1832.

«Yace, sí, yace en vergonzoso olvido
Y en polvo funeral la Musa mia,
Inútil á la plácida armonía,
Tambien inútil al letal quejido.
Yace: la llama ardiente
De férvido entusiasmo que agitaba
Mi pecho estremecido,
Que en mis ojos brillaba y en mi frente,
Cual relámpago huyó, y en lugar de ella
Helado soplo de ceniza fria

Grabó en el corazon profunda huella.

»Empero ¿qué cantar?... Extraviada
Vaga la vista en afanoso anhelo,
Y en vano pide al irritado cielo
Objeto digno de cancion sagrada.
Doliente luto oprime
Los tristes hijos de la antigua Iberia,
Con eco de afliccion su pecho gime,
Y en su rostro se escribe la miseria.
Patria de amor! de la Discordia impía
El agudo puñal hiere tu seno;
Y ese manto rasgado,
Esa lágrima fria,
Ese quejido de amargura lleno.....
No, Patria, no: mi Musa,
Cuando el Destino tu esplendor desdora,
Su grande acento desplegar rehusa:
No canto yo miéntras España llora.»

Pensaba así. Mi planta vacilante
A solitario yermo se alejaba,
Huyendo la confusa gritería:
Mi lira, en otro tiempo resonante,
Con enérgica mano desechaba:
Llanto de rabia en mi mejilla ardía... —
«¡Salud, desierto valle, bosque umbroso,
Morada de la paz y del reposo,
Asilo dulce al corazon doliente!
¡Salud! — mi triste pecho,

Mi pecho ¡ ay Dios ! que para amar naciera,
En tempestad tan áspera y rugiente
Sólo de tí su salvacion espera.

» Más ¿ por siempre ha de ser ? ¿ Negado el dia
Nos estará de plácido consuelo ?
¿ Se ha cerrado tal vez la tumba fria ?
¿ Es de bronce quizá su oscuro velo ?
Esperad, esperad. — Yo ví tronando
Estremecerse en derredor la esfera,
Arder los aires en inmensa hoguera,
Conmoverse la tierra vacilando :
Y luego ví que su color brillante
El cielo recobró, la fuente pura
Su apacible murmullo,
Y que en vez del estruendo horrisonante
Escuchábase ledo en la espesura
De enamorada tórtola el arrullo.
¿ Por qué no así...? Del miserable humano,
Entregando su vida á la mudanza,
Tal el Destino decretó la suerte.
¡ Esperad, esperad !... » — « Consuelo vano
Insensato, abandona la esperanza ;
Infelice serás hasta la muerte ! » —

Tremendo són que retumbó en mi oido
Cual huracan del polo desatado,
O cual ronco bramido
De tormentoso mar. Sobre mi frente
Erízase el cabello

Al sonido de horror; la voz se hiela;
Respiro apénas condensado ambiente,
Ambiente sepulcral que en torno vuela;
Y en tanto el eco sordo
La terrible amenaza repetia
Con nuevo són, y en prolongado trueno
Con nueva furia el corazon heria.

¿Quién fué, cielos! quién fué? — Quizá la mente
Lo que entónces mirara
Acierte á recordar; el labio empero
Jamás ¡ay Dios! manifestar lograra
De la cruda vision el trance fiero.
En vano ¡oh Musa! en vano
Me cedieras tu acento y tus colores:
Podrás cantar el hombre y sus horrores,
El rayo, el trueno, el férvido Oceano.....
Mas no te es dado la infernal braveza
Que se descubre en *él*; ni esa mirada
Que luce cual siniestro metëoro;
Ni su agudo puñal; ni aquella tea
Que en azufrada lumbre
Cual torbellino del áverno humea;
Ni la bárbara risa
Que de su labio cárdeno derrama:
Cuando al fulgor de la estallante llama
Se baña en lloros y esqueletos pisa.

«No hay esperar; triunfé.» — Con roco acento
Así dijo su voz, que el raudo viento

Cual mujido de tumba repetia.
Entreabrir se veia
La nube oscura que su frente vela,
Y su mirada de feroz contento
Cual trueno espanta y como rayo vuela. —
«Triunfé: por siempre al carro
De mi victoria encadené la España
Con nudo indisoluble, diamantino:
Sufra el Ibero mi terrible saña;
Mi hoguera y mi puñal son su destino.»

—¡Blasfemo! iba á clamar... cuando su dedo
Tiende y señala en el inmenso espacio;
Y á su ademan gozoso
Flamígero nublado y horroroso
Flotante miro sobre el Real Palacio.
—«¡Muerte, Muerte, gritaba, —Hermana mia!
Descarga la segur: glorioso dia
Prepárase por fin á mi esperanza.
Descarga la segur: su frente hiera;
Y nuevo campo de feroz matanza
Abrir verás cuando Fernando muera.»

Mas ¡ay!... Rayo estallante
Cruza abrasando el cielo enardecido;
El trueno se derrama resonante,
Y estremécese el orbe á su estampido.
¿Por qué, por qué se apaga
De su mirada atroz el fuego impuro?
¿Por qué ese surco sobre el rostro oscuro?

¿Por qué helado vapor en torno vaga?
¿Llegó quizás... ¿llegó? — «Mónstruo execrable,
Largo tiempo tu enseña de dolores
En el suelo español has agitado:
Húndete para siempre en el abismo,
Y deja que renazcan los amores
A la patria feliz del heroismo.» —

Y al sonar esta voz, el alto cielo
En torrentes derrama pura lumbre,
Y allá del polo sobre la alta cumbre
Luce el astro de paz y de consuelo.
Miradla: es Ella, es Ella....
Ved el leve carmin de su mejilla;
Ved la azucena de su frente bella:
Mirad el fuego que en sus ojos brilla;
Su gracioso ademan; la tierna mano
Con que del infeliz enjuga el lloro;
Su pecho que palpita compasivo;
El eco dulce de su hablar sonoro...
Es Ella, es Ella, que en modesto traje
Aun luce más. La cándida aureola
Que su blondo cabello enseñorea
¿No vale más que la diadema de oro
Con que tal vez el crímen se rodea?...
Contempladla: jamás tan refulgente
El igneo sol á su cenit camina,
Como elevando la sencilla frente,
Angel de amor, apareció Cristina.

Apareció!... Desciende,
Oh Musa celestial! Las vagarosas,
Nítidas alas por el aire tiende,
Ceñida en torno de fragantes rosas.
Desciende! Ya mi lira
Se agita de placer: arrebatado
Hierve mi pecho; y el cantar sonoro,
En metálico acento, prolongado,
Mi voz eleva hasta el celeste coro.
Desciende! Nunca, oh Musa,
Mayor objeto se ofreció á tu gloria:
Nunca el almo poder de la armonía
Fué consagrado á tan feliz victoria.
Que canten otros mortandad, rüina.
De cruda asolacion el triste llanto:
En los plácidos sones de mi canto
Sólo reina el amor, sólo Cristina.

«Paz y contento á la querida España:
(Así siguió.) Que sempiterno olvido
Su velo de salud extienda en ella;
Y el bálsamo felice derramando
De su acerbo pesar borre la huella.
¡Amor y paz! Al eco rencoroso
El cántico gozoso
Suceda del placer y la ventura,
Y al afan de inquietud y de amargura
Plácida calma de veraz reposo.
Venid: mi amante seno
A todos se abrirá: todos iguales,

Todos mis hijos son... Cuando pisal a
La cumbre del altivo Pirineo
Por madre vuestro labio me invocaba...
Pues vuestra madre ser, es mi deseo.» —

Y lo serás, Cristina; y entre tanto
Que exista un español y arda su seno,
De puro gozo y de arrogancia lleno,
Madre te aclamará con tierno encanto.
¿Su júbilo no ves? ¿Las bendiciones
Que llueven sobre tí? ¿Tanta oleada,
Cual de piélago inmenso, que á estrellarse
Vienen, oh Reina, en tu feliz morada,
Con tu angélica vista á consolarse?
No; no la adulacion su lengua mueve;
No la lisonja vil, — yo te lo juro:
Puro es su corazon, su acento puro,
Como el rayo del sol en limpia nieve.

¡Ah! si tú, descendiendo
De ese brillante sólio do presides
En gloria eterna á la Nacion Hispana,
Siguieras, oh Cristina, el alto estruendo
Que acompaña á tu voz! Si penetrases
En la morada umbría,
Albergue un tiempo de letal tristeza,
Y ya por tí de plácida alegría!
Si el acento escuchases
De tierna madre, de anhelante esposa,
Que estrecha contra el seno sus amores,

Y enjuga el llanto y de placer rebosa!...
Entónces, Reina, entónces
¡Cómo gozarás tú! ¡Cuál derramando
Lágrimas de contento, de ternura,
Tú bendijeras el felice mando
Que así vierte la paz y la ventura!

¡Desdichados, vivid! Rotas se miran
De dura cárcel las ferradas puertas;
Y en vez de muerte en sus prisiones yertas,
Ya vuestros pechos la salud respiran.
Vivid! Mas á sus plantas
Corred primero á presentar la ofrenda
De vuestra gratitud, el fiel tributo
En que se cambia el doloroso luto,
De perdurable bien segura prenda.
Yo á vuestro frente iré; yo... Y ¿quién osara
No acompañar, aunque con pobre acento,
El eco grande de placer y gloria
Que corre ufano por el ancho viento?
¿A quién, á quien no alcanza
La voz de la piedad?... Si tú, felice,
Siempre fuiste *leal*, siempre prudente,
¿Quién te dice, insensato, quién te dice
Que de aleve calumnia
Exento estabas al infame diente?

¿No tuviste un hermano? no, un amigo?....
—Perdona ¡oh Reina! si al sonar tal nombre
Se destempla mi voz y no prosigo.

Lágrimas y no canto
El pecho brota, pero lloro tierno,
Lloro de gratitud, de amores llanto. —
En prisiones moraba: lazo eterno
Me unió con él desde la edad primera:
Un techo nos cubriera:
Comun nos fué de niños la alegría,
Y el pesar juvenil comun nos fuera.
Y luego... si inocente,
Víctima triste de venganza odiosa...
Ay! no lo sé;... pero la Parca impía
Sobre su débil fr nte
La segur agitaba sanguinosa.
Y vive! por tí vive! y á mi pecho
Ya le puedo estrechar! y el dulce olvido
Borró de su desgracia la memoria!...
¿De qué sirve el cantar? ¡Fuera la lira!
¡Lágrimas y no más á tanta gloria!

Y mil y mil cual yo. — Vuelan en tanto
Los ecos de ventura
En las alas del céfiro sonante:
Y ni el inmenso piélago de Atlante,
Ni del árduo Pirene la espesura,
Los pueden contener. — ¡Hijos de Iberia!
Vosotros ¡ay! los que en region extraña,
Sumidos en la rabia y la miseria,
Tornais la vaga vista
Al claro cielo de la bella España:
Vosotros, que flotando

De incierto mar entre las turbias olas,
Un vale postrimero de agonía
Mandábais á las playas españolas;.....
¡Ay! quizá vuestro acento
Tan sólo les pedia
Do reclinar la lánguida cabeza
Y breve espacio para tumba pia!...
Pues vosotros volved: vuestro lamento
En júbilo tornad; que de Cristina
A la voz bienhechora, omnipotente,
La valla de Pirene ya se inclina
Y el mar os presta su feliz corriente.
Volved, volved: los amorosos brazos
Ved cual os tiende nuestra Patria cara:
¡Maldicion, maldicion á quien osara
Romper jamás tan inefables lazos!

¡Eterna maldicion! — Pero en mi lira
¿Por qué esta voz de desventura suena.
Cuando olvido y placer todo respira,
Cuando ambiente de amor el aire llena?
¿No lo sentís? El estandarte ibero
¿No mirais desplegarse, que ondeando,
Cargado de laureles,
De eterno bien el plácido sendero.
Astro de gloria, nos está mostrando?
Al tremolarle la adorada Esposa,
Del caro Rey en el doliente pecho
Bálsamo de consuelo se derrama:
Y en su ajada mejilla,

Do el gozo se retrata en que rebosa,
Lágrima dulce de ternura brilla.
Jamás, jamás, oh Iberia,
De Pelayo la fúlgida corona
En tan augustas sienes descansara;
Jamás tal soberana dominara
Del yerto polo á la abrasada zona.

Sigue, sigue feliz! Mi débil Musa
Ya desfallece, oh Reina; ya el aliento
Falta en el corazon, y la voz muere.
Más ¿qué importa mi voz, si el vago viento
Dilatando otras mil al polo hiere?
¡Oh! siempre, siempre así! Siempre llevada
En sonido de amor tu fama veas:
De eternas bendiciones,
De júbilo incesante rodëada,
Idolo eterno de la España seas,
Y modelo y envidia á las naciones! —
Hora hierve en mi seno
Sangre de juventud: cuando se apague
Allá en el borde de la tumba fria
Su ardiente llama: cuando incierta vague
Mi vista débil, y la Parca impía
Con tremenda segur mi frente hiera;
Pueda volverme á tí! Sobre ese trono
De inmarcesible gloria
Brilles, lumbre de Iberia, aun asentada,
Siempre de régia prole coronada,
Que dilate á los siglos tu memoria!

Y puro gozo inundará mi pecho,
Y de mis ojos que la muerte inclina,
Y de mi labio trémulo y deshecho
Salud y amor te mandaré, Cristina!

(1832.)

GRECIA.

—

Alzaste, oh Grecia, la abatida frente,
Clamando libertad con grito osado,
Y en su trono sintióse amenazado
El déspota ominoso del Oriente.

Y despeñó en la lucha cual torrente
El numeroso pueblo esclavizado
Que se humilla á su pié; y el yugo odiado
Juró imponer á la Nacion valiente.

Al número ¡ oh dolor! sucumbe Ipsara,
Sucumbe Misolonghi; ... mas ¿lograra
Del derecho triunfar? No, no hay temerlo.

Sigue, impávida mártir, tu camino;
Que escrito está en el libro del Destino
Que es libre la Nacion que quiere serlo.

(1827.)

Á LA SEÑORA DOÑA***

EN LA MUERTE DE ***

Sí, lo sé.....que amarga pena
En tu pecho se embravece,
Y cual bárbara cadena
Le comprime sin piedad.
Tu megilla empalidece,
De tus ojos corre el llanto.....
Ese afan, ese quebranto
Muestra son de su crueldad.

Muestra son. La Parca dura
Tendió su recia guadaña,
Y quejido de amargura
En los aires se escuchó.
Detén ¡ oh ! detén la saña !
Embota ese golpe impío !
Oye, oh Muerte, el ruego mio !
¡ Ay ! el golpe resonó !.....

Y por siempre hundió en la huesa
A tu amigo virtuoso,
Y voló, leve pavesa,
La luz que brillaba en él.
De su pecho generoso
Cesó súbito el latido.....
El Arcángel del olvido
Le echó su velo cruel.—

Y tú lloras, dulce amiga ?
Llora, llora con el llanto
Que la pena no mitiga,
Sino pábulo le da.
¡ Es tan justo tu quebranto !
Cual le amabas él te amaba,
Y el destino te guardaba
La suerte que cumples ya.

¡ Llanto, llanto !..... dón del cielo,
Esperanza del que gime,
Númen de triste consuelo,

Homenaje del amor!
¡Llanto! Cual prenda sublime
A los hombres fuiste dado:
¡Desdichado, desdichado
Quien no goza tu dolor!

Yo tambien.... Su férrea mano
Levantó el espectro impío,
Y con estallido insano
Se oyó su flecha crujir.
¡Recuerdo del dolor mio!
¡Triste y afanosa suerte!
Tambien reinó aquí la muerte:
Tambien yo he visto morir!

Y lloré; y acerbo llanto
Ora corre por mi pecho.....
¡Ay! él es el himno santo
De la férvida amistad.
Cuando en lágrimas deshecho
Me humillo al pié de *su* tumba,
Si la esfera no retumba
Los cielos claman piedad. —

¡Oh! ¿qué somos! Breve instante
De relámpago lijero,
Soplo de cierzo inconstante
Nuestra frágil vida es.
Y en descuido lisongero
Ni la espada reparamos

Suspendida, ni miramos
La eternidad á los pies!

¡Eternidad! Nombre santo,
Dulce esperanza del bueno,
Al malvado horrible espanto
Que envenena su interior!.....
¡Eternidad! En su seno
Tu noble amigo respira,
Y cuando á la tierra espira
Nace allí á vida mejor.

A vida donde no alcanza
El rigor de injusto hado,
Do no se siente mudanza,
Do no existe esclavitud:
Mas en placer bienhadado
Feliz por siempre se vive,
Y el varon fuerte recibe
Premio digno á su virtud. —

El nos espera..... De el puerto
Ve las mares agitadas,
Y en su espantoso desierto
Nuestra barquilla flotar.
El nos llama..... Apresuradas
Vuelan las horas, oh amiga.....
Te acercas..... ¿no se mitiga
Al mirarle tu pesar?

¿Qué tardamos? En su frente
Brilla la lumbre del cielo:
De amistad el fuego hirviente
Míralo en su pecho arder.
¡Oh esperanza de consuelo!
¡Oh placer! ¡Oh tierno amigo!
Vamos á morir contigo.....
¡En la muerte está el placer!!!

(1831.)

CATON.

—

El hierro agudo en la cansada mano,
Fija la vista en el Phedon divino,
Miradlo, ese es Caton... Fatal destino
Por doblegarle se impacienta en vano.

Su patria ha perecido. Ya el Romano
De la antigua virtud perdió el camino:
Ya el Pueblo-Rey, el que lanzó á Tarquino,
Se humilla al pié del vencedor tirano.

¿Sucumbirá Caton?... Con voz sublime,
Alto el puñal, — «aun libre soy» exclama,
Y el pecho rompe con valiente ejemplo.

El crímen coronado tiembla y gime,
La Libertad á su mansion le llama,
Y la Inmortalidad le abre su templo.

(1828.)

CATONE.

(TRADUCCION DEL ANTERIOR.)

—

Il ferro acuto nella stanca mano,
E gli occhi fissi sul Fedon divino.....
Guardatelo, é Caton. Duro destino
Per abbassarlo s'affatica in vano.

Cadde la patria, é vero. Giá il Romano
Della antica virtú fugge il cammino:
Giá il Popol-Ré, quel che scacció Tarquino,
I piedi baccia al vincitor insano.

Egli pur non s'umilia. Con fremente
Voce, alzando il pugnal, — « libero! » sclama,
E il petto rompe in valoroso esempio:

Ed il tiran spaventasi gemente,
Ed al suo sen la Libertá lo chiama,
E l'Immortalitá l'apre il suo tempio!

(Roma, 1855.)

Á D.***

ENVIÁNDOLA UNA ROSA.

Emblema de tu hermosura
Es, oh querida, esta Rosa;
Lozana, roja, olorosa,
Fresca cual tú, cual tú pura.
Su virginal donosura,
De su forma los primores,
El brillo de sus colores,
La aroma que exhala de ella.....

Nunca una rosa más bella
Nació el mes de los amores.

Yo la ví. De la mañana
El dudoso resplandor
Daba su primer albor
Entre nubes de oro y grana.
La flor esbelta y galana,
Bañada en dulce rocío,
Bajo un naranjo sombríó,
Dosel de eterna verdura,
Descubrí, y en su hermosura
Miré la del dueño mio.

Y le dije: « tú y Dolores
Sois, oh Flor, las más hermosas:
Tú, la reina de las rosas,
Ella la de los amores.
Guarnecidas de rigores
Fuísteis las dos por el cielo;
Mas yo embot › sin recelo
Tus espinas, bella Flor,
Cuando de mi dulce amor
No puedo ablandar el hielo.

» Pero tu altiveza vana
Forzoso será que humilles,
Pues no es posible que brilles
Donde está mi gaditana.
No te vale, oh Rosa ufana,

Ser de Flora dón preciado:
No, mi dueño idolatrado
Es dón de Vénus hermosa;
Y donde brilla una diosa
Nunca una flor ha brillado.

» Y con todo, tú felice
Que posarás en su seno,
Miéntras yo de envidia lleno
Te contemplaré infelice.
¿Qué importa que se deslice
Como un soplo tu memoria?
¿Que se reduzca tu historia
A tan fímero durar,
Si en ella puedes llegar
A la cumbre de la gloria?

» Un dia tras otro dia
Para mí se van huyendo,
Y con ellos van muriendo
Los años de la alegría.
Y en tanto la amada mia,
Si cada vez más hermosa,
Cada vez más rigorosa
Se muestra para mi daño.....
Yo diera de vida un año
Por un hora tuya, oh Rosa!»

—Perdona, amada Dolores,
Perdónale á mi pasion

La enardecida expresion
Que me arrancan tus rigores.
Esa reina de las flores
Que te ofrezco palpitante,
De tu pecho de diamante
Pueda templar la esquivez,
Y consiga alguna vez
Un recuerdo hácia tu amante!

(1832.)

Á UNA ACTRIZ.

«No, no fué la atrevida *Magdalena*, *
No la tierna y amante *Celestina*, *
Quienes vierten la mágia peregrina
que se difunde en la agitada escena.

» Ese férvido aplauso que resuena
Al desplegar tu boca purpurina,
Sólo se debe á tí, Juana divina,
A tí, oh mortal de perfecciones llena. »—

---

* * Alusion á los personages de dos comedias que habia representado.

Así yo deliraba enardecido,
Cuando en flotante nube de oro y grana
Al lado tuyo descubrí á Cupido:

Y «Necio, — dijo, — la que nombras Juana,
La que llamas mortal, nunca lo ha sido;
Hija es de Vénus y mi dulce hermana.»

(1831.)

NOCHE Y AMOR.

¡Noche que ansié!.... Con lóbrega belleza
Hieres por fin mi lánguida mirada.....
Parda bandera en el cenit alzada
Tu mano tiende ya.
Del infelice bálsamo suáve,
Madre de amor, de plácida ternura,
Que al sol celebre quien penar no sabe.....
Mi voz te cantará.

Mi voz, que un tiempo en férvida armonía
Resonaba con cánticos de gloria.....
¡Ay! sólo resta la fatal memoria
Del bien que gocé en tí.
Tu diadema de fúlgido diamante,
Ese velo magnífico que ondeas,
Todo recuerda el venturoso instante.....
¡Yo, todo lo perdí!

¡A olvidar, pues!.... Complázcase en buen hora
Léjos de mí la pérfida que amaba:
Su nombre sólo en mi laud sonaba;
Su nombre olvidaré.
Y del lauro la espléndida corona
Que á su frente solícito ceñia,
Como Noviembre á la fugaz Pomona,
Así deshojaré.

¡A olvidar! — Que del céfiro sonante
Flébil eco en mi cítara suspire:
Que el triste pecho su fragancia aspire
Empapada en la flor.
Que de su aroma el mágico beleño
Sobre mi sien sus hálitos derrame:
Cual pasa y muere vagaroso sueño
Que muera así mi amor!

¡Pues qué! ¿tan sólo en cándida garganta
El goce está, ó en mórbida cintura?
No: por do quiera la feraz Natura

Vertiendo va el placer.
Murmullo de la armónica ribera,
Aliento de los árboles frondosos,
Mares inmensos, estrellada esfera.....
¿Qué busco otro placer?

Mirad, mirad. Elévase al Oriente
El astro de purísimo sosiego:
Raudal copioso de ondulante fuego
Derrama su esplendor.
Miradle arder en la áspera colina;
Vedle inundar el ámbito del polo;
Ved, si su frente en el estanque inclina,
Llenarlo su fulgor.

Cual suspiro de párvulo adormido
Un vago són dilátase en la esfera,
Blando, apacible, como en tiempos era
La voz de la que amé.
¿Fué un eco de la bóveda estrellada
Que difunde dulcísimo embeleso?
¿Tierno suspiro de la mar plateada?
¿Voz de la selva fué?

Mortales, á tan célica dulzura
¡Ay! ensanchad el ánima oprimida:
Torrente inmenso de placer y vida
Os cerca en derredor.
Placer os clama el límpido arroyuelo;
Placer dicen los álamos del valle;

Placer y vida en el cenit del cielo
El astro triunfador.—

Mas ¡ ay ! ¿ por qué una lágrima ardorosa
Se escapa de mi párpado abatido ?
¿ Por qué en el pecho funeral gemido
Aún pugna por brotar ?
¿ Por qué, decid, destémplase mi lira,
Y enronquece con lúgubres acentos ?
¿ Por qué en mi labio la palabra espira ?.....
—Vencistes, oh pesar !

Venciste, sí : tu rígida punzada
Atraviesa mi espíritu doliente !.....
En otro tiempo..... mi encendida frente
Su mano coronó.
Y hora..... solo ! — ¡ Tristísima memoria
Que en mis entrañas bárbara se ceba !
En *ella* estaba mi placer, mi gloria ;
Dejóme, y feneció.

No, no hay placer... Fatídico silencio
Reina, oh Noche, en tu fúnebre vacío.....
¡ Ilusion vana del orgullo mio.....
Ay ! no, no puedo más !
Brillabas cual efímera centella
Cuando duerme en sus cóncavos Eolo :
Él se levanta, y apagóse ella
Para siempre jamás !!!

(1833.)

RETRATO.

—

Te voy á retratar. — Altiva frente
De onduloso cabello coronada;
Boca donde el Amor hizo morada;
Luceros de fulgor resplandeciente;

Níveo seno, pequeño aunque turgente;
Espalda por las Gracias modelada;
Luego, breve cintura y delicada;
Luego, anchurosa forma y prepotente.

De Psiquis piés y manos; gallardía
Cual daba Fídias á la Cipria diosa
Que de la espuma de la mar salia.

Tez de jazmines; hálito de rosa...—
¿Te agrada este retrato, oh Gloria mia?
Pues á mí no, que aún eres más hermosa.

A D***

—

Hubo un tiempo, oh mi Gloria, — (eterno olvido
Cúbralo siempre con su espeso manto!) —
En que eran ecos de letal quejido
Los ecos de mi canto.
Ingrata te creía
Al que en tu luz de amores se abrasaba;
Y el pecho entónces de furor temblaba,
Y «pérfida» en mi rabia te decia.

Mas nunca, nunca el corazon doliente
Pudo lanzar de sí tu imágen bella.
El dolor y el amor con planta ardiente
Me imprimieron su huella:
Y en vano ansiaba, en vano,
Adormirme en cantares de reposo;
Ahogábalos mi pecho borrascoso,
Imágen fiel del férvido Oceäno.

Rásgase empero la tiniebla oscura
Que nos cegaba en su tupido velo,
Y brilla el astro de eternal ventura
En el azul del cielo.
¡Perezca la memoria
De tan aciago y doloroso instante!
Yo seré siempre tu rendido amante:
Sé tú siempre mi amor, siempre mi gloria!

Ven, ven! Jamás de mi ferviente lira
Se ha dilatado el eco tan sonoro.....
¿No escuchas cómo el céfiro suspira
Entre sus cuerdas de oro?
¡Ven! Mi agitada mente
Cual llama sube á la celeste zona:
Yo arrancaré á los cielos su corona,
Y su corona ceñirá tu frente.

Tu frente, sí, tu frente nacarada,
Donde el misterio del placer se anida:
Más limpia que la luna plateada

En las ondas mecida.
Tu frente... y luego en ella
El beso imprimiré de mis ardores.....
¿No eres la reina tú de los amores?
¿No eres tú de mi Océano la estrella?

—Ven; que del árbol sobre el seco tronco
El velo se desplega de esmeralda;
Que muere de aquilon el silvo ronco
En la repuesta falda;
Que la rosa florece,
Y en perfume de amor baña la esfera.....
Ven; que ya la apacible Primavera
En las auras purísimas se mece.

Yo he visto ya cuando al nacer del dia
Su matizada gasa tiende Flora,
Y como perlas nítidas rocía
Leve llanto la Aurora:
Yo he visto al Occidente
Sus términos llenar mares de lumbre,
Y al sol, cayendo de la altiva cumbre,
En las ondas bañar su régia frente.

Mas ¿qué es sin tí la cándida mañana,
Aunque rayo de luz el cielo dore;
Ni qué es la tarde, aunque encendida grana
Sus ámbitos colore?
Horroroso vacío,
Do no hay placer, ni amores, ni consuelo;

Flor inodora de agostado suelo;
¡Vana ilusion, estéril desvarío!

—Ven; ¿por qué tardas!—La fragante rosa
Nos ofrecen las puertas de la vida:
Respiremos su aroma deliciosa;
Vivamos, ¡oh querida!
Rápido el tiempo vuela.
Cual vuela el sueño cuando el alba nace:
En breve la guirnalda se deshace,
Y dentro el pecho el corazon se hiela.

¡Gocemos sin temor, Gloria adorada!....
¿Por qué esquivar la copa de ventura,
Que el cielo nos ofrece tan colmada,
Tan plácida, tan pura?
¿No sientes en tu pecho
Latir tambien el corazon amante,
Y un suspiro escapársete anhelante,
Y serte el orbe en su grandeza estrecho?

No tiembles, no: mi labio no profana
Del amor el secreto misterioso,
Ni se complace con teñir de grana
Tu rostro candoroso.
—¡Pudor! ¡Sagrado velo,
De la hermosura encantador instinto!
¿Nos dices ¡ay! que su natal recinto
No es este valle sino el almo cielo?

¿O te avergüenzas, dí, de ser tan bella? —
Reina, reina sin par en los amores,
Como en la tarde la fulgente estrella,
Cual la rosa en las flores.
Ese fué tu destino
Desde la aurora en que nació tu dia:
Tal manda el astro que tu suerte guia,
Vírgen de amor, por plácido camino.

—¡Ven! Enlaza tu mano con mi mano,
Y sigamos el linde á la ribera:
Lleguemos hasta el álamo lozano
Honor de la pradera.
Como dosel sombrío
El nos dará vivífica frescura,
El césped de la orilla su blandura,
Su aliento el aura, su murmurio el rio!

Mira ese azul purísimo, esplendente,
Que hasta el cenit de el horizonte sube,
Piélago inmenso, etéreo, transparente,
Que no mancha una nube.
¡Míralo cuál retrata
Su lumbre en el cristal terso y brillante,
Cuál la torna ondulando, vacilante,
El vivo fondo de la undosa plata!

Nada turba tan mágico reposo.....
Dos tórtolas, no más, allá en el cielo,
Arrullando en concierto sonoroso,

Tienden su blando vuelo.
¿Qué falta á sus amores?
¿Qué les importa el porvenir remoto?
Agua el onda les da, morada el soto,
El sol sus encendidos resplandores.

¡Oh! que esa suerte nuestra suerte sea,
¡Y esa vida felice nuestra vida!
La bandera de Amor al aire ondea,
Su acento nos convida.....
Vida, placer, memoria,
Nada hay fuera de amor, puro, incesante.....
Yo seré siempre tu ardoroso amante;
Sé tú siempre mi bien, siempre mi gloria!

(1834.)

CÁDIZ.

—

Soñó la antigüedad alma hermosura,
De la espuma del mar hija lozana,
Por quien la rosa recibió su grana,
Quien enfrenó de Marte la bravura.

Soñó tambien, con célica apostura,
Etérea vírgen que de Jove emana:
La que de oliva y lauro se engalana,
De ingenio y fortaleza deidad pura.

Ilusiones de vaga fantasía
No hubieron ser; pero lució tu estrella,
Y el sueño en realidad trocóse al verte.

Perla de nuestro mar de Andalucía,
Tú eres más que la Vénus alba y bella,
Tú eres más que la Pálas noble y fuerte!

MEDITACION.

—

Venid ¡ay! sobre el aura vagarosa
Recuerdos de la patria idolatrada:
Blandos como aliento de la rosa,
Bellos como la sombra de mi amada.

Ya el astro inmenso de enojosa lumbre
Se despeña en los mares de Occidente;
Vaga la tarde en la celeste cumbre,
Y el crespon ciñe á su adormida frente.

Hora de melancólica esperanza,
Mágico adios del moribundo dia,
Emblema de dulcísima bonanza,
¿No decís nada de la patria mia?

Venid, alzáos como la nube de oro
Que de grana en el piélago se mece:
Herid mi corazon, como el sonoro
Murmullo de la brisa que fenece.....

¡Cuántas veces, oh tarde, en la estacada
Do Genil rompe su bullente espuma,
Miramos entre el onda nacarada
Deslizarse y pasar ligera pluma!

¡Cuántas, bajo del álamo frondoso,
Sus leves hojas al llevar el viento,
Allá do el remolino polvoroso
Corrió nuestro agitado pensamiento

«Ellas ruedan al mar, vuelan al cielo,
Y piérdense en su piélago, en la esfera;
Jamás, jamás retornarán al suelo
Donde tomó principio su carrera.

«Pues ¿quién sabe si yo tambien llevado
Seré del huracan al estampido,
Y cual ellas por siempre arrebatado.....»
—¡Pensamiento de horror! ¿te habrás cumplido?

¿Acabó para mí la luz radiante
Del cielo brillador de Andalucía?
¿No veré más la torre resonante?
¿La rica playa donde el mar gemia?....

¿La conoceis? Region encantadora
De naranjos y olivas coronada,
Donde sus tintas desperdicia Flora,
Do difunde su aroma regalada.

Donde un eco de paz, vago, amoroso,
Se dilata dulcísimo en la esfera,
Cual suspiro del bosque sonoroso,
Cual armónica voz de la ribera!....

Allí, allí fué donde brilló mi oriente
Mecido de esperanzas é ilusiones;
Donde el paterno amor sobre mi frente
Grabó sus misteriosas bendiciones.

Allí mi mano se enlazó á otra mano,
Bajo aquel cielo de mi bien testigo:
Allí, donde mi labio dijo «Hermano!»;
Allí, donde mi labio dijo «Amigo.»

Allí un ángel tambien..... ¡Dulce esperanza
De inmensa dicha, de inefable gloria!
No; la ausencia no engendra la mudanza;
La distancia no borra la memoria.

Cual gemido del arpa que suspira
En la paz de la noche plateada,
Miéntras la luna por los cielos gira
Blandamente en las ondas retratada;

Tal tu memoria plácida se eleva,
Angel de amor, en mi agitado seno;
Y cuando el viento mis cantares lleva
De tu nombre dulcísimo va lleno.

Porque eres bella como luz del dia,
Y pura cual las auras del verano.....
¡Vírgen de mi adorada Andalucía,
Vuele tu nombre en mi cantar ufano!

Tú... mi patria... ¡Recuerdos de amargura!
¡Nube que bogas hácia el Sur brillante!
Tú cubrirás su alfombra de verdura;
Tú, el recinto do luce su semblante.

Venid, alzaos, cual se levanta ella,
Mecida en ese mar de grana y oro:
Venid cual viene la naciente estrella:
Ilusiones del alma..... ¡yo os adoro!

¡Quién pudiera!.... ¡Imposible!.... Mas al ménos
Lleva mi voz, ¡oh nube nacarada!
Dignos son ¡ay! de tu purpúreo seno
Los nombres de mi patria y de mi amada!

(1835)

Á LA Sra. D.ª TOMASA ANDRÉS DE BRETON.

Bella, dulce, inocente, cariñosa,
Constante en amistad, pura en amores,
Por blando lecho de modestas flores
Se desliza tu vida venturosa.

No á la palmera imitas, que orgullosa
Del vendabal provoca los furores:
Al són de enamorados ruiseñores
Abres tu cáliz cual purpúrea rosa.

Mas no corona faltará á tu frente,
Ni pasará tu nombre, como pasa
Nube fugaz en el estivo dia:

Que de Breton el númen refulgente
Es vivo sol que nuestra esfera abrasa,
Y tú la estrella á do su lumbre envía.

A S. M. LA REINA GOBERNADORA,

POR LA LIBERTAD DE BILBAO.

Cuando al rayar el alba de ventura
Hirvió en mi corazon la sangre ardiente,
Y levantando mi abatida frente
Hice sonar la bética llanura:
Cuando tu dulce nombre
Llevé en las alas de mi altivo canto
Hasta las lindes del confin iberio,
Y triunfante del mal y del espanto
Dije de la bondad el alto imperio;
¡Ah! en mi pecho entónces

Fatídica brotaba
Del porvenir inspiracion divina.....
«Aun otra vez — el Genio me clamaba —
Tú cantarás á la inmortal Cristina.»

— Sí, yo la cantaré, — dije, aceptando
Con puro gozo el inefable agüero: —
¿Por qué no he de cantar al sol brillando,
Si ya en su aurora me ensayé primero?
¿Por qué? Cuando gloriosa
Se circunde de nuevos resplandores,
Mi labio encontrará nuevos loores,
La ofrecerá mi mano nueva rosa.

Y esta esperanza se grabó en mi seno:
Y en vano fué que la Discordia impía,
Lanzándonos á mares su veneno,
Por casi un lustro su fulgor cubriera,
Cual negra nube al luminar del dia.
Ella duraba..... Como el orbe espera
En medio de tormenta pavorosa,
Así esperaba yo: cual ésta muere,
Y en plácida bonanza
El padre de la luz los cielos hiere,
Así tambien cumplióse mi esperanza.

Sí, Reina, se cumplió. Firme en tu mano
El cetro castellano
Gozosa, alborozada, España mira:
Sobre el regio dosel, donde inocente,

Cándida, pura, tu Isabel respira,
La mano del Señor por siempre asienta
De Pelayo el diadema refulgente.

Allí fué, cabe el márgen sanguinoso
Del humilde Nervion, entre las rocas
Del árduo, del nevado Pirinéo:
Allí do esplendoroso
El astro de tu gloria,
Lábaro del honor y la bravura,
Tus valientes condujo á la victoria:
Allí donde tu solio se asegura.

Y allí debiera ser. Allí primero
De la traicion el bárbaro partido
Tiró su guante y desnudó su acero,
Y la España aterró con su alarido.
Allí fué do miramos
El impio maridaje
Que negó de los pueblos el derecho,
Y al trono le negó su vasallaje.
Allí, ¡ oh vergüenza ! donde gente hispana
Pugnó por desgarrar con mano dura
La lealtad memorable, castellana.

Por eso allí la Providencia quiso
Levantar el padron de su locura:
Por eso su bandera
Allí se vió pisada:
Por eso, cual neblina de la esfera,

Vimos allí su hueste disipada.

Fuéralo ya una vez, en otro dia
Digno tambien de singular memoria,
Que España cantará con ufanía,
Que escribirá con júbilo la historia.
Fuéralo ya: de entónces
El nombre de Bilbao
Quedó esculpido en inmortales bronces.

Pero nueva corona
Tu suerte, oh Reina, á su valor guardaba;
Y desde el Sur á la nevada zona
Sobre los pueblos todos
A dominar por gloria caminaba. —
En ira y en despecho los traidores
Consúmense otra vez: rueda en su mente
De la venganza la afanosa idea,
Que al cabo son de la española gente,
Y áun contra el hado el Español pelea.

Rueda; y hácia Bilbao
Se lanzan sus terribles batallones;
Feroces porque el crímen los guiaba,
Mas valientes tambien como leones.
No importa: otros valientes
En los débiles muros
A aquellas frentes opondrán sus frentes,
A sus pechos sus pechos más seguros.
No importa; que si iguales

Son en valor, como Españoles todos,
Ellos traidores son; — estos, leales.

Y escrito está que la traicion impía
Tal vez fatigue á la afligida tierra;
Mas que no triunfe con injusta guerra,
Sino que ceda, cual la noche al dia.
Escrito está que el hombre
Rompa por fin los eslabones duros
Que aprisionaban su divina mente.
Escrito está que el Trono,
Cual el tuyo, Isabel, puro, inocente,
No el opresor de los derechos sea,
Sino su guardador y su patrono,
Sino amparo del Pueblo que le crea.

Dejadlos pues que bárbaros combatan
A la débil ciudad..... ¡Locos intentos!
No os la darán ni el hierro ni la mina,
Ni aunque pugnen por vos los elementos.
¿No la veis resistir?.... Bella, donosa,
La vírgen fué del rico Pirineo,
Del valle del Nervion era la rosa.
Pero esa vírgen profanar osásteis,
ero esa rosa deshojar quisísteis,
Y cual fantasma ingente la mirásteis,
Y el antiguo poder allí perdísteis.....
Avanzad otra vez: lanzad la muerte:
La sangre correrá; sangre preciosa,
Sangre de bendicion, que en llanto puro

Acompaña la Patria dolorida;
Sangre que vuestra frente
Señalará con huella misteriosa,
Cual la marca infernal del parricida.....
Mas nada lograreis: mayor hondura
Se abrirá á vuestros piés, mayor abismo;
Y allí se enterrará vuestra bravura,
Y allí se hundiera hasta el infierno mismo.

Y ya vendrán en tanto
De la lealtad los fuertes campeones,
Que no resistirán vuestras legiones,
Que os llevarán la muerte y el espanto.
Vendrán, y vánamente
Sus grandes muros os dará la sierra:
Vánamente la esfera conjurada
Os dará amparo, y nos hará la guerra.
Nada resistirá: los elementos
Como vosotros se verán vencidos;
Y esos montes de nieve que os rodean,
Y esa tormenta que furiosa brama,
Padron serán donde los siglos lean
El alto ardor que al Español inflama.

¡Noche sublime de inmortal memoria!
Tú los viste brillar, hechos jigantes
Que con asombro contará la historia.
Mas ¡ay! ¿por qué en tu seno,
En la salvaje y sin igual grandeza
Que á tu esplendor fatídico lucia,

Cuando el cielo sus rayos encendia
Para solemnizar tanta proeza;
¿Por qué el Genio vagaba
Incierto, pesaroso, desalado,
Y la mente del Vate no encontraba,
Y en vano le llamaba,
Que el eco de su voz era finado?
¿Por qué?.... Sólo su acento
Cantar debiera la inmortal victoria:
El sólo levantar el monumento
Debiera allí de la española gloria. (*)

¡El..... él no estaba; que por siempre, siempre
Su labio enmudeció; que losa fria
Sobre él cerrado habia
La puerta funeral; que su tributo
Tambien el Genio en los combates paga,
Para más afliccion, para más luto.

¡Murió lidiando, por salvarla á ella!....
Una lágrima dad á su memoria:
Pero no de dolor..... ¡Su tumba es bella!
¿Cuál lo pudo ser más? Por siempre unido
Su nombre irá con el glorioso nombre
Donde el poder del bárbaro se ha hundido.

¡Lauros sobre su tumba!.... Como lauros
Sobre mil y otros mil. Lauros y rosas,

(*) Esto y lo que sigue hace alusion al Conde de Campo Alange, distinguido poeta, muerto aquella noche en el ataque de Luchana.

De aquellos lauros que en España crecen,
De aquellas que reparten sus hermosas.
¡Lauros al gran Guerrero,
Honor y prez de la nacion hispana,
Al que de la traicion holló la enseña,
Al que domó las líneas de Burceña,
Y héroe inmortal apareció en Luchana.

¡Lauros tambien á tí! ¡Salud y gloria
A tí, oh Reina, tambien! — En gozo tanto,
En el placer de tan feliz victoria,
A tí, oh Cristina, volará mi canto.
Tú triunfabas allí, y allí en tu triunfo
Salvabas la Nacion: la estrella fuiste
Que en el furor de tempestad horrenda
Nuestro incierto destino condujiste. —
Mezclábase tu nombre
Al estampido del cañon tronante,
Al crujir de la ruda bayoneta,
Al fragor del incendio centellante.
Tu nombre era la voz que los llamaba,
Tu nombre era el iman que los movia,
Y muriendo tu nombre se invocaba
Porque tu nombre «libertad» decia.....
¡Ah! pues tambien tu nombre
Debe el canto llevar hasta la gloria:
Él fué la antorcha en el feroz combate;
Él debe ser la luz de la victoria!

(1837.)

CÓRDOBA.

—

Séneca allí moró. De allí Lucano
Con las alas del genio, en árduo vuelo,
Llevó á las lindes del romano suelo
La grandeza del suelo turdetano.

Fué allí do Abderraman el africano
Cantaba su palmera en triste duelo:
Allí de Dante el inmortal modelo
Do copió Mena con robusta mano.

Allí tambien de Góngora la osada
Mente, la destemplada fantasía
Lució, ni en bien ni en mal nunca igualada.

Y en esta que corremos noche fria,
Si alguna estrella veis limpia y dorada,
Córdoba las primeras nos envia. *

---

* D. Manuel José Quintana y el Duque de Rivas.

DOMINE, NE IN FURORE TUO ARGUAS ME.....

No reprendais, Señor, á un desdichado
Con voces de furor:
No castigueis con ira mi pecado.....
Perdonadme, oh Señor!

Compadeced mi triste desventura,
Que enferma el alma está:
Volvedla su salud y su hermosura,
Y ufana os cantará.

Doliente y conturbada enlanguidece
¡Ay! desde que os dejó.
¿Hasta cuándo, Señor? Ved que perece
Si el cielo la olvidó.

Esos ojos tornad al alma mia
De el etéreo confin;
Por la piedad que vuestro rostro envia
Salvadla de su fin.

Cuando la muerte bulla á nuestro lado
¿Quién ¡ay! os pedirá?
Y en los horrores del sepulcro helado
¿Quien os confesará?

Por siempre lloraré con largo lloro
Las horas del placer:
El lecho regaré donde os imploro
Con hondo padecer.

Turbada está la vista de mis ojos
Viendo vuestro furor,
Y que mi enemigos por despojos
Señálanme, oh Señor!

Mas apartad de mí, desventurados
Hijos de iniquidad:
Mis clamores se elevan escuchados
Por el Dios de bondad.

Y sube mi oracion hasta su trono,
Humilde como es;
Y depone el Señor su antiguo encono,
Y mírame á sus piés.

¡Confusion y vergüenza á los que osaron
Unirse contra mí!
Confúndanse en el punto!..... Ya pasaron.....
¡Gloria, oh Señor, á tí!

(1841.)

LONDRES.

—

Tébas, Nínive, Roma!... Soberanos
Nombres de la grandeza ya pasada,
Ante quienes su frente fatigada
Hundieron en el polvo los humanos!

Tébas, Nínive... ¿en dónde? ¡Ah! que son vanos
Los esfuerzos del génio... Ruinas! nada!
Y Roma... Con mi planta despiadada
Pisé los restos míseros romanos.

Lóndres, hoy la señora de la tierra,
La que llenas los ámbitos del mundo,
Rica en poder, en vanidad, en gloria!

Un paso de la edad que el tiempo encierra,
De los seres un vuelco en lo profundo.....
Y apénas ¡ay! si queda tu memoria!

(1851.)

Á LA CIEGA DE MANZANARES.

Si Dios te negó la luz,
Salud é ingénio te ha dado:
A todos nos ha igualado.....
Todos llevamos su cruz!

(Improvisado en 1856.)

PARIS.

—

No busco en tí la espléndida riqueza
Que al universo atónito fascina;
Ni del Génio feliz que te domina
Vengo á admirar la suerte ó la grandeza.

Ménos busco placer; ménos belleza;
Ménos tu ciencia ufana, peregrina.....
Lacera el corazon punzante espina;
Destila el alma funeral tristeza!

Afuera vanidades!... Mas tu seno
Tambien guarda, ¡oh París! modesta losa
Que ignora el mundo, á do su voz no alcanza:

Permíteme que llegue de amor lleno,
Que la riegue con lágrima ardorosa,
Y que aprendiendo fé, lleve esperanza!

(1856).

AL SEÑOR DIRECTOR DE *EL BELEN*. (1)

REVISTA DE TRIBUNALES.

No sé, mi querido amigo,
Por más que sudo y me afano,
Cómo tengo de dar mano
A lo que exije de mí.
¡Revista de Tribunales
En toda una Noche Buena!...

---

(1) *El Belen* fué un periódico en verso, escrito por los que concurríamos á casa del señor Marqués de Molins, para leerse en la Noche Buena de 1857.—Al autor se le pidió una Revista de Tribunales.

No de procesos, de cena
Se trató en ella hasta aquí.

Ya el mundo cerró los suyos,
Que no hacen, cierto, gran falta,
Segun se han dado de alta
Las pasiones y el error.
Y si en vacacion holgada
Reposan los Magistrados,
Quizá algunos desdichados
Darán gracias al Señor!

El de Dios... La humilde frente
Ante su nombre bajemos...
¡Ay! lo que en él pediremos
Más que justicia es piedad.
Y allí no ha de haber Revistas,
Ni taquígrafos mendaces,
Ni leguleyos audaces
Que confundan la verdad.

¿De cuál, pues, querido amigo,
He de hablarle en esta noche?
¿A dónde diré á mi coche
Que me lleve para oir?
Yo bien sé que en cada casa
Una ejecucion se apresta;
Porque sin sangre no hay fiesta,
Cual no hay vivir sin morir!

Lo quiere el uso inhumano,
Que al pobre Pavo condena,
Y cada vez su cadena
Más y más remachará:
Pero ese es hondo misterio
De la apartada cocina...
El *Cuarto Poder* no inclina
Sus miradas hasta allá.

Ellos no son ciudadanos;
Ellos no tienen derecho:
Contra lo que el hombre ha hecho
¿Dónde hallarán compasion?
Si hay dolor en sus entrañas,
Y en su dolor elocuencia,
No por eso á su sentencia
Han de obtener *casacion*.

No hay, pues, materia al presente
Para lo que usted me pide:
Hoy la justicia no mide
Con su vara este país.
Ya seguirán otros dias
En los que arderá su fuego...
Y cada palo de ciego
No será grano de anís!

Y gritarán los letrados,
Y no entenderán los jueces,
Y fallarán muchas veces

Tan bien como yo me sé.
  Y entre risas y entre lloro
Que barajará el destino,
Pasará algun desatino
Como artículo de fé.

  Y el cuadro que allá en Granada
Diseñó mano maestra,
Poniéndolo como muestra
Sobre el Régio Tribunal,
  Seguirá siendo el emblema,
En su concepto profundo,
De la justicia del mundo,
Ya civil, ya criminal.

  ¿Le conoce usted, por suerte?
— Dos tristes que litigaron,
Y que desnudos quedaron
Cual su madre los parió.
  Mas el que ganó el debate,
En prenda de su victoria,
Y como padron de gloria,
... El proceso se llevó!

  Tál verídico retrato
Ostentó su faz doliente;
La que si el hombre demente
Por bella quiso tener,
  Fué tan sólo porque el hombre
Desbarra desatentado

Desde que tomó el bocado
De manos de la mujer.

No se duela usted por ende
De que hoy falte la *Revista*:
Cene como un optimista,
Engulla pavo y turron.
Y si el suscritor demanda,
Cuando tomare el periódico,
Ese pasatiempo exótico
De mentido Ciceron;

Dígale que en este dia,
En que nace el gran Consuelo,
No hay más ley que la del Cielo,
Que es la cierta, la veraz.
La que el angélico Heraldo,
Proclamó desde la altura,
La que anuncia la Ventura,
La que predica la Paz!

AL PIÉ DE LA CRUZ.

Engendro del Pecado y de la Muerte
Que se juntaran en inmundo cieno,
Vivo el gérmen del mal dentro del seno,
¿Qué pude yo, infeliz! sino ofenderte?

A tí, Señor, el grande, el santo, el fuerte,
Que es rayo tu mirar y tu voz trueno;
A tí, Señor, que de clemencia lleno
Dísteme luz bastante á conocerte!

Por eso humilde tu justicia adoro,
Y aun fulminado besaré tu huella,
Y á tu cólera santa no resisto.

Mas tengo una esperanza, mi tesoro,
Que ¿en dónde podrá herirme tu centella
Sin que se apague en sangre de tu Cristo?

A LA SEÑORITA DOÑA ***

EN SU ALBUM.

—

¿Versos quieres, señora!
Versos me pides?
Rosas pide al desierto,
A Enero abriles.
Pide á la noche
Del rey de los espacios
Los resplandores!

Yo los hice en un tiempo,
Limpios, sonoros,

Llenando las esferas
Sus nobles tonos.
Quizás España
Cual primicias de génio
Los saludaba.

Y canté de la Patria
Ricos blasones;
Y canté la belleza,
Reina del orbe.
Patria y belleza!
¿Qué, fuera de vosotras,
Canta el poeta?

Mas corrieron los años
Con planta leve:
Su mano poderosa
Tocó en mi frente.
Cierzo de otoño,
Que se lleva las hojas
Y seca el tronco.

¿Por qué quieres, señora,
Lo ya imposible?
¡Versos!... los he olvidado;
¿Qué me los pides?
—Sólo te afirmo
Que soy, verdad ó verso,
Tu eterno amigo.

(1857).

II.

DRAMAS.

ALFREDO,

DRAMA TRÁGICO EN CINCO ACTOS,

EN PROSA.

(1834.)

El autor escribió este drama en 1834, cuando tenia veintiseis años de edad: imprimióle, y le vió representar en 1835: desde entónces no habia vuelto á abrirle, hasta que ha pensado en la presente edicion. Cree por lo mismo que puede juzgarlo con imparcialidad, y va á decir sencillamente lo que entiende.

Si Alfredo estuviera escrito en verso, parécele que seria una de las tragedias que quedasen de nuestra época. Se le figura un cuadro interesante en su fondo, y bien concebido y bien distribuido en su ejecucion. Las pasiones son ardientes pero naturales: su lucha con el deber es viva y accidentada: el término es posible, es verosímil, lo cree eminentemente trágico. No juzga que lo sea más ni de mejor ley el de otras muchas obras, estimadas por la buena crítica como capitales y maestras.

Pero Alfredo está escrito en prosa, y eso le rebaja á sus ojos, y le rebajará siempre á los del mundo literario. Una tragedia que lleva esa imperfeccion, que no está adornada con la forma poética, es una escultura de yeso ó de barro. Fáltale la con-

sagracion semejante al mármol ó al bronce, para estar completa, para poder ser y llamarse una obra verdaderamente artística.

La prosa tiene su lugar en el género realista, que pretende reproducir el mundo material, puro y desnudo. En prosa está bien escrito el *Arte de conspirar*; y quizá estaria mejor en ella, y satisfaria más adecuadamente á su propósito *El tanto por ciento*. Pero desde que se levanta la intencion á las esferas ideales; desde que hay ese vuelo en el fondo y en el desenvolvimiento del asunto; desde que se quiere hacer lo que hicieron Corneille y Calderon, la forma métrica es necesaria, á fin de que esté lleno el objeto, y no haya que pedir más á la obra. La poesía, el verso, son la condicion externa de lo verdaderamente trágico: sin la poesía, sin el verso, no se entra en la esfera de lo noble, de lo heróico, de lo ideal. Es un terreno convencional, sin ninguna duda; pero en esa convencion residen la vida y la forma del arte.

¿Por qué no se escribió en verso esta tragedia?—Sinceramente, no sabemos decirlo. El autor tenia entónces una gran facilidad para versificar, y si de hecho hubiera emprendido tal rumbo, no cree que habria dejado de llegar por él al término que se propusiera. Hubiérale costado algunos dias más de ocupacion, pero en cambio habria producido álgo de que estaria hoy más satisfecho.

Quizá, en su inexperiencia y en su juventud, no tenia acerca del arte tan claras sus ideas como las tiene ahora: quizá la moda del Romanticismo, que conmovió tantas doctrinas, é hizo admitir como bellezas tantas estravagancias, debilitó tambien para él los que debian mirarse por todos como cánones literarios. El ánsia de libertad y la sublevacion contra las antiguas

reglas produjeron por entónces un sinnúmero de caprichos, que entusiasmaban á los más prudentes, y que hoy hacen reir á los más audaces. ¿Qué mucho que el autor de ALFREDO escribiese en prosa, cuando otros, de mayor talento que él, escribian en verso y prosa, confusa y mezcladamente, lo cual es el colmo del error, por no decir del delirio, en la esfera dramática? ¿Qué mucho que él hiciese una estátua de yeso, pudiendo levantarla de mármol, cuando otros, y los más eminentes, mezclaban el mármol con el yeso, la cera con el bronce, ó repetian aquellas desgraciadas imágenes que, siendo de madera, tienen ojos de vidrio y cabellos de pelo natural?

Como quiera que sea, el autor pagó un tributo ó á su irreflexion ó á su tiempo, abandonando la forma que debia realzar y aquilatar su trabajo. Fortuna fué que no le pagase más que en esto, y que no quebrantase las leyes más capitales de la *unidad*, que solian mirarse por entónces con tanto desden. Si las hubiese quebrantado, no tendria hoy resolucion para publicar de nuevo su tragedia.

Todavía se le puede preguntar cómo, reconociendo el defecto que acaba de señalarse, confesando que fué un error el de escribir en prosa este drama, no lo ha enmendado y subsanado despues, traduciéndolo en forma poética, trasladando á versos sus renglones. A esto no tendrá que responder sino que esa traslacion, para algunos, á lo que dicen, muy fácil, ha sido siempre para él una cosa imposible. Nunca, ni aún cuando poseyó mas hábito de metrificar, pudo poner en verso sino lo que concibiera y pensara desde luego en semejante forma. Darla á lo que habia escrito ántes en la comun, le ofreció siempre obstáculos insuperables. Obvio y sin trabajo para otros, ese empeño ha sido invencible para sus fuerzas ó para su constancia.

Y si se añade lo que queda dicho al principio, que desde 1835 apénas se habia vuelto á acordar, y nunca habia vuelto á leer estas hojas, se acabará de comprender cómo es necesario que salgan hoy de nuevo á la luz pública sin ningun cambio esencial de lo que fueron desde su orígen.

PERSONAJES DEL DRAMA.

ALFREDO.

RICARDO.

JORGE.

RUGERO.

ROBERTO.

EL GRIEGO.

UN PEREGRINO.

BERTA.

ÁNGELA.

CRIADOS, DAMAS, ESCLAVOS, MONTEROS.

La escena es en Sicilia. Principios del siglo XIII.

ACTO PRIMERO.

Presentimiento.

—

La escena representa un salon del castillo de Ricardo.

—

ESCENA PRIMERA.

ALFREDO y ROBERTO.

ALFREDO. (*Dejando de escribir*).

Es necesario, Roberto; forzoso, necesario, partir. Esta voz que se levanta en mi pecho, que incesantemente está resonando en mis oidos, que me sigue por donde quiera como si fuese la voz de mi sombra; esta voz es un aviso del cielo, para señalarme mi descuido y recordarme mi deber. Bastante tiempo he resistido: bastante he cerrado mi corazon á sus mandatos: oigámosla y obedezcámosla por fin. Tratemos de acabar con ese fantasma que me persigue, y que sólo puede disiparse en las playas de la Palestina.—La suerte de Rugero, el gozo que aguar-

daba experimentar al verle unirse con tu hija, es lo que ha podido detenerme hasta ahora. Ya se realizó; ya está asegurada la ventura de ambos.—Cuando los rayos del sol naciente vuelvan á dorar la altiva cumbre del Mongibelo, el triste Alfredo saludará por última vez los campos de Sicilia, y engonfándose en esos mares, irá á pedir al Oriente su felicidad ó su desgracia.

ROBERTO.

Lo habeis decidido por fin: estais resuelto á emprender esa peregrinacion... ¡sea! Un escudero no tiene derecho para oponerse á vuestra voluntad; su obligacion es únicamente cumplirla.—Pero si los consejos, si las reflexiones de un anciano pudieran hacerse oir en ese corazon que está rebosando juventud: si os dignáseis escucharme con la deferencia que me habeis dispensado otras veces;.....

ALFREDO.

Siempre te la mostraré del mismo modo. Tú sabes por cuántos años te he mirado como á un padre; y yo sé que me has aconsejado siempre como pudieras haberlo hecho con un hijo.

ROBERTO.

Mas ahora...

ALFREDO.

Ahora... no te debo engañar. Yo no soy libre en esta determinacion: te lo repetiré una vez y otra. Parece que una mano

sobrenatural, que una potencia misteriosa, me impele fuera de estos lugares. ¿Es mi buen genio? ¿Es mi mal genio? No lo sé. Pero esta memoria de mi padre está siempre atormentando mis entrañas; pero su nombre retumba como un trueno dentro de mí; pero su imágen se levanta de contínuo amenazadora ante mis ojos. ¿Por qué no ha de ser un aviso? ¡Ay! Tal vez oprimido de cadenas, sumergido en alguna prision horrorosa, solo con sus recuerdos y sus pesares, invoca á Alfredo para que lo liberte, y Alfredo, enterrado en el ócio, no responde á su desesperacion!

ROBERTO.

Y aun cuando así fuera ¿qué conseguiríais con atravesar los mares, y sepultaros tambien vos mismo en esa malhadada Palestina? ¿Habíais luego de descubrir su existencia? ¿Habíais de reconquistarle su libertad?—Desengañaos, Alfredo. Un velo misterioso cubre la suerte de vuestro padre. Tres lustros se han cumplido desde que, abrumado de dolor por la pérdida de su esposa, tomó la cruz, y emprendió la peregrinacion de la Tierra Santa. Diariamente, desde entónces, hemos visto en Sicilia mil Cruzados que tornaban de aquel país: habeis hospedado en este mismo castillo los más ilustres compañeros de Felipe de Francia y de Ricardo de Inglaterra: ¡pues bien! ninguno os ha dado razon de vuestro padre.—Sabeis los rescates que se han verificado: vuestro padre no ha sido comprendido en ninguno. —Creedme, Alfredo: esa partida que intentais es inútil. O mi señor ha querido encubrirse del mundo todo, sepultándose para siempre en algun devoto monasterio; ó una corona de inmarcesible eternidad ha circundado ya su frente, y premiado dignamente su virtud.

ALFREDO.

¡Puede ser! sí, ¡puede ser! — Entónces... yo besaré la tierra regada con su sangre: yo ofreceré al pié de su sepulcro el homenaje del amor filial: yo elevaré mis oraciones á los cielos, donde tendrá su morada, y le pediré me guie con su ejemplo, y me infunda su valor, para vengarle de los enemigos de nuestra ley.

ROBERTO.

No, Alfredo: invocadle desde vuestros dominios, é imitadle más bien en gobernar á vuestros vasallos. Primero que abandonarse á los impulsos del entusiasmo ó de la devocion, está el cumplimiento de las obligaciones. — Permitidme que os hable con franqueza. Desde que se ha apoderado de vuestro ánimo esa melancolía, habeis descuidado la administracion de vuestros bienes y la justicia de vuestros pueblos. No es ese el ejemplo que os diera vuestro padre: no es esa la conducta que nos hacian esperar vuestros primeros ensayos. Volved á las antiguas, á las naturales ocupaciones: desechad esa preocupacion que os ofusca el juicio; y sed de nuevo el orgullo y la esperanza de Sicilia.

ALFREDO.

Tú tienes razon querido Roberto: tú tienes razon; pero no me es posible variar. Las ideas sencillas han huido de mi alma, al golpe de esta incertidumbre que me confunde y me agobia. Ya te lo he dicho: es una fuerza irresistible la que me arrebata: ella, la que me ha hecho tomar la cruz: déjame, pues, que siga mi destino, que se

cumpla como esté determinado.—¿Piensas tú que esas reflexiones que me indicas, yo tambien no me las he hecho? ¿Piensas que esta partida tiene para mí encantos que me arrebaten? No. Yo amo el bello país donde mis ojos se abrieron á la luz del dia: yo amo estas bóvedas, que tantas veces han repetido los ecos de mi voz: yo amo esas praderas, donde he gozado tánto en los años de mi niñez. No hay en estos contornos una roca, un árbol, una fuente, que no esté unida para mí con algun recuerdo agradable... —¿No quedas tú aquí tambien, mi querido Roberto? ¿No queda aquí Rugero, el amigo de mi alma, la mitad de mi corazon?—Y á pesar de todo, yo pugno por alejarme: yo corro tras de un deber... ¿quién sabe si tambien no corro por huir el sendero de algun crímen?

ROBERTO.

¿Por huir el sendero de un crímen:.. ¿Vos?

ALFREDO.

¡Roberto!.. tú... ¿no crees? (*Cubriéndose el rostro con las manos.*)

ROBERTO.

Lo que yo creo es que delirais; que vuestra imaginacion se extravía, y os pierde dolorosamente.

ALFREDO.

No, Roberto: no la calumnies: no calumnies la imaginacion del alma... Ella es un don de la divinidad: ella penetra la losa

de los sepulcros, y rasga el velo que cubre el porvenir: ella toca al cielo y al abismo, invoca á la eternidad y á la nada, y la nada y la eternidad se levantan en su presencia!

ROBERTO.

¡Dios mio! Dios mio!

ALFREDO.

No es sólo una voz lo que yo he oido: no es sólo un mal estar lo que ha fatigado mis entrañas. Una figura, un sér, una persona, ha surgido delante de mí. Yo no te lo habia dicho, Roberto; porque aun de acordarme se erizan mis cabellos, y se hiela la sangre de mis venas. Escucha: no dormia: abiertos estaban mis ojos, libre y sereno pensaba mi espíritu. Yo no sé quién fué; yo no sé cómo fué; pero la sombra se levantaba silenciosa en el fondo de mi aposento: dos lágrimas corrian por sus tristes mejillas: extendia su mano, y con enérgico ademán me señalaba el Oriente. ¿Porqué nació en el instante mismo, en lo hondo de mi alma, la idea de que me era necesario partir? ¿Porqué resonó en mi pecho, como si fuera el tañido de una campana, el nombre de mi padre? ¿Porqué, desde entónces, no he tenido un momento de sosiego, sino cuando he resuelto abandonar estos muros, y lanzarme por la inmensidad de los espacios? Déjame, déjame, Roberto, que lo haga, si quieres que me salve de un mal que no conozco, pero que siento; si quieres que halle una tranquilidad que aquí me niega mi destino; si quieres que cumpla un deber que es hoy para mí más necesario que la vida!

ROBERTO.

¡Sea! — os vuelvo á repetir. Ni puedo, ni debo oponerme á vuestra voluntad. (*Pausa.*)

ALFREDO.

Estoy cansado, mi querido Roberto. Necesito quedar solo un instante. ¿Quisieras ocuparte un poco en los preparativos para mi marcha? Mis caballos, mis armas, un ligero equipaje...

ROBERTO.

Descuidad, señor. Voy á ocuparme en todo. — (¡Qué feliz!)

ESCENA II.

ALFREDO.

¡No me entiende!.. ¡Nadie me entiende!.. Rugero solo me entendia; pero Rugero se ha unido con Angela; le ha entregado su corazon; ¡yo no tengo á quien entregarle el mio! — Partiré; partiré... trataré, en fin, de calmar este cáncer que devora mi pecho. Por lo ménos, un mundo que no conozco va á aparecer á mi presencia: una vida que no he experimentado va á ser en adelante mi vida. Allí se lidia contra los enemigos de Cristo:

allí se combate por la gloria de la Cruz: aquella es la tierra del heroismo y la inmortalidad. —¡Godofredo! ¡Tancredo! ¡Ricardo de Inglaterra! Vuestra gloria ha crecido en aquellos lugares, como la palma que esmalta sus desiertos, como el cedro que corona las cimas de sus montañas. Quizá mi gloria crecerá tambien como la vuestra, y mi nombre se confundirá con vuestro nombre en los cantos del trovador... ¡Ay! el sentimiento que me impele es quizá más puro que el que os conducia á vosotros: —mi padre, mi padre, sepultado há tantos años en aquellas regiones!

(Pausa. Principia á oirse un preludio de arpa. En seguida una Voz, el Peregrino, canta lo siguiente.)

LA VOZ.

« Ya luce en los cielos, señal de victoria,
El astro que eclipsa la luna de Agar.—
Guerreros de Cristo, volad á la gloria:
Sus palmas radiantes os tiende Cedar.

—

»¡Ricardo!.. Ricardo volaba el primero,
Brillando entre todos cual rayo de luz.
Torrentes de sangre derrama su acero...
¡Victoria á Ricardo! ¡victoria á la Cruz!

—

»Un velo le envuelve: su gloria se apaga,
Efímera lumbre que el viento llevó...

Su nombre tan sólo fantástico vaga,
Cual sombra de tumba que el genio evocó.

—

»¡Despierta, Ricardo! Tu amigo se lanza
Romper tus cadenas ansiando ó morir.—
¡Despierta, Ricardo! ¡Victoria y venganza
Su espada de fuego sabrá conseguir!»

ALFREDO.

¿Qué es lo que he oido? ¿Qué es lo que ha dicho? No parece sino que ha cantado para mí! Son mis idéas, son mis sentimientos..... ¡Roberto! Rugero! Genaro! Roberto! *(Llamando.)*

ESCENA III.

ALFREDO, ROBERTO.

ROBERTO.

¿Llamais, Señor?

ALFREDO.

¿Quién es, Roberto?

ROBERTO.

¿Quien, Señor?

ALFREDO.

¿No le has oido? ¿No le has escuchado? ¿Quién es?

ROBERTO.

¿El que cantaba?—Es un peregrino que se ha presentado á la puerta del castillo, pidiendo por amor de Dios un socorro. Su aspecto, su arpa, le señalaban como un trovador. Angela le pidió que cantara algun romance; y él...

ALFREDO.

Corre, Roberto, corre... que no parta. Hazle venir á mi presencia... al momento, al momento. (*Roberto se vá.*)—¿No era por ventura profético su canto?... Es el nombre de mi padre: es su destino... ¡Ricardo! ¡Ricardo! Padre mio! Sí, ya puedes despertar: ya se prepara mi brazo para rasgar ese velo que te oculta: ya se lanza Alfredo, ansiando morir ó romper las cadenas que te oprimen.—¡Despierta! Su espada sabrá conseguir la venganza y la victoria!

ESCENA IV.

ALFREDO, ROBERTO, UN PEREGRINO, RUGERO, ÁNGELA, CRIADOS, ETC.

ROBERTO.

Entrad.—Estais en presencia del señor de este castillo.

ALFREDO.

Acercaos, extranjero... Respondedme. ¿De dónde venís?

EL PEREGRINO.

De Génova, señor.

ALFREDO.

Y ¿quién sois?

EL PEREGRINO.

Mi traje os lo está diciendo... Un peregrino de la Tierra Santa.

ALFREDO.

¿Cuándo salísteis de la Palestina?

EL PEREGRINO.

No he estado allí jamás... Es ahora cuando me dirigia á ella... Camino para Chipre, donde dicen que se reune la nueva Cruzada.

ALFREDO.

¿Decís la verdad, extranjero? ¿No habeis estado nunca en la Palestina?

EL PEREGRINO.

Os repito que nunca, señor. Os lo juraré sobre este báculo, que está tocado en el Sepulcro de Santiago, y en el altar de San Márcos de Venecia.

ALFREDO.

¿Qué trova es, pues, esa que acabais de cantarnos? ¿En dónde la habeis aprendido? ¿Cuál es su significacion?—Decid!

EL PEREGRINO.

Confieso que no lo sé.—Yo soy provenzal: he cultivado la gaya ciencia; y más de una de mis canciones vuelan por el mundo, y se repiten en soberbios castillos.—Perdonad, señor: voy á satisfaceros.—He conocido en Alemania á un trovador

inglés que tornaba de la Palestina, y que cantaba por todas partes ese romance. De él lo aprendí, y como él lo canto.

ALFREDO.

Pero ¿no os descifró su significado? ¿No os contó su historia?

EL PEREGRINO.

Nunca: ese era su secreto; y no ocultaba que debia tener alguno... Al pronunciar el nombre de Ricardo, solia correr una lágrima por sus mejillas.—El enseñaba el romance á todos los trovadores que encontraba en su camino, y les pedia que lo repitiesen por donde quiera. Algo se proponia; pero yo no lo sé.

ALFREDO.

Todo misterios, todo oscuridad!... Cuando pienso levantar el velo y descubrir la luz, me confundo más hondamente en las tinieblas!...—Adios, extranjero. Tomad. (*Le entrega algun dinero.*) Os ruego sólo que al cantar la última estrofa de vuestro romance, pongais en ella mi nombre, el nombre de Alfredo... Es muy fácil; no rompe la medida.—Adios: vais á la Tierra Santa; yo tambien: tal vez allá volveremos á encontrarnos.

(El peregrino se vá con Roberto.)

ESCENA V.

ALFREDO, RUGERO, ÁNGELA, CRIADOS, ESCLAVOS.

ALFREDO.

¿Estabas tú aquí, Rugero? No habia reparado en tí... ni en Angela tampoco. Perdonadme, amigos mios: el Peregrino y su romance habian arrebatado toda mi atencion.

RUGERO.

Pero acabo de escucharos unas palabras que me han sorprendido, porque no las esperaba ya... ¡Partís, por fin, señor, á pesar de nuestras humildes observaciones? ¡Partís, y no habeis contado con Rugero?

ALFREDO.

Rugero, en ésto sólo quiero ser obedecido de tí. Acabas de formar unos lazos, que no es lícito desatar por ninguna consideracion humana. Angela te ha entregado su corazon, y tú debes hacer su felicidad.

RUGERO.

(¡ Ingrato ! Me engañásteis !)

ALFREDO.

Sí, tú harás la felicidad de Angela. Es pura como su nombre, y merece el amor que la profesas. Yo he visto nacer ese amor, y he debido asegurarlo.—Escuchad todos. Al nuevo sol voy á partir para la Tierra Santa...

RUGERO.

¡Tan pronto?

ALFREDO.

...á donde me llaman mi obligacion y una solemne promesa. De vosotros, sólo Genaro me acompañará. Durante mi ausencia, Rugero mandará como si fuese yo propio en mi castillo y en mis estados. Le encargo... le suplico que se aconseje de la experiencia de Roberto. Quedan libres desde ahora todos mis esclavos sarracenos. (*Los esclavos se arrojan á sus piés.*) Sí, infelices... levantaos:... podeis volver á Africa, á llevar el consuelo á vuestras familias. ¡Tal vez teneis hijos, que lloran la pérdida ó la esclavitud de sus padres!—Eximo á mis vasallos de la mitad del cánon de sus tierras: sepan que Alfredo, al separarse de ellos, los tenia en memoria, y les ha dispensado este beneficio.—Mis restantes disposiciones, las encontrarás en esta carta. (*Entrega á Rugero el pergamino en que habia escrito.*—Os pido que rogueis á Dios por el buen éxito de mi empresa: acordaos todos de mí, como yo me acordaré de vosotros!

ESCENA VI.

LOS DE LA ANTERIOR. ROBERTO.

ROBERTO.

Perdonad, señor, que os interrumpa. Un Caballero Cruzado, trayendo en su compañía una hermosa jóven, acaban de presentarse en el castillo y preguntan por vos. Ahí están. Unicamente aguardan vuestro consentimiento, para entrar y presentarse.

ALFREDO.

¿Quiénes son? ¿No dicen su nombre?

ROBERTO.

No lo han dicho. Sólo me parece que no son Sicilianos.

ALFREDO.

Pues bien: al instante. (*Roberto se vá.*)—No sé qué agitacion es esta. El corazon me palpita, como si me anunciase una gran desgracia... Me cuesta trabajo sostenerme!

ESCENA VII.

LOS DE LA ANTERIOR. JORGE, BERTA, ROBERTO.

ALFREDO.

Dícenme que preguntais por mí?

JORGE.

¿Sois vos Alfredo... el hijo de Ricardo?

ALFREDO.

¡Oh Dios! ¿Conoceis á Ricardo? ¿Conoceis á mi padre? ¿En dónde está? ¿Cuándo le habeis visto?... Por piedad, señores: respondedme... respondedme!

(Berta se cubre los ojos. Jorge toma la mano de Alfredo.)

JORGE.

¡Jóven!.. ¡Es preciso someternos á la voluntad de Dios!

ALFREDO.

¡Qué me decís! ¿Vos llorais, señora?.. ¿Vos tambien estais enternecido?.. Rugero... Mi padre... ¿ha muerto?

JORGE.

Sí..... ¡Vuestro padre ha recibido ya el premio de sus virtudes!

ALFREDO.

¡Ha muerto! ¡Y yo no he podido estrecharle entre mis brazos! Y sus ojos habrán buscado los ojos de su hijo, ántes de cerrarse para siempre! ¡Y tal vez habrá acusado mi negligencia y mi molicie!..—Pero decidme, extranjero, ¿es cierto? ¿estais seguro de que es verdad? ¿Cómo lo habeis sabido? ¿Le conocíais vos?..

JORGE.

Sí, Alfredo: le conocia, y lazos muy sagrados me habian unido á él.—Cuatro años hace, desde mi llegada á la Palestina, hemos combatido juntos contra los enemigos del nombre cristiano. El sitio de Tolemaida inmortalizó la gloria de vuestro padre, bajo la denominacion del Caballero de las armas negras.

ALFREDO.

¡El Caballero de las armas negras!

JORGE.

Ese era el nombre con que se le conocia. Una promesa le

obligaba á ocultar el suyo; y yo soy quizá el único Cruzado á quien lo ha descubierto.

ALFREDO.

¡Padre mio!.. Así, nos era imposible saber de él!

JORGE.

Pude prestarle en cierta ocasion algun servicio, y contrajimos la más estrecha amistad. — Mi hermana Berta me habia seguido á los Santos Lugares: vióla Ricardo, y quiso que nos uniéramos más indisolublemente. Berta fué su esposa: vuestro padre me llamó su hermano.

RUGERO.

¿Vos, señora! ¿vos!

BERTA.

Sí, Alfredo.., En mí teneis á la desgraciada viuda de Ricardo.

JORGE.

Dispuso vuestro padre volver á Sicilia: quiso que yo le acompañase; y nos embarcamos en una galera genovesa que partia de Tolemaida. A las pocas horas de navegacion dimos en medio de la flota del Saladino. Nos defendimos valerosamente como soldados de la Cruz; pero nuestra galera fué abordada por tres á

un tiempo, y al cabo los infieles se apoderaron de ella. Nosotros fuimos cautivados y cargados de cadenas:.. ¡ vuestro padre pereció combatiendo !

ALFREDO.

¡ Dios mio !

JORGE.

Yo le ví caer á mi lado, abierto el pecho al golpe de una cimitarra.... todos le vimos espirar.... todos envidiamos su suerte, que le libertaba del cautiverio, y le aseguraba la corona de los mártires !

ALFREDO.

¡Sí, es envidiable !... ¡ Su suerte es envidiable ! — ¡ Lágrimas para nosotros que le perdemos !.. Él... él ha muerto como cristiano : ha caido como caen los valientes...—Su nombre resplandecerá cubierto de gloria... su recuerdo servirá de ejemplo á los que combaten por el triunfo de la Cruz!... Pero nosotros... pero yo!...

JORGE.

Dos meses hemos yacido en duro cautiverio, hasta que unos Caballeros de la Redencion ajustaron nuestro rescate.—Las galeras de San Juan iban á salir para Palermo: en ellas hemos venido... Ayer desembarcamos en las costas de Sicilia...

ALFREDO.

¡Bien venidos seais pues á esta morada... tan vuestra, señora, como mia! La que mi padre elijió para compañera de su existencia, debe considerarse aquí como soberana... Otro arribo, otro recibimiento, os hubiera yo deseado... —En este dia todo tiene que ser luto y amargura. Lloraremos todos... Lloraremos al que llenaba nuestros corazones, y que—¡Dios mio!—no volveremos á ver más!

ACTO SEGUNDO.

Pasion.

Galería en primer término. Parque. En el fondo el Etna.

ESCENA PRIMERA.

ROBERTO, ÁNGELA.

ROBERTO.

Pero ¿es posible que Rugero...

ÁNGELA.

Rugero, padre mio, no sabe más que nosotros. Como nosotros extraña la mudanza de su amigo; esa tristeza dura y silenciosa, en que se ha trocado su anterior melancolía, tan expansiva, tan interesante. En vano se ha atrevido á dirijirle

algunas preguntas: Alfredo es ya otro, hasta para él... — Pero vos ¿no sospechais?...

ROBERTO.

Nada, nada, Ángela. Mi entendimiento se confunde, y no acierta á descifrar esa conducta extraordinaria. Ningun motivo racional hay para tan repentina transformacion. Hasta poco há, sus escuderos, sus colonos, sus vasallos, todos eran á su vista hermanos, amigos, compañeros. Sus modales eran la misma dulzura: sus consideraciones para conmigo parecian más bien las de un hijo respecto á su padre, que las de un baron poderoso para con un servidor suyo... En el dia, todo se ha cambiado. Sus palabras son duras, sus disposiciones ásperas, sus oidos se cierran á nuestros consejos, sus miradas y sus maneras son frias y desdeñosas. Ya no somos, en fin, sino sus escuderos y sus vasallos; ni él es ya sino un señor, como la mayor parte de los señores de esta pobre isla.

ÁNGELA.

Demasiado cierto es lo que decís. Aun yo propia, objeto siempre de sus inocentes atenciones!.. Pero no seamos rigorosos, padre mio: no le juzguemos á nuestra vez con severidad. Quizá la triste noticia de la muerte de su padre...

ROBERTO.

No lo pienses, Ángela. Ántes de recibir esa noticia, estaba ya casi persuadido de ello; y léjos de causarle ese efecto, sólo servia para hacerle más dulce y más afectuoso.

ÁNGELA.

Casi persuadido, decís... Pero conservaba todavía esperanza, y no se veia abrumado por una certidumbre cruel. ¡Es tan bella y tan consoladora la esperanza!.. Esa dama inglesa fué quien vino desgraciademente á destruirla. Desde que entró en el castillo, no parece sino que se ha inficionado su atmósfera!

ROBERTO.

¿Qué dices, Ángela!

ÁNGELA.

No sé por qué, padre mio; pero yo no la puedo amar. — Es hermosa, muy hermosa... y sin embargo, me causan un miedo... me hacen un mal sus grandes ojos azules, cuando los clava en los mios!.. Casi, casi se me hiela la sangre en el corazon... Y os repito que no sé por qué... — Tambien es un poco triste, y gusta de vivir retirada... Siempre anda sola, siempre buscando los sitios más ocultos... Verdad que eso es natural: ¡tan jóven, y ya viuda!..

ROBERTO.

¡Silencio, Ángela; silencio! Alfredo se acerca.

ÁNGELA.

¿Cuándo habia yo de pensar que me daria miedo de mirarle?

ESCENA II.

ROBERTO, ÁNGELA, ALFREDO.

ALFREDO.

¿Habeis visto á Genaro?

ROBERTO.

No, señor.

ÁNGELA.

No le hemos visto.

ROBERTO.

¿Deseais que le busque?

ALFREDO.

Y le dije que me aguardara en este sitio... No hay baron en Sicilia peor servido, peor obedecido que yo... Es abusar ya demasiado de mi condescendencia!

ROBERTO.

Voy á buscarle, y le diré...

ALFREDO.

No es necesario.—(*Pausa. Alfredo se pasea.*) Perderemos el mejor tiempo para echar los alcones. (*Roberto se vá.*)

ÁNGELA.

¿Salís á cazar á esta hora? ¿tan tarde?

ALFREDO.

¿Tarde?... No, no es tarde.

ÁNGELA.

Se está ya poniendo el sol... Me parecia tarde para cazar.

ALFREDO.

¡Angela! ¡Angela!... Nunca es tarde para quien...

ÁNGELA.

¿Qué palabras! No os comprendo, Alfredo... (No sé lo que quiere decirme!)... Acabad!...

ALFREDO.

(¡Insensato! ¿Qué iba yo á decirla?)

ROBERTO. (*Entrando.*)

Genaro, señor, os estaba aguardando en esa puerta.

ALFREDO.

No era allí donde yo le habia mandado. Todos se creen con derecho para hacer únicamente su voluntad! (*Váse.*)

ÁNGELA.

¡Cuánto siento que nos hubiéseis interrumpido! Si tardais un poco, me parece que Alfredo iba á confiarme alguna pena oculta. ¡Qué conmovido estaba!

ROBERTO.

Conmovido, sí: tambien lo he visto yo en varias ocasiones. Pero no creas que es fácil vencerle y arrancarle su secreto.— En fin, ya estás viendo sus maneras; ya estás oyendo sus palabras.

ÁNGELA.

Bajo de esas maneras, sin embargo,... no lo dudeis, padre mio, se esconde siempre un bello corazon. ¡Pues qué! ¿puede renunciarse en breves momentos á las ideas y á los hábitos de toda la vida? Más hé aquí Rugero que llega. ¡Cuán diferente del infeliz que acaba de dejarnos!

ESCENA III.

ROBERTO, ÁNGELA, RUGERO.

ÁNGELA.

—¿No es verdad, Rugero mio? ¿no es verdad que tú eres dichoso, muy dichoso, al lado de tu padre y de tu esposa?

RUGERO.

Sí, mi querida Ángela. Mi cariño hácia tí durará tanto como mi existencia. Tú has sido la ilusion de mi juventud: tú eres el encanto de mi vida: tú serás el consuelo de mis últimos años. A tu lado, y sólo á tu lado, es donde encuentro la felicidad.

ÁNGELA.

Ah! yo tambien cifro la mia en tu cariño, y no más que en tu cariño... Y sin embargo, me falta una circunstancia para ser completamente dichosa. Tú sueles estar triste, mi querido Rugero; y eso no puede ménos de estristecerme á mí tambien. No me digas nada... no me des satisfacciones. Sé muy bien el motivo: es la apasionada tristeza de Alfredo.—¡Le quieres tánto, y te interesas tánto en su suerte!

RUGERO.

Sí, Angela; es verdad. El silencio obstinado, el intempestivo cambio de Alfredo, me alarman y me desazonan por él. Ya ves que este sentimiento es justo. El ha sido el compañero de mi infancia, y el amigo de mi juventud. Nos hemos amado entrañablemente; y durante mucho tiempo no hemos tenido un secreto reservado, ni un placer ni una pena que no fuese comun á los dos. Juzgad si deberá sorprenderme la conducta que observa ahora. Alfredo abandona cuanto amara hasta aquí; y manifiesta en todas sus acciones una ligereza, una instabilidad, enteramente contrarias á su carácter. De expansivo, se hace reservado; de bueno hasta la debilidad, se convierte en áspero hasta la dureza.. Y conmigo sigue tambien la condicion comun; y ya no me fía sus pensamientos; y ya recata de mí los pesares que lo aflijen... ¿Cómo he de ser insensible á tantas novedades?

ROBERTO.

Tu esposa observaba poco há que su mudanza ha coincidido con la llegada de la viuda de su padre. A poco tuvo principio: despues ha seguido siempre en aumento.

RUGERO.

Cierto. Yo tambien lo he pensado varias veces. Pero ¿qué relacion pudiera haber?..

ROBERTO.

¿Quién sabe? Pues que la observacion es exacta, no la debe-

mos despreciar... ¿Quién sabe? Alfredo es jóven: Berta está adornada de una brillante hermosura...

RUGERO.

Me haríais estremecer. — Pero no, no: desechad esa idea. Yo conozco bien á Alfredo... es la misma virtud. Su corazon no podria mancharse con una pasion incestuosa.

ROBERTO.

¡Es la misma virtud, — dices! Sí; y ve ahí por lo que yo sospecho: su virtud es la que me hace temblar... Por ella es por lo que temo que un desgraciado amor sea el motivo de esa conducta inexplicable.

RUGERO.

Os repito que me haceis estremecer... ¿Seria posible! — En este caso... forzoso es hablarle.

ÁNGELA.

¿Hablarle, tú, Rugero?.. Y ¿no temes?..

RUGERO.

Nada... ¿qué he de temer?.. ¿No es mi amigo? — Forzoso es cumplir con las obligaciones de este nombre: salvarle, aun á pesar suyo, si fuera necesario. — Voy á buscarle en el momento.

ÁNGÉLA.

No le encontrarás. Hace poco que salió á caza con Genaro.... un momento ántes de que tú llegaras.

RUGERO.

(¡Otras veces no salia nunca sin mí!)

ÁNGELA.

Pero no debe tardar mucho. Ahora no tiene quietud ni constancia en ninguna cosa. — Y por otra parte, va oscureciendo; no puede tardar.—Escucha: me parece... sí: ya está de vuelta. ¿No ois el ruido de los caballos? — Por la puerta del jardin. Vedle, que abatido llega...

RUGERO.

Aún no nos ha visto. Dejadme solo con él... No tengas ningun recelo, Ángela mia. — Si su secreto es el que pensais, yo se lo arrancaré, por más que lo oculte, y cuento con vuestra cooperacion para libertarle del precipicio.

ESCENA IV.

RUGERO, ALFREDO.

(Alfredo atraviesa el teatro, y se sienta al extremo.)

RUGERO.

(No me ha visto todavía.)

ALFREDO.

El mismo hecho, el mismo principio en todas partes... ¡La fatalidad!... ¿Será por ventura la fatalidad la única ley de mundo? ¿No seremos todos sino débiles instrumentos de su poder; vanos juguetes de sus arcanos misteriosos?

RUGERO.

(No sé si interrumpirle.)

ALFREDO.

Entónces... la virtud no seria más que un nombre vano; y esta lucha en que consumo mis fuerzas, el delirio de una necia vanidad. — Entónces... no habrá remedio: yo seré arrastrado, como la rama que cayó en el torrente; despedazado, como la

garza cojida por el halcon.—Esta garza y este halcon!... Mucho mal, mucho mal me han hecho... No puedo desterrarlos de mi memoria.

RUGERO.

(Es forzoso arrancarle á sus cavilaciones.)—Me perdonareis si me llego á interrumpiros. Parecióme observar tal abatimiento en vuestro ánimo...

ALFREDO.

¡Puede ser!

RUGERO.

¿Sentís alguna incomodidad? ¿Padeceis acaso?.. ¡Pero necio de mí! ¿Cómo he de tener duda en que padeceis? ¿Pasa un dia, una hora, un solo momento, sin que vuestro corazon no se sienta desgarrado?—En vano me lo quereis ocultar, Alfredo: no es fácil que yo me equivoque sobre el estado de vuestro corazon... ¡Y sin embargo, me pareceis tan abatido esta tarde!...

ALFREDO.

Rugero, nosotros hemos hablado cien veces de la fatalidad y del destino... Siempre concluimos por despreciar esas ideas.—¿Crees tú que tuviésemos razon?

RUGERO.

Sí... ciertamente... Lo creo, como ántes lo creí.

ALFREDO.

Escucha.—Salia yo esta tarde á cazar:—no por cazar... ¿qué sé yo porqué?—Apénas me habia retirado cincuenta pasos del castillo, cuando una hermosísima garza, la más bella que he visto en mi vida, vino á presentarse delante de mí.—Mi primer movimiento fué soltar sobre ella el halcon, cuyos ojos centellaban de furiosa alegría al contemplarla. A este impulso sucedió una idea de lástima: tuve compasion de la inocente ave, y reprimí mi movimiento.—Volví el caballo en otra direccion... pero la garza volvió tambien hácia aquel lado.—Me dirijí nuevamente por el primero.... el pájaro torció nuevamente por allí. —Esta constancia de buscar la muerte, este empeño de ofrecerse al peligro, me interesó más en salvarla.—Decidíme á volver al castillo: entónces desapareció.... y mi corazon descansaba, libre del peso horroroso que le oprimiera.—Casi tocaba á la puerta, cuando se me presenta otra bandada. Suelto el halcon.... y en el momento torna á aparecer la primera garza, la que yo habia querido salvar: el halcon se lanza á ella... un instante, y ya no existia...! ¡Rugero! ¿Quien impelia á la garza, para que se precipitara á la muerte?... ¿Quién ha burlado mis esfuerzos por salvarla?

RUGERO.

Nuestra vida está llena de misterios..... eso ¿cómo se puede dudar? Pero no, no nos impele ninguna potencia irresistible.—Siempre tenemos fuerzas para defendernos: siempre, para quebrantar y sacudir el yugo de las pasiones.

ALFREDO.

Tú no sabes, Rugero: tú no sabes lo que son las pasiones... Tú no has experimentado sino pasiones fáciles, inocentes, capaces de un legítimo desahogo... Pero yo... oh! yo...

RUGERO.

Vos! Ya lo sé, Alfredo... Vos! Y bien: para ese caso es el esfuerzo. — Es necesario que la domineis..... Es necesario que lanzeis de vuestro pecho lo que nunca ha debido entrar en él.

ALFREDO. (*Levantándose furioso.*)

¡Rugero!

RUGERO.

Podeis hacer lo que os parezca. — Si porque he adivinado los combates de vuestro corazon: si porque quiero fortificar vuestros sentimientos de rectitud: si porque deseo libertaros del precipicio á cuyo borde marchais... os place tambien atravesar con ese acero al amigo de vuestra infancia.... entónces creeria haberme equivocado, y pensaria que ya habíais caido en una sima horrorosa, de la que fuera en vano quereros retirar.

ALFREDO.

No, Rugero; no! Mis manos son todavía inocentes!

RUGERO.

Y vuestro corazon tambien... El que combate, no está vencido aún, y puede prometerse la victoria. — ¡Alfredo! Volved en vos: es menester salvaros!

ALFREDO.

Rugero!... Amigo mio!

RUGERO.

Llorad, sí, llorad. — Esas lágrimas son la prenda del triunfo... — No las habíais derramado en mucho tiempo; y ved ahí el motivo de mis temores.

ALFREDO.

¡Ay! tú no sabes el combate atroz que desgarra mi pecho: tú ignoras los furores de la pasion que me consume. — No es una pasion humana... es un amor frenético, infernal: es una llama irresistible; es un ascua de hierro candente, enterrada dentro del corazon... En vano la he combatido, Rugero: en vano he luchado con todas mis fuerzas: en vano he llamado á mi socorro los auxilios de la razon y de la virtud. — El acero se clavaba más profundamente: el ascua abrasaba con más intensidad mis entrañas. — No creas que me desconozco... Yo he sido bárbaro, bárbaro contigo, bárbaro con todos los que me rodean. En el extravío de mi imaginacion, buscaba en esa bar-

barie la fuerza que me faltaba para resistir... Yo he trastornado todos mis hábitos: he buscado la distraccion en otras aficiones... tal vez hasta en otros vicios! — ¡Insensato! ¿Dónde ocultarse de sí propio? ¿dónde olvidar un pensamiento, cuando sólo él forma nuestra existencia!

RUGERO.

¡Alfredo! ¡Pobre amigo mio!

ALFREDO.

¡La fatalidad, Rugero, la fatalidad!... Ella domina el universo... ella sola!... La garza buscaba al halcon; y en vano, en vano procuraba yo impedir su muerte!... ¿Quién la fascinaba? La fatalidad! — Ella me conduce, ella me empuja con su brazo de hierro... Mi resistencia!... ¿de qué sirve mi resistencia? Sólo de hacer más triste, más desgraciada, más estrepitosa mi caida!

RUGERO.

No, Alfredo. Es necesario salvarte... y tu amigo tiene derecho para exijirlo de tí, para compelerte á ello... — ¡Léjos de nosotros esa femenil debilidad!... Hablas de tu resistencia: dices que es inútil... y ¿qué has hecho para resistir? El hombre combate cuerpo á cuerpo las pasiones, y no se deja rendir por ellas. — Si tú hubieses ya sucumbido; si hubieras dejado despeñarte... entónces me podrias decir que ya no era tiempo; y aun quizá entónces no tendrias razon. Pero aun no ha llegado

ese caso: aun puedes, aun es necesario salvarte del todo... — ¡Hijo de Ricardo! ¿Tiemblas? ¿te estremeces á este nombre? ¡Bien! estremécete y escúchalo: escúchalo, para tenerlo siempre grabado en tu alma... ¡Hijo de Ricardo!... es menester que huyas de la viuda de tu padre!

ALFREDO.

Calla... calla, Rugero!... Que ese nombre no suene en tus labios... jamás ha sonado en los mios!... Que no le oigan ni los árboles, ni esas columnas, ni el viento que nos rodea!... Que no sepan mi infamia, que no me señalen como el horror y el oprobio del mundo!... — ¿Ignoras que si otro que tú le hubiese pronunciado... si otro que tú hubiera conocido mi crímen...

RUGERO.

Cálmate, amigo mio, cálmate... Jamás saldrá de mis labios una expresion indiscreta; jamás. Pero es necesario que me obedezcas: exijo de tí la promesa formal, el juramento de verificarlo.

ALFREDO.

Habla. — Estoy resuelto á cumplir todo lo que me ordenes.

RUGERO.

Júramelo por tu honor... por nuestra amistad... por la sombra de tu padre, que te mira desde los cielos.

ALFREDO.

Sí, sí, lo juro... y si no lo cumpliere, véame deshonrado á la faz del universo, y cubierto de infamia y de baldon!

RUGERO.

En nombre de tu padre... al nacer el dia... parte para la Tierra Santa!

ALFREDO.

¡Oh! Si yo hubiera partido!...

RUGERO.

No más!

(Durante esta escena ha anochecido completamente, y salido la luna.)

ESCENA V.

ALFREDO.

¡Al nacer el dia!... partir para la Tierra Santa!... Lo he jurado: lo cumpliré.... es forzoso cumplirlo. — Tiene razon: no

hay otro medio para libertarme... — ¡ Berta ! ¡ Berta ! ¿ por qué te he conocido ? ¿ por qué arribaste jamás á las costas de Sicilia ?... Yo hubiera vivido inocente, hubiera vivido feliz... tú me has robado mi inocencia, y no puedes darme la felicidad !...

ESCENA VI.

ALFREDO. BERTA.

BERTA.

¿ Sois vos, Alfredo ?

ALFREDO.

¡ Es ella !

BERTA.

Parecióme oir una voz que se quejaba en este sitio... y naturalmente me he dirijido hácia él... Seríais vos... Sí : no quiero interrumpiros. — Los corazones tristes se complacen en la soledad ; y estas dulces y melancólicas noches de Sicilia... ¡ Oh ! no hay en ninguna region noches tan bellas como en este país !

ALFREDO.

¿Son bellas, decís !

BERTA.

Vos no podeis estimarlas, Alfredo, porque no habeis conocido las de otras regiones... ¡ Dichoso vos, que nunca abandonásteis el suelo de vuestra patria, y á quien cupo en suerte una patria tan deliciosa!... Pero yo... yo, juguete de un destino voluble, yo he respirado las nieblas y las escarchas de Inglaterra, y he atravesado tambien los arenales ardientes de la Palestina... el país de los huracanes del polo, y el país de los huracanes del desierto. — ¡ Ah! ni en la Palestina ni en Inglaterra se respiraba el aliento de esas flores, ni se escuchaba ese blando y velado murmullo, tan agradable á mi corazon!... — Pero me olvidaba... Perdonadme, Alfredo... voy á dejaros.

ALFREDO.

¡ Oh! no, no me dejeis!... Continuad por compasion!... Son tan dulces vuestras palabras! Me quedan tan cortos momentos de oirlas!

BERTA.

¿ Cómo! Alfredo... ¿ marchais? ¿ Cuándo? ¿ Adónde?... Nada me habíais anunciado hasta aquí!...

ALFREDO.

Sí, Berta:... parto... mañana mismo. — Es forzoso... el nuevo sol me verá léjos de estos muros.

BERTA.

Y tan pronto!

ALFREDO.

¿Pronto!... No: no ha sido pronto... Mas ¿qué os importa á vos? Vos quedareis... Vos mandareis siempre en este castillo!

BERTA.

Yo! ¡Mandar yo!... Pero ¿á dónde vais? ¿Cuál es el objeto de vuestra partida? Disculpadme si soy importuna... me habeis sorprendido de tal suerte...

ALFREDO.

¡Léjos!... muy léjos!... Para no vernos quizás en este mundo. — Esos desiertos arenales... esas regiones asoladas bajo un sol ardiente...

BERTA.

¿La Palestina?

ALFREDO.

Sí, la Palestina... Allí, allí... No hay en la tierra otra esperanza, no hay otra salvacion para Alfredo!

BERTA.

Yo respeto vuestras razones, y no quiero arrancaros los secretos del corazon... — ¡Quiere decir que la desgracia no se ha cansado de perseguirme! — Cuando pensaba haber encontrado un apoyo, un amigo verdadero, que me hiciese más soportables mis penas.... cuando habia sentido por vos la más dulce simpatía.... voy nuevamente á quedar abandonada á merced de un hermano caprichoso, y á todo el horror de una soledad eterna!

ALFREDO.

¡Por piedad, Berta! ¡Por piedad!... Ah! vos no sabeis...

BERTA.

Disimuladme, si os he hablado de mí. — Es la primera vez... porque va á ser la última. Eso que me habeis indicado no es posible... Yo habia colocado en vos mi esperanza... ¡triste y doloroso es el renunciar á ella!

ALFREDO.

(¡Imposible! ¡imposible!... No la puedo abandonar!)

BERTA.

Quisiera pediros un favor... otro favor, más sencillo, más fácil.—Marchais á la Tierra Santa... llevadme á mí tambien. Allí,

en el monte Carmelo, existe un Monasterio de Religiosas, donde he pasado algunos años de mi vida... allí existen las únicas amistades que me quedan en el mundo. Conducidme á él. En él rogaré á Dios por vuestra felicidad.... y si mi memoria no os es completamente desagradable, en él podreis de tiempo en tiempo saludar á la desdichada Berta.

ALFREDO.

No, Berta... No partireis... no partiremos... ¡Imposible! ¡imposible!... ¡Perezca mi virtud! ¡perezca todo!... No puedo abandonaros... La deshonra... el crímen... ¿qué me importa? No, no os abandonaré!...

BERTA.

¿Qué es lo que decís, Alfredo?

ALFREDO.

Sí, Berta: comprendedlo: comprended nuestra situacion... ya es imposible callar. — Yo os adoro: yo os adoro desde que os ví: yo llevo el infierno mismo, el infierno del amor, dentro de mis entrañas... He luchado... he resistido... he querido huir... imposible!... — Vos no me habeis dejado huir.... vos habeis querido precipitarme!,..

BERTA.

¡Yo?

ALFREDO.

Tú, tú... que tambien me amas... tal vez sin saberlo... Tú, que me has arrastrado al abismo, en donde vamos á caer uno y otro!... — Porque ya es forzoso, Berta... ya es forzoso que tú seas mia, y que yo sea tuyo... ya es forzoso que gocemos la felicidad del delirio, pues hemos perdido la de la inocencia!... ¡Forzoso, sí, forzoso!... ¡Hija de la Bretaña! Tú has nacido para mí: un destino férreo nos une: una mano de bronce nos impele el uno contra el otro... ven, ven aquí... sobre mi corazon... á la faz del cielo y de la tierra!...

BERTA.

¡Alfredo! ¡Alfredo!... Vuestro padre!...

ALFREDO.

¿Qué importa mi padre?... Mi padre fué feliz ántes de bajar á la region del descanso... Yo tambien lo seré: tambien tengo yo derecho á la felicidad... Tú me perteneces desde mi infancia; sí:... porque tú has realizado todas las ilusiones que la mecieron... Me perteneces!... ¡Maldicion, maldicion al que quiera impedirlo!...

BERTA.

¡Por piedad, por piedad, Alfredo!... Compadeceos de mi!... No abuseis de mi debilidad!

ALFREDO.

¡Indudable! Tú me amas: mi corazon ha incendiado al tuyo... Ese es nuestro destino... esa, la fatalidad de nuestra estrella... Tú no querias apartarte de mí:... yo me quedo... ¿Quién puede estorbarlo? ¿quién?... Vamos á ser felices... Seamos felices un momento sólo, y despues... que el infierno nos confunda. ¿Qué importa? Un instante; y venga, venga despues el rayo que nos aniquile!...

BERTA.

¡Qué palabras, Dios mio!.,. Tú me pierdes!... ¡Oh! si yo pudiera amarte, Alfredo!...

ALFREDO.

Pero no lo digas!... Seria demasiada felicidad!... Tu amor!... Que no lo repita el eco... que no lo oigan las auras!... ¡Para mí, para mí, tan sólo!... ¿Qué ha sido mi vida hasta ahora?... Vanidad, vanidad, insipidez eterna? ¿Me amarás, Berta; me amarás?... Tú me lo has dicho!... Oh! Esa agitacion de tu seno... esas lágrimas que corren por tus mejillas... Berta mia! Berta de mi corazon!...

(Berta lánguida y abandonada: Alfredo delirante, como expresan sus razones.)

ESCENA VII.

ALFREDO. BERTA. JORGE.

JORGE.

¿Qué miro? ¡Berta! ¡Berta!... Alfredo!

(Jorge, que entra de improviso, exclama como acaba de decirse. Alfredo, sorprendido, se aparta rápidamente de Berta, y se lanza á él sacando su daga.)

BERTA.

¡Ah!... Mi hermano.

ALFREDO.

¡Desdichado! (*Le hiere.*)

JORGE.

¡Asesino! (*Cae.*)

BERTA.

¿Qué haces, Alfredo?

ALFREDO. (*Tirando el puñal, y cubriéndose los ojos.*)

¡Dios mio! ¡Dios mio! — ¿Qué es lo que he hecho? — ¡Oh! Él habia visto mi felicidad! (*Cae el telon.*)

ACTO TERCERO.

Remordimientos.

Gran galería del castillo. En el fondo una Capilla, que se abrirá en la última escena.

ESCENA PRIMERA.

RUGERO. ROBERTO.

ROBERTO.

Estoy resuelto, Rugero: el astro de la noche me verá léjos de este castillo. ¡Bien sabe Dios cuan costoso me es el dejarlo; cuánto ha de padecer mi espíritu al separarme de unos lugares donde pasé cincuenta años de mi vida!—Pero, hijo mio, no me es posible permanecer más tiempo en esta caverna de maldicion. Miéntras ha podido esperarse que Alfredo volviese en sí de sus extravíos, y que reparase con un arrepentimiento verdadero sus

crímenes y sus escándalos, he debido permanecer en su compañía, á fin de escitarlo á que siguiese tal camino. Esa era mi obligacion, para con su padre, que me lo encomendó á su marcha, para con él, para conmigo propio... Mas cuando el tiempo y las reconvenciones han sido inútiles; cuando, léjos de contenerse en su viciosa carrera, cada dia se precipita por ella con más desenfreno; cuando desprecia las amonestaciones de nuestro santo Obispo, y prepara hoy ese horrible espectáculo, que debe asombrar hasta á los infieles enemigos de nuestra ley... no: mis ojos no se mancharán asistiendo á él; y por más que se destroze mi corazon, al considerar este destierro á que voy á condenarme... tendré valor, tendré fortaleza, para llevarlo á cabo.

RUGERO.

¿Qué quereis que os diga?... Razon teneis para tomar esa determinacion. Yo tambien abrigué esperanzas de restituirle á la virtud: hoy todas se han desvanecido. — El que hace gala del crímen, muy difícil es que dé entrada al arrepentimiento.

ROBERTO.

Te he manifestado mi resolucion que es invariable: no pretendo que modeles por la mia tu conducta; — en semejantes casos, cada uno debe consultar con su conciencia, y seguir únicamente sus consejos. — Sólo quisiera pedirte una gracia. Ángela es tu mujer: los derechos del padre espiraron al nacer los del esposo: yo no puedo ordenarla que me siga; desearia, pues, que tú se lo permitieses... Como débil anciano, necesito un

apoyo que sostenga mis últimos momentos, una persona amada que dulcifique los largos dias de mi vejez.... como padre, debo anhelar porque mi hija no respire el mismo ambiente que esa desdichada Berta. El aliento de los malvados emponzoña la atmósfera que los rodea, y puede corromper hasta la sangre de los inocentes. — ¿Me concederás esta gracia?

RUGERO.

Descuidad, padre mio. Ángela os acompañará... y Rugero tambien.

ROBERTO.

¿Tú tambien, Rugero?

RUGERO.

Sí, yo, que tampoco quiero permanecer más á su lado.— ¿Para qué? Demasiado he padecido... y demasiado he de padecer aún, sólo con la memoria de ese infeliz, que fué tan virtuoso... Yo os seguiré... yo os seguiré, Roberto!

ROBERTO.

¡Tú me seguirás! ¡me seguirá Ángela!... ¡Ay! Acompañándome vosotros, ya no me será el destierro tan duro ni tan horrible!

RUGERO.

¿Para qué he de permanecer aquí?... Ni él hace caso de mis

palabras, ni ese misterioso y desconocido extranjero las deja llegar á sus oidos... Ese es el que me lanza del palacio, como me ha lanzado del corazon de Alfredo. Sus consejos son los que lo pierden... los que le cierran los ojos á la luz... los que le impelen en el precipicio. — Su ominosa aparicion cuando acababa de cometerse el asesinato de Jorge; su presencia como sobrenatural en todas partes; sus expresiones tan friamente malvadas, que hielan la sangre hasta en el fondo del corazon; aquella fisonomía que hace estremecerse; aquellas miradas que ningunos ojos humanos pueden resistir...

ESCENA II.

RUGERO. ROBERTO. EL GRIEGO.

EL GRIEGO.

Alfredo pregunta por vos. Tiene que comunicaros ciertas órdenes.

ROBERTO.

¿A mí?

EL GRIEGO.

Sí, á vos. — Son relativas á la ceremonia que va á celebrarse.

ROBERTO.

En ese caso, podeis decirle que busque otro á quien comunicárselas. Yo no pienso contribuir á tamaño escándalo.

EL GRIEGO.

¿Eso respondeis al Baron? ¿Así cumplís vuestras obligaciones?

ROBERTO.

Eso le respondo: así cumplo mis deberes. — Vos le servireis mejor.... y le acabareis de despeñar en un precipicio sin fondo. — Ven, Rugero; ven.

EL GRIEGO. (*A Rugero.*)

Esperad un poco. Tengo que deciros dos palabras. — Ya os seguirá. — (Podeis pensar de mí lo que os parezca.... pero sabed que las palabras que se pronuncian más en secreto, resuenan en mis oidos tanto como las explosiones del volcan.)

RUGERO.

(¡Y bien?...)

EL GRIEGO.

(Nada. Que lo sepais. Era una simple advertencia.) — Id: Roberto os aguarda.

RUGERO.

¡Apenas le habíamos nombrado solos los dos!

ESCENA III.

EL GRIEGO.

Así. Bien está así... Que se precipiten: que pongan en ejecucion su idea: que partan cuanto ántes del castillo. — Mejor. Ménos obstáculos; ménos temores. — Hé aquí Berta. No es necesario estar presente. (*Se va.*)

ESCENA IV.

BERTA. ÁNGELA.

ÁNGELA.

En tales momentos, permitidme, señora, que me retire.— Para mí no seria agradable esa magnífica ceremonia.

BERTA.

¿Que no os será agradable — decís?

ÁNGELA.

Perdonadme, si mi franqueza...

BERTA.

Ángela: yo siento mucho vuestras palabras. Me sois simpática, y me he interesado por vos. Reflexionad un poco... Será como si nada me hubiéseis dicho. Pero retirad, retirad esas palabras que habeis pronunciado!

ÁNGELA.

Sois buena, señora; y por lo mismo que lo sois, me dispensareis tanto atrevimiento.—Los que hemos nacido en una clase vulgar conservamos siempre mil ideas, que os parecen preocupaciones... Convengo en que lo serán las mías... pero no puedo vencerlas...—No os faltarán, señora, damas de honor ni jóvenes muy lindas, que os acompañen al altar.—Permitidme, permitidme que me retire!

ESCENA V.

BERTA.

¡Ángela! ¡Ángela!—No me atiende... No sé lo que pasa por mí! ¡Verme aquí despreciada, escarnecida por una mujer de la

plebe... á quien él habia colmado de beneficios... á quien yo los reservaba todavía mayores... á quien acabo de rogar casi suplicante!... ¡Qué insolencia!... Abusa de mi carácter, de la bondad que la he manifestado.... abusa para vilipendiarme, para abatirme, para ajar mi orgullo y gozarse con mi humillacion!... ¡Ella me ha insultado... á mí... á la sangre más noble de la Bretaña!... ¡Ella se ha creido deshonrada de estar conmigo! ¡Ella se cree superior á Berta... á la que se dignaba de tenderle una mano, desde su elevacion, para levantarla del polvo!... No sé lo que pasa por mí... Y ¿así ha de quedar triunfante... así jactanciosa de haberme humillado?... No... es necesario que un hecho notable, ejemplar, me vengue de esa desdichada, para que yo no me avergüenze de mí propia!

—¿Más crímenes, Berta?... ¿No te bastan los cometidos?... ¿No te bastan esos fantasmas que te persiguen noche y dia, en las tinieblas y en la luz, en el bullicio, en la soledad, hasta en el seno de los mismos placeres que te arrastraron á cometerlos?... ¿Quieres que se levante aún otra voz tremenda, para aumentar el número de tus acusadores?—No, no. Yo no tengo el derecho de exijir de ella una estimacion que mi conducta desmerece:—ella tiene el derecho de despreciarme... La esposa de un villano es más honrada que la...!

—Pero ¿no voy á ser su esposa? ¿No va á pronunciarse sobre nosotros la bendicion de la Iglesia? ¿No van á legitimarse estos lazos, á estrecharse indisolublemente con la palabra de un ministro del Señor? — Sí:... dentro de pocos instantes, yo seré de Alfredo, y Alfredo será mio á la faz del mundo... un cuantioso donativo habrá lavado nuestras culpas y apaciguado la cólera divina... y nadie, nadie tendrá derecho de mirarme con desden... ¡Cuánta va á ser entónces mi felicidad!... ¡Ay! acabe el

remordimiento que despedaza mi corazon... y aunque deba morir en el mismo instante!... Acábese, fenezca esta voz que está siempre resonando en mis oidos.... que repiten las bóvedas.... que se prolonga debajo de tierra.... esta voz... «incestuosa!.., ¡fratricida!»

ESCENA VI.

BERTA. EL GRIEGO.

EL GRIEGO.

¡Ilusion! ¡debilidad!

BERTA.

¿Me escuchábais, amigo mio?

EL GRIEGO.

Debilidad, que yo me figuraba hubiéseis ya desechado... ¿No os va á unir un sacerdote? ¿No os he proporcionado ese medio de acallar vuestros vanos escrúpulos? — Desechadlos, Berta. Serenad vuestro corazon y vuestro semblante. — ¡Estais tan agitada! Alfredo va á llegar dentro de un momento. Preparaos á recibirle... ¡que tornen las rosas á vuestras mejillas! — En cuanto á la atrevida que os insultaba poco ha... que ha pretendido humillaros...

BERTA.

¿Ya lo sabeis?... ¿Se ha jactado quizá de ello?

EL GRIEGO.

Descuidad en mí: no se lisongeará de su triunfo!

BERTA.

Pero decidme...

EL GRIEGO.

Alfredo viene: os dejo bien acompañada... En eso consiste la felicidad... Creedme: no hay nada de real y de positivo sino el placer... Todo lo demás son quimeras y preocupaciones.

ESCENA VII.

BERTA. ALFREDO.

BERTA.

Alfredo mio!

ALFREDO.

Berta!... ¡Qué conmovida estás!

BERTA.

No, no es nada, ... ya no es nada. — Lo estuve hace un instante; pero llegó nuestro amigo, y sus palabras me han animado... ¡Cuánto le debemos, Alfredo!

ALFREDO.

Sí, Berta, le debemos mucho. — Cuando mis antiguos vasallos, mis escuderos, hasta Rugero propio, á quien he colmado de tantas distinciones, comenzaron á mirarnos con desvío, con horror tal vez... este Griego sólo nos ha consagrado una amistad sin límites, y está multiplicando sus servicios por nuestra felicidad... — Apénas indicamos un deseo, y ya lo vemos cumplido por él. Hoy mismo, si vamos á legitimar la pasion que nos anima, si vamos á recibir las bendiciones de la Iglesia; á su celo, á su eficacia lo debemos. — Ignorantes y supersticiosos los sacerdotes de esta isla, se negaban á santificar nuestro enlace, arrastrados por las necias preocupaciones del vulgo, y por un respeto servil hácia ese caduco anciano que ocupa la silla de Palermo... Y bien! nuestro amigo ha hecho venir á un sacerdote de su patria, un varon de eminente sabiduría, que ha escuchado con benignidad y excusado nuestras faltas, que ha disipado nuestros temores, que va á pronunciar sobre nosotros la bendicion que nos unirá para siempre...

BERTA.

Y que acabará con nuestros remordimientos... ¿No es verdad, Alfredo?

ALFREDO.

Sí, amor mio... acabará... Espéralo con toda confianza!

BEREA.

Sí, sí, lo espero... y esa esperanza es lo único que me sostiene y me apega á la vida... ¡Oh! ¡qué feliz voy á ser cuando esté tranquila, libre y tranquila mi conciencia! ¡Cuántos tesoros de amor y de ventura voy á encontrar en tu compañía... Todo, todo lo que nos rodée, hasta las fieras, hasta las plantas, hasta los seres insensibles, van á tener envidia de mi felicidad!... El sol nacerá todos los dias brillante y magestuoso: la noche se levantará siempre suave y placentera: mi vida, mi vida toda, va á ser una contínua ilusion, un sueño inacabable de placeres. —Brotará la rosa bajo nuestras pisadas... un aroma purísimo embalsamará el ambiente que respiremos... una música etérea, celestial, vagará en torno de nosotros... El mar nos tenderá sus ondas apacibles... el bosque nos dará su melancólico murmullo... el universo entero, sus gemidos de amor y de esperanza. — ¡Ah! cuando la primavera haya rociado sus dones en esta tierra de bendicion... en el sosiego de la noche... á la dulcísima luz de la luna... en esa playa donde las perezosas oleadas se estrellan tan blandamente... al vago y tierno sonido de tu laud, que dilatará una brisa leve y aérea como la memoria del placer... ¿no es verdad, Alfredo?... entonaremos el himno de los amores, y tu corazon y el mio se anegarán confundidos en aquella inefable delicia!...

ALFREDO.

¡Por piedad! Berta!... ¡por piedad!... ¡Más despacio... Tén compasion de mí!... Tú me haces espirar de placer!

BERTA. (*Gritando con sobresalto.*)

¡Ay!

ALFREDO.

¡Berta!

BERTA.

¡Perdon, Dios mio!... ¡Misericordia!

ALFREDO.

¡Berta!

BERTA.

¿No la has oido?... ¡la voz!... ¡Perdon! ¡No más! ¡no más! ¡no puedo más!... Alfredo, sálvame!... ¿no la oyes?... «*Fratri*!...»

ALFREDO.

¡Calla, Berta, calla!... ¡Desdichada!... ¡Desdichados uno y otro!... ¡Qué palidez! ¡Dios mio!

BERTA.

¿No volverá á sonar?... ¿Lo esperas, Alfredo!... Oh! Nunca ha sido tan espantosa: nunca se habia clavado tan fuertemente en mis entrañas!... ¿No volverá á sonar? ¿Crees tú que termine, cuando haya caido sobre nosotros la bendicion del sacerdote?... Alfredo! ¡Qué desdichada soy!... No me dejes... no te separes de mí un sólo momento!... Esto es morir... ¿Crees tú que acabará este suplicio?

ALFREDO.

Sosiégate, Berta, calma esa agitacion á que te abandonas, y que es tan funesta para ambos... ¡Yo no sé cuál va á ser nuestra suerte... rodeados sin cesar de esa sombra que no nos deja un sólo instante, que nos persigue más en los momentos de más ventura!... ¡Fatalidad de maldicion!... ¿Qué me importa el poseerte, el disfrutar de la felicidad suprema, si en el mismo delirio del placer ha de derramarse esa copa emponzoñada, para convertirlo en un infierno de dolores?... Si yo pudiese extinguirla!... Si pudiese, aunque fuera á fuerza de crímenes!... Imposible! Está escrito que no podamos ensordecer á esa voz... que no tengamos defensa contra ese puñal que llevamos clavado en nuestro seno!...

BERTA.

¡Con que no hay salvacion, Alfredo! ¡Con que estoy condenada á este suplicio perdurable!... Y yo que formaba esperanzas

lisonjeras... esperanzas sólo de deleite para el porvenir!... Di s mio! ¿por qué he venido á este castillo?... Tú vivías inocente y feliz; yo... no era dichosa; pero tampoco padecia este martirio imponderable!

ALFREDO.

¡Berta!

BERTA.

¡Cuánto debes maldecir mi llegada! Ella nos ha traido la perdicion de ambos: el asesinato... el incesto... ¡horrorosa comitiva que venia en pos de mí!... ¿Porqué no he permanecido eternamente en las mazmorras de Damieta? ¿Porqué no sumergieron los mares mi navío, ántes de arribar á estas playas? ¿Porqué no me consumió el rayo que ví estallar sobre la cima del Carmelo?... Yo hubiera sido virtuosa léjos de tu lado... tú hubieras sido feliz, si no me hubieses conocido!

ALFREDO.

No, eso no.... jamás. Desecha esos pensamientos impíos, indignos de tí, indignos tambien de Alfredo... Nuestro destino ha sido horroroso; pero es necesario que se cumpla... yo no lo repudio, yo no renuncio á él.—Nuestra vida está dominada por el mal... enhorabuena. Le sufriremos; mas no dejaremos de amarnos... no nos arrepentiremos de nuestra pasion...—Mira Berta... mi corazon padece tanto como el tuyo... esas voces que resuenan para tí, tambien están incesantemente atronando mis

oidos: esos fantasmas que te persiguen, tambien están de continuo ante mis ojos... ¡Pues bien! Yo los prefiero, yo prefiero estos horrores, á esa inocencia vana é insípida de que me hablabas... ¿No los prefieres tú tambien, hija del Norte? ¿Quisieras tú, por ventura, á precio de esa triste inocencia, abandonar un corazon como el mio, separarte para siempre de la mitad de tu sér, hasta olvidar la memoria de tantos momentos de felicidad?

BERTA.

¿Qué me preguntas, Alfredo mio!

ALFREDO.

No lo quisieras... no puedes quererlo. — Ya te lo he dicho, Berta: un destino sobrenatural nos une... un destino que nos hiciera el uno para el otro. — Es desgraciado, sí... ó á lo ménos lo ha sido hasta ahora... ¿Quién sabe si será más venturoso mañana? El tiempo puede borrar mil preocupaciones, que hoy combatimos en vano: la bendicion de la Iglesia...

BERTA.

¡Ay! en esa... en esa está sólo mi esperanza... ¡Si ella nos volviese la calma que hemos perdido!... ¡Si disminuyese estos horrores!... ¡Con qué placer daria yo de limosna la mitad de mis bienes, por conseguir este alivio, sin separarme de tu lado!

ALFREDO.

Esperémoslo siempre! esperémoslo aún! Nuestro amigo nos lo tiene prometido...

ESCENA VIII.

ALFREDO. BERTA. EL GRIEGO. ACOMPAÑAMIENTO.

EL GRIEGO.

Y vuestro amigo no acostumbra faltar á su palabra... Verdaderamente no lo merecíais. ¡Espíritus débiles, que no saben sobreponerse á una preocupacion! — En fin, lo habeis querido: el sacerdote os aguarda en el altar.

ALFREDO.

No sé cómo pagaros tanto servicio; cómo acreditaros mi agradecimiento! — Cuando gusteis, Berta!

BERTA.

(Apénas puedo sostenerme... ¡Qué angustia!) — Vamos.

ESCENA IX.

ALFREDO. BERTA. EL GRIEGO. RUGERO. ROBERTO.
ACOMPAÑAMIENTO.

ALFREDO.

Roberto... ¿vos?... Pensaba que no quisiéseis ser testigo!...

ROBERTO.

Y no lo pienso ser. — Pero desearia que me permitiéseis algunas palabras. — Serán pocas, Señor, y serán las últimas!

ALFREDO.

¿Las últimas — has dicho?

ROBERTO.

Sí, Alfredo, las últimas; porque mi vida, pura como estos cabellos blancos que caen sobre mi frente, no habia de ir á mancharse con..... Disimulad si os hablo de ese modo; yo no sé disfrazar ni mentir mis sentimientos. — Bien sabeis que no he nacido vasallo de vuestros mayores: no tengo mi cuna en vuestros estados: mis ojos se abrieron á la luz del otro lado de la montaña. Atraido por las promesas de vuestro abuelo, vino mi

padre á establecerse en estos contornos: las mercedes del vuestro, de Ricardo, acabaron de fijarme aquí. Yo los consideraba ya como una patria adoptiva, más querida aún que la verdadera; y en ellos habia pensado siempre que descansasen mis cenizas... ¡Ilusion! ¡locura! el formar tales proyectos!... Estaba decretado que á los doce lustros de mi edad habia de emprender una nueva peregrinacion; que no tuviese en donde reclinar la cabeza! No importa... — Tomad, señor, tomad:— (*dándole un pergamino*) os devuelvo cuantas mercedes he recibido de vuestros ascendientes y de vos. — Adios, Alfredo... ¡que el cielo os ilumine!

ALFREDO.

Espera, Roberto, espera... ¿Por qué tanta precipitacion? por qué quieres abandonar el castillo? ¿por qué te creas tú mismo ese fantasma que te asuste? — ¡Si lo hubieras hecho ántes! Mas ahora... cuando la Iglesia aprueba, y va á bendecir esta union!...

ROBERTO.

Callad, señor, callad... y no añadais el sacrilegio y la blasfemia á los demás crímenes de que estais cargado... ¿Qué Iglesia es la que aprueba esa union escandalosa, esa union que debe estremecer á todos los fieles?... Un sacerdote desconocido, procedente, segun dicen, de otras regiones, que nos trae ese aventurero misterioso, imágen del príncipe de las tinieblas!... ¿Es esa la Iglesia cristiana? ¿es esta la Iglesia de Sicilia, — la que presidiera al matrimonio de vuestro padre, la que os reci-

biera al nacer, la que santificó á mi presencia vuestro nombre?... ¡La Iglesia va á bendecir esta union!... ¡Cuando el Obispo de Palermo os ha conminado ya con sus censuras, si no os apresurábais á romperla en un breve plazo!...

BERTA.

¡Alfredo!

ALFREDO.

¡Ea! basta, Roberto... Al punto, al punto has de partir del castillo... Jactancioso de virtud y de honradez... ¿te prescriben estas ser tan insolente con tus señores.

ROBERTO.

Vos no lo sois ya mio. He dejado de ser vuestro vasallo.

ALFREDO.

Lo eres aún, y lo serás, miéntras permanezcas en mi casa.

ROBERTO.

Teneis razon: vuestra es la casa... siquiera yo no sea nada en ella... — ¡Dios mio! Nada os pido por mí, aunque voy á ser muy digno de compasion... sólo por él os pido misericordia!

EL GRIEGO.

(*Á Roberto.*) Esperad. — (*Á Alfredo.*) Podríais decirle que

llevase consigo á su hija,... discípula suya en moderacion.— Preguntad á Berta, que os informará de cuán humilde se la mostraba poco hace.

ALFREDO.

¿Quién? ¿Ángela?

EL GRIEGO.

¡Sí, Ángela... digna ciertamente de su nombre!

ALFREDO.

¿Será posible?... ¿Os habrá Ángela faltado?

BERTA.

No os lo puedo ocultar. Ángela acaba de insultarme acerbamente.

ALFREDO.

Pero nada me habíais dicho!... ¿Habíais querido sufrir con paciencia tanta humillacion? — Que venga aquí Ángela en el momento.

RUGERO.

Esperad un poco, señor... No es necesario que venga.

ALFREDO.

Rugero! ¿Tambien eres tú en contra mia? ¿Tambien te opones á mi voluntad?

RUGERO.

No me opongo de ningun modo: — por el contrario, voy á cumplirla. — Ángela es mi mujer. — Tomad, Alfredo. (*Le da otro pergamino.*) Ya no soy tampoco vasallo vuestro. Ángela va á seguirme léjos de aquí.

ALFREDO.

Así... ¡tú me dejas, Rugero! Tú, tú!!!

RUGERO.

Sí... yo os dejo... lo que nunca pensé... ¿quién lo hubiera dicho?... — Adios, señor!... Sed felid!... ¡Vamos!

ESCENA X.

ALFREDO. BERTA. EL GRIEGO. ACOMPAÑAMIENTO.

ALFREDO.

¡Todos me abandonan! ¡todos se separan de mi lado con horror... ¡Tan grande es mi crímen! ¡tan patente el sello de reprobacion grabado en mi rostro!... ¿Para qué he quedado en el mundo? ¡para asombro, para execracion universal!... ¿Llevaré por ventura como Cain la marca de la maldicion divina?...

BERTA.

¡Alfredo mio!

EL GRIEGO.

¡Dejadle quejarse como un niño de los fantasmas que él propio se crea! ¡Dejadle que sea infeliz por su sola voluntad!... Justo motivo es por cierto la marcha de un viejo caduco y de un jóven fanático ó envidioso, para apesadumbrarse de esa suerte!... Y á la verdad que le debemos bastante los que estamos á su lado! ¿Vale ménos mi amistad que la de ese jóven? ¿Vale ménos el amor de Berta que...

ALFREDO.

No, no: perdona, amigo mio,... perdona, mi adorada Berta,

un instante de debilidad, arrancado por los recuerdos de la juventud... — ¡Vayan en buen hora léjos de aquí!... Vosotros quedais conmigo: — tú que te interesas más que nadie en mi ventura; — tú que eres el ídolo de mi corazon. ¡Vayan, pues, á donde no vuelvan á presentarse delante de mis ojos! — Y si alguno de vosotros quiere acompañarlos; si hay alguno que esté descontento en mi presencia... que no quiera reconocer en Berta á mi esposa... que no tenga por única y soberana ley mi voluntad... tambien puede seguirlos... tambien puede despedirse de estos umbrales. — Yo no necesito á ninguno: — no me faltarán vasallos fieles que tengan á mucha honra el ser admitidos en mi servicio. — Vamos al altar.

(El acompañamiento se dirige á la puerta de la Capilla. Se abre ésta. De repente se alza la sombra de Jorge, que rechaza á Alfredo y á Berta.)

LA SOMBRA.

Deteneos, sacrílegos... ¿No veis el mar de sangre que media entre vosotros?

(Berta cae desmayada. Alfredo de rodillas, cubriéndose el rostro. El Griego, que ha quedado en primer término, tambien se lo cubre. Los otros nada ven.)

ACTO CUARTO.

Confusion.

Falda del Mongibelo. Colinas. Bosques.—En primer término, entre árboles, una casita modesta.

ESCENA PRIMERA.

ROBERTO. RUGERO. ÁNGELA.

ÁNGELA.

Con que abandonaron, decís, su escandaloso proyecto? ¿No han vuelto á intentar la sacrílega ceremonia?

ROBERTO.

Tal ha sido al ménos la relacion de Genaro.

RUGERO.

¿Habeis visto á Genaro?

ROBERTO.

Acabo de dejarle en esa aldea.

ÁNGELA.

¡Cómo!... ¿habria salido por ventura del castillo?

ROBERTO.

Si no me interrumpiéseis... Pero ¿cómo os lo he de decir todo de una vez?

ÁNGELA.

Continuad, continuad y dispensadnos, padre mio!

ROBERTO.

Os decia, pues que, ya sea que el mismo delito que los abruma extraviase sus fantasías, y diese cuerpo á aquella vision... ya, que Dios hubiese permitido que la sombra del infeliz hermano de Berta se presentase á los ojos de sus matadores... el hecho es que asombrados por la espantosa aparicion, no han vuelto á acercarse á los altares, para reclamar una ben-

dicion sacrílega, y pronunciar un juramento tan horroroso. La Capilla ha estado cerrada desde aquel dia: el sacerdote extranjero desapareció del mismo modo que habia venido!

RUGERO.

Más vale así. — Al ménos no añadirán la impiedad y la blasfemia á tantos crímenes como pesan sobre ellos!

ÁNGELA.

Pero ¿han seguido como ántes, ó han abandonado...

RUGERO.

¿Quién puede dudarlo, Ángela?... La carrera del crímen se asemeja á la bajada de una colina. Guardémonos de dar en ella los primeros pasos: despues, seremos arrastrados aun contra nuestra voluntad!

ROBERTO.

Al principio se apoderó de ambos el mayor abatimiento, y por algunos dias permanecieron sin verse, encerrados cada cual en su habitacion. Pero ese Griego, que Dios confunda, despues de haber trabajado separadamente con su elocuencia infernal para calmar sus remordimientos, haciéndoles creer que eran sólo una debilidad, nacida de las preocupaciones de su infancia... despues, cuando ya estaban vacilantes, con arte diabólica les proporcionó una entrevista... y en ella... ¿qué habia

de suceder?..... la pasion triunfó de nuevo de los deberes!

ÁNGELA.

Y ¡que no caiga un rayo del cielo sobre ese hombre!

ROBERTO.

Desde entónces el uno y la otra se han abandonado con el mayor desenfreno á su locura. Sus vasallos todos contemplan asombrados un escándalo tan público, un crímen tan sin pudor... Ya no se recatan ni de los conocidos ni de los extraños: juntos han asistido á las últimas fiestas de Palermo, llevando Alfredo en las justas los colores de Berta; y siendo en ellas, en los palacios, en los castillos de los barones, el objeto del asombro universal.

RUGERO.

Y ¡era tan modesto! Y ¡temia tanto verse en espectáculo, aun á los ojos de los que más le amaban!

ROBERTO.

Su inseparable Griego los sigue por todas partes, rodeado siempre del mismo misterio, inspirando la propia antipatía, pero sojuzgando sin remedio á cuantos hace blanco de sus miradas.

ÁNGELA.

Y ¿aun no se ha descubierto su verdadera patria, su orígen, su familia?...

ROBERTO.

Nada, nada se sabe hoy de él, más que lo que sabíamos nosotros. Solo sobre la tierra, no se le conocen en ella otros lazos que los del crímen. Mofador eterno de todos los sentimientos genorosos, despreciador de todas las cosas divinas, frio predicador de un ateismo desolante, sin amar á ninguna persona humana... pero lleno al mismo tiempo de sabiduría y de recursos, multiplicándose por donde quiera, calando hasta el fondo de los pensamientos... ese Griego es un problema, que ni aun se atreven á considerar atentamente, por el mismo terror que les inspira á todos. — Entre tanto el castillo, abandonado por Berta y por Alfredo...

RUGERO. — ÁNGELA.

¿Han dejado el castillo?...

ROBERTO.

Bullia en él demasiado viva la sangre de Jorge; y quisieron abandonarlo, por ver si se libertaban de su sombra.—El castillo pues, os decia, ha quedado como un yermo: el miedo de los señores se ha comunicado á los sirvientes, que refieren cosas sin-

gulares de los asombros que allí pasan... Hay fantasmas, ruido de cadenas, apariciones misteriosas... En fin, muchos, todos los que podian, han dejado el servicio de Alfredo.—Entre estos, lo es uno Genaro, que me acaba de referir en esa aldea vecina tantas y tan extrañas novedades.

RUGERO.

Teneis razon: tantas y tan extrañas novedades!... ¿Quién habia de imaginarlas? Cuando Alfredo se distinguia entre todos los barones de Sicilia por la rectitud de su corazon y por la modestia de sus acciones; cuando era su castillo una morada de contento, un ejemplo de felicidad tranquila y animada; cuando la única pasion que conmovia su pecho era el amor filial, que le arrastraba á lanzarse á los mares y á buscar los desiertos de la Siria... ¿quién nos habia de decir que en tan corto tiempo habíamos de presenciar un trastorno tan universal, tan absoluto?

ÁNGELA. (*Despues de haber hablado en secreto á Roberto.*)

Sí, padre mio: venid... Debeis estar cansado... Venid y os reposareis unos instantes.

ESCENA II.

RUGERO.

Yo me acuerdo del dia en que llegó esa desdichada... cuando él pensaba partir para los Santos Lugares... ¡Ojalá lo hubiese realizado! Nosotros que nos oponíamos á su marcha, ¡cuánto daríamos ahora por haberle animado á ella!... Ah! ¿qué sabe el hombre lo que le conduce al bien, ni lo que le lleva al borde del abismo?—«La fatalidad!—me decia él llorando otra tarde,—la fatalidad es la única ley del mundo!...»—¿Tendria razon?... ¿Estará por ventura determinada nuestra suerte por un destino inexorable, imposible de doblegar, sean los que fueren nuestros esfuerzos?... No... no! El es culpado: es culpado todo el que deja vencerse... ¡Hubiese huido cuando se reconoció débil para resistir; y no hubiera abrigado en su seno el áspid que habia de emponzoñar su sangre... La huida... la huida siempre es posible, cuando no es posible la victoria... Fuese desgraciado... pero no seria criminal!

ESCENA III.

RUGERO. ÁNGELA.

ÁNGELA.

Ya lo sabia yo... Desde que mi padre principió á darnos noticias de Alfredo, conocí que iba á acabarse tu alegría, y á llenarse de tristeza tu corazon.

RUGERO.

¿Qué quieres, Ángela! Los afectos de la juventud no se lanzan tan fácilmente del pecho... Pero ya ves que mi tristeza no me impide el ser feliz, y ménos aún el contribuir con todos mis esfuerzos á tu felicidad. — La melancolía que cubre á las veces un corazon puro y libre de remordimientos, es como una nubecilla de primavera: suele rociar algunas gotas sobre las flores; pero no les quita su vida ni aun su brillo. El sol no tarda despues en bañarlas con sus espléndidos rayos; y esta misma luz parece más pura y más amable, hiriendo las perlas que habia recogido el cáliz de las rosas.

ÁNGELA.

¡Oh! sí... En cuanto á bellas palabras, á lindas y poéticas comparaciones... ya sé que no son muchos los que pueden po-

nerse á tu lado... Pues bien! aunque duren poco esas nubecillas; aunque sea efímero el rocío en que se deshagan, yo te confieso, Rugero, que no querria verlas jamás;... porque cuando principian á amenazarnos, nada me indica á mí si serán sólo tales nubecillas pasageras, ó si llevarán en su seno el rayo y la destruccion.... — ¿Qué tal, mi querido maestro? ¿Voy sacando fruto de tus lecciones? ¿Voy adelantando en el lenguaje de las alegorías?

RUGERO.

¡Ángela! ¡Ángela!... Tú eres un serafin, que el cielo ha enviado á la tierra para hacer mi felicidad. — A tu lado no puede morar la tristeza. Tú eres dulce, como la tarde de un hermoso dia; blanda, como el aliento de la rosa de abril; amable, como la antorcha que se descubre á lo léjos en una noche tempestuosa... Junto á tí, no hay ninguna pena que no se embote, ningun pensamiento de amargura que no se dulcifique... ¡Ángel del cielo! — así me apareciste desde tu niñez; y cada dia que pasa por nosotros añade un nuevo grado á mi pasion, un nuevo encanto á mi felicidad!

ÁNGELA.

¡Siempre exaltado! ¡Siempre respirando entusiasmo en todas tus palabras!... ¡O de Alfredo ó de mí... Nunca has sabido hablar de otras cosas!

RUGERO.

Y ¿qué hay en este mundo, Ángela mia, — ¿qué hay de

real y verdadero sino el entusiasmo, el amor y la amistad?... Y cuando el entusiasmo se consagra á un objeto digno, cuando el amor es puro é irreprehensible como el nuestro, cuando la amistad se fundó sobre simpatías virtuosas... entónces... ¿por qué ocultarlo en el silencio?... ¿por qué no publicarlo á la faz del cielo y de la tierra, como un ejemplo de ventura, y como un himno inefable en loor de la Divinidad que nos la ha dispensado?

(Se oyen cornetas y rumor de cacería en la montaña.)

ÁNGELA.

Calla, Rugero mio... calla!... ¿No escuchas?

RUGERO.

Verdaderamente no sé quién podrá ser... El Baron de este territorio está en Palermo...

ÁNGELA.

Ya se van alejando... Por allí... Me parece que debe ser una gran batida... Hace mucho tiempo que no hemos escuchado otra igual.—¿Qué miras, Rugero? ¿qué estás observando?

RUGERO.

No hay duda... es un caminante... Mas ¿á dónde va por aquel sitio?... No hay camino allí... Ya nos ha visto, y se diri-

ge hácia nosotros... No sé cómo ha podido pasar por medio de tantos precipicios.

ESCENA IV.

RUGERO. ÁNGELA. RICARDO.

RICARDO.

¡Perdonadme, bellos jóvenes, si os interrumpo!... ¡La bendicion del cielo sea con vosotros y en vuestra casa!

RUGERO. (*Presentándole la mano*).

No os detengais, buen hombre, llegad; y que Dios os bendiga igualmente... Si sois, como parece, un viajero extraviado; si sois algun infeliz á quien nosotros ó nuestro padre podamos ser útiles.... llegad, llegad sin timidez.... nuestra puerta no está nunca cerrada para el menesteroso.

RICARDO.

Os agradezco en el alma la bondad que me manifestais; y aceptaré gustoso algunos servicios, que no quedarán sin recompensa... — Aunque me veis en un traje humilde...

RUGERO.

¡Por Dios, extranjero!...

RICARDO.

Decís bien.... los servicios que se ofrecen, como me los ofreceis vosotros, no pueden pagarlos los hombres:... su recompensa está en otra parte. — Me permitireis que descanse un poco!...

ÁNGELA.

Pero aquí no... Venid. — Estareis mejor allá adentro.

RICARDO.

Gracias! mil gracias, amable jóven!... No es necesario... ¿Dónde he de estar mejor que bajo de estos frondosos árboles?

RUGERO.

En donde gusteis.

RICARDO.

Sí, aquí... Es un hermoso sitio... una vista sumamente deliciosa... Es una digna habitacion de dos jóvenes tan felices como vosotros me lo pareceis.

RUGERO.

Extranjero, nosotros somos unos pobres aldeanos, que no os

podemos ofrecer regalos ni abundancia; pero si necesitais reparar vuestras fuerzas, no os faltará en esta humilde habitacion con qué satisfacer las verdaderas necesidades de la vida.

RICARDO.

Ya os he dicho que aceptaré vuestras ofertas con la misma franqueza con que me las haceis... Mis desgracias me han enseñado á recibir sin altivez los beneficios de mis prójimos.

ÁNGELA.

¡Vuestras desgracias!... ¿Habeis sido desgraciado?

RICARDO.

Mucho!... muy infeliz!... Mi vida entera ha sido una série casi constante de desdichas; y si alguna vez ha lucido la felicidad sobre su horizonte, luego, luego se ha desvanecido como una exhalacion!

RUGERO.

Os compadecemos, extranjero. Tambien nosotros sabemos lo que es padecer, y hemos conocido las horas de la amargura... Sin embargo, la amargura ha pasado, y se ha desvanecido el padecimiento, porque nuestros corazones estaban puros é inocentes.

RICARDO.

¡Ah! vosotros no habreis arrastrado una penosa existencia

léjos de vuestra patria... vosotros no os habreis visto arrancar todas las personas que obtenian vuestro cariño... vosotros no habreis contemplado la muerte volando en derredor por espacio de muchos dias; y no separarse de vuestro lado, y no restañarse la sangre que corria anchurosamente del pecho, sino para ser sepultado en las mazmorras de Damieta, y sufrir el más horrible cautiverio... — Yo no sé si cuando se padece tanto, será bastante consuelo el decir en el interior «soy inocente!»... En cuanto á mí... yo no sé... yo no me atrevo á decirlo.

RUGERO.

No os dejeis abatir, extranjero. Desechad las angustias de lo pasado: pensad que ya lucirán para vos dias más tranquilos.— Estais en una tierra cristiana, en una region hospitalaria...

RICARDO.

Sí, amigo mio: espero que lo sea para mí, y que se dulcifiquen mis desventuras. Rotas ya mis cadenas, y atravesado felizmente el mar, parece que el cielo principia á serme favorable.

ÁNGELA.

Y ¿es todavía muy léjos á donde caminais?

RICARDO.

Me dirijo á la parte septentrional de esta isla, viniendo de las costas opuestas, donde he desembarcado. Confiado en mi me-

moria, para reconocer estos sitios, que habia corrido en otro tiempo, me decidí á atravesar solo la montaña; pero algunos años han trastornado la faz de esta tierra, y os debo confesar que me he perdido... Cerca de estos lugares me pareció escuchar clamor de cacería, y me encaminé á donde se escuchaba el ruido, para preguntar á los monteros por la senda que me convendria tomar... Pero ellos se alejaban; y por más esfuerzos que ponia de mi parte, sólo adelantaba extraviarme y confundirme más aún. Ya principiaba á fatigarme el cansancio, cuando descubrí vuestra habitacion... — No sabeis cómo os agradezco la caridad que ejercitais conmigo.

RUGERO.

Pues bien!... restablecereis vuestras fuerzas; y mañana, ó cuando querais partir, yo mismo os conduciré á la llanura, y os indicaré vuestro camino, segun el punto á que querais marchar... — Y bien, Ángela mia!

ÁNGELA.

Escucha, Rugero. (*Hablan en secreto.*) (*Se vá Ángela.*)

RICARDO.

¡Rugero! ¡Ángela! — han dicho!... Y su edad... y sus facciones... ¿Será posible? Pero ¿cómo habrian dejado el castillo?...

ESCENA V.

RUGERO. RICARDO.

RICARDO.

Permitid, jóven, que os haga una pregunta... Vuestros nombres... (los habeis dicho delante de mí)... vuestros nombres... no lo puedo disimular... me han conmovido en extremo.— ¿Habeis nacido en estos mismos lugares?

RUGERO.

En la isla, sí; no aquí precisamente. — Más allá de esa cordillera, hácia la llanada de Palermo, hay un castillo donde tuvo principio nuestra existencia. Si, como parece, vos habeis recorrido estos lugares, podeis conocerle muy bien... El padre de Ángela y el mio eran vasallos del señor de aquel territorio, y contínuos de su casa.

RICARDO.

¿Vuestro padre se llamaba...

RUGERO.

Conrado.

RICARDO.

Y el de Ángela; Roberto?...

RUGERO.

Seguramente, Roberto... ¿Los conocíais acaso? — ¿Qué teneis? ¿Por qué es esa agitacion, que no podeis dominar?

RICARDO.

Y ¿vive Roberto?... vive?...

RUGERO.

Vive, sí... vive aquí con nosotros... en esta casa.

RICARDO.

¿Aquí!... Y no en el castillo?... ¡Dios mio!.,. Roberto! Roberto! ¿Qué ha sido de mi hijo?... (*Se entra en la casa.*)

RUGERO.

¡Conoce á nuestros padres!... ¡nos conoce!... ¿Quién es?... Si no hubiese muerto!... — ¡Alfredo!... ¡Qué horror!... No sea ¡Dios mio! no sea!... Sigamos á descubrir este misterio!...

ESCENA VI.

ALFREDO. BERTA. EL GRIEGO. CRIADOS.

(Han asomado por una colina al tiempo de decir Ricardo sus últimas expresiones.—Van bajando.)

BERTA.

Aun no se descubren los que quedaron con los caballos.

ALFREDO.

Es que habíamos subido mucho... Pero ya no tardaremos en llegar á la falda.

BERTA.

Bien lo deseo, y bien lo hé menester... ¡Estoy tan cansada!... Jamás me he sentido con ménos fuerzas que hoy!

ALFREDO.

Descansaremos, si quieres... Aquí, en esta cueva podremos guarecernos de los rayos del sol.

BERTA.

No, no... Estoy agitada aun más que cansada... No sé por qué... pero no quisiera detenerme en estos sitios. — Bajemos, bajemos más.

ALFREDO.

Al ménos, amor mio, puedes apoyarte en mi brazo... — ¿Qué tienes, Berta?... ¿Por qué tiemblas? ¡Qué pálida estás!

BERTA.

Estoy muy fatigada... No me es posible seguir, si no nos detenemos un poco.

ALFREDO.

Pues bien!... aquí... en esta pequeña llanada, bajo estos árboles... ¿Qué miro! Una casa!... Ven á descansar á ella.

BERTA.

No, no, Alfredo... no: no llegues á esa casa... ¿No ves qué aspecto tiene?... Yo me lleno de terror sólo al contemplarla... No sé por qué; pero no lleguemos... ¡Ah!... Míralo! míralo!...

ALFREDO.

¿Qué he de mirar? ¿De qué es de lo que hablas?

BERTA.

¿No lo ves?... El cuervo que nos persigue todo el dia; que no ha dejado de volar en derredor de nosotros; y que en vano han querido ahuyentar los ballesteros... ¡Míralo! Encima de esa casa está!

ALFREDO.

Voy á disipar tus recelos...—Dadme una ballesta.

BERTA.

¿Qué vas á hacer, Alfredo?

ALFREDO. (*Tira al cuervo: este cae.*)

Míralo ya.—¿Se acabarán ahora tus temores?

BERTA.

Bien! Pero no lleguemos á la casa.—Descansemos aquí un instante, y sigamos luego nuestro camino.

ALFREDO.

Como tú quieras, vida mia. Descansemos aquí. Yo tambien necesito un momento de descanso... ¡Qué ballesta tan dura!... Me ha hecho daño el esfuerzo para disparar... ¡Cómo me palpita el corazon! (*Se sienta.*)—Sólo tú, amigo mio, (*al Grie-*

yo) eres superior á todas las fatigas... — Sin embargo, observo hoy en tí una novedad que no sé explicarme. Jamás te he visto tan taciturno. ¿Qué tienes? ¿Estás, por ventura, enamorado?

EL GRIEGO.

¿Yo!... No, no lo temas!

ALFREDO.

¿Te ha ocurrido alguna desgracia? ¿te oprime algun presentimiento?

EL GRIEGO.

¡Presentimiento!... ¿Soy yo acaso algun espíritu débil como tú?

ALFREDO.

Me parece que no tienes derecho para darme ese nombre. En otro tiempo — no lo negaré, — mi razon era esclava de todas las preocupaciones comunes... Pero, gracias á tu auxilio, ya he sacudido un yugo tan vergozoso como insoportable.

EL GRIEGO.

¿De veras, Alfredo!

ALFREDO.

Entiendo que tú no lo debes dudar... ¿Crees, por ejemplo, que en otra ocasion no me hubiera detenido en disparar ese ballestazo? ¿Crees que no me causaria temores esta zozobra interior que me ha quedado de él?

EL GRIEGO.

Podria haber con todo circunstancias que te hicieran puerilmente temblar, como temblabas ántes.

ALFREDO.

No lo temas, amigo mio... ¡Temblar?... ¿de qué? Aquel fantasma que me perseguia, se ha disipado... aquella voz que resonaba en mis oidos, me ha dejado ya libre de su persecucion.

EL GRIEGO.

¿Qué sabe nunca el hombre lo que le espera?... Tú, que te jactas de valor y de serenidad, quizá desfallecerias delante de un hombre que puede estarnos oyendo...

ALFREDO.

¿Te burlas!...

EL GRIEGO.

Como temblaba Berta delante de esa cabaña, que no se atreve á mirar.

BERTA.

Por compasion... no me la nombreis; no la ofrezcais á mis ojos ni mi pensamiento... ¿Qué importa?... Yo no me precio de fortaleza... ¡Dejadme con mis preocupaciones!... Vamos, vámonos, Alfredo!

ALFREDO.

Pero, Berta!

BERTA.

Sí, dejadme... y vámonos... ¿No veis que esa cabaña tiene el aspecto de un sepulcro?... ¿No veis ese vapor fatídico que la circunda?... Si de repente se levantara en ella... ¡Ay! Ricardo!... Mi esposo!... Perdon!

ESCENA VII.

ALFREDO. BERTA. EL GRIEGO. RICARDO. ROBERTO. RUGERO. ÁNGELA. ACOMPAÑAMIENTO.

RICARDO.

¡Berta!

ALFREDO.

¡Mi padre!

RICARDO.

¡Alfredo!

BERTA.

¡Perdon, sombra de mi esposo!... espíritu de la tumba!... ¡Perdon!

RICARDO.

No soy sombra, Berta... no soy espíritu de la tumba... No, Alfredo... Soy tu padre... soy Ricardo... que vive áun para corregir extravíos, para castigar crímenes... El cielo no ha

permitido mi muerte: — ojalá me la hubiese enviado, ántes de veros como os encuentro hoy! — En fin, ya estoy en Sicilia... y delante de vosotros. — Levantad, señora... Vamos á mi palacio... allí sabreis mi voluntad.—Roberto, Rugero, Ángela... acompañadme tambien... no admito ninguna escusa, ninguna, ninguna...—En cuanto á vos... (*al Griego*) dispensadme de que os vuelva á ver en mi presencia!

ACTO QUINTO.

Crímen.

Un salon del Castillo. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

ALFREDO. EL GRIEGO.

EL GRIEGO. (*Entra con cautela.*)

¡Alfredo! ¡Alfredo!

ALFREDO. (*Levantándose.*)

¿Tú aquí, amigo mio?... Yo te imaginaba léjos de este palacio.

EL GRIEGO.

¿Habia de haberte dejado de ese modo?... ¿sin despedirnos?

ALFREDO.

Como mi padre...

EL GRIEGO.

Tu padre... sí, tu padre... me ha echado de su presencia. ¡Tal relacion le habrán hecho de mí su Roberto, su Rugero, su querida Ángela!... Y bien! no volveré á presentarme á su vista... Tampoco me presentaré más á la tuya, si confirmas por tu parte este destierro...

ALFREDO.

¡Yo!

EL GRIEGO.

Ellos me acusan de que te he pervertido y te he precipitado... de que si tú has adorado á Berta, si os habeis entregado á los placeres de ese amor, ha sido solo por mis consejos.—En cuanto á tí, bien sabes la verdad: bien sabes cuán falsas son esas acusaciones; cuán léjos me hallaba de estos lugares, cuando quiso vuestra suerte... Pero en fin, eso no importa. Si tú participases de su creencia; si entendieses que culpándome á

mí, te puedes restaurar en la gracia de tu padre; si anhelas obtener esa gracia... ¡en buen hora!... Pronuncia una sola palabra, y parto á donde no vuelvas á verme jamás!

ALFREDO.

¡Oh! nunca, nunca, amigo mio!... Nunca me acusarás de esa ingratitud, de esa perfidia... Primero estoy resuelto á sufrir todas las reconvenciones, todas las penas que quieran imponérseme. Yo no te debo á tí sino agradecimiento, eterno agradecimiento... Tú has sido el único que te has interesado por mí... el único que trabajabas por conseguir mi ventura.

EL GRIEGO.

No esperaba yo otra respuesta de Alfredo... Perdona si he fingido unos temores que estaban muy distantes de mi ánimo... Y, pues que tú no me lanzas de tu presencia, pues que no me ordenas abandonar el castillo... descuida, Alfredo; me quedo contigo... permaneceré á tu lado, hasta ver asegurada nuevamente tu felicidad.

ALFREDO.

¿Qué pronuncias, amigo mio!... ¡Mi felicidad?... ¡Ilusion que se ha desvanecido como un sueño! ¡Palabra que no tiene sentido para mí!... ¡Felicidad! Esta mañana la creia aun posible; ya me iba aproximando á ella... Ahora... cuando me ves en este abismo sin fondo, donde me he precipitado... cuando el

sepulcro mismo ha lanzado su presa, para que venga á pedirme cuenta de mis extravíos... ¿cómo puedes hablarme de felicidad ni de esperanza?

EL GRIEGO.

¡Siempre débil! ¡siempre preocupado por una idea! ¡siempre desconfiando de lo futuro, porque ni siquiera conoces lo presente!

ALFREDO.

Pero ¿dónde... ¿dónde puedo encontrar, no ya la ventura, siquiera al ménos el descanso?... ¿dónde?... ¡Ah! lo sé... En un lugar... en un lugar solo... no hay más que uno para mí... la tumba. ¡La tumba! sí... y bajaré á ella... yo descansaré en el seno de la nada... Allí, allí se calmarán estos dolores: allí se apagará la maldecida estrella que me ha conducido por el mundo... ¡Mira! ¿ves este acero? ¿Le ves teñido en sangre?... Es la de Jorge... Ya sabe el camino del corazon.— Jorge descansa ya... yo iré á descansar á su lado!

EL GRIEGO.

Me da compasion el escucharte... ¡Quieres morir! ¡quieres abandonar la vida! ¡renuncias al porvenir, que tal vez se te preparaba!... ¡A los cinco lustros de edad, despedirse de la existencia, por un contratiempo que hubieras podido prever!... ¡Pobre, pobre delirante! ¡El que esta mañana me decia que no era ya un espíritu débil!... Vamos, Alfredo; es necesario sa-

cudir esos restos de molicie... Ninguna afliccion es perdurable... ninguna tormenta dura veinticuatro horas. —Serénate. Conserva por esta noche la vida... Siempre hay tiempo para morir... ¡Y bien! ¿en qué se funda ahora tu desgracia? En que vive tu padre.—Mas, ¿es por ventura inmortal?

ALFREDO.

¡Qué idea tan horrorosa, gran Dios!

EL GRIEGO.

Nada, nada de extraño... Al momento se ofusca tu razon, y te pierdes tras de sentidos misteriosos.—Yo he dicho únicamente que tu desgracia se funda en la vida de tu padre, y que tu padre no es inmortal... ¿No es esto por ventura muy sencillo? ¿No es lo natural que los padres mueran primero que sus hijos?

ALFREDO.

Calla, calla!... Esas expresiones, ese acento, me estremecen!...

EL GRIEGO.

Siento que interpretes con tal equivocacion mis ideas... pero ¡bien! me guardaré de repetírtelas... Unicamente insisto en que no abandones la esperanza. — A cada instante puede haber una novedad en la vida. Aguarda, pues. — Tu padre se acerca

con Roberto... Sígueme, sígueme... Tenemos aun que hablar, primero que te presentes á él.

ESCENA II.

RICARDO. ROBERTO.

RICARDO.

No, no puedo dilatarlo. Habia pensado que pasase esta noche, ántes de intimarles mi resolucion... Pero no sé qué zozobra me agita: el corazon me late, como si quisiera salírseme del pecho!... Necesito concluir de una vez!...

ROBERTO.

¿Qué ordenais, pues, señor?

RICARDO.

Necesito concluir... Haz que vengan á mi presencia.

ROBERTO.

¿Los dos?

RICARDO.

Sí, los dos... pero no á un mismo tiempo.—Es mejor verlos

separados.—Quiero conservar, en cuanto me sea posible, un resto de serenidad.

ROBERTO.

Y ¿cuál vendrá primero?

RICARDO.

Cualquiera... lo mismo es...—No, no; ella... ella primero.—En favor de mi hijo me hablará siempre la memoria de su madre!

ROBERTO.

¡Ah, señor!... ¡Su madre!

RICARDO.

Sí, Roberto... su madre... aquella bienaventurada que yo no merecia, y que nos está mirando desde el cielo... ¿Por qué me he olvidado de ella alguna vez? ¡Ve, ve, Roberto!

ESCENA III.

RICARDO.

¡Ojalá la hubiese yo acompañado á la tumba... y no me veria hoy!... Yo, yo soy el primer culpado... yo que falté á mis votos, á mis promesas más solemnes... yo, que no tuve reparo en dar á Blanca una sucesora!... Ella no lo hubiera hecho jamás conmigo!...—No puedo respirar... la sangre hierve y sofoca mi pecho... parece que van á estallar todas mis venas!... Está tan condensada esta atmósfera!... Un poco de ambiente de la noche quizá me haria bien.

(Abre una ventana del fondo; y aparece el Volcan ardiendo. Relámpagos y truenos.—Vuelve á cerrar.)

—¡Oh Dios! ¡tambien el cielo... tambien la naturaleza se estremece!... ¿Qué noche de horrores es esta! ¿qué noche de desolacion!

ESCENA IV.

RICARDO. BERTA. ROBERTO.

ROBERTO. (*Anunciando.*)

Vuestra esposa, señor.

RICARDO.

Bien, Roberto. (*Roberto se va.*)

BERTA. (*Corriendo á los piés de Ricardo.*)

¡Misericordia, Señor!... ¡Misericordia!

RICARDO.

Levantaos, levantaos, Berta!

BERTA.

No, no me levantaré de vuestros piés, hasta que me hayais perdonado!

RICARDO.

Levantaos, señora... ¿Puedo yo perdonaros por ventura?... Vuestro perdon... imploradlo del cielo!

BERTA.

Del cielo... sí... yo lo imploraré... Mi vida toda será un sacrificio de expiacion por mis crímenes...—Pero perdonadme vos tambien... lo necesito ántes que todo... así me será más posible desarmar la cólera divina.

RICARDO.

Bien lo habeis menester, Berta... Vuestras faltas han sido muy grandes.

BERTA.

¡Enormes! Ricardo, ¡enormes!... Lo conozco... Yo os he perdido... he perdido á mi hermano... he perdido á vuestro hijo... he manchado vuestro tálamo... he hecho correr mi propia sangre... he derramado el deshonor sobre vuestro nombre... he sido el oprobio de mi país, el escándalo de Sicilia, la execracion del mundo todo!... ¡Enormes, enormes han sido mis crímenes!... ¡Mi existencia ha sido un azote para la humanidad!... Pero ¡apiadaos de mí, Ricardo! ¡No me desecheis de vuestra vista con indignacion! ¡Tened, tened piedad de esta desdichada!... ¿Decís que no podeis perdonarme!... ¡Ah! Dios perdona siempre, cuando son verdad nuestro dolor y nuestro arrepentimiento!

RICARDO.

Bien... Berta!... Yo tampoco soy inexorable... Yo os perdonaré... porque Dios me perdone!... Levantad!

BERTA.

¡Me perdonareis? ¡Oh! no me levantaré! ¡no me levantaré de vuestras plantas!... Dejad que las bañe con mi llanto, con el llanto de la gratitud y del consuelo!... Vos me salvais, Ricardo... vos sois un enviado de la Divinidad, para abrirme las puertas de mi salvacion... ¡Ah! Puesto que vos me perdonais... puesto que las lágrimas que corren por mi pecho han podido enternecer vuestra alma... ¡haced, Dios mío, que tambien consiga misericordia en presencia de mi hermano!... ¡Haced que tambien me conceda su perdon!... ¡Que se borre mi crimen!... ¡que se extinga esta voz horrorosa, que me ha perseguido desde su muerte!...

RICARDO.

(¡Desdichada!... Seguramente era digna de mejor destino!)

BERTA.

¡Conque me habeis perdonado!... ¡O gozo!... Ya podré levantarme del suelo... (*Se levanta*). Ya tendré derecho... ¡Ay, no!... ¡Santo es el arrepentimiento; pero no es puro y cándido como la inocencia!...—Me habeis perdonado... derramais un bálsamo en mi corazon... mas nadie borrará la mancha que llevo estampada sobre mi frente!

RICARDO.

Berta... yo he prometido vuestro perdon, porque he visto

correr esas lágrimas, y porque mi alma necesita tambien demandar misericordia. Cuando yo era jóven... estuve unido á un ángel, cuyo mérito no conocí durante su vida; más á quien por lo ménos no hubiera debido olvidar despues de su muerte... La olvidé un dia: vos me hicísteis olvidarla... ¡ojalá no me hubiéseis escuchado nunca! — Desde entónces se acabó mi tranquilidad, y no he conocido sino desgracias. — Perdonada estais, Berta... pero ni vos ni yo debemos querer una vida comun... ni el mundo pudiera tampoco permitirla. — Vos conocereis que no obro por resentimiento... completo es mi perdon... pero las heridas duelen siempre, y estas manchas — ya lo dijísteis — nunca se borran. — ¡Berta! mañana partireis para un monasterio... el que vos misma elijais... No debeis alucinaros... ¡habeis menester de implorar largamente la misericordia del Señor!

BERTA.

Precisamente iba á solicitar de vos esa gracia. Hay situaciones en las que no nos queda otra esperanza que la de una penitencia perdurable... Yo debo hacerla, Ricardo... yo la haré. — Ni tengo derecho para ser considerada como esposa vuestra; ni soy ya tan poco cuidadosa de vuestra reputacion y vuestro nombre, que quiera haceros partícipe de mi ignominia.... No: yo he cometido el crímen; yo sola debo llevar el castigo y la vergüenza... Disponed mi marcha... disponed de mi destino... Sola, en una perpétua reclusion, yo justificaré vuestra conducta, y haré conocer á vos propio y al mundo entero que soy digna del perdon que me habeis otorgado.

RICARDO.

En buen hora, Berta... Yo lo celebraré... Adios: no nos veremos más... Roberto cuidará de vuestro destino.

BERTA. (*Se arrodilla y le besa la mano.*)

Adios, señor, Adios!... En fin me habeis perdonado... ¡El cielo os haga tan dichoso como yo deseo!

ESCENA V.

RICARDO.

¡Dichoso!... !Ah! eso es imposible... la felicidad no estaba guardada para mi vejez... lo estaban solo el desamparo y la tristeza... Sin embargo, cuando se perdona, se aligera un poco el peso del corazon... Y ¿quién no ha de perdonar, ¡Dios mio! cuando todos necesitamos indulgencia? (*Truenos*). ¡Cómo brama la tempestad! Parece que batallan todos los elementos... que el universo entero se conmueve como mi corazon!

ROBERTO. (*Entrando.*)

Alfredo, señor, aguarda vuestras órdenes.

RICARDO.

Haz que entre. (*Roberto se vá.*) — ¡Blanca! ¡Blanca! Hé aquí á tu hijo y á tu esposo... ¡Ay! tu memoria me enternece en su favor... Ya he principiado á perdonar... y ¿quién puede ser duro é inexorable con su hijo?

ESCENA VI.

RICARDO. ALFREDO.

RICARDO.

Acercaos, Alfredo!... Acercaos á vuestro padre!

ALFREDO.

(¡Mi padre!)

RICARDO.

Acercaos... ¿no teneis nada que decirme?

ALFREDO.

¿Yo!

RICARDO.

Sí, vos, Alfredo... ¿No teneis nada que decir á vuestro padre? Un padre está siempre pronto para escuchar á su hijo...

ALFREDO.

(¡Qué martirio!)

RICARDO.

¿No me respondeis?

ALFREDO.

¿Qué he de responderos, señor!... Yo... nada tengo que deciros!

RICARDO.

(¡Qué diferencia de ella!... ¡y ella no es mi sangre!)...— Pues bien!... supuesto que nada teneis que decirme... yo tengo que deciros á vos... ¿Sabeis Alfredo, que soy vuestro padre? ¿sabeis que tengo derecho para pediros cuenta de vuestra conducta?

ALFREDO.

Lo sé, señor.

RICARDO.

¡Lo sabeis!... Y ¿sabeis tambien que esa conducta ha sido la más criminal, la más escandalosa? ¿qué habeis derramado á manos llenas el deshonor sobre vuestro padre? ¿que habeis asombrado á la Sicilia? ¿que habeis llegado á ser la execracion de la Cristiandad? ¿que vuestro nombre será la palabra de baldon y de oprobio para todas las generaciones venideras? ¿que el infierno mismo se estremeceria, si bajáseis á él cubierto de tan detestables crímenes!... ¿Callais?... Sí, callad... pero lo sabeis; no podeis ignorarlo... Y si la voz de la conciencia se ha extinguido absolutamente en vuestro corazon... mi voz, la voz tremenda de un padre, se levanta todavía más terrible para recordároslo, para tronar sobre vnestra cabeza, y resonar incesantemente en vuestros oidos. (*Truenos.*)

ALFREDO.

(Yo no puedo más!)

RICARDO.

Tu padre... sí... que en medio de la más lisongera esperanza se acercaba á Sicilia, creyendo recobrar en los brazos de un hijo la felicidad que habia huido de su seno!... Tu padre... que habia escuchado otras veces en la Palestina los elogios de tu virtud, y se habia gozado con ella como con la corona más preciosa que pudiera el cielo concederle!... ¡Ah! todo ha volado como un sueño, como una ilusion!... Su virtud se ha conver-

tido en horrores... su obediencia en rebeldía... Yo le he abierto los brazos, los brazos de un padre que siempre perdona... él ha separado su rostro, y me ha rechazado sin piedad.

ALFREDO.

¡Padre! ¡Padre!... Y bien... ved aquí mi pecho... empuñad ese acero que pende á vuestro lado... partidme con él el corazon! — Vengad, vengad, señor, vuestros ultrajes... vengad los crímenes que están acumulados sobre mi cabeza... vengad la sangre que esta mano derramó, y cuya mancha no puede borrarse de mi frente!... — Yo soy el oprobio de vuestro nombre, el baldon de Sicilia, la execracion del mundo... vos lo habeis dicho!... Pues bien... un golpe solo; y se borra ese oprobio, y fenece ese baldon, y Alfredo descenderá al eterno descanso!... Mi muerte. mi muerte sola...

RICARDO.

¿Tu muerte! ¿tu muerte, hijo del dolor!... Y ¡la pides á tu padre!... ¡Ay! él ansiaba por otorgarte su perdon, y tú le pides la muerte, desdichado?

ALFREDO.

¿Mi perdon, decís?... Imposible!... El cielo mismo no puede perdonar los crímenes que me abruman!... (*Truenos.*)

RICARDO.

¡Silencio, sacrílego!... ¡Que tu labio no pronuncie semejante

blasfemia!... ¿Sabes que con ella destrozas todavía más el corazon de tu padre?

ALFREDO.

¿Mi perdon!... ¿Seria posible?... ¿Me pudiérais vos perdonar?...

RICARDO.

Basta, Alfredo... es necesario concluir una escena tan dolorosa... Yo habia esperado más de tus antiguas virtudes... Me engañaba... Es necesario que partas inmediatamente del castillo: que salgas muy en breve de toda la isla... — ¡Hijo desnaturalizado! has cubierto de duelo y desolacion á quien te diera la existencia... á quien habria perdido la suya por tu felicidad... — Por mi honor, por tí mismo, no puedo consentir en que parezcas de nuevo á mi presencia. — Marcha, marcha léjos de estos lugares... y pide á los cielos que te acompañe su bendicion, ya que no puede acompañarte la mia! (*Truenos.*)

ESCENA VII.

ALFREDO.

¡Conque estaba dispuesto á perdonarme! ¡Conque su bendicion iba á caer sobre mi frente, si yo la hubiese implorado!... ¡Yo! implorarla yo!... Y ¿qué me importaba su perdon para

mi felicidad?... ¿Me habia de volver á Berta? ¿Habia de privarse de sus encantos, por satisfacer los deseos de un hijo tan criminoso?... No, no... He hecho bien... El mismo resultado, y una humillacion ménos!...—Esta idea que no me abandona... estas palabras del Griego «¿es por ventura inmortal?—¿no es natural que los padres mueran ántes que sus hijos?»—¡Oh! seria demasiado!... ¡Qué crímen!... Desechemos, desechemos tan horrible idea!...

(Óyese el preludio del laúd del primer acto. En seguida la voz del Peregrino canta como allí.)

LA VOZ.

«¡Ricardo!... Ricardo volaba el primero,
Brillando entre todos cual rayo de luz:
Torrentes de sangre derrama su acero...
¡Victoria á Ricardo! ¡victoria á la Cruz!

ALFREDO.

¡Qué acentos, Dios mio! ¡Qué recuerdo!... El romance de aquel Peregrino...

LA VOZ.

»¡Despierta, Ricardo!... Ya Alfredo se lanza,
Romper tus cadenas ansiando ó morir...
¡Despierta, Ricardo!... Victoria y venganza
La espada de Alfredo sabrá conseguir!

ALFREDO.

Y ¡ tambien mi nombre! ¡el nombre de Alfredo!... Yo... yo se lo dije!... Alfredo era entónces inocente!... Alfredo anhelaba entónces por descubrir á su padre!... por salvarle del cautiverio en que le creia sepultado!... Ahora ¡qué horror!...— No más; no más crímenes!... — ¡Padre!... ¡padre mio!... ¿por qué me abandonais ahora que va á principiar mi arrepentimiento?... ¿No podrán borrarse mis culpas? ¿no habrá un bautismo para mi regeneracion? ¿no habrá perdon? ¿no habrá misericordia para mí?

ESCENA VIII.

ALFREDO. EL GRIEGO.

EL GRIEGO.

No: no le hay... Es imposible, Alfredo.

ALFREDO.

¡ Imposible!

EL GRIEGO.

En un primer momento, en un momento de conmocion, fá-

cilmente se pronuncia «perdon — olvido — misericordia»... Mas la conmocion pasa; y el olvido, y el perdon, y la misericordia pasan con ella.

ALFREDO.

¡Pasan!

EL GRIEGO.

¿Cómo ha de aniquilarse una memoria, cuando la despiertan á cada instante todos los objetos que estamos viendo? ¿Somos por ventura dueños ni de nuestros recuerdos ni de nuestra voluntad?

ALFREDO.

Cierto... cierto es!... Pero yo descansaba un momento con esa ilusion... Te hubiera agradecido que me dejases saborearla!

EL GRIEGO.

Para padecer más despues... cuando te apercibieses de la verdad!

ALFREDO.

¡La verdad! ¡la verdad!... Siempre me has dicho lo que llamabas la verdad... y esa verdad ha sido siempre desoladora!

EL GRIEGO.

Y ¿es acaso culpa mia, si el mundo está dominado por un principio maléfico?

ALFREDO.

¡Otras veces!... Serian ilusiones... ¡en buen hora!... pero yo era feliz. — La verdad... tus verdades me han hecho cada dia más desgraciado!

EL GRIEGO.

Justo... justo es que me dirijas semejantes reconvenciones... Hé aquí el pago de complacer á un espíritu débil, á un visionario como tú!

ALFREDO.

¡Griego!... déjame en paz!... déjame gozar siquiera un solo instante!... déjame al ménos la esperanza!... Tus verdades son como el infierno, que no conceden un momento de descanso!

EL GRIEGO.

Sí... voy á dejarte... no un instante solo. — Estás cansado de mis servicios... te pesa el agradecimiento... no nos volveremos á ver. — Quieres gozarte en la idea de no sé qué perdon,

como un niño, como una mujer tímida. — Gózala largamente. Implóralo de Berta: ella, ella podrá conseguirlo de tu padre.

ALFREDO.

¿Qué es lo que dices?... ¿de Berta?

EL GRIEGO.

Sí, de Berta... que lo ha obtenido ántes que tú... De Berta, que lo obtendrá fácilmente de su esposo, solo con dirigirle una mirada halagüeña.

ALFREDO.

¿Es eso verdad? ¿es eso verdad?

EL GRIEGO.

¿Qué me preguntas?... Mis verdades son siempre desoladoras...

ALFREDO.

No te burles de mi dolor... Respóndeme, respóndeme, aunque me traspases el alma... ¿Es verdad lo que acabas de decirme?

EL GRIEGO.

...Son como el infierno, que no conceden un momento de descanso. — Quiero dejarte gozar de otras verdades.

ALFREDO.

¡Cruel! ¡bárbaro amigo! Respóndeme... respóndeme... ó tiembla por mí, por tí, por todo lo que nos rodea... ¿Ha obtenido Berta su perdon? ¿Ha vuelto á entrar en el corazon de mi padre? ¿Le ha dado el suyo?

EL GRIEGO.

¿No te lo acabo de decir? ¿Acostumbro yo engañarte, aunque te sean dolorosas mis palabras? Pero ella misma se acerca: á ella puedes preguntárselo. (*Vase.*)

ALFREDO.

¡Infiel!... Reprimamos la cólera...

ESCENA IX.

ALFREDO. BERTA.

(Truenos hasta la conclusion.)

BERTA.

¡Alfredo!

ALFREDO.

¿Os admirais de verme?

BERTA.

No os buscaba. — No os creia en este sitio. — Adios.

ALFREDO.

¡Berta! ¡Berta!... ¿Así me dejais?

BERTA.

Y ¿qué quereis de mí?... ¿No estamos mejor cuanto más distantes?... ¿Qué puede haber ya de comun entre nosotros?

ALFREDO.

¿Qué puede haber de comun?... Y vos me lo preguntais, Berta?...

BERTA.

Nada, Alfredo, nada... como no sea el arrepentimiento.

ALFREDO.

Aun hay más... aun hay otro lazo... ¡El crímen! ¡el crímen, que nos tiene unidos para siempre!

BERTA.

No... Dejadme, dejadme, Alfredo... Yo no puedo escucharos... Dejadme... Os mando que me dejeis!

ALFREDO.

¿Que te deje! ¿que te deje!... No lo aguardes jamás... El nudo que nos une no puede desatarse... es superior á tus fuerzas... no hay en el mundo quien pueda romperlo... ¡Que te deje!... No, infiel... En este mismo instante vas á seguirme... vamos á abandonar el castillo... nada nos lo impide... nuestro amigo nos facilita los medios de hacerlo... Partamos, Berta: partamos á tierras remotas, en donde no haya ningun obstáculo á nuestra pasion; en donde podamos vivir eternamente en el delirio que nos ha arrastrado!... No creas que te deje... ¡nunca!... Yo soy tu mal génio, como tú lo eres el mio... yo te seguiré como tu sombra... yo estaré siempre unido á tu existencia... Tú has querido venderme: tú has querido volver á ser de otro... ¡infiel! ¡perjura!... Pero no es posible... te lo he dicho muchas veces... estamos irrevocablemente unidos... el cielo ó el infierno han de ser para los dos!

BERTA.

No, Alfredo; dejadme: os lo digo otra vez... Yo no he sido vuestra sino por el crímen... por un crímen que detesto, que

he abjurado ya para piempre... Abjuradle vos, Alfredo.:. abjuradle tambien!

(Ábrese de golpe la ventana del fondo al estampido del trueno: entran los relámpagos: arde el volcan.)

—Mirad... mirad... ¿no veis cómo se estremece el universo! ¿cómo tiembla la tierra! ¿cómo se incendian los aires!... ¡Temblad, temblad del rayo, que se fulmina ya sobre nosotros!... Arrojaos á los piés de vuestro padre... implorad su perdon... ¡El perdon abre los cielos... el perdon embota el castigo de los crímenes!... Su lábio pronunciará el vuestro... vos sois su hijo!... él ha pronunciado el mio, y yo era más culpada!...

ALFREDO.

¡Yo!... ¡yo arrojarme á sus piés, cuando él me arrebata tu corazon!... ¡jamás, jamás!... ¡Ingrata! ¡indigna del amor que mi pecho te ha profesado!... Nunca, nunca me amaste: nunca me has dado tu alma, como yo te daba la mia!... ¡Yo, que arrostraba por tí hasta las furias del infierno!... ¡Tú me abandonas! ¡tú puedes amar á otro!... Pero no, no gozarás de tu triunfo... habrá crímenes aún... ¿qué importa?... O en el momento te decides á compartir mi fuga, á seguir mi destino... ó vienes conmigo al fondo de Alemania, á Castilla, á la Libia... á donde quiera... ó ese objeto de tu predileccion, ese venturoso Ricardo... (*Sacando la daga.*)

BERTA.

¡Alfredo! ¡Alfredo!... ¿á tu padre?... Y ¿no se abre la tierra bajo tus piés!

ALFREDO.

Sí, Berta; se abrirá... pero nos hundiremos juntos... tú y yo... juntos para siempre! Mi padre... mi padre, dices!... Y bien: tú eres quien lo asesinas esta noche, como otra noche asesinaste á tu hermano!

BERTA.

¡Dios mio!... ¡misericordia!

ALFREDO. (*Mostrando la daga.*)

¿La ves?... ¿la ves, Berta?... ¡Tiembla de cómo la verás dentro de un instante!...

BERTA. (*Sujetando á Alfredo.*)

¡Infeliz!... ¡detente: ¡detente!...—¡Ricardo! ¡Ricardo!

ALFREDO.

¡Calla... calla, desdichada!

BERTA.

No... no... no callaré... ¡Socorro!... ¡Ricardo!... tu hijo... míralo!... guardate!... (*Truenos.*)

ESCENA X.

TODOS.

TODOS.

¡Alfredo!

ALFREDO.

¡Maldicion sobre mí! (*Se hiere y cae.*)

TODOS.

¡Alfredo!

(Al herirse Alfredo, aparece el Griego en el fondo. Vése en sus lábios una sonrisa infernal, y se desvanece. Horror general.)

LOS

INFANTES DE LARA.

LOS

INFANTES DE LARA,

TRAJEDIA HISTÓRICA

EN CINCO ACTOS Y EPILOGO.

Escribiéronse LOS INFANTES DE LARA en 1835, inmediatamente despues de la representacion de Alfredo. El espíritu del tiempo llevaba á tratar asuntos históricos de la Edad Media; y el autor juzgó que aquella gran catástrofe de una de las más antiguas familias castellanas, era sin duda alguna á propósito para el teatro.

Sí tenia ó no tenia razon en este juicio, no es punto que quiere dilucidar ahora. Reconoce y confiesa que su tragedia es endeble. No supo vencer las dificultades, no supo sacar el partido posible de las bellezas de la tradicion. Aunque escrita en verso, su obra le parece inferior á la que ha censurado ántes por estar escrita en prosa. Si hubiese ésta carecido de la rima, no la publicaria de seguro en la coleccion presente. La publica, porque hay en ella trozos, ora de poesía, ora de drama, que no se avergüenza de haber escrito, y que podrán aún complacer á sus lectores, siquiera no lleguen al apasionado interés de Alfredo ó á la severa elevacion de Bernardo.

LOS INFANTES DE LARA no se han representado nunca. El autor cree que puestos en escena con inteligencia habrian podido

alcanzar éxito. La representacion encubre y salva muchas flaquezas que se notan en la lectura: la representacion, cuando es bien hecha, disimula casi todos los defectos, y hace resaltar todas las cualidades. Mas el autor, que á la sazon era un niño, y que nunca ha conocido *por dentro* el teatro, quiso *repartir* su obra de un modo *imposible*, y la hizo fracasar por sus *inocentes* aspiraciones. Este contratiempo le afectó entónces mucho: hoy se sonrie, y se encoge de hombros cuando se acuerda de él.

PERSONAS DE LA TRAJEDIA.

EL CONDE DE CASTILLA.
RUY ó RODRIGO VELAZQUEZ DE LARA.
ALVAR SANCHEZ.
GONZALO DE LARA.
RAMIRO DE LARA.
MUDARRA.
NUÑO SALIDO.
ISMAEL.
UN PAJE (GARCIA).
UN MORO.
OTROS DOS MOROS.
CUATRO SOLDADOS CASTELLANOS.

DOÑA SANCHA.
DOÑA LAMBRA.
ELVIRA.

CABALLEROS, PAJES, DUEÑAS, MONJAS, PUEBLO, SOLDADOS CASTELLANOS, SOLDADOS MOROS.

ACTO PRIMERO.

La escena es en Búrgos en casa de Doña Lambra.

ESCENA PRIMERA.

Óyese á lo lejos música y gritería: en seguida salen DOÑA LAMBRA y ELVIRA, con acompañamiento de dueñas y pajes, que quedan retirados respetuosamente en el fondo.

DOÑA LAMBRA.

Digo que vengas tras mí.

ELVIRA.

Mas dejar así el torneo!...

DOÑA LAMBRA.

Bien conozco tu deseo:
Mueres por quedarte allí.
Triunfaba tu *caballero*,
Que la suerte le halagaba,
Y tu aficion te cegaba
Al rapaz aventurero.
Tambien mi hermano cayó,
Y en eso fundas tu gloria.

ELVIRA.

¡Yo, señora!

DOÑA LAMBRA.

¡Gran victoria,
Rendir al que tropezó!
Mas ¿quién de Gonzalo aguarda
Hazaña de mas valía?
Tan solo asi triunfaria
Á quien el moro acobarda.
Valiera más que en la lid
Sus escuadrones rompiera:
Que á su padre socorriera
Cual castellano adalid;
Que allá en Córdoba aherrojado,
Esclavo del moro impío,

Doliente pide á su brio,
Auxilio que no le ha dado:
Y no en Búrgos, entre damas,
Luciendo galas y flores,
Cantase versos de amores,
Y encendiese necias llamas. —
En fin, Elvira, esto es hecho;
Ya escuchaste mi querer:
Le tienes de aborrecer,
Lanzarle tienes del pecho:
Y basta de replicar,
Que aun su nombre me es odioso...
Alvaro ha de ser tu esposo,
Y á Gonzalo has de olvidar.

ELVIRA.

Perdonad... Yo callaré
Á lo que vos me mandais;
Mas pensar que le injuriais...
No, señora, no lo oiré.
Es mi deudo, y con razon
Puedo tomar su defensa;
Que vos, señora, en su ofensa
Hablásteis... sin reflexion.
Pues no basta que enemigo
De vos por mi mal se vea,
Á que permitido sea
Injuriarle aquí conmigo. —
Sobrino de vuestro esposo,

De la sangre de Castilla,
Nada á mi Gonzalo humilla,
Porque nada hay mas glorioso.
De *rapaz* le habeis nombrado,
Y tambien de *aventurero*...
Respóndaos por mí su acero,
Tanto laurel que ha ganado.
Ni en Búrgos solo, entre flores,
De galan la palma lleva,
Ni solo en las justas prueba
Ser bueno cual los mejores.
Que ya se le vió en la guerra
Blandir la pujante lanza...
Dígalo el márgen de Arlanza
Con su enrojecida tierra.
De Almanzor la enseña impura
Tremolar allí miramos,
Y á ese *rapaz* contemplamos
Eclipsando su ventura;
Miéntras que á ufano caudillo,
En aquel terrible dia,
Vimos que la voz perdia;
Vímosle el rostro amarillo...

DOÑA LAMBRA.

¡Elvira!

ELVIRA.

Mi voz ahora
Solo á Gonzalo defiende;

Á don Alvaro no ofende...
¡ Es vuestro hermano, señora!
Tambien es mi sangre él,
Y quisiérale estimar;
Pero al otro juré amar,
Y he de amarle siempre fiel.
Si lo quereis, esta mano
Jamás de Gonzalo sea;
Mas no penseis que me vea
Esposa de vuestro hermano.
Pues... ya que vos los advertísteis
Sin que lo dijera yo,
Mi mano no mereció
Hombre que temblando vísteis. (*Vase Elvira.*)

ESCENA II.

DICHOS, MENOS ELVIRA. DESPUES ISMAEL.

DOÑA LAMBRA.

¡ Elvira!... ¡ Elvira!... Partió!...
¿ Hay mujer mas desdichada?
¡ Hasta mis hijos, mi Elvira,
Cómplices de mi contraria!
Todo es contra mí, Leonor; (*A una dueña.*)
Todo favorece á Sancha,
Todo á su orgullo... ¡ Ay! en vano!

Una risueña mirada
Concedióme la fortuna:
En vano, en vano á mis plantas
Esperé verla, y gozarme
En su llanto, en su desgracia...
Del abismo de las penas
Audaz su frente levanta;
É incansable, á perseguirme,
Áspid de dolor se lanza...
Ella es mi suplicio: ella,
Á mi destino apegada
Como una sombra... Y Elvira,
Elvira tambien ¡oh rábia!
Contra mí!...— (*Entra Ismael.*)
¿Viste á mi hermano?

ISMAEL.

De verle vengo. Liviana
Fué su herida, que no ofrece
Ningun peligro. La lanza
De Gonzalo apenas pudo
Romper la férrea coraza,
Do el golpe mortal paró.
En breve las duras armas
Podrá vestir.—Entre tanto,
La nobleza castellana
Entera, y el Conde al frente,
Cercando quedan su cama.
Gonzalo mismo...

DOÑA LAMBRA.

¿Gonzalo!

ISMAEL.

Mil muestras le prodigaba
De interés y de dolor.

DOÑA LAMBRA.

¡Insolente!... Y ¿aceptarlas
Viste á mi hermano?

ISMAEL.

¡Señora!...

DOÑA LAMBRA.

Responde, dí...

ISMAEL.

Sus palabras
De amistad...

DOÑA LAMBRA.

Eran mentidas.

ISMAEL.

Perdonad si yo...

DOÑA LAMBRA.

Tú... calla!
Tú tambien me vendes; tú
Tambien al bando te pasas
De mis contrarios... ¡Ah! todos
Te abandonan, triste Lambra!
Esa rival... siempre, siempre
Lo fué: siempre contrastadas
Fueron mis miras por ella,
Y siempre mi suerte infausta
La favoreció cruel.
Niña, más acariciada
Fué que yo; jóven, su estrella
Do quier mi estrella eclipsaba:
Madre, más que nunca... Y hoy,
Hoy á mi hermano desarma
Su hijo, un doncel, que de bozo
Apenas cubre la barba...
Tú, que vengarme debieras,
Te seducen... ¡Oh! cuál tarda
Ruy Velazquez!...

ISMAEL.

Yo, señora,

Jamás he vuelto la espalda
Á mi deber. Si vengaros
Es éste, ruda venganza
Os ofrezco. Verdaderas
Entendí ser las palabras
De Gonzalo...

DOÑA LAMBRA.

¡Lo entendiste!

ISMAEL.

Y os lo dije. Mas no faltan
Ni sangre y vida en mi brazo,
Ni en mis hierros una daga...
¿Los quereis?

DOÑA LAMBRA.

¡Tú los ofreces?

ISMAEL.

Yo los ofrezco, y mi alma
En ello se gozará.
¿Los quereis? ¡Oh! ¡cuál brillara
Mi semblante de alegría,
Cuando su frente postrada
Viera á mis piés, y mi diestra
Teñida en sangre cristiana!

DOÑA LAMBRA.

¡ Moro !

ISMAEL.

¡Perdonad!... Del pecho
Se avivó la antigua llama,
Y olvidé que vos... Nacido
Del Africa en las entrañas,
Esclavo del castellano,
Perdonad si de venganza
Á la voz ardió mi mente,
Y olvidé que quien me hablaba
Era cristiana tambien.
¡ Fué una ilusion !

DOÑA LAMBRA.

Desatadas
Pueden ser hoy tus cadenas.

ISMAEL.

¿ Aceptais ?

DOÑA LAMBRA.

No : mancillara
Mi nombre... mas otra muerte...

ESCENA III.

LOS MISMOS Y UN PAJE.

EL PAJE.

Señora...

DOÑA LAMBRA.

Y bien!

EL PAJE.

Doña Sancha
y Gonzalo...

DOÑA LAMBRA.

¿En mi palacio!

EL PAJE.

El Conde los acompaña,
Y otros muchos caballeros
De Búrgos... Todos aguardan
Vuestro permiso.

DOÑA LAMBRA.

¡Insolentes!

EL PAJE.

¿Qué respondeis?

DOÑA LAMBRA.

A esta sala
Condúcelos, y un momento...

(*Vase el Paje.*)

Tú, ven conmigo... (*á Ismael*). Mi rabia
Han colmado... ¡Aun este insulto!
¡Oh! tiemblen de mi venganza.

(*Vanse todos.*)

ESCENA IV.

EL PAGE introduce al CONDE y á los que le acompañan, y se retira. EL CONDE, DOÑA SANCHA, GONZALO, y varios caballeros.

EL PAJE.

Aquí dijo mi señora... (*Váse.*)

EL CONDE.

Bien. — Pasad... (*Á Doña Sancha.*)

DOÑA SANCHA.

Primero vos.

EL CONDE.

Sois dama, y despues de Dios...

DOÑA SANCHA.

Seré de ese sol la aurora.

EL CONDE.

Y vos valiente guerrero,
Honor de la corte mia...

GONZALO.

¡Gran Señor!

EL CONDE.

En este dia
Vos sois en todo el primero.
Ninguno á vos se igualó
En el furioso combate;
Y hombre que tantos abate
Harto ese puesto ganó.
Harto ganásteis la espada
Que esta mañana os ceñí,
Que por Dios, que no la ví
Jamás mejor empleada.
Y pues relámpago ya
Fué en la Córte de Castilla,
Tamdien del Tajo en la orilla
Rayo de muerte será.

GONZALO.

Yo por lo ménos, Señor,

Mi voto reitero al cielo
De no volverla á este suelo
Manchada de deshonor.
Caballero por fin hoy
Habeisme, Señor, armado:
Ya mi anhelo se ha logrado,
Caballero por fin soy.
Y ¡oh gozo! al fiero pagano
Ya podré mostrar la cara...
Tiemble, que es sangre de Lara
La que da vida á esta mano.
Sangre, que solo cayó
En aciago y triste dia,
Por vilezas, por falsía,
Que por rendida—eso no.
Y aun allá presa, aherrojada,
No besa servil cadena;
Mas su frente alza serena
Entre la turba aterrada...
Calmad ¡oh padre! el quebranto,
Y el pecho abrid al consuelo...
Ya oyó mis votos el cielo:
Ya va á acabar vuestro llanto!...

EL CONDE.

Mas Doña Lambra, por Dios,
Harto se tarda en salir;
Y bien debiera advertir
Que estamos aquí yo y vos:
Y que el Conde de Castilla...

DOÑA SANCHA.

Vos, señor, lo habeis querido,
Y obedecer he debido;
Pero...

EL CONDE.

Por mi augusta silla,
Que ha de acabar de una vez
Tan infausta disension.
¿No basta mi mediacion?

DOÑA SANCHA.

Mal conoceis su altivez.

EL CONDE.

¿Tal ha de ser su arrogancia
que se niegue á mi propuesta?

DOÑA SANCHA.

Ella, señor, me detesta
Desde su primera infancia.
La edad acreció el rencor,
Y siempre anheló humillarme,
Sin que pudiera salvarme

Cuanto permitió el honor.
¿Qué no hice yo por ganar
Su indiferencia siquiera?
Pero todo en vano fuera...
Jamás la logré aplacar:
Y ahora (lo sé) complacida
Se goza en mi amarga suerte...
¡Oh! si ella diera la muerte,
No estuviera yo con vida.

EL CONDE.

Vos tambien en vuestro pecho
Harto rencor escondeis.

DOÑA SANCHA.

¡Ah! ¡qué mal le conoceis!...
Mas de tristeza deshecho,
Sumido en crudos dolores,
Y con mil flechas llagado,
(¡Perdon!) no está preparado
Para mentidos favores...
Porque mentidos serán,
Si al fin os oye, señor:
Mentidos, que mi dolor
Mas acerbo tornarán... —
¡Permitiéseis que volviera
Á mi centro pobre, oscuro!...

Allí mejor (os lo juro)
Mejor que en Búrgos viviera.
Esta corte para mí
Es un suplicio horroroso,
Desde que en ella á mi esposo
Por la vez postrera ví.
Entónces larga esperanza
De gloria le conducia;
Y mi alma tambien reia
En sosiego y bienandanza.
Un hora, un hora cruel,
Todas mis dichas llevó,
Cuando en Córdoba cayó
Prisionero del infiel.
Desde allí, mis hijos sólo
Son mi gloria y mi consuelo,
Que no me queda otro anhelo
Ni otro bien de polo á polo.
Y ya principia á bullir
La sangre que en ellos arde;
Y no es posible que tarde
Otro instante de partir...
Esposa, madre angustiada,
¿Qué aguardo en el mundo ya?
Dejadme, señor, que está
El alma asaz ulcerada.
Ya sin el amor pasé
De Lambra mi vida entera...
Ya lo poco que me espera
Como hasta aquí pasaré.

EL CONDE.

¡Tanto me rogais ahora!...

DOÑA SANCHA.

¡Oh! sí, volvamos, señor!

EL CONDE.

Mas advertid que mi honor
De esa suerte...

(Sale el Paje.)

EL PAJE.

Mi señora.

ESCENA V.

Salen DOÑA LAMBRA, ELVIRA, ISMAEL y ACOMPAÑAMIENTO DE DUEÑAS y ESCLAVOS y PAJES.—LOS DE LA ANTERIOR.

ELVIRA.

(¡Oh Dios!... Gonzalo!)

GONZALO.

(¡Mi Elvira!)

DOÑA LAMBRA.

(¿Faltarás?) (*A Ismael.*)

ISMAEL.

(Primero el sol.)

DOÑA LAMBRA.

Dios guarde al astro español:
Dios os guarde...
(*A los caballeros del acompañamiento.*)

GONZALO.

(*Á su madre.*) No nos mira.

DOÑA LAMBRA.

¡Hola! silla, silla al Conde...
¡Tanto honor!...

EL CONDE.

¡Oh! bien merece...

(Los pajes acercan una silla á Doña Lambra, y otra al Conde.)

GONZALO.

¡Y á vos silla no os ofrece! (*Á su madre.*)

EL CONDE.

Venid; esta os corresponde.

DOÑA LAMBRA.

¡Ah!

(*El Conde ofrece su silla á Doña Sancha: esta la rehusa, y quedan en pié.*)

EL CONDE.

No el Conde, un caballero
Soy tan solo en este dia,
Que de vuestra cortesía
Un favor pido y espero.
Así, debeis disculpar
Que á vuestra presencia esté
De pié, que ha de estar de pié
El que llega á suplicar.

ELVIRA.

(Yo tiemblo!)

DOÑA LAMBRA.

Mas vos, señor....

EL CONDE.

Os ruego que me escucheis;
Despues me respondereis.

DOÑA SANCHA.

¡Ay! ¡déme el cielo valor!

EL CONDE.

Doña Lambra, fuera inútil,
Mas que inútil, doloroso,
Relatar las diferencias
De vuestro linaje heróico.
Ellas, por mal de Castilla,
Acrecentadas en odio,
Materia han dado á la fama,
Y largo alimento al ocio.
Por mal de Castilla digo,
Que ramas son de su tronco,
Cual la de Gonzalo Gustio,
La vuestra y de vuestro esposo:
Y más de una vez entrára
Por nuestros campos el moro,

De la enemistad valido
Que arder viera entre nosotros.
Cual haya sido el culpado,
Quien primero hubiese roto
Lazos que formó la sangre,
Y que vuestro interés propio
Debió apretar, no pretendo
Averiguarlo afanoso.
Y perdonadme si os digo
Que culpados juzgo á todos;
Pues todos llegan á serlo
Cuando dura un año y otro
La enemistad. Algun dia
Que terminára ese encono
Fuera fuerza; porque al fin
No el legado ignominioso
De animadversion eterna
Hasta los siglos remotos
Dejareis á vuestros hijos.
Termine, pues, hoy: el odio
Acabe que os dividió;
Y el general alborozo
Gloria de Castilla sea,
Rabia y afliccion al moro.
A vos doña Lambra, á vos
Y á doña Sancha, el glorioso
Principiar está guardado:
Que vuestro pecho es un trono
De piedad, y no le mancha
Del mal el funesto soplo.

Por eso á vos me dirijo:
De doña Sancha me otorgo
Por fiador. Ella está pronta,
No lo dudeis, á que todo
Lo cubra por siempre un velo.
¿A olvido tan generoso
¿Os negareis vos? ¿Diráse
Que tal era vuestro enojo,
Que ni cediera á su ejemplo,
Ni á mi mediacion tampoco?
No se dirá. En vuestra casa
Ha entrado; no, como en otros
Tiempos, rival formidable;
No lanzando de sus ojos
Rayos de furia y venganza;
Mas cediendo de su encono;
Mas trayéndoos una oliva,
Que os presento aquí yo propio.
Y más hace, doña Lambra,
En venir, porque interpongo
Mi querer, ella doliente,
Y cautivo allá su esposo
Del pagano, que hareis vos
Desarmando el ceño bronco,
Y los lazos anudando
Que ¡mal pecado! están rotos.
Feliz vos y ella infelice,
Yo mediador y patrono,
No se dirá que la puerta
Le cerrásteis á los ojos,

Que al Conde y á vuestra sangre
Volvísteis sañudo rostro,
Ni que pudo en vuestro pecho
Más que la piedad el odio.

GONZALO.

(¡ Y que esto haya de escuchar!
Vive Dios, madre, que es mengua...)

DOÑA SANCHA.

(¡ Por Dios, Gonzalo!)

GONZALO.

(Mi lengua
No sé como he de enfrenar.)

DOÑA LAMBRA.

¿Acabásteis?

EL CONDE.

Acabé. —
Vos ¿qué decís? ¿accedeis?...
¿Cómo negaros podreis?...

DOÑA LAMBRA.

Yo... no... no me negaré.
Quereis vos, quiere Castilla
Que mi mano á Sancha tienda,
De amistad en firme prenda...
Y pues su altivez humilla...

DOÑA SANCHA.

¡Oh! no, Lambra: ten el labio:
Humillarme yo á tí, no;
Que aun no he descendido yo
Hasta sufrir tal agravio.
Aun corre sangre en mis venas,
Y al cielo elevo mi cara:
Aun soy esposa de un Lara,
Aunque gima entre cadenas.
Yo aquí defiendo su honor,
Cual él lo sostiene allí...
¡Que yo me humille ante tí!...
Vámonos de aquí, señor.
Vámonos; que si por vos
En ceder he consentido,
Á humillarme no he venido...
Yo solo me humillo á Dios.

GONZALO.

Y vive el mismo, señora,

Que si otra cosa intentara,
En el alma le clavara
La daga que empuño ahora...

ELVIRA.

¡Gonzalo!

GONZALO.

Perdona, Elvira:
Lo primero es el honor...
Ni mereciera tu amor
Si aquí enfrenase mi ira. —
¡Mi madre humillarse á vos!
Guárdeos ser una mujer;
Que si no, pudiera ser
Que no os guardara ni aun Dios.

DOÑA LAMBRA.

Guardada de vos estoy,
Que aun hay quien mis armas lleve...

GONZALO.

¡Y que su esfuerzo me pruebe
Como vuestro hermano hoy!

EL CONDE.

¡Gonzalo!

DOÑA LAMBRA.

Si en un torneo...

EL CONDE.

¡Doña Lambra!

GONZALO.

En donde quiera.
Que salga al campo: ¿qué espera?
Que salga... yo lo deseo.

EL CONDE.

Silencio!... Silencio, digo!...
Á vos, Gonzalo... y á vos...
Á todos; ó ¡vive Dios!
Que habérselas han conmigo.
—Doña Lambra, no á humillarse
Vino Doña Sancha aquí:
Cedió la primera, sí;
Mas cedió sin degradarse.
Vino como vuestra igual,

Y así á vos se presentó...
Ni más la exigiera yo,
Que bien la tengo por tal.
Y extraño mucho, señora,
Que otra cosa comprendido
Hubiéseis, y respondido
Cual os he escuchado ahora.
Que, pues que mediaba yo,
Y tal ejemplo ella os daba,
Otra respuesta esperaba...
Y aun otra la espero...

DOÑA LAMBRA.

No.

EL CONDE.

¿No? ¿Tan arraigado está
El odio, tan inflexible,
En vuestro pecho? ¿Imposible
El amistaros será? —
Pensadlo, pensadlo bien:
Que os conviene (y yo os lo digo)
Tenerme á mí por amigo,
Y á doña Sancha tambien.

DOÑA LAMBRA.

Conde, obediencia y respeto,

Eso os debo yo en conciencia;
Y respeto y obediencia
Á useñoría prometo.
Si me ordenais que la mano
Á Sancha luego le dé,
¡Bien! la mano le daré.
Pero no hay poder humano
Que ligue los corazones,
Que nacer haga el amor...
Ni tampoco que el honor
Empañe de mis blasones.
Vos, señor, vos, ofendello
No querreis ni degradallo,
Porque el honor del vasallo
Al rey toca defendello.
Mi honor manda enemistad,
Y enemistad yo les voto:
El lazo antiguo está roto,
Y por siempre... ¡Perdonad!

GONZALO.

Roto, sí, roto ese lazo
Por siempre está; y ¡que perezca
El que primero apetezca
Que llegue el fin de este plazo!

ELVIRA.

¡Oh cielo!

GONZALO.

Roto con *vos:*
Con *vos* ni paz ni alianza,
Ni mas razon que la lanza,
Ni mas árbitro que Dios...
Vamos, madre. —Tú, mi Elvira...
¡Oh! ¿por qué es tu madre ella?
¡Maldicion sobre la estrella
Que discordia tal inspira!
Mándame el honor que huya,
Que huya por siempre de aquí...
¡Pero abandonarte á tí!
¡Oh! ¿por qué eres hija suya?...
Adios... adios!...

DOÑA LAMBRA.

Sí, insolente:
Sal de aquí, y no vuelvas más;
Mas cual mereces saldrás,
La infamia sobre tu frente.
¡Ola! mi esclavo... Ismael!...

ESCENA VI.

Los de la anterior.—ISMAEL que se adelanta, llevando una copa en la mano: toma de ella un cohombro mojado en sangre, y lo tira á GONZALO á la cara. GONZALO saca la daga, y corre al MORO, que se refugia á los piés de DOÑA LAMBRA. Algunos quieren detenerle; mas él se suelta, y llegando al esclavo, le hiere en los brazos mismos de su señora.

ELVIRA.—DOÑA SANCHA.

¡Cielos!

EL CONDE.

¡Detente!

GONZALO.

¡Traidor!

VARIOS.

¡Gonzalo! (*Deteniéndole.*)

GONZALO.

No, por mi honor!

VARIOS.

¡Gonzalo!

GONZALO.

No... Muere, infiel.

DOÑA LAMBRA desmayada en brazos del Conde y de sus dueñas.
GONZALO coge de la mano á su madre, y parte fieramente.

ACTO SEGUNDO.

La escena es en un castillo de Ruy Velazquez.—Una sala.

ESCENA PRIMERA.

RUY VELAZQUEZ armado, y un PAJE desarmándole.
DOÑA LAMBRA.

DOÑA LAMBRA.

¿Y decís que lo sabeis?

RUY VELAZQUEZ.

Todo.

DOÑA LAMBRA.

¿Habeis visto á mi hermano?

RUY VELAZQUEZ.

Le he visto.

DOÑA LAMBRA.

Y ¿tan inhumano
Ultraje no vengareis?
¿Silencioso escuchareis
Que á mí misma se arrojó,
Que mi asilo atropelló,
Y en mis brazos, en mi seno,
¡Oh rabia! de audacia lleno,
El pecho le traspasó?
Yo no ignoro, don Rodrigo,
Que vuestro sobrino es;
Mas ¿dejareis que á sus piés
Me arrastre, crudo enemigo?
Tambien unido conmigo
Vivís, y en lazo mayor:
Mi amparo, mi defensor
Obligado estais á ser;
Que yo soy vuestra mujer,
Y mi honor es vuestro honor.
De Búrgos á este apartado

Castillo vine á ocultarme,
Que allí debió avergonzarme
Ver mi nombre mancillado.
Y en vano aquí rodeado
De estos muros estará:
Aun aquí me seguirá
El baldon que va en mi frente:
Y el vulgo audaz, insolente,
Aun aquí me mostrará... —
¿Decís que sabeis su accion,
Allí, ante el Conde, ante el mundo:
Y en reposo tan profundo
Yace vuestro corazon!...
¡Ay! en mi horrenda afliccion
Vuestra venida aguardaba;
Y aunque con llanto regaba
El triste, agitado lecho,
En el valor de ese pecho
Mi venganza confiaba.

RUY VELAZQUEZ.

¿No acabas? (*Al Paje.*)

DOÑA LAMBRA.

Y ¿así escuchais
Las quejas de mi dolor?
Os vengo á pedir furor,
É indiferencia me dais?

¡ Don Rodrigo ! ¿ así esquivais
Las palabras de una esposa?
¿ Así en calma vergonzosa
Veis vuestro honor ultrajado,
Y del valor heredado
Prueba inmensa no rebosa?
No tal infamia de vos
En ningun tiempo temí:
Otro os esperaba aquí,
El vengador de los dos...

(*El Paje concluye de desarmar á Ruy Velazquez.*)

RUY VELAZQUEZ.

¡ Despacharas, vive Dios !...
¡ Afuera ! (*Se va el Paje.*)

DOÑA LAMBRA.

Sí, os aguardé
Rayo que apénas se vé,
Y ya asolacion derrama...
Mas ¡ ay ! que en vez de la llama,
Con yerta nieve encontré.

RUY VELAZQUEZ.

Con nieve !... ¡ con nieve yerta,
Decís ! — Del Etna en la cumbre

No siempre brilla la lumbre:
Mas la lumbre no está muerta.
Ni duerme, que está despierta,
Aunque en silencio aparente:
Aguardad, y de repente
Temblará, retumbará,
Y á los cielos lanzará
De lava ardiendo un torrente.
—¿De qué sirve publicar
El odio que el pecho encierra?
Más certero hará la guerra
Quien mejor sepa callar.
Á mí me toca vengar
Vuestro honor, que es honor mio...
Pues descuidad; que al impío
Que insolente os ultrajó,
Castigarle sabré yo...

DOÑA LAMBRA.

¿Vos lo ofreceis?

RUY VELAZQUEZ.

Yo os lo fio.
Y pruebas, teneis, señora,
Si cumplo lo que ofrecí.

DOÑA LAMBRA.

No esperó ménos de tí

Una esposa que te adora.—
¡Oh! ¡Llegue por fin un hora,
En que propicios conmigo
Los cielos, á ese enemigo
Mirar á mis plantas pueda;
Y cuanta vida me queda
Daré gustosa, Rodrigo!...

(Entra un Paje.)

EL PAJE.

Don Alvar Sanchez.

RUY VELAZQUEZ.

Que entre.

(Vase el Paje y entra D. Alvaro.)

ESCENA II.

LOS DE LA ANTERIOR y DON ALVARO.

ALVARO.

¡Dios os guarde!... ¿Solos?

DOÑA LAMBRA.

Sí.

RUY VELAZQUEZ.

¿Le habeis visto, cual hablamos?

ALVARO.

Le he visto.

RUY VELAZQUEZ.

¿Vendrá por fin?

ALVARO.

Vendrá.

RUY VELAZQUEZ.

¿Cuando?

ALVARO.

En el instante
que gusteis.

RUY VELAZQUEZ.

Puede venir.

(*Vase Alvar Sanchez.*)

ESCENA III.

DOÑA LAMBRA Y RUY VELAZQUEZ.

DOÑA LAMBRA.

¿Quién, don Rodrigo?

RUY VELAZQUEZ.

Señora,
Me acusástois de indolente
No ha mucho... ¡Pues bien! patente
Vereis mi indolencia ahora.
No en amenazas vacías
Gasto mi cólera yo:
Voces que el viento llevó
No son las venganzas mias.
Yo sé obrar, y obro callando.
Miéntras vos aquí clamábais,
Y venganza demandábais,

Yo os la estaba preparando.
Tremenda, cruda venganza;
Castigo cual del infierno,
Duro, inacabable, eterno,
Sin alivio ni esperanza...

DOÑA LAMBRA.

Pero en fin...

RUY VELAZQUEZ.

Muerte, la muerte...
¿Qué ménos para mi honor?
Si hubiese pena mayor,
Mayor la diera y mas fuerte. —
Ménos su padre faltó,
Menor mereció la pena;
Y arrastra dura cadena,
Que mi mano le forjó. —
Pienso que os satisfará...

DOÑA LAMBRA.

Mas ¿cuál medio disponeis?
Partió á Salas... lo sabeis...

RUY VELAZQUEZ.

Mi brazo le alcanzará.

DOÑA LAMBRA.

¡Cómo! ¿pensais combatir?
¿Pensais lidiar? No, Rodrigo...
¡Lidiar! ¡Si el cielo enemigo...

RUY VELAZQUEZ.

Descuidad: — ha de morir.

DOÑA LAMBRA.

¡Por otros medios!

RUY VELAZQUEZ.

¡Callad!
No receleis por mi vida:
La tengo bien defendida
De su espada... — Descuidad.
¡Yo lidiar! No: ¿para qué!
Eso el aleve quisiera;
Mas gran locura estuviera,
Y, por cierto, no la haré.
Que para darle la muerte
No es forzoso combatir:
Hay mil medios de morir,
Y morirá... de otra suerte.
No fin de noble guerrero

Piense que le aguarda á él;
En vano espera el laurel
De ceder á hidalgo acero:
Que el vil, que el suyo sacó
Contra vos, contra un esclavo,
Ni ha de morir como un bravo,
Ni he de castigarle yo.
No: de fementida mano
Debe esperar su castigo;
Mas le herirá don Rodrigo,
Cuando le hiera un pagano...
Por él vuestro hermano ha ido,
Y va á venir ante vos...
¡Vaya! ¿qué decís?... ¡Por Dios!
No direis ya que os olvido.—
Mas ¿quién llega?

(*Sale el Paje.*)

EL PAJE.

Un caballero,
Cubierto de todas armas,
Pregunta por vos.

RUY VELAZQUEZ.

¿Por mí?
Y ¿quién es?

EL PAJE.

No lo declara.
Solo dice que del Conde
Un pliego...

RUY VELAZQUEZ.

Que venga... Marcha.

(*Se va el Paje.*)

DOÑA LAMBRA.

¿Del Conde ha dicho?

RUY VELAZQUEZ.

Del Conde. —
Necesitará mi espada
Contra el Leonés; porque el Moro
En holgada paz descansa.
Veremos...

(*Entra un Caballero armado y cubierto, y varios Pajes.*)

...¡Buena presencia!

ESCENA IV.

Los mismos. UN CABALLERO.—Viene cubierto.

EL CABALLERO.

¿Don Ruy Velazquez de Lara?

RUY VELAZQUEZ.

El mismo... Y vos?...

EL CABALLERO.

Un hidalgo.

RUY VELAZQUEZ.

Solariego en la montaña?

EL CABALLERO.

Como el mejor.

RUY VELAZQUEZ.

¿Apellido?...

EL CABALLERO.

Escuderos de mi casa
Llevan los vuestros.

RUY VELAZQUEZ.

Los mios
No reconocen ventaja
Ni al mismo rey de Leon.

EL CABALLERO.

Y si es menester probanza
De ello, contra el mundo todo
Lo sustentará el que os habla.

RUY VELAZQUEZ.

¿Parientes?

EL CABALLERO.

Tal vez.

RUY VELAZQUEZ.

¿Cercanos?

EL CABALLERO.

Es posible.

RUY VELAZQUEZ.

La celada
Podeis alzar.

EL CABALLERO.

Dispensadme:
Hay una promesa santa
Que lo impide... mas un dia
Podreis mirarme la cara:
Que es harto noble mi frente
Para tratar de ocultarla.

RUY VELAZQUEZ.

¡Como gusteis! (Me parece
que no le falta arrogancia.)

EL CABALLERO.

Del señor Conde. (*Presentando un pliego.*)

RUY VELAZQUEZ.

Está bien...

(*Toma la carta, y la pone sobre su cabeza: despues la abre y dice:*)

¡ Breve por cierto es la carta !

«Don Rodrigo de Lara, señor de Billaren, primo: Los Prela-
»dos y Ricos-hombres de Castilla me han pedido, y yo he tenido
»á bien mandar, que continúe la guerra contra los moros infie-
»les, enemigos de nuestra santa fé. Por tanto, os hallareis el
»lúnes, dia de San Marcos, con vuestros hombres de armas y
»peones en esta nuestra ciudad de Búrgos, para que, despues
»de las letanías, partamos la vuelta de Soria. Dios os guarde.—
»El Conde.»

Vive Dios que me engañé,
Contra el Moro es la jornada. —
Y, decidme, ¿piensa el Conde
Que llevemos muchas lanzas?

EL CABALLERO.

Todo el poder de Castilla.

RUY VELAZQUEZ.

Y ¿caballeros de fama
Irán muchos?

EL CABALLERO.

Y ¿quién puede,
Cuando la bandera santa
De la cruz tremola al viento,
Cuando desnuda su espada
El mismo Conde en persona,
¿Quién dejar puede en la vaina
La suya, prófugo impío,
Desertor de nuestra causa?
No, don Rodrigo. Jamás
La nobleza castellana
Echará sobre su frente
La mancilla de esa infamia.
¿Si irán muchos, decís vos!
Todos irán... y si falta
Alguno, será un cobarde,
Mengua, baldon de la España.
Vos no faltareis!...

RUY VELAZQUEZ.

¡Yo!

EL CABALLERO.

Digo
Que no faltareis.

RUY VELAZQUEZ.

Un Lara
Nunca pudiera faltar
Á donde el honor lo llama.
Decid al Conde que en Búrgos,
En el plazo que señala,
Me tendrá. — Guárdeos el cielo...
Esperad: una palabra...
¿Sabeis tal vez si Gonzalo,
Mi sobrino, á esta jornada
Está convocado?

EL CABALLERO.

Sí.

RUY VELAZQUEZ.

Y se esperará que vaya...
¿Lo sabeis vos?... ¿no es verdad?

EL CABALLERO.

Vos lo dijisteis... Un Lara
Nunca pudiera faltar
Á donde el honor lo llama.

RUY VELAZQUEZ.

Lo celebro... ¡Dios os guarde! (*Al Caballero*).

Conducidle... (*A un paje.*)
...Doña Lambra!... (*Á ella.*)

(*Vase Don Rodrigo con Doña Lambra y los Pajes menos uno. El Caballero se descubre: es Gonzalo.*)

ESCENA V.

GONZALO. EL PAJE. DESPUES ELVIRA.

GONZALO.

¡Se fueron por fin, García!

EL PAJE.

¡Cómo! ¡Don Gonzalo!... ¡vos!

GONZALO.

Silencio... ¡calla, por Dios!
¿Dónde está la amada mia?

EL PAJE.

¿Doña Elvira?

GONZALO.

¿Dónde está?
¡Que pueda hablarla un instante!...
¡Ten compasion de un amante!...
¡Por Dios!

EL PAJE.

Mi muerte será.

GONZALO.

¡Oh! no: tan solo un momento...
Te lo juro por mi honor!...

(Entra Elvira.)

ELVIRA.

¡Gonzalo mio!

GONZALO.

¡Mi amor!
¡Mi Elvira!... ¡tú! ¡qué contento!

ELVIRA.

No me engañó mi deseo...

Por ella te conocí

(Señala á una banda que debe llevar Gonzalo.)

Desde que llegaste aquí...
¡ Por fin, Gonzalo, te veo !

GONZALO.

Sí, mi bien.

ELVIRA.

Oye, García.
Si tú quisieras velar...

EL PAJE.

¿ Qué os pudiera yo negar ?

GONZALO.

Mi amor en tu celo fia.

(Vase el Paje.)

ELVIRA.

Mas urje el tiempo, mi bien :
Yo estoy deshecha, medrosa...

GONZALO.

No temas... ¿no eres mi esposa?
Valor y esperanza ten.

ELVIRA.

¡Esposa—dices! Mi suerte
Me niega tan dulce encanto...
¡Yo que lo anhelaba tanto!...
Ya solo anhelo la muerte.

GONZALO.

No, mi Elvira. Lanza, lanza
Tan horrible pensamiento:
Si en tu pecho no hay contento,
Haya siquiera esperanza.
Eterna la enemistad
No ha de ser como hasta aquí...
¿No oyes una voz en tí,
Que está clamando—*esperad?*

ELVIRA.

¡Cuál quisiera yo sentir
Esa ilusion que te alhaga!
Mas ¡ay! que á mi vista vaga
Espantoso porvenir.

Tú esperas... ¡bien! ¡plegue á Dios
Cumplir tu presentimiento!
De los dos será el contento,
Como el mal fué de los dos.

GONZALO.

Sí, lo será... Mas ahora...
No este fugitivo instante
Perdamos. Mira á tu amante,
Á tu amante que te adora.
Gocemos por Dios, mi Elvira,
De este inefable placer... —
Por fin te he logrado ver!...
Aún me parece mentira.

ELVIRA.

Mas ¿cómo te has atrevido?...

GONZALO.

Y ¿qué no osara el amor?
Peligro mucho mayor
Por ello hubiera corrido.
Del Conde supe que un pliego
Á tu padre remitia:
Insto al que venir debia,
Y en su lugar marcho luego.
Descubrirte así esperaba,
Verte siquiera y partir;

Y el cielo me quiso oir,
Y me da lo que anhelaba.
Te miro: tu voz resuena
Inefable en mis oidos;
Ella embarga mis sentidos,
Y el pecho de gloria llena.
Te miro, y en tal instante
Lanzo del alma el pesar;
Y solo pienso en amar;
En mi cariño incesante;
En la celestial ventura
Que disfruto junto á tí...
Hora ¿qué me importa á mí
Toda mi suerte futura?
¿Qué, ni el Cristiano, ni el Moro,
Ni Castilla, el mundo entero?
Yo estoy junto á la que quiero:
Contemplo al ángel que adoro...
Oiga de tu labio, pues,
Esa voz que es mi consuelo;
Goce la gloria del cielo,
Y mas que espire á tus piés.

ELVIRA.

Calla... calla... Parecia... (*Escuchando.*)

GONZALO.

No temas, no: nadie viene,

Y al primer rumor que suene
Nos avisará García.

ELVIRA.

Sobresaltado mi pecho...

GONZALO.

Mas ¿por qué razon, mi hermosa?
¿Por qué así tan temerosa?...

ELVIRA.

¡Qué mal, Gonzalo, hemos hecho!

GONZALO.

¡Mal! ¿en qué? ¿Quizá, por suerte,
te arrepientes de mi amor?
¿Me guardas ese dolor,
Mas terrible que la muerte?

ELVIRA.

¡Oh, no: arrepentirme, no!...
Pero ¿por qué me has amado?
¿Por qué tambien me has forzado
Á que el alma te dé yo?
Enemistad implacable

Nuestras familias separa;
Y entre un Lara y una Lara
Media un abismo insondable.
Yo he sucumbido, te adoro,
Te adoro como mujer;
Pero falto á mi deber:
Me culparás si lo lloro?
¡Amor¡ ay! amor fatal,
El nuestro, amor infelice,
Amor que Dios no bendice
Desde su trono inmortal!...

GONZALO.

¡Error! ¡triste error, mi Elvira!
El cielo lo ha bendecido:
El cielo, que te ha movido,
El cielo, que á mí me inspira.
Puro, sencillo, inocente,
Es el amor en que ardemos:
Ocultarlo no tenemos;
Llevarlo, sí, en nuestra frente.
Esa enemistad impía
Que nos aparta á los dos,
Tal vez ha querido Dios
Que por él fenezca un dia...
¿No lo piensas tú?

ELVIRA.

¡Ojalá!

GONZALO.

—Aguárdalo; sí, es forzoso:
Ya me llamarán tu esposo,
Y ese enojo acabará.

ELVIRA.

¡Ojalá!... mi vida diera:
Mas no me atrevo á pensarlo;
Ni tú puedes esperarlo,
Ni imaginarlo siquiera.
Esas palabras me dices
Para calmar mi dolor...
Y aun quizá tambien tu amor
Te pinta sueños felices.
Pero, Gonzalo, ese velo
Atrévete á levantar;
La verdad osa mirar:
Yo mirarla no recelo.
Más odio, aversion mas fuerte
Á cada instante verás:
¿Y vencerla lograrás?
¡Ay! no: quizá ni la muerte.
Recuerda el aciago dia,
¡Tan aciago! del torneo:
En él sí que mi deseo
Pensé que se cumpliria.
Y sin embargo, el destino

(Que yo no puedo culparte)
En él se empeñó en cerrarte
El anhelado camino.
Y cuando al venir aquí
Te halagó la confianza,
Al partir cruda venganza
En tus miradas leí. —
Desde entonces feneció
Mi esperar, murió con él:
En la tumba de Ismael
Nuestra dicha se enterró.—
Tal es, Gonzalo, la ley
De nuestro destino infando,
Sin que á contrastar su mando
Ni el poder baste de un rey.
Yo desengañada miro
Mi suerte: yo nada espero...
Y sin embargo te quiero;
Por tí tan solo respiro:
Por tí tal vez atrevida
Á mi deber he faltado:
Por tí ¡ay Dios! que me has llevado
La inocencia de mi vida.
Por tí, que siempre amaré,
Como te he amado hasta hoy;
Porque si tuya no soy,
De ninguno otro seré...

GONZALO.

¡Oh! no, Elvira, no pronuncies

Esa palabra de horror:
Ten piedad de mi dolor,
Y la muerte no me anuncies.
¡No ser mia!... ¡no ser mia!...
¡Y tú pensarlo pudiste,
Elvira, y me lo dijiste!
¡Lo dijiste, y yo lo oia!
¡Y así volarán, así,
Tantos sueños de ventura!
Y ese caliz de amargura
Se verterá sobre mí!...
¡Lo dijiste! Mas no, Elvira,
No: te engaña tu recelo:
Este amor que nos da el cielo...
La esperanza que me inspira...
Yo no sé... no sé... Mi mente
Se confunde... Yo deliro...
¡No ser mia, y yo te miro!...
Mi pecho es un ascua ardiente.
¡No me lo digas, por Dios!
¿No temes, Elvira?

ELVIRA.

¿Qué?

GONZALO.

Yo... no lo sé... no lo sé...
Pero teme por los dos.

ELVIRA.

¡Gonzalo! ¡Gonzalo mio!

GONZALO.

Tu Gonzalo... sí, lo soy...
Mas lo que me has dicho hoy...
¡Elvira!

ELVIRA.

¡Cielos!... Mi tio...

(Gonzalo se cubre.)

ESCENA VI.

Entran ALVAR SANCHEZ y UN MORO.—Los de la anterior.

ALVAR SANCHEZ.

¡Bien!... proseguid... ¿qué importa mi presencia?
Á estorbar vuestra plática no vengo...
Una doncella ilustre de Castilla
Puede bien escuchar á un caballero...
¿Supongo que lo sois?... ¡Qué! ¿no se digna
De responder siquiera vuestro acento?

GONZALO.

Para así interrogarme en este sitio
No reconozco en vos ningun derecho.
No sois Señor aquí.

ALVAR SANCHEZ.

Mas donde quiera,
Señor ó no Señor, inquirir puedo,
Hallándoos como os hallo, vuestro nombre...
Es hija de mi hermana... (*Señalando á Elvira.*)

ELVIRA.

Deteneos.
Ninguna autoridad, poder ninguno,
Por suerte sobre mí diéraos el cielo:
Que entre tantos torrentes de amargura,
Que contínuo en mi vida está vertiendo,
Este bien me otorgó. De mis acciones
Ninguna cuenta, por fortuna, os debo:
Nunca os la deberé; nunca, advertidlo.
Podeis ir á mi madre, y en su seno
Vuestra ponzoña derramar. Yo misma
No se lo negaré... Mas os prevengo
Que si dudais de mi virtud un punto,
Mentís como un villano, y os desprecio.

ALVAR SANCHEZ.

¡ Elvira !

ELVIRA.

Este guerrero que os asusta...

GONZALO.

No le satisfagais !

ELVIRA.

Este guerrero...

GONZALO.

No; ¡ vive Dios !... Satisfacerle ahora,
Baldon fuera é infamia, que repelo.—
Ya escuchásteis á Elvira. Ella más pura
Es que la luz del sol; y yo os reitero,
Yo, soldado del Conde de Castilla,
Ese *mentís* que pronunció su acento.—
En cuanto á mí... tambien lo que os dijera
Os debo reiterar: ningun derecho
Os reconozco á vos, Alvaro Sanchez,
Para exijir lo que decir no quiero.

ALVAR SANCHEZ.

Hay, sin embargo, alguno.

GONZALO.

Y ¿cuál?

ALVAR SANCHEZ.

La espada.

GONZALO.

La espada, me decís... Ese, lo acepto.
Ya alguna vez entre los dos la espada
Parecidas contiendas ha resuelto.

ALVAR SANCHEZ.

¿Entre los dos? ¿y cuándo?

GONZALO.

Cuándo!

ALVAR SANCHEZ.

Cuándo?

GONZALO.

Pues lo quereis saber, vais á saberlo.
¿Me recordais? (*Se descubre.*)

ALVAR SANCHEZ.

¡Gonzalo!

GONZALO.

Sí, Gonzalo:
Gonzalo soy, el del fatal torneo,
Donde de ese valor y de esa espada
Tal prueba dísteis al cristiano pueblo.

ALVAR SANCHEZ.

¡Insolente! tu estrella, que se eclipsa,
Hoy te ofrece á mi brazo justiciero;
Y esa imprudencia que tu labio mueve,
De la venganza acercará el momento.
Dicho está, y lo confirmo: entre nosotros,
Ni más paz, ni más árbitro que el hierro.

GONZALO.

¡Marchemos, pues!... Marchemos!

ALVAR SANCHEZ.

Sí... buscaros
En un plazo brevísimo os ofrezco...
No brillará tres veces esa antorcha,
Sin alumbrar vuestro cadáver yerto.

GONZALO.

Por la muestra que dísteis otro dia,
Temer pudiérais que alumbrase el vuestro...
Uno, en fin, de los dos; que en este caso,
Lanzado el guante y empuñado el hierro,
Mengua es hablar cual gárrulas mujeres,
En vez de combatirse como buenos.—
¡Que los cielos protejan la justicia!
Adios, mi Elvira... Adios!—Ved que os espero.

(*Vase Gonzalo cubriéndose.*)

ELVIRA.

¡Gonzalo!... No me escucha... ¡Desdichada!...

(*Vase por otro lado.*)

ALVAR SANCHEZ.

¿Le conoceis ya? (*Señalando á Gonzalo.*)

EL MORO.

Sí.

ALVAR SANCHEZ.

¿Bien?

EL MORO.

Bien.

ALVAR SANCHEZ.

Entremos.

(Entranse por donde Ruy Velazquez.)

ACTO TERCERO.

Un salon del castillo de Salas.—Caida de la tarde.

—

ESCENA PRIMERA.

DOÑA SANCHA.

DOÑA SANCHA. (*Bordando unas bandas.*)

¡Cuánto tardan!... Y este dia
Será quizás el postrero:
Que males tan solo espero,
Males—de mi suerte impía!
Mañana... mañana ya
Irán la vuelta del Moro,
Y en un mar de acerbo lloro
Aquí Sancha quedará.

Y allí, á do su padre fué,
Ir los hijos veré yo:
Y do su padre cayó,
Morir ellos los veré!...
¡Qué horror!... Sola, abandonada,
En eterno desconsuelo...
¡Piedad! ¡piedad, santo cielo,
De esta madre desdichada!

(*Una breve pausa.*)

No... no... ¡Valor!... Apuremos
Aun las heces del dolor;
Pero tengamos valor...
Nuestro nombre conservemos.
¡Nombre! ¡Honor!... Dura cadena,
Brillante y pesado yugo,
Que al cielo imponernos plugo,
Y que mis llantos condena..!
¡Ay! que se encierren aquí,
Y aquí ceben sus enojos;
Mas no salgan á los ojos,
Puesto que quien soy, nací. —
¡Quién nacer me hubiese dado
En humilde choza, oscura,
Y este caliz de amargura,
No me hubiera emponzoñado!
Y mi vida allí corriera,
Pura, sencilla, inocente,
Y mi desdichada frente

Rayo de muerte no hiriera:
Y al fin si infausto la heria,
Pudiese libre llorar:
Pudiese al cielo clamar
Contra mi desgracia impía:
Pudiese ser madre, sí;
Madre, sí, que no lo soy,
Puesto que obligada estoy
Á encerrar mi llanto aquí...—
¡Honor! ¡nombre!... ¡ley cruel!
No era madre quien te dió...
Mas guardarte sabré yo,
Por mí... por ellos... por él.

(*Pausa.—Concluye la labor.*)

Estan por fin... y empapadas
En el ardoroso llanto
De mis ojos... débil prenda
Del amor que les consagro!
Llevadlas, llevadlas siempre;
Y estos besos de mis labios,
Besos de infelice madre,
Tambien por siempre llevadlos.
¡Ay! ¡así tambien pudiera
Volar con ellos al campo,
Y empuñar la dura lanza,
Y combatir á su lado.
Yo les sirviera de escudo
Contra el golpe del pagano,

Y por la noche su frente
Sostuviera en mi regazo:
Y el sudor enjugaria
De sus miembros fatigados:
Y el aliento de mi pecho
Estampara entre sus labios...
¡Imposible!

ESCENA II.

La misma. Entra RAMIRO, y poco despues NUÑO.

RAMIRO.

¡Madre! ¡madre!

DOÑA SANCHA.

¡Ramiro mio!

RAMIRO.

Un abrazo...!

DOÑA SANCHA.

Y mil... y el alma, y la vida... (*Abrázanse.*)
Mas ¿tú solo?... ¿Y tus hermanos?

RAMIRO.

Yo solo, y Nuño... Los otros
No pueden dejar el campo,
Donde el Conde los emplea:
Porque sabedlo, y gozaos...
Todos capitanes son;
Á todos los ha nombrado
El Conde para mandar
La jente de Villarcayo.
Solo yo ¡pobre de mí!
Segun dicen, de soldado
Me quedo... y me alegro mucho,
Pues que puedo visitaros
De esa suerte...

DOÑA SANCHA.

Mas debieras...

RAMIRO.

Dicen que yo para el mando
No sirvo; niño, y lijero,
Imprudente... y no sé cuántos
Defectos más... ¡Bien! veremos...
Llegue de la lid el plazo,
Y se verá si mi espada
Hiere menos al contrario;

Se verá si leves son
Los botes que dé mi brazo;
Y se verá si despues
Me echan en cara mis años...—
Pero vos llorais, Señora...

DOÑA SANCHA.

¡Ah! perdóname, hijo mio,
Si me enternece ese brio,
Que ostenta tu pecho ahora.
Harto conozco este ardor,
Este brillante denuedo;
Y al recordarlo, no puedo
Contener más mi dolor.
¡Tambien así...

RAMIRO.

Desechad
Ese triste pensamiento...
¡Qué! ¿siempre el mismo tormento?
Vamos... la frente calmad.
Calmadla... ¡Pues está bien!...
Tambien se agita mi pecho,
Y al corazon viene estrecho...
¡Si voy á llorar tambien!...
Y ¿quereis que llore yo?
¿Qué dirán viéndome armado?
Porque al fin soy un soldado...
Y llorar no debo, no!...

DOÑA SANCHA.

Un soldado, sí, un soldado;
Dices bien... y más, un Lara;
Y el llanto nunca brotara
En quien tu nombre ha llevado.
Yo, débil, flaca mujer,
Con el corazon partido,
Perdona si no he podido
Mis lágrimas contener.
No repares mi flaqueza,
Que ya remediar procuro...
Desde aquí, yo te lo juro,
Tendré mayor fortaleza.

RAMIRO.

Sí, fortaleza, contento
Cobrad, cobrad esperanza... —
¿Vos no habeis visto mi lanza?
Tened... Veréisla al momento. —

(*Corre por la lanza que dejó á la entrada.*)

¡Si me vierais cabalgar
En mi bridon de batalla,
Y cuanto al paso se halla
Derribar y atropellar!—
Mirad qué punta de acero...

¿La veis?... y el cerco es de oro...
Teñida en sangre del moro,
Mostrárosla pronto espero. —
¿No me imaginais á mí
Cubierto con mi armadura?...
¿Mas qué digo?... ¡qué locura!
Y la traigo puesta aquí... —
Miradla... y ¿teneis temor?
Pues dardos no la hacen mella;
Y con mi lanza y con ella,
Venga el moro y su furor... —
Vaya... ¿qué decís?

DOÑA SANCHA.

Te oía,
Renuevo de planta hermosa,
Como tierna mariposa
Que de flor en flor corria.
¡Consérvete Dios así,
De esa ventura mecido,
Y entónces habrá caido
Un bálsamo sobre mí! —
Y vos, Nuño, ¿qué os he hecho,
Que tan lejano os quedais?
¿Esquivo conmigo estais?

NUÑO.

Siempre es el mismo mi pecho,

Nacer os vide, Señora,
Y de entónces os serví:
Fiel á vuestra casa fuí,
Fiel tambien os soy ahora.

DOÑA SANCHA.

Nunca, ¡ó Nuño! yo dudé
De tu lealtad; y es bien claro,
Pues que sin ningun reparo
Á mis hijos te entregué.
De virtud insigne ejemplo
En tu vida aprenderán,
Y en pos de tí subirán
De la gloria al alto templo.
Que si del hado el furor
Su padre pudo arrancarles,
Tú, Nuño, habrás de enseñarles
El camino del honor. —
Caballeros de Castilla
Ellos son, de ilustre cuna;
Buena ó mala su fortuna,
Pero jamás con mancilla.
Y tú pura, refulgente,
Les harás siempre guardarla,
Sin que consiga empañarla
Borron ninguno en su frente.
Las dotes de un caballero
Aprendan, Nuño, de tí,
Ya que no pueda por mí

Manejar el limpio acero.
Al Conde, que es nuestro rey,
Sepan fieles acatar;
Mas sepan tambien lidiar
Por los fueros de la ley.
Justicia aprendan de vos
Á otorgar á sus vasallos;
Y guárdense de vejallos,
Que hijos son tambien de Dios.
Conserven pura su fé,
Cuando su palabra dieren,
Aunque los cielos cayeren,
Y se hunda el orbe á su pié.
Que combatan con lealtad,
Terribles sus golpes sean;
Mas al que rendido vean,
Mírenlo ya con piedad.
Que es vil, infame, villano,
Herir desarmado pecho...
Y si hay quien tal haya hecho,
Ni es bueno ni castellano...—
¿No te parece, mi vida?

RAMIRO.

Sí, madre mia... verdad...
Y por lo mismo... mirad!
Por poco ya se me olvida.
Un peregrino infelice
Os traigo... y se me pasaba!
¡Si le viérais como estaba!

DOÑA SANCHA.

¡Peregrino!... Y ¿quién lo dice?

RAMIRO.

Le vereis: la tarde ya
Del horizonte caia,
Y él perdido discurria...
Porque á Compostela vá.—
Amenazaba llover...
¿Quisiérais que le dejara?
Siempre donde habita un Lara,
Un pobre puede caber.

DOÑA SANCHA.

Con tal de que un pobre sea.

RAMIRO.

Un pobre, no lo dudeis:
Vos de ello os convencereis...

DOÑA SANCHA.

Puede ser... Haz que le vea.

RAMIRO.

Sí: voy por él... ¡Madre mia!
¡Sois tan buena!... Quedará:
¿No es verdad?... y partirá
Luego que amanezca el dia...—
Voy, voy por él. (*Vase.*)

ESCENA III.

Los mismos, ménos RAMIRO.

DOÑA SANCHA.

¡Imprudente!...
Más vale así... ¡que su seno
No turbe ningun veneno;
Ninguna nube su frente!...
Imprudente... mas ¡tan bueno!—
Pero tú, Nuño, lo digo
Otra vez: sí, tú conmigo
Triste, silencioso estás...!
¿Por suerte ya no querrás
Ser mi padre, ser mi amigo?

NUÑO.

Con esas dudas, Señora,

Injuriais á un servidor,
Que os respeta y os adora...

DOÑA SANCHA.

Pero en fin...

NUÑO.

No, por mi honor:
Como siempre soy ahora.
Mas tal vez injusta idea
Se clava en la fantasía;
Y por más que se desea,
Y por más que uno pelea,
Lanzarla no lograria.
No sé... mas apenas ví
Á ese pobre peregrino,
Cuando en el pecho sentí
Recio golpe, que contino
Me está redoblando aquí.
Un triste presentimiento
Él me causa de dolor:
No me esplico lo que siento;
Mas sufro crudo tormento:
Su vista me da pavor.
Y soy injusto quizá,
Porque, cual dice, será
Religioso peregrino;
Mas mi pecho turbará,
Hasta seguir su camino.

DOÑA SANCHA.

No, no... Yo le haré partir...
¿Y si fuese algun malvado,
Que se atreviera á fingir...

NUÑO.

Ramiro albergue le ha dado:
¿Le querreis contradecir?—
Dejadle, que pronto pasa
Una noche, pronto á fé:
Descuidad, yo velaré
Mientras esté en vuestra casa,
Y al alba partir le haré.—
Mas él llega.

ESCENA IV.

LOS DE LA ANTERIOR.—Entran RAMIRO y EL PEREGRINO. (1)

RAMIRO.

¡Madre mia!
¿Veis?—un pobre peregrino,

(1) Este es el Moro que salió al final del acto segundo.

Que el religioso camino
De Compostela seguia... —
Llegad, amigo, llegad:
Es mi madre... y es ¡ tan buena !
Si teneis alguna pena,
Contadla luego, contad.
Que jamás nadie ha llegado
Á verterlas en su seno,
Sin volver de alivio lleno,
Y de su mal consolado.
Decid, decid...

EL PEREGRINO.

¡ Bello niño !
Sí, consuelos brotarán,
Donde juntos morarán
Su amor y vuestro cariño. —
Muy desgraciado, Señora,
Tal vez hoy quisiera ser,
Por disfrutar el placer
De interesaros ahora.
Mas poco os puedo contar,
Que es harto comun mi vida:
Hube en la guerra una herida,
Y ofrecí peregrinar.
Y á Compostela marchaba,
Camino triste y devoto,
Á cumplir el santo voto
Que al Sepulcro me ligaba.
Noche tirana y cruel

En el monte me amagó
Y mal lo pasara yo
Sin este bello doncel.
El compasivo y piadoso
Me trajo, señora, aquí,
En donde ya merecí
Mirar ese rostro hermoso. —
No espero ménos piedad
Hallar en vuestra alma bella;
Que si da luz una estrella,
El Sol da mas claridad.

DOÑA SANCHA.

¿Decís verdad, extranjero?

EL PEREGRINO.

Los cielos testigos hago
De que voy á Santiago,
De su Sepulcro romero.

DOÑA SANCHA.

Y ¿cuál vuestra patria es?

EL PEREGRINO.

En Navarra he visto el dia:
Llámome Fortun García,

Descendiente de un leonés,
Que al rey Alfonso siguió
Á la terrible jornada,
Donde la Francia humillada
En Roncesvalles quedó.

DOÑA SANCHA.

Y ¿paisano ó caballero?

EL PEREGRINO.

Verdad os diré, Señora:
Pues, aunque pudiese ahora,
El engañaros no quiero.
De humilde cuna nací,
Aunque ¡vive Dios! honrada;
Y alguna casa nombrada
honrosamente serví.

DOÑA SANCHA.

Parece que habla verdad. (*Á Nuño.*)

NUÑO.

Y ¿donde sirvió el García?

EL PEREGRINO.

Ultimamente servia
De Estella en la merindad.

NUÑO.

Pero á ¿quién?

EL PEREGRINO.

Voy á decirlo...
Al conde de Lerin era.—
¡Preguntais de una manera!...
Cual si tratase encubrirlo...

RAMIRO.

¿Lo veis, madre, como así
Fué todo, cual os decia?...

GONZALO. (*Dentro.*)

¡Madre!

DOÑA SANCHA.

¡Cielos! (*Entra Gonzalo.*)

GONZALO.

¡Madre mia!

DOÑA SANCHA.

¡Mi Gonzalo!

EL PEREGRINO.

(Ya está aquí.)

ESCENA V.

LOS MISMOS, GONZALO, UN PAJE.

(Mientras los versos siguientes, Ramiro habla en secreto á un Paje, que ha entrado con Gonzalo; y este parte con el Peregrino. Nuño, siempre fijo en él, los sigue á poco.)

DOÑA SANCHA.

¡Gonzalo mio!... Por fin
Has querido que te vea...
Con lo que dijo Ramiro.

GONZALO.

Me ha dado el Conde licencia,
Aunque breve, en cinco horas

He caminado diez leguas...
Estoy rendido.

DOÑA SANCHA.

¡Oh! descansa...
Ven aquí... que te sostengan
Mis brazos. Para una madre
¡Qué carga tan dulce es esta!

RAMIRO.

¡Diez leguas en cinco horas!...
No... Pues cuando yo me vuelva
Al campo, las he de andar:
Que no quiero que en la tierra
Haga nadie... ni Gonzalo...
Lo que Ramiro no hiciera.
Más que yo, ninguno.

DOÑA SANCHA

Siempre —
¿Lo ves? — igual lijereza!...

GONZALO.

Mas bravo como un Roldan,
Y firme como una peña.
Mi digno hermano: el primero

Cuando un riesgo se presenta:
El honrado de los fuertes:
El querido de las bellas:
Digno en fin hijo de vos,
Y del escudo que lleva.

DOÑA SANCHA.

¡Oh!... todos, todos, mi gloria,
El conselo de mis penas,
Todos sois... vivos reflejos
Del que yace entre cadenas...
¡Si él os viese! Lloraria
Como yo... mas ¡ay! que fuera
El llanto de placer puro,
No de desventura eterna...

RAMIRO.

¿Otra vez, Madre...! (*Nuño vuelve.*)

DOÑA SANCHA.

¿Quién?... ¡Nuño!

GONZALO.

Pensé, Nuño, que me huyeras.
Al llegar te ví; mas luego
Faltaste de mi presencia.

NUÑO.

La piedad de vuestro hermano
Esta noche nos alberga
Aquí un peregrino...

RAMIRO.

Y Nuño
Que es un malvado recela.

GONZALO.

Echarle pues.

NUÑO.

No hay motivo
Que confirme mis sopechas...

RAMIRO.

Ni lo esperes...

NUÑO.

Mas en fin,
Criminal ó santo sea,
Descansad, que por vosotros
Mi activo cuidado vela.

GONZALO.

¡ Y aquí tantos !... no : esta noche
Recelar en vano fuera :
Duerma , y cuando venga el dia...

RAMIRO.

¿ Ves , Nuño ? — solo te quedas.

GONZALO.

Mas... decidme... Y ¿ es él sólo
Quien ha llegado á esta puerta ?

DOÑA SANCHA.

El sólo.

GONZALO.

¿ Algun caballero...
Algun paje... ?

DOÑA SANCHA.

No.

GONZALO.

¡Creyera
Imposible...!

DOÑA SANCHA.

Y ¿qué aguardabas,
Gonzalo...?

GONZALO.

Tambien sospechas
Teneis vos?—Era un soldado,
Que esperamos en la guerra,
Y que me ofreció venir...
Habrá olvidado su oferta...
No es en verdad el primero
Cuya memoria flaquea...—

DOÑA SANCHA.

Estás rendido, Gonzalo!...
Descansarás.

GONZALO.

Sí... quisiera...
Un instante... Deberian

Los soldados ser de piedra.
¡Estar el ánimo firme,
Y el cuerpo como una cera!

DOÑA SANCHA.

Yo misma voy... Un abrazo...

RAMIRO.

¿Y yo?

(*Abraza á los dos Doña Sancha.*)

DOÑA SANCHA.

¿Vienes?

RAMIRO.

Nuño queda.

(*Vanse Doña Sancha y Ramiro.*)

ESCENA VI.

GONZALO y NUÑO.

(Va anocheciendo.—La luz de la creciente luna entra por los balcones, é ilumina la escena.)

GONZALO.

¿Ves, Nuño? Son los tres dias,
Y Alvar Sanchez no ha acudido.

NUÑO.

Nunca lo hubiera creido.

GONZALO.

É injusto tú me decias!

NUÑO.

¡Faltar así un caballero
Á la palabra que dió!
¡Que se diga que esquivó
El encuentro de otro acero!
¡Oh mengua de nuestra edad!

¡Oh de Castilla desdoro!
¿Quién defenderá del moro
La patria y la libertad!

GONZALO.

¿Qué mucho no tenga honor,
Si siempre cobarde fué?

NUÑO.

Quien asi falta á su fé,
Bien puede ser un traidor.
Que os guardeis será forzoso.

GONZALO.

¿Guardarme yo del villano?
Tengo mi espada y mi mano:
Qué me importa un alevoso? —
Hoy el plazo se ha cumplido:
Mañana ante el Conde iré,
Y allí le apellidaré
De cobarde y mal nacido.
Y caerá sobre su frente
De ese nombre la mancilla,
Y con el dedo en Castilla
Le señalará la gente.
Y él esconderá su cara,
Y de sí se correrá;

Porque donde quiera oirá
«El que huyó, el que huyó de Lara.»—
Mas ¿qué piensas?... Distraido...

NUÑO.

No lo puedo desechar...

GONZALO.

¿Aun sigues en sospechar
De ese pobre recogido?

NUÑO.

Me avergüenza mi temor,
Y quisiera dominarlo...
Mas no puedo remediarlo,
Vuelve con ansia mayor.

GONZALO.

¿Qué temes?

NUÑO.

Yo no lo sé.

GONZALO.

¡Temor es el tuyo extraño!

NUÑO.

Si temiera cierto daño,
No así cavilara á fé. —
¿Me permitireis?...

GONZALO.

¿Rondar
De ese pobre el aposento?
¡Bien!

NUÑO.

Le observaré un momento,
Y os vendré luego á buscar.

(*Vase Nuño.*)

ESCENA VII.

GONZALO.

No ha venido... no ha venido...
Heló su pecho el temor...
Su bullicioso valor
En humo se ha convertido...

Y se jactaba atrevido
De ser bravo y caballero...
Y su ademan era fiero...
Y su palabra arrogante...
Y al arrojarle mi guante,
Empuñar le ví su acero...!
De bueno hacer quiso alarde,
Porque Elvira estaba allí;
Pero el emplazarlo así
Accion fue ya de un cobarde:
Que cuando en el pecho arde
Del honor la viva llama,
Cuando la mente se inflama,
Y bulle el hierro en la mano,
Ningun plazo un castellano
De su enemigo reclama.—
Duerma por fin rodeado
De la fama que le espera...
¿Qué me importa á mí que muera,
O que viva deshonrado?
De lodo vil salpicado
Su escudo le queda ya:
La Córte le mostrará
Cual villano sin honor,
Y Elvira, mi dulce amor,
Tambien le despreciará.
A sus ojos ya triunfé,
Y sus ojos son mi gloria...
¿A qué quiero más victoria,
Si la más bella gané?

Cuando el guante le arrojé,
Y le dije que mentia,
Cuando de la justa el dia
Tronando le recordaba...
Entónces ya de él triunfaba,
Y mi Elvira me veia. —
¡Elvira, mi bien, mi amor!
¡Nombre de dulce consuelo!
¡Ángel bajado del cielo,
Cual etéreo resplandor...!
¡Elvira! de mi valor
Eres la brillante estrella;
Y si todo lo atropella,
Y vence todo mi acero,
Es porque en el mundo entero,
Como tú ninguna es bella.
Vencedor seré del moro
En los campos de Castilla,
Y del Tajo á la ancha orilla
Llevaré el nombre que adoro.
Más que de diamante y oro
Mi corona brillará;
Mas tuya, Elvira, será,
Que mi aliento tuyo es:
Tuya, y postrada á tus piés,
El orbe la admirará.
Y allá en un siglo apartado
Tal vez cante el trovador
Tu belleza, y mi valor
Ante un pueblo entusiasmado;

Y á nuestro nombre enlazado
Por tan brillante laurel,
Quizá tiemble algun doncel,
Y palpite alguna bella,
Y á mi Elvira envidie ella,
Y á Gonzalo envidie él.

ESCENA VIII.

GONZALO. EL PEREGRINO. NUÑO.

(Durante el monólogo que precede sale el Peregrino recatándose y observando: va al balcon del fondo, y arroja por él una cuerda: despues viene hácia Gonzalo, sacando un puñal: al tiempo de herirle, aparece Nuño gritando. El puñal rasga la sobrevesta de Gonzalo, pero se quiebra en la armadura. Este sujeta al Peregrino; y al mismo tiempo saca la daga.)

NUÑO.

¡ Gonzalo !

EL PEREGRINO.

Muere...

GONZALO.

¡ Traidor !

Muere tú... pero ¿qué veo?
Lo estoy viendo; y no lo creo!...

(Al ir Gonzalo á herirle se contiene. La luna ha iluminado la cara del Peregrino.)

NUÑO.

Muera, Gonzalo...

EL PEREGRINO.

¡Oh furor!

GONZALO.

Sí, te conozco... y ya sé
Quién es, aleve, el villano
Que pone el hierro en tu mano,
Y así responde á mi fé...
Matarte debiera aquí,
Y tu cabeza cortarla,
Y ir luego allá, y arrojarla
Á quien á tu lado ví...
Mas quiero puédasle hablar,
Y contarle lo que hiciste...
Díle que el golpe me diste;
Que bien te debe pagar;
Ya que cobarde, medroso,
Se oculta de mi mirada,

Y, en vez de vibrar la espada,
Conpra un puñal alevoso.
Mas que tiemble, que llegar
Tiene de hallarnos el dia,
Y su nueva alevosía
Gonzalo le ha de pagar...
Y marcha, marcha al momento,
Que se enciende mi furor;
Y ¡ vive Dios ! que mi honor
Mancille con tu tormento.

ESCENA IX.

Los mismos. DOÑA SANCHA y RAMIRO.

(Gonzalo que ha tenido sujeto al Peregrino, le lanza fuera de la escena. Al mismo tiempo entran doña Sancha, Ramiro y acompañamiento.)

RAMIRO.

¡Hermano!

DOÑA SANCHA.

¡ Gonzalo mio!

GONZALO.

Llévale... (*á Nuño.*)
(*Á doña Sancha*). No es nada... nada...

DOÑA SANCHA.

¡Cielos! el pobre... esa espada...

GONZALO.

(¡Tan villano, y es su tio!)

ACTO CUARTO.

En el castillo de Ruy Velazquez.—Un jardin.—De noche.—Luz de la luna.

ESCENA PRIMERA.

ELVIRA y GARCIA.

ELVIRA.

En fin, ¿dijo que vendria?

GARCIA.

¡Si le viérais, como oyó
Mis palabras, cuál brilló
Su semblante de alegría!
Juróselo por su fé,
De placer enajenado.

ELVIRA.

¡Quién no le hubiera llamado!

GARCIA.

¿Llorais?

ELVIRA.

Quizá lloraré.—
¡Una ilusion, un instante,
Y luego mas padecer!...
Tú debiste...

GARCIA.

Obedecer.

ELVIRA.

No á una ciega, ilusa amante.
¿Por qué, cruel, me dijiste
Que de aquí tan cerca estaba?
¿Por qué, cuando vacilaba,
Mi pasion no combatiste?
¡Es tan acerba mi suerte!
¿Quién sabe (¡crudo dolor!)

Si vendrá buscando amor,
Y encontrará con la muerte?

GARCIA.

Tan léjos todos de aquí,
Mal pudiera recelar...

ELVIRA.

Hora acaban de llegar;
¡Desventurada de mí!
¡Si le viesen!...

GARCIA.

No será:
Á este jardin apartado
Á don Gonzalo he citado;
Aquí ninguno vendrá.
Yo tambien vigilaré...

ELVIRA.

Ya vigilaste otro dia:
¿No lo recuerdas, Garcia?

GARCIA.

Injuria haceis á mi fé.

De vuestro padre os guardaba;
Don Alvar vino de afuera...
Y ¿quién de entrambos pudiera?...

ELVIRA.

Perdona: no te culpaba.
Bien sé tu fidelidad,
Pura cual luciente espejo;
Mas de mi suerte me quejo,
Y de su negra crueldad.
Ella... Pero escucha... sí...
Alguien viene... dejamé,
Y que sospechas no dé
El vernos juntos aquí.
¡Es Alvar Sanchez... mi tio!

ESCENA II.

El PAJE se va por un lado. Entra DON ALVARO por otro. ELVIRA.

ALVAR SANCHEZ.

Dios te guarde... (*Elvira quiere irse.*)
¿Cómo!... Espera...
¿Esquivar de esta manera!...

ELVIRA.

Se hace tarde... y hace frio.

ALVAR SACHEZ.

No: la verdad me direis:
Siempre de mí os alejais...

ELVIRA.

Pues ¿á qué me preguntais,
Cuando la verdad sabeis?
Dejadme.

ALVAR SANCHEZ.

No, vive Dios!
Aquí os habeis de quedar;
Porque tenemos de hablar
Siquiera una vez los dos.

ELVIRA.

¿Hablar tenemos! ¿de qué?

ALVAR SANCHEZ.

¿De qué? ¿finjes ignorarlo?
¡Pues bien! habrás de escucharlo:
Escucha, y te lo diré...

ELVIRA.

Don Alvar Sanchez, no ignoro

Vuestra necia pretension,
Que ofusca vuestra razon ,
Y causa mi acerbo lloro.
Sé que codiciais mi mano ,
Y aun mi amor quizá quereis :
Sé que de ello alarde haceis,
Cobarde , injusto y tirano...
Callad : dejadme decir...
¿ No solicitais hablarme ?
Consentid en escucharme ,
Pues me quisísteis oir. —
Sé que pretendeis mi amor ;
Que me perseguis sin tasa ;
Y abusais ser de mi casa
Para causarme dolor.
Pero vos sabeis tambien
Que es vana vuestra porfía ,
Y que nunca os amaria ,
Aunque faltase mi bien. . .
Mi bien , sí... que no lo niego :
Mi amor no encubro al de Lara ,
Y aunque el cielo lo mandara
No se apagará este fuego.
Esto lo sabeis , señor ,
Como que nadie lo ignora ;
Pero yo os lo digo ahora
Por desengaño mayor.
Ved si , habiéndolo escuchado,
Aun perseguirme quereis :
Que ¡ vive Dios ! si lo haceis

Que sois un vil y un malvado.

(*Quiere irse y D. Alvaro vuelve á detenerla.*)

ALVAR SANCHEZ.

No, Elvira: yo os escuché,
Y escucharme habeis á mí:
Vuestros denuestos oí...
Injurias yo no os diré...
Mas no penseis que pretendo
Vuestra dureza ablandar,
Ni que procure embotar
El puñal que me está hiriendo.
Os he amado con furor;
Y tal vez algun delito
En mi frente llevo escrito
Tan solo por vuestro amor.
Vos me pudiérais salvar...
Y preferís rechazarme...
¡Bien!... Yo voy á despeñarme;
Pero aprestaos á llorar.

ELVIRA.

¡Llorar! Llorar es mi suerte,
Y me resigno á su mando...
Mejor que amaros, llorando
Hasta la hora de la muerte.

ALVAR SANCHEZ.

Mas no es tan sólo por vos,
Que por otro llorareis.

ELVIRA.

¿Esa amenaza me haceis?
Yo no la temo, por Dios!
No es, por dicha, la primera
Que de vuestra boca oí;
Y fuera desgracia en mí
Que esta sola se cumpliera.

ALVAR SANCHEZ.

¡Elvira!

ELVIRA.

Tres veces ya
En el oriente brilló
El Sol; tres veces murió...
Y Gonzalo vivo está. (*Vase.*)

ESCENA III.

ALVAR SANCHEZ. Despues DOÑA LAMBRA.

ALVAR SANCHEZ.

Sí, vivo... ¡pese al puñal,
Y al torpe que lo templara!
Mas no se goce el de Lara,
Que aun vivo yo por su mal.
Y si el golpe de un villano
En sus armas se embotó,
No soy un villano yo,
Ni es tan débil esta mano.

DOÑA LAMBRA. (*Que entra.*)

¿Es Alvaro!

ALVAR SANCHEZ.

Sí, yo soy.

DOÑA LAMBRA.

Te encuentro por fin aquí:
Parece que huyes de mí...

ALVAR SANCHEZ.

¡Yo!

DOÑA LAMBRA.

Sí: no os conozco hoy.
Del campamento llegais
Esta noche tú y Rodrigo;
Mas tan esquivos conmigo...
Salud apénas me dais.
Como nunca misterioso,
Él se encierra en su aposento;
Y tú tambien al momento
Retíraste presuroso.
Vése en tu frente el pesar
En hondo surco grabado...
¿Me será tambien vedado
Tus penas investigar?

ALVAR SANCHEZ.

Ninguna nueva, á mi fé.

DOÑA LAMBRA.

No eres ingénuo conmigo...

ALVAR SANCHEZ.

Por Dios, que sí.

DOÑA LAMBRA.

Mas Rodrigo...

ALVAR SANCHEZ.

Su secreto no lo sé.

DOÑA LAMBRA.

Pero en el momento aquí
Venirte!...

ALVAR SANCHEZ.

Buscaba á Elvira.

DOÑA LAMBRA.

Pues pienso que se retira:
¿La has visto?

ALVAR SANCHEZ.

La he visto, sí.
Y atrevimiento ha tenido
Para ultrajarme en mi cara...
¡Yo despreciado por Lara!

DOÑA LAMBRA.

¡Hubiérasme tú creido...

ALVAR SANCHEZ.

Mas ¿qué encuentra Elvira en él,
Para anteponerlo así?
¿En qué me aventaja á mí?
¿Lleva mejor un corcél?
¿Es más noble su linaje?
¿Más gente la que acaudilla?
¿Tiene más puesto en Castilla?
¡Porque es niño como un paje!...
Mujer en fin, como son
Tantas mujeres de hoy!

DOÑA LAMBRA.

Ved, Alvar, que yo lo soy!

ALVAR SANCHEZ.

No habla con vos mi razon.

DOÑA LAMBRA.

Duro estais, muy duro á fé,
Y dudo si lo acertais.

ALVAR SANCHEZ.

¡Lambra!

DOÑA LAMBRA.

Digo que os quejais;
Mas si con razon, no sé.

ALVAR SANCHEZ.

¡Tambien vos en contra mia!

DOÑA LAMBRA.

Harto por vos me empeñado....
No me habeis vos ayudado,
Como esperarse debia.
Y, por Dios, que alguna vez,
Alvaro, lo he de decir,
Ya que os escucho venir
Con esa necia altivez.—
Te quejas de las mujeres,
Y de méritos blasonas.
Y deben darte coronas
Segun lo galan que eres.
Mas olvida tu memoria,
Que Gonzalo te ha eclipsado;
Que de tu frente ha arrancado

Las palmas de la victoria;
Que en la justa te venció,
Y luego tan débil fuiste,
Que amigo le recibiste...
¡Que no hubiera sido yo!
Y despues, él vivo está:
Tú tambien vivo, por Dios;
Cuando alguno de los dos
Muerto debiera estar ya...
¿Te sonrojas? Sí; bien debe
Mi palabra sonrojarte.
Pero no puedes quejarte,
Que aun es su herida harto leve.
Más sonrojos, más pesar
En mi pecho he devorado,
Cuando á Elvira la he escuchado
Tales hechos recordar.
Ama á Gonzalo y no á tí...
Y ¿quisieras que te amara?
Vence primero al de Lara,
Y vuelve triunfante aquí.

ALVAR SANCHEZ.

Os he escuchado en verdad,
Y en verdad que no os comprendo...

DOÑA LAMBRA.

¡Bien fácil, á lo que entiendo!

ALVAR SANCHEZ.

No, Doña Lambra... esperad...
¿Por qué de él no me vengué,
Despues del aciago dia?
¿Fué acaso por cobardía?
¿Fué por temor?

DOÑA LAMBRA.

No lo sé.

ALVAR SANCHEZ.

¡Vive Dios que esto es de más!
Vengo aquí brotando furia,
Y te encuentro que otra injuria
Tú tambien llorando estás:
Vengarte quiero afanoso,
Y te niegas á mi acero,
Y me exijes que primero
Vaya y lo diga á tu esposo:
Y él me veda combatir,
Porque quiere ignoble mano:
Y por él busco un pagano:
Y tú le mandas herir...
Y hora dícesme en mi cara
¡Vive Dios! que deshonrado
Estoy, porque no he matado

Á ese insolente de Lara!...
No, Lambra, dime que él
Tambien tu pecho ha vencido,
Y que ya das al olvido
El suceso de Ismael:
Y no me culpes á mí
Con lo que, si culpa fuera,
De los dos la culpa era,
Y en mayor parte de tí.

DOÑA LAMBRA.

¡Bien, Alvaro!... no diré
Que pierdas nada conmigo...
Mas Elvira...

ALVAR SANCHEZ.

Yo te digo
Que á oirlo no volveré.
Adios.

DOÑA LAMBRA.

¿Adonde, imprudente?...
Pero... escucha... (*Sonido de una corneta.*)
¿No has oido?

ALVAR SANCHEZ.

Y ¡otra vez! (*Suena de nuevo.*)

DOÑA LAMBRA.

Este sonido...

ALVAR SANCHEZ.

Calla, calla... viene gente...
Es tu esposo...

ESCENA IV.

LOS MISMOS. RUY VELAZQUEZ.

DOÑA LAMBRA

Don Rodrigo...

RUY VELAZQUEZ.

Vos... ¿y vos tambien aquí?
No importa.

DOÑA LAMBRA.

¿ Escuchásteis ?

RUY VELAZQUEZ.

Sí.
No temais : es un amigo.

(*Ruy Velazquez se dirije á una puerta pequeña, y la abre. Entran dos Moros.*)

Entrad, entrad...

ESCENA V.

LOS DE LA ANTERIOR y DOS MOROS.

MORO 1.º

Por Alá,
Abriérais en fin, cristiano...
Pero...

(*Se suspende al ver á Doña Lambra y á D. Alvaro.*)

RUY VELAZQUEZ.

Mi esposa y mi hermano...

MORO 1.°

Azarosa noche está.

RUY VELAZQUEZ.

¿Algun peligro corrísteis?

MORO 1.°

Encontramos un guerrero...

RUY VELAZQUEZ.

Y ¿os conoció?

MORO 1.°

No lo espero.

RUY VELAZQUEZ.

Y ¿sabrá donde vinísteis?

MORO 2.º

No hayais, cristiano, temor,
Que en el bosque le dejamos...
Pero pronto concluyamos,
Que nos aguarda Almanzor.
Siempre fiel á la hermandad
Que un tiempo con vos juró...

RUY VELAZQUEZ.

Su lealtad conozco yo;
Pero la seña me dad.

MORO 2.º

Esta vuestra carta es.

(*Mostrando una carta sin entregarla.*)

RUY VELAZQUEZ.

Mis intentos ya sabeis.
Bien: ¿el puerto conoceis
De la ermita del Leonés?

MORO 1.º

Le conozco.

RUY VELAZQUEZ.

Por allí,
Al romper mañana el dia,
Un fuerte escuadron envia
El Conde.

MORO 2.°

¿Por allí?

RUY VELAZQUEZ.

Sí.
Doscientas lanzas serán,
Buena gente y de valor.

MORO 2.°

Lo diremos á Almanzor.

RUY VELAZQUEZ.

Cuidado que lidiarán;
Que no es gente que la espada
Depongan amedrantados.

MORO 1.°

¿Decís doscientos soldados?..

Descuidad, no temais nada.
Y con ellos?

RUY VELAZQUEZ.

Lo que quiera.
Uno solo... el que los manda...
Llevará una roja banda...
Ese es forzoso que muera.

MORO 1.°

Morirá.

RUY VELAZQUEZ.

Con los demás...
Lo que quiera... Pueden ir
Allá á Córdoba á servir...
Mas que no vuelvan jamás.

MORO 1.°

Sabeis que es segura y fuerte
La Calahorra.

RUY VELAZQUEZ.

Lo sé.

MORO 1.°

Y que el que en ella se vé,
Está en ella hasta la muerte.

RUY VELAZQUEZ.

Lo sé.

MORO 2.°

¿Que decir teneis
Algo más para Almanzor?

RUY VELAZQUEZ.

Nada... que hoy en su valor
Librar mi esperanza veis.
Que recuerde la alianza,
Que jóvenes contrajimos
Cuando en Córdoba nos vimos,
Y que cumpla mi venganza.

MORO 1.°

Firme su palabra es,
Y prueba de ello os ha dado:
Aun vive en prision...

RUY VELZAQUEZ.

(*Interrumpiéndole.*)

Cuidado
Con la ermita del Leonés.

MORO 1.°

Descuidad, no olvidaremos...

RUY VELAZQUEZ.

Al amanecer será.

MORO 1.°

Ya entónces allí estará...

MORO 2.°

Del éxito os respondemos.

(*Vánse los moros por la misma puerta.*)

ESCENA VI.

LOS DE LA ANTERIOR MENOS LOS MOROS.

RUY VELAQUEZ.

Veremos si escapa ahora
Por su cota de buen temple. —
Cuando busqueis un pagano, *(Á don Alvaro.)*
Así buscarlos conviene.

ALVAR SANCHEZ.

Mas... perdonad, don Rodrigo...
Entregarlos de esa suerte...

RUY VELAZQUEZ.

Compasion me da escucharos.
¿Es acaso más aleve
Hacer que lidiando muera,
Que el hacer que muera inerme?
¿No consentisteis... vos mismo
¿No armásteis la mano débil,
Del que en su castillo entrara
Tan sólo á ser su juguete?
Don Alvaro, ó no vengarse,

O hacerlo como se puede:
O lidiar cual caballero,
O cerrar los ojos siempre...
Porque dudar como vos,
Ser cobarde y ser valiente,
Ser traidor y ser leal,
Necio empeño me parece.

ALVAR SANCHEZ.

Cosas teneis, don Rodrigo...

RUY VELAZQUEZ.

Porque mi espresion es fuerte,
Y porque llamo á los hechos
Así cual llamarse deben?...
Descuidad... estamos solos,
En donde nadie nos vende.

ALVAR SANCHEZ.

Pase por Gonzalo, en fin...
Mas los doscientos ginetes,
Mas la suerte de Castilla,
¿Os es quizá indiferente?
Y así venderla á Almanzor...

RUY VELAZQUEZ.

No, que injusto cargo es ese.

Yo puedo por mi venganza
Mi propia sangre venderle;
Mas la patria, mas Castilla
En mí su columna tiene,
Y segura está del Moro,
Pues mi espada la defiende.

ALVAR SANCHEZ.

¿Y su tropa?

RUY VELAZQUEZ.

Rendiránse,
Cuando cercados se vieren.
Si muere alguno, los cielos
El Obispo les promete...—
Y, en fin, de vuestra memoria
Que se ha borrado parece
Ese reto que Gonzalo
Os ha clavado en la frente.
¿Olvidais que ante Castilla
Os ha acusado hoy de aleve?
¿Olvidais que si mañana
No va á su encuentro la muerte,
Al nacer el otro dia
Os aguarda en el palenque?

DOÑA LAMBRA.

¡Alvaro!

RUY VELAZQUEZ.

Y ¿estais seguro
De enfilar tan bien su almete,
Que al bote de vuestra lanza
Postrado por tierra quede?

ALVAR SANCHEZ.

Lidiaremos: la victoria
Despues será del que fuere.

RUY VELAZQUEZ.

¡Y así exponer mi venganza
Al azar de vuestra suerte!...
No, no... Lidiad esta noche
Entre tanto que amanece:
¡Bien! si triunfais; mas si no,
El Moro le aguarda siempre.

ALVAR SANCHEZ.

¡Don Rodrigo!

RUY VELAZQUEZ.

Calla, calla...

¡Música en estas paredes!

(Fuera del jardin UNA VOZ ha principiado á cantar las siguientes coplas.)

«Ufano marcha el guerrero
Al encuentro de Almanzor,
Llevando al lado su acero
Y el alma llena de amor.

—

»No temas, noble doncella,
Los peligros de la lid:
Tu nombre será la estrella
Que sostenga al adalid.»

RUY VELAZQUEZ.

Callad... ¿no escuchais pisadas,
Que por esa parte vienen?

DOÑA LAMBRA.

Sí... verdad...

RUI VELZAQUEZ.

Hácia este lado...

Observemos lo que fuere.

(*Retíranse hácia un lado, y se ocultan entre los árboles.* LA VOZ *continúa.*)

«Contémplale cual combate
Al resplandor de tu luz:
Cuántos paganos abate:
Como defiende la Cruz.»

ESCENA VII.

Durante esta copla salen ELVIRA y GARCIA observando.—Despues GONZALO.

ELVIRA.

Él es... no hay duda, García...
¿Para qué tanto cantar?
Le pudiaran escuchar,
Y todo se perderia.

LA VOZ.

»Ufano vuelve el guerrero
Del encuentro de Almanzor,
Trayendo al lado su acero
Y el alma llena de amor.»

ELVIRA.

¡ Aun más !... Ábrele al momento...

(El Paje abre la puerta y entra Gonzalo.)

GARCIA.

Entrad y callad, por Dios,
Don Gonzalo... no hagais vos...

GONZALO.

Y mi Elvira?

GARCIA.

Aquí.

GONZALO.

¡ O contento !

ELVIRA.

¡ Imprudente !

(El Paje se retira á observar por otro lado que donde están los escondidos)

GONZALO.

No hay temor:
Tu padre en el campo está...

ELVIRA.

No, Gonzalo... poco há
Vino para mi dolor.

GONZALO.

¿Que ha venido, dices?

ELVIRA.

Sí.

GONZALO.

Extraño que haya podido...

ELVIRA.

Tambien Alvaro ha venido.

GONZALO.

¿Tambien Alvaro está aquí?
Si pudieran sospechar!...

ELVIRA.

¡Oh! vete... ¡qué mal he hecho
En llamarte..!

GONZALO.

Calma el pecho...
Déjame un poco observar...

(Gonzalo se dirije por todas partes y observa con precaucion)

Todo en silencio se mira,
Envuelto en oscuro manto...
¿Qué temes? lanza ese espanto...

ELVIRA.

¡Mi Gonzalo!

GONZALO.

¡Amada Elvira!
Ven... siéntate... un solo instante
Al lado del que te adora... *(Se sientan)*
Que esa luz que el cielo llora
Ilumine tu semblante...

ELVIRA.

Gonzalo... vas á partir...
Á las lides, á la muerte...
Yo tambien... ¡amarga suerte!...
Tambien me quedo á morir!...

GONZALO.

No, mi Elvira: la victoria
Su corona me prepara,
Que es mi corazon de Lara,
Y tu nombre es mi memoria.
Voy donde llama el honor
Á los buenos de Castilla;
El faltar fuera mancilla,
Indigna de mi valor.
Voy donde un padre tambien...
Tú lo sabes, amor mio...
Él pide auxilio á mi brio;
¿Le oyera yo con desden?
Voy á lidiar, sí, á lidiar...
Pero no tengas recelo,
Que es mi causa la del cielo,
Y el cielo la hará triunfar.
El honor, la prez, la gloria,
Todo en las lides se gana...
¿Quién sabe?... Tal vez mañana
Me corone la victoria.

ELVIRA.

¡Mañana! ¿tan pronto?

GONZALO.

Sí:
Mañana partir debemos,
Y á Almanzor encontraremos,
Pues muy cerca está de aquí.
Mas tú...

ELVIRA.

¡Y mañana quizá,
Miéntras vierto amargo lloro,
La dura lanza del Moro
Su pecho desgarrará!
¡Y cuando tienda su velo
Noche transparente y pura,
Y esa antorcha de dulzura
Vuelva á iluminar el cielo;
La que tanto y tanto amor
Ora iluminando está...
Quizá tan sólo hallará
Muerte y eterno dolor!

GONZALO.

¡Por Dios, Elvira!...

ELVIRA.

No: deja,
Deja desahogar mi llanto:
Deja que hasta el cielo santo
Libre se eleve mi queja... —
Pero escucha... Yo lo juro (*Se levanta.*)
Á su presencia sagrada,
Bajo la esfera estrellada,
De su gloria templo puro...
Si en esa lid ominosa,
Donde te lleva el honor,
Sucumbir debe el valor
Que de tu pecho rebosa:
Si está escrito que tu vida
Se corte verde y lozana,
Como flor de la mañana
Por duro granizo herida:
Si como tu padre, en fin,
Al son de roncas cadenas,
Debes arrastrar tus penas,
Allá en remoto confin...

GONZALO.

¡Elvira!

ELVIRA.

Yo te lo juro

Por Dios y su nombre santo,
Cubierta la faz del llanto,
Que en vano calmar procuro...
Tú sólo fuiste mi amor,
Y mi esposo sólo fueras;
Y que vivas ó que mueras,
Serás del alma señor.
Jamás mi mano á otra mano
Enlazada se verá;
Ni sobre mí brillará
Fútil adorno y liviano.
No. Del mundo retirada,
Ser enterrado y viviente,
Ceñiré mi humilde frente
Con la toca consagrada.
Y en la oscuridad, allí,
Bajo el empapado velo,
Serán mis votos al cielo
Por unirme pronto á tí.

GONZALO.

No más: no más, por piedad!
¿Quieres, Elvira, matarme?
Déjame á tus pies postrarme...

ESCENA VIII.

Los mismos. GARCIA que entra apresurado.

GARCIA.

Pronto, al instante, marchad.
No os detengais un momento...

ELVIRA.

¡Vienen?... ¿quién viene, García?

GARCIA.

No sé... mas hay, á fé mia,
Un extraño movimiento...

ELVIRA.

¡Vete... sí, vete!...

GONZALO.

Mas hora
Dejarte...

ELVIRA.

No temas nada...
¡Sálvate tú!

GONZALO.

Traigo espada...

ELVIRA.

Te lo pide quien te adora.

GONZALO.

Mas tu peligro...

ELVIRA.

No, no...
No es ninguno si te vas...
Y me pierdes si te estás...

GONZALO.

¡Ah!... que no te pierda yo!...
Adios...

GARCIA.

Salid...

(*Garcia abre y se va Gonzalo.*)

ELVIRA.

Ya se fué !...
Y para siempre... ¡ infelice !
Oigo una voz que me dice
Que en mi vida le veré.

GARCIA.

¡ Vamos !

ELVIRA.

Llora, corazon :
Llora, que á la muerte corre...
¡ Ay Dios ! ¡ mi padre !

RUY VELAZQUEZ. (*Señalando á Garcia*)

Á la Torre...
Al Convento de Sion !... (*Señalando á Elvira.*)

(Durante la anterior escena, en la que Ruy Velazquez, su mujer

y el hermano de esta permanecian encubiertos, se ha visto hablar en secreto á D. Rodrigo con Alvar Sanchez, y partir este en seguida.—En el momento en que Elvira y Garcia van á retirarse, aparece el D. Alvaro seguido de Pajes y criados con luces, y se presenta tambien Ruy Velazquez, quien manda conducir á Garcia á la Torre, y á Elvira al Convento.

ACTO QUINTO.

En las faldas del Moncayo, confines de Castilla y Aragon.

ESCENA PRIMERA.

La falda de una sierra, que se eleva en el fondo. Un vivac. Se ven centinelas avanzadas, alguna hoguera, y soldados castellanos sentados ó durmiendo en derredor. Hácia el proscenio cuatro de ellos conversando.—Es de noche todavía.

1.

¿Con que no aprueba la entrada?

2.

Ya se ve que no la apruebo;

Y sabe Dios, Pero Nuñez,
Si á contarla volveremos.

1.

Y ¿cuál razon, si le place?...

2.

Dios me entiende, y yo me entiendo.

1.

No, maese Sancho: entre amigos
No debe haber tal secreto.
Todos vamos á lidiar,
Y de todos es el riesgo...
Diga, diga.

2.

Si no es nada...

1.

¿Cómo nada?... No lo creo:
No es vuesarced un poltron,
Que de nada tenga miedo.

2.

De modo que...

3.

Apostaria
Á que hay bruja de por medio.

2.

Pues mire...

3.

Si yo lo digo...
¡ Bruja ! ¡ bruja !

1.

Haya silencio,
Alfonso; tenga razon,
Y el campo no alborotemos.

3.

¡ Las brujas de maese Sancho !
Vaya... cuéntenos su cuento...

2.

Al diablo vaya el burlon,
El charlatan...

1.

Pues yo tengo
Para mí, que de esta entrada
Poderosos nos volvemos.

3.

¿Hablas tú tambien con brujas?

1.

¿Con brujas yo?... Vade retrò...
¿Tengo, por ventura, cara
De quemarme en el infierno? —
Lo he soñado... cinco noches!...

4.

Pues entónces, no hay remedio.

3.

Gracias á Dios que despliega
Sus labios... ¿era ya tiempo?

4.

¿Qué sirve tanto charlar?
¿Quereis más bien que juguemos
El botin?

2.

Cuando se gane;
Miéntras no...

1.

Si no... ¡Laus Deo!
¿Qué se pierde?

3.

Dice bien.
Yo, por mí, no me contento
Con cinco esclavos.

1.

Ni yo.

3.

Pero ¿cómo jugaremos
Si aun no se ve?

4.

Aquella lumbre...

3.

Sí, sí...

1.

El capitan... ¡ silencio !

ESCENA II.

Los cuatro soldados se acomodan á jugar junto á una hoguera.—
Entran GONZALO y NUÑO.

GONZALO.

¡ Cómo tarda , Nuño , el dia !

NUÑO.

Él vendrá , no le anheleis...
Que quizá no le vereis
Morir con tanta alegría.

GONZALO.

¿Aun insistes en temer
Del éxito de esta entrada?
¿Aun piensas que la jornada
Aciaga se ha de volver?

NUÑO.

Lo pienso.

GONZALO.

¡Raro temor!
Tú, que en tu vida temblaste,
Que tantas veces hollaste
Al pagano y su furor:
Tú, que aun ayer esperabas
Prez y gloria en la pelea,
Y la destructora tea
En tu mano preparabas...
De pronto cambia tu frente,
Y fallece tu valor,
Y una nube de pavor
Vela tu mirada ardiente...
¡Nuño! ¡Nuño!...

NUÑO.

Perdonad
Si de esa suerte os he hablado...

¿Pensais que ignore un soldado
Morir con serenidad?
Mil veces en torno mio
Blandir el hierro miré:
Como entónces lo veré,
Que aun tiene mi pecho brio.
Yo... ¿qué he de temer por mí,
Débil y caduco anciano,
Cuando es ya inútil mi mano,
Y mi destino cumplí?
Cuando, sirviendo á Castilla,
Llevé sus armas do quiera,
¡Que importará en fin que muera,
Pues que muero sin mancilla?
Más bella, más digna muerte
La de los bravos será;
Y, por Dios, no faltará
Quien tenga envidia á mi suerte...
Si temo, si ese pavor
En mi frente se declara,
Por vos, Gonzalo de Lara,
Por vos solo es mi dolor.
Por vos y vuestros hermanos,
Estrellas de lumbre pura,
Que en un mar de desventura
Van á extinguir los paganos.
Por vos, que apénas nacísteis,
Que apénas brillado habeis,
Que tanta esperanza veis,
Y así á la muerte corrísteis...

GONZALO.

Pero Nuño...

NUÑO.

Extrañais vos
Que os hable, Gonzalo, así:
Tal vez os burlais de mí...

GONZALO.

Yo no me burlo, por Dios.
Empero...

(*Va amaneciendo poco á poco.*)

NUÑO.

Escuchadme. — Un dia,
Mas há de cuarenta años,
Por las orillas del Duero
Ibamos veinte cristianos.
Al Moro de la frontera
Ya incendiáramos los campos,
Y sus hembras y sus hijos
Cogiéramos por esclavos.
Ganadas ricas preseas,
Y hácia la patria tornando,

Á las haldas de ese puerto,
De la otra parte, llegamos.
Entre sus peñas entónces
Se elevaba un santuario,
Pobre de joyas mundanas,
Pero rico de milagros.
Albergábase en sus muros
Un penitente ermitaño,
Que, extranjero en este clima,
El Leonés era llamado:
Y tal fuera su virtud,
Y sus méritos tan altos,
Que hasta los moros de allende
Le respetaban por santo.—
Caminábamos rendidos;
Y la noche amenazando,
En busca de algun reposo
Á la ermita enderezamos...
¿Qué os diré? Jóvenes todos,
De sangre y vino cargados,
Con insolencia procaz
Mancharon el santuario.
Y en vano intentó el Leonés
Nuestros hechos afearnos,
Que aun hubo algun atrevido
Que sobre él alzó la mano:
Bien que conmovido entónces
Contuve yo al temerario,
Y en agitada disputa
Nuestros aceros brillaron...

3.

(Vuelvo á ganar.

4.

Vive Dios ,
Que no me deja un cornado...
¡ Haya suerte !)

NUÑO.

¿ No escuchásteis ?

GONZALO.

Proseguid... son los soldados.

NUÑO.

En fin , con eco de trueno ,
Y los ojos hechos rayos ,
La voz del Leonés sonó,
Desgracias vaticinando.
« Que al nacer el otro dia ,
Víctimas de los paganos ,
Aguardábanos la muerte
En el puerto que miramos :
Y yo solo exento de ella ,

Arrastrando largos años
De infortunio, al fin vendria
Á encontrarla en sus peñascos. » —
Tal dijo, y fué... Sorprendidos,
Como valientes lidiamos;
Mas poco puede el valor
Cuando bullen los contrarios.
Todos murieron; yo solo
Herido quedé en el campo:
Y desde entónces mi vida...
Vos la conoceis, Gonzalo. —
Pues bien... Esta misma noche
Ví otra vez al ermitaño,
Y sus palabras de muerte
Otra vez las he escuchado.
Á recordarme ha venido
Que ya se cumplió mi plazo,
Y que la espada pendiente
Se derriba resonando.
Mas ¡ay! que tambien con vos,
Tambien con vuestros hermanos,
Hablaba al par que conmigo:
Y sus ojos inflamados,
Y su voz, y su ademan
Á todos nos señalaron;
Y su lúgubre sentencia
Contra todos ha lanzado.

GONZALO.

¡Fatal historia, en verdad,

Es, Nuño, la que refieres:
Pues sé que valiente eres,
Y conozco tu piedad!
Mas tal vez tu fantasía
Esas ilusiones crea,
Recordándote la idea
De este sitio y de otro dia.
Tal vez...

NUÑO.

No: yo lo creí,
Al verle la vez primera;
Mas por segunda y tercera
Seguidamente le ví...
Del cielo, no hay que dudarlo,
Es un anuncio.

GONZALO.

Si es tal,
Todo partido es igual,
Y lo mejor olvidarlo.
Prepararnos á lidiar
Por la muerte ó la victoria,
Que en lidiar está la gloria,
Si la fortuna en triunfar.
Cumplamos nuestro deber,
Como el Conde nos mandó:
Cuando el deber se cumplió,
No es ignominia el caer.

ESCENA III.

LOS DE LA ANTERIOR.—RAMIRO.

(Ha empezado á amanecer.)

RAMIRO.

¿De este modo todavía,
Gonzalo?... Llegó la hora
De marchar... ¿no ves la aurora?
Va á lucir un bello dia.
Ya Enrique, y Alfonso, y Suero;
Todos, preguntan por tí:
Y tú ¡vive Dios! aquí,
Sin desnudar el acero...
¿No marchamos?

GONZALO.

Sí, marchemos.

RAMIRO.

Nuño, Nuño, ¡qué placer!
Al Moro vamos á ver:

Hoy quien es fuerte veremos. —
No: mañana, por mi vida,
Niño no me han de decir;
Que verán mi brazo herir,
Y mi lanza enrojecida...
¡Oh! ¡si mi madre me viera!...
No... Temblara de pavor...
Luego, luego, vencedor
Me abrazará cuanto quiera. —
¿Sigue, don Nuño, el callar
Con ese rostro anublado?...
Por Dios, que estais ya cansado...
Venid... vamos á formar.

(Las trompetas tocan á formar, y todos lo verifican.—Gonzalo sólo en el proscenio.)

GONZALO.

¡Si fuera!... mi madre... Elvira...
Y morir... ¡morir ahora!
¡Perder la vida en su aurora,
De un signo infausto á la ira!...
¡Imposible!... es ilusion,
Que ofusca su pensamiento:
Es un recuerdo sangriento,
Y él lo juzga una vision.
Obra fué de su memoria,
Por esta sierra que vemos...

RAMIRO.

Y bien, Gonzalo...

GONZALO.

Marchemos...
Soldados... ¡á la victoria!

(Pónense en marcha al son de las trompetas, y suben el puerto. Sale el sol.—Gonzalo, señalando á lo léjos, dice):

Mirad... del Duero la orilla...
Triunfo y gloria allí os esperan...

(De repente se coronan de moros todas las cimas, gritando.)

LOS MOROS.

¡Mueran!

LOS CRISTIANOS.

¡Traicion!

GONZALO.

¡Firmes!

LOS MOROS.

¡Mueran!

GONZALO.

¡Santiago!... ¡viva Castilla!

ESCENA IV.

Otra decoracion: recinto estrecho y montuoso en medio de la sierra.—Sale ALVAR SANCHEZ, escuchando.

ALVAR SANCHEZ.

Tarde ¡vive Dios! llegué...
Se oye el rumor de las armas,
Y el eco de los gemidos
Que se pierde en la montaña...
Van á morir; y mi nombre
Cubierto queda de infamia:
Que aunque el mundo no lo sepa,
Lo sé yo, y eso me basta.
Fuí débil; dejé vencerme
De Rodrigo á las palabras...
¡Maldicion! ¡Oh! nunca, nunca
Sus acentos escuchara!

Mi sangre toda daria
Por lavarme de esta mancha...
Vienen... es él... mas su hermano...
¡Respetemos su desgracia!

ESCENA V.

ALVAR SANCHEZ que se retira á un lado.—Salen GONZALO y RAMIRO: este herido, y apoyándose en su hermano.

RAMIRO.

No, Gonzalo... dejamé...

GONZALO.

Pronto salimos al llano.

RAMIRO.

Te pierdes...

GONZALO. (*Animándole*)

¡Querido hermano!

RAMIRO.

Y no me salvas á fé.

GONZALO.

Anímate...

RAMIRO.

No... imposible...
La siento... mira... la muerte...
Pero tú... dichosa suerte
Aun te deja...

GONZALO.

¡Oh! que es horrible! —
Por nuestra madre, Ramiro,
Ten valor...

RAMIRO.

¡Valor! ¡valor!
Lo tuviera por su amor...
Pero ¡si apénas respiro!
¡Madre!... Gonzalo... por ella...
De rodillas te lo pido...
Tú solo no estás herido...

De salvacion es tu estrella...
Consérvate por su amor:
Que á todos no pierda un dia:
Que esa espada cruda, impía,
No la mate de dolor...—
Mira... la hablarás de mí...
De que cual hombre lidié...
Que mi puesto conservé,
Y digno de ella caí...

GONZALO.

Pierdes tu fuerza en hablar,
Cuando salvarte pudieras.

RAMIRO.

¡Imposible!... ¡si sintieras...

GONZALO.

Probemos.

RAMIRO.

¡Vano intentar!

(*Prueban á seguir, y Ramiro no puede.*)

¿Lo ves?... ¿Y lloras?... No, no...

Sálvate, Gonzalo mio...
Guarda á la patria tu brio...
Que perezca sólo yo...
Ya cayeron los demás.
Sálvate para vengarnos...
Es forzoso separarnos...

GONZALO.

Ramiro!

RAMIRO.

Sí... ¿no te vas?

GONZALO.

¡Y dejarte así!

RAMIRO.

Por Dios
Que la prodigues consuelos...
¡Ay! yo pediré á los cielos
Que velen sobre los dos...
Mira... mira... ¿ves helada
Mi frente? ¿helada mi mano?
¿Lo sientes?

GONZALO.

¡Querido hermano!

RAMIRO.

Madre... ¡madre idolatrada!
Adios... madre... adios... yo muero...
Gonzalo... madre... (*Muere.*)

GONZALO.

¡Espiró!
Todos... todos... ¡solo yo!...
Yo no he encontrado un acero...—
¡Execrable, horrendo dia
De llanto y de luto eterno,
Que lanzaron del infierno
La traicion y la falsía!...
¡Qué horror! La sangre más pura
En estos campos se vierte;
Campos hora de la muerte,
Para siempre de amargura...
¡Solo yo!... Todos cayeron...
Mis amigos, mis hermanos,
Mis doscientos castellanos...
Todos ¡ó rabia! murieron!...
¿Por qué el cielo me salvó
Con su compasion impía?
Tambien con ellos debia
Bajar á la tumba yo.
Sin gloria, sin esperanza,
Sin honor... honor me queda!

¡ Así el cielo me conceda
No perecer sin venganza !

ALVAR SANCHEZ. (*Saliendo.*)

¡ Gonzalo !

GONZALO.

¡ Vos !... ¡ vos aquí !
Oh, qué luz !... Vos habeis sido
Quien al pagano ha vendido...

ALVAR SANCHEZ.

¡ Yo !... no.

GONZALO.

Lo habeis sido, sí.
Por vengaros ¡ vive Dios !
En nuestra especial querella...

ALVAR SANCHEZ.

¡ Gonzalo !

GONZALO.

Sí... cuando ella

Era sólo de los dos.
Por vengaros de seguro,
Infame y vil caballero,
Temeroso de mi acero...

ALVAR SANCHEZ.

No, Gonzalo: yo os lo juro.

GONZALO.

Callad, y no blasfemeis
Con juramento falaz:
Sé de lo que sois capaz;
Sé lo que pagado habeis...
¿No mandásteis al pagano
Que en mí su puñal quebró?
¡Oh! que hubiese muerto yo
Al impulso de su mano!
Y yo tan solo muriera;
Y Castilla no llorara:
Y el nombre ilustre de Lara
Para siempre no se hundiera!...
Todo lo hollaste, traidor,
Sin fé, sin patria, sin ley:
Tu religion y tu rey
Has vendido á tu furor...
¿No temblaste al conocer
Que entregabas á Castilla?
¿No sentiste la mancilla

Que iba en tu frente á caer?
¿No viste alzarse tronando
Á los fuertes que has vendido,
Y tu nombre maldecido
Ir por el orbe llevando?
¿Y aun vienes aquí á insultar
Su triste y aciaga suerte:
Á gozarte con su muerte:
Tal vez su sangre á cobrar?...

ALVAR SANCHEZ.

Mentís, el de Lara, sí:
Yo no vende ¡vive Dios!
Vengo a buscaros á vos,
Para mataros aquí.
Yo soy noble, y soy cristiano,
Y soy fiel, y caballero,
Y tengo al lado un acero,
Y tengo vida en la mano.
Supe el criminal intento...

GONZALO.

Confiesas que lo supiste,
Y al Conde no lo dijiste?
Y no volaste al momento?...
Y has dejado perecer
La flor de Castilla así?...
Mas tiembla, tiembla por tí,

Que has venido á mi poder.
Y no es querella de amor
La nuestra ya, ni de celos;
Yo te denuncio á los cielos
Por infame y por traidor.

ALVAR SANCHEZ.

Que mientes de nuevo digo,
Y el cielo nos juzgará...

GONZALO.

Y el cielo decreta ya
Mi venganza y tu castigo.
Defiéndete...

(Gonzalo acomete á Alvar Sanchez, y lidian un momento. Este cae.)

ALVAR SANCHEZ.

¡Oh Dios!... caí....

GONZALO.

Sí... muerte, y mi maldicion,
Y la eterna execracion
Que irá siempre sobre tí...

ALVAR SANCHEZ.

Fuí débil... ya estás vengado...
El cielo es justo conmigo...
Mas guárdate de Rodrigo...
Guárdate... si... (*Muere.*)

GONZALO.

¡Ya ha finado!—
¡Oh! ¡qué de horrores, gran Dios!
¡Dura y ominosa suerte!
La muerte... ¡siempre la muerte!
¿Me guardábais esto vos?...
Partamos...

ESCENA VI.

Al partir Gonzalo se escucha el sonido de trompetas, y aparecen los MOROS sobre los peñascos, como al final de la escena anterior.

GONZALO.

...¡Cielos!... do quiera
De moros cercado estoy...
Si debo en fin morir hoy...
¡Elvira! ¡madre!

MOROS.

(*Dentro y sobre los peñascos.*)

¡Que muera!

GONZALO.

Todo es inútil... Mi acero
Contrastarlos no podrá...
¿Para qué le quiero ya?
En fin, con venganza muero...
Mi Elvira me lo ciñó
Llena de esperanza un dia...
Y ¿en poder de ellos caeria?
No: que muera como yo.

(*Quiebra la espada y arroja los pedazos.*)

Muramos... ¿Qué les espera...
¡Desgraciadas!...

LOS MOROS. (*Dentro.*)

Por aquí...

GONZALO. (*Arrodillado.*)

¡Cielos! ¡piedad!... no por mí...
¡Piedad por ellas!!!

LOS MOROS.

¡Que muera!

(Con este grito salen los Moros por todas partes, corriendo hácia Gonzalo.—Cae el telon.)

EPÍLOGO.

La escena es en Búrgos.

La iglesia de un convento de Monjas, adornada con colgaduras y trofeos. En medio un túmulo cubierto con insignias militares y festones de flores y laurel.—Un numeroso concurso, que se agrupa por todas partes; y en el centro EL CONDE, RUY VELAZQUEZ, DOÑA LAMBRA, Caballeros y Damas, llevando coronas de siemprevivas y laurel en las manos. Detrás de una reja se ve la Comunidad, entre la cual se encuentran ELVIRA y SANCHA. —EL CONDE, subiendo la escalinata del sepulcro, dice:

Así corona Castilla
De sus hijos el valor:
Así proclama el honor
Del que murió sin mancilla.
Al aciago, acerbo luto,

Que ya prestara á su suerte,
Al triste lloro de muerte,
Suceda mejor tributo.
Su bella tumba adornemos
Con el glorioso laurel,
Y la rosa y el clavel
Sobre su frente reguemos.
Fueron como puro dia
En el imperio español:
Brillaron cual igneo sol
Tras de tormenta sombría.
La traicion y la maldad
En su oriente los hirieron;
Mas fué la tumba que abrieron
Trono de inmortalidad.
Y su nombre y su memoria
Mostrarán, radiante ejemplo,
La gloria, en su alzado templo,
En sus páginas la historia.
Que así corona Castilla
De sus hijos el valor,
Y así proclama el honor
Del que murió sin mancilla.—
¡Paz y descanso al valiente!

Diciendo este verso coloca el Conde sobre la tumba la corona de laurel que tiene en la mano; y enseguida dice á Ruy Velazquez, que está el primero á su derecha):

A vos...

DOÑA LAMBRA.

(Ánimo, te digo!
¡Serenidad!...)

UNA VOZ.

¡Don Rodrigo!

(Esta voz se oye de lo interior del templo. Don Rodrigo vacila un instante; pero hace un esfuerzo, y llega al pié del túmulo.)

RUY VELAZQUEZ.

¡Paz y descanso...

MUDARRA.

(*Apareciendo é interrumpiéndole. Viene armado y cubierto*)
¡Detente!

RUY VELAZQUEZ.—DOÑA LAMBRA.—ELVIRA.

¡Cielos!

MUDARRA.

Perdonad, señor,
Que interrumpa el rito santo,
Y que al acento de llanto
Mezcle acentos de furor.

Como ninguno mi lloro
Se debiera derramar:
Más debo yo deplorar
Esas víctimas del Moro;
Más que ninguno verter
Sobre su frente gloriosa
Debiera laurel y rosa;
Más incienso debo arder!...
Pero es injusto gemir
Con apacible bonauza,
Cuando reclaman venganza,
Y alguno debe morir.
Tal es la ofrenda mas pura,
Que á su memoria debemos:
Las lágrimas enjuguemos;
Venguemos su desventura.
Por eso vine, señor,
Á denunciárosle aquí...
¿Le veis!... yo le acuso, sí,
De asesino y de traidor.

RUY VELAZQUEZ.

¡Yo!

EL CONDE.

¡Don Rodrigo!

MUDARRA.

A Castilla,

Á vuestra sangre lo fuiste:
Al Moro se la vendiste,
Con infamia, con mancilla...
Mas si entónces ocultaron
Las tinieblas tu traicion,
El cielo y su compasion
Al cabo la revelaron...
Y tiembla: sobre tu frente
El trueno rujiendo está,
Y el rayo se enciende ya,
Vengador, omnipotente...

RUY VELAZQUEZ.

Conde invicto don García.
Caballeros que me honrais,
Que tal calumnnia escuchais...
¡Esperarla yo debia?
Cuando gime el corazon,
Cubierto de llanto y luto,
En pago de ese tributo
Se me acusa de traicion.
De traicion... y ¿contra quién?
Contra la sangre más cara,
Contra la sangre de Lara...
Lara es mi nombre tambien!...
De traicion... y ¿quién me acusa?
Tal vez un desconocido,
Un hombre sin apellido...

¿Por qué mostrarse rehusa?
Y ¿á quien?... á mí, á un caballero,
Á un rico-hombre de Castilla,
Que junto á la régia silla
Tengo mi silla el primero...
Á quien constante lidió
Por su patria y por su rey;
Al defensor de su ley;
Al que esa sangre vengó... —
Indigno, indigno de mí
Fuera contestarle ya;
Mas mi voz contestará
Por él á todos aquí. —
Mentís, el desconocido,
Y miente quien os creyere;
Y si tal alguno hubiere,
Vil le llamo y mal nacido;
Y si es noble y caballero,
Y á alzar se atreve mi guante,
Ahí está, que lo levante,
Yo traigo al lado mi acero.

MUDARRA.

Yo le levanto, Rodrigo.

EL CONDE.

¿Le podeis vos levantar?

MUDARRA.

Puédole, señor, alzar,
Cual puedo darle castigo.

EL CONDE.

¿Caballero?

MUDARRA.

Como él...
Y mal he dicho, mejor:
Porque él es vil, y traidor,
Y yo soy valiente y fiel.
Y de aleve y asesino
Á acusarle vuelvo hoy...

EL CONDE.

Pero, en fin...

MUDARRA. (*Á D. Rodrigo.*)

¿Sabeis quién soy?
Un Lara... vuestro sobrino. (*Descúbrese.*)

RUY VELAZQUEZ.

¡Cielos!

DOÑA LAMBRA.

Su acento, su cara...
¡Rodrigo!...

MUDARRA.

Miradlos ya:
Ved cómo su rostro está
Á la presencia de un Lara.

(Ruy Velazquez y Doña Lambra confusos y aterrados. Mudarra, dirigiéndose al Conde, continúa.)

Años hace, señor. Aun vuestra frente
Esa régia corona no ceñia,
Ni vuestra mano augusta, omnipotente,
Los destinos del pueblo dirigia.
Memoria empero guardará la mente
Del triste, infausto, deplorable dia,
En que del bravo y generoso Lara
El duro alarbe la cerviz hollara.
Era tiempo de paz: de ella fiado
Osó correr á la andaluza orilla
Por mostrar en su márgen apartado
La prez de los guerreros de Castilla.
Pero la tregua y el seguro hollado,
Sus glorias empañando con mancilla,
Á la voz de Almanzor injusto y fiero,

Trocó por las cadenas el acero.
  Sábelo el mundo; mas el mundo ignora
Que una traicion infame le vendiera:
Su infausto signo condolido llora,
Cuando solo venganza le debiera.
En vano, en vano el infeliz la implora
Con su queja contínua, lastimera...
¿Cómo salvar su infortunada suerte
Aquel lóbrego espacio de la muerte?
  Hubo un alma doliente, cariñosa,
Que en la suya vertió dulce consuelo.
Niéguese el mundo á apellidarla esposa;
Su esposa fué para el piadoso cielo.
Prenda yo de su union... union dichosa!
Pues que rasgando á la maldad el velo,
Á la traicion del bárbaro asesino
Ruda venganza en mi valor previno.
  Pero no su maldad el vil cumplia
Con la prision aleve de un hermano:
Más baldon en su frente apetecia,
Más sangre pura en que bañar su mano.
La virtud, la inocencia, la valía,
La esperanza del pueblo castellano,
Todo lo vende... hasta su nombre mismo,
Ese monstruo lanzado del abismo.
  —¿Os admirais? ¿dudais?... En vuestra frente
Luce el horror que su traicion inspira:
Porque bulle la sangre del valiente,
Si infame tal á su presencia mira...
No lo dudeis empero... Allí patente,

En él, en ella, en su impotente ira,
En el terror del rostro demudado,
Allí teneis su crímen retratado.
Por vengarse, señor, en sus querellas,
Cobardes y malvados los vendieron.
Sus cartas ved, y la traicion en ellas,
Que en ellas estamparla no temieron:
Padron eterno, perdurables huellas
De la infanda maldad que cometieron,
Del execrable y bárbaro delito
Que en su frente de horror llevan escrito.
Yo, Mudarra, el de Córdoba, el de Lara,
El hijo de la mora y del cristiano;
Yo, su infamia y baldon lanzo á su cara,
Y el hierro vengador vibro en mi mano.
Del Dios que sirvo ante la augusta ara
Ante vos, ante el pueblo castellano,
Sobre esta santa, consagrada losa,
Yo acuso á Ruy Velazquez, y á su esposa.

(*Cogiendo á Ruy Velazquez y llevándolo á la tumba.*)

Venid, venid aquí... Jurad conmigo,
Si es tal de vuestra frente la insolencia...
¿Aún osaréis decirme, don Rodrigo,
Que calumnia mi voz vuestra inocencia?
¿No temeis de los cielos el castigo?
¿No escuchais resonar vuestra sentencia?
¿No escuchais el acento de la tumba
Que por sus senos cóncavos retumba?

RUY VELAZQUEZ Y DOÑA LAMBRA.

¡No más, no más, por Dios!

(Cayendo de rodillas.—ELVIRA, que ha estado en la mayor agitacion, cae desmayada en brazos de sus compañeras que se la llevan.)

MUDARRA.

¿Lo veis? lo veis?
Pudo más que su audacia su delito...

EL PUEBLO.

¡Mueran!—¡Que mueran!

MUDARRA.

Sí, morir debeis...
Muerte y condenacion... así está escrito!...

RUY VELAZQUEZ Y DOÑA LAMBRA.

¡Por piedad!—¡Por piedad!

MUDARRA.

No la espereis...

No la tuvisteis vos... ¡Morir, repito!

(*Hiere á Ruy Velazquez. Luego se vuelve á Doña Lambra y dice*):

Vos sois una mujer... Indigno fuera...

EL CONDE.

Llevad la infame, donde al punto muera.

(*Los soldados se apoderan de Doña Lambra. Cae el telon.*)

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE DEL TOMO PRIMERO.

	Páginas.
Introduccion	V
I. Poesías líricas	3
Á la amnistía de 1832	5
Grecia	19
Á la Señora Doña A*** en la muerte de***	21
Caton	27
Catone (traduccion del anterior)	29
Á D***, enviándola una rosa	31
Noche y Amor	37
Retrato	41
Á D***	43
Cádiz	49
Meditacion	51
Á la Señora Doña Tomasa Andrés de Breton	55
Á S. M. la Reina Gobernadora, por la libertad de Bilbao	57
Córdoba	65
Domine, ne in furore tus arguas me	67
Lóndres	71

Páginas.

Á la Ciega de Manzanares..... 73
París..... 75
Al Señor Director de *El Belen*, Revista de Tribunales..... 77
Al pié de la Cruz..... 83
Á la Señora D*** en su álbum..... 85
II. Dramas..... 87
Alfredo..... 89
Los Infantes de Lara..... 227

LITERATURA,

HISTORIA Y POLÍTICA.

ES PROPIEDAD DEL AUTOR.

Editores : los Sres. San Martin y Jubera.

Imprenta á cargo de Julian Peña, Rubio, 55.

LITERATURA,

HISTORIA Y POLÍTICA,

POR

D. JOAQUIN FRANCISCO PACHECO.

TOMO II.

MADRID.

A. DE SAN MARTIN, Victoria, 9. | AGUSTIN JUBERA, Bola, 11.

1864

PARTE PRIMERA.

LITERATURA.

II.

DRAMAS.

(CONTINUACION.)

BERNARDO:

DRAMA ÉPICO

EN CINCO ACTOS.

El disgusto de no ver representados *Los Infantes de Lara*, no pudo retraer al autor de estas líneas, de su viva aficion al teatro. Sin detencion alguna, en el mismo año de 1836 en que aquellos se habian escrito, comenzó á meditar sobre el asunto de Bernardo del Carpio, y á trazar en el papel algunas de sus primeras escenas.

Pero la política hizo lo que los desengaños no habian hecho. La política, acabándole de envolver en sus redes, le arrancó á la literatura, y le lanzó de lleno en los negocios públicos. La eleccion para las Córtes Revisoras, en que fué nombrado Procurador, la revolucion de la Granja, que trastornó las instituciones del país, y la campaña periodística que hizo en *El Español* y en *La España* en 1837, ocuparon de todo punto su tiempo, y no le dejaron pensar por entónces en ningun proyecto literario. Los pocos versos que habia escrito del Bernardo, permanecieron olvidados en su cartera. Sólo muchos años despues, en 1845, se animó á concluir el primer acto: sólo algunos más, á su vuelta de Roma en 1848, terminó la obra, y la dió á la estampa.

A esta obra, que con muy leves correcciones se reimprime, ven los lectores que se ha dado el nombre de drama épico. Creemos que éste es el que debe llevar. No le conviene de seguro el de tragedia, pues no es un asunto trágico, de pasiones trágicas, el que en primer término y en realidad le llena y le forma. Trágico es el argumento del conde de Saldaña; el de su hijo, como el autor le habia concebido, no lo es. Comedia heróica se la habria llamado en los tiempos antiguos, cuando la voz comedia significaba toda composicion dramática. Pero hoy no se usa de esa palabra en tal sentido. Hoy es drama la denominacion general, salvo el distinguir por un epíteto la naturaleza de la accion que se representa. ¿Porqué no hemos de llamar drama épico á lo que es verdaderamente épico ó heróico? Si es posible la cosa, — y en ello no nos cabe duda, — ¿por qué no ha de ser posible, y porqué no ha de emplearse el nombre?

Dejando aparte un punto que vale tan poco, lo que puede importar es el juicio, es la calificacion que merezca el poema. Con la pura sencillez con que lo ha formado y emitido el autor respecto á los anteriores, con esa propia lo va á hacer en breves palabras, del presente.

Y dice sin rebozo que está contento de haber escrito el Bernardo. Cree haber hecho un drama digno, al propio tiempo que nacional: cree haber dado un paso en el camino que deben proponerse los que combinan la poesía con los sentimientos verdaderamente patrióticos. No abriga la presuncion de que su obra sea perfecta; pero la juzga aceptable, estimable, destinada á vivir más de un dia, á hacerse leer con indulgencia por las generaciones futuras. Diez y seis años han transcurrido desde que firmó al pié de ella su nombre: hoy no tiene ningun reparo en volver á publicarla, escribiéndolo de nuevo á su frente. El gran

Quintana se la aplaudió entónces con entusiasmo: séale permitido errar, si yerra, en compañía de tan insigne maestro.

Algunas palabras más, y habrémos concluido estos apuntes.

Cuando nos ocupábamos en el asunto, cuando estaba acalorada con él nuestra imaginacion, el plan que nos bullia en la mente tenía aun más amplitud y mayores dimensiones. Nuestra epopeya dramática de Bernardo del Carpio no habia de encerrarse en este drama. A esa primera accion que envolvia la independencia del Reino de Asturias de los Califas sarracenos, habia de seguir otra, íntimamente enlazada con ella, y que celebrase la independencia del mismo reino respecto al imperio de Carlo-Magno. Lo uno y lo otro se unian y se completaban. El vencedor del Carpio, ó sea del castillo de Luna, es en nuestras leyendas el vencedor de las gargantas de Roncesvalles. El triunfo sobre los enemigos del Norte y sobre los del Mediodía es la doble consagracion de la libertad nacional. Quien dignamente hubiese cantado éste y aquel, habria levantado de seguro uno de los más dignos monumentos que la literatura puede ofrecer á la patria.

No lo hemos hecho ciertamente nosotros. Esa segunda parte, aunque concebida y meditada, no hemos llegado jamás á escribirla, á empezarla siquiera. Los mismos impedimentos de 1836 se han repetido en seguida de 1848. Despues, ya ha sido tarde. Ha pasado nuestra juventud, y quizá se ha secado nuestra imaginacion.

El Bernardo, pues, tal como existe, constituye nuestra última obra dramática. Y francamente hablando, con esa sinceridad de que hemos dado pruebas, nos causa pena el que haya sido así. Parécenos que habia algo aún en nuestra inteligencia capaz de interesar al público: parécenos que no se habian apurado en ella las combinaciones teatrales dignas de la presente civilizacion.

Sentimos no haber escrito un Lucano en que nos proponíamos pintar la corte de Neron, con sus caballeros romanos y sus *heteras* griegas, con la filosofía estóica profesada por Séneca, que abandonaba en los palacios el mundo, y con la religion cristiana predicada por San Pablo, que se levantaba desde la esclavitud á dominarle. Sentimos no haber escrito un Aecio, cuyo objeto era describir las agonías del orbe antiguo, invadido ya por los bárbaros del Norte, que le desgarraban espantándose de su propia obra. No sabemos lo que nos habrian permitido en uno y otro asunto nuestras fuerzas: sabemos que nos seducian los dos, y que teníamos gran confianza en que su grandeza nos inspirase y sostuviese.

Pero olvidemos todo esto. Ni el Lucano, ni el Aecio, ni la segunda parte del Bernardo han visto ni verán la luz. El drama que va á continuacion cierra de hecho nuestro teatro. Cualquiera que sea el juicio que sobre él se forme, ese es el juicio definitivo que merecemos. Permítasenos la esperanza de que no erramos del todo en nuestra favorable opinion, y de que ya que no se repitan las lisonjeras frases que nos dirigía el autor de Pelayo, ó el que tradujo este Bernardo mismo en la lengua de Alfieri, se dirá al ménos que no carecíamos enteramente, al escribirle, ni de dignidad poética, ni de pasion dramática, ni de sentimientos nobles y generosos.

PERSONAJES.

EL REY D. ALFONSO II.
EL OBISPO DE LEON.
EL CONDE DE SALDAÑA.
BERNARDO.
ORDOÑO.
RAMIRO.
EL CASTELLANO DE LUNA.
GARCIA.
VEREMUNDO.
ALMANZOR.
ISMAEL.
DOÑA SOL.
UNA DUEÑA.

MENSAJEROS, PAJES, CLERO, GRANDES, SOLDADOS, MONTAÑESES, PUEBLO, MOROS, ETC.

ACTO PRIMERO.

La Plaza de Leon.—A un lado la Catedral: enfrente el Palacio.

ESCENA PRIMERA.

El OBISPO, seguido de PAJES, que se dirige á la iglesia. Tropel de PUEBLO, MUJERES y NIÑOS, deteniéndole. Entre estos RAMIRO. A un extremo, BERNARDO sentado en un banco de piedra, vestido de villano.

UNO.

No os dejarémos pasar.

OTRO.

¡Tened piedad de Leon!

OTRA.

Hacedlo por compasion,
Y acabe tanto penar...

RAMIRO.

Sois nuestro padre, por Dios...
Padre del pueblo cristiano:
¿Dónde tenderá su mano,
Cuando la rechaceis vos?

OBISPO.

¡Hijos! hijos!... Vuestro duelo
Me tiene el alma partida:
Yo os diera mi pobre vida,
Por daros algun consuelo...
Pero ¿qué quereis de mí?

RAMIRO.

Que niegue el tributo el Rey!

UNA.

Es mengua de nuestra ley.

OTRO.

Es una ignominia.

MUCHOS.

¡Sí!

OBISPO.

Mengua, ignominia... ¡es verdad!
Y yo las lloro cual vos;
Mas así lo quiso Dios,
Penan lo nuestra maldad...

RAMIRO.

¡Dios!

OBISPO.

Sí, Dios abrió su mano,
Y nos retiró su escudo,
Y nuestro imperio no pudo

Reistir al mahometano...
¿Qué quereis? ¿Quereis mejor
Que extingan toda la luz?
¿Que huellen la Santa Cruz
Del divino Redentor?...

VARIOS.

¡Que no se pague el tributo!...

OBISPO.

¿Pensais que yo lo quisiera?
Mas ¿no temeis que os cubriera
Otro acerbo y triste luto?
Cien doncellas son ahora,
Vírgenes puras del cielo,
Mártires de nuestro suelo,
Que España bendice y llora.
Ellas... á penar por vos
Las lleva su infausta suerte;
Si allí las llama la muerte,
De arriba las llama Dios.
Por él tendrán fortaleza
Para sufrir y lidiar:
Por él irán á triunfar,
Pereciendo con pureza...
Mas si el moro os dominara;
Si en alas de la ventura
Su bandera negra, impura,
Sobre esas torres alzara:
Si la memoria borrase
Aun de vuestro nombre mismo,
Y las fuentes del bautismo

En este suelo cegase.....
¡Oh! no, no... Resto precioso
Sois del imperio español;
No se eclipse todo el sol:
No muera el nombre glorioso.
Ved á Mérida, á Sevilla,
A Toledo... ¡Todo calla!
¿Pensais que baste por valla
Del Esla la angosta orilla?—
¡Suframos, hijos! Un dia
Llegará puro y luciente,
En que elevemos la frente
Coronada de alegría.
Un tiempo al cabo vendrá
En que nuestra Santa Cruz
Triunfe en el suelo andaluz,
Y aun ¿quién sabe?... mas allá.
Aguardemos entretanto:
Resignémonos al yugo
Que al cielo imponernos plugo
En su querer sacrosanto.
Llevémoslo con dolor,
Con llanto triste y sincero;
Que si Dios es justiciero,
¡Ah! tambien es redentor...
Venid... Vamos al altar
A ofrecerle nuestras penas...
¿Quién sabe si las cadenas
Quiere por fin quebrantar?

(Entrase en la iglesia, seguido de su acompañamiento y de una parte del pueblo. Los demás principian á separarse con señales de afliccion. Al oir á Bernardo se detienen. Este empieza á hablar desde su asiento. Despues se anima, y se levanta).

ESCENA II.

—

BERNARDO, RAMIRO, PUEBLO.

BERNARDO.

¿Quién sabe?... Quiere sin duda:
Que harto tiempo las llevais!....
Pero si nada intentais,
¿Cómo ha de daros ayuda?
¿Angeles ha de enviar
A que combatan por vos?
¡Qué vergüenza, vive Dios,
Lo que acabais de escuchar!
Yo soy libre como el viento,
Sin hija, amiga, ni hermana;
Mas tengo el alma cristiana,
Y cual vos la injuria siento.
Voces de dulce mentira
Nunca han hecho mella en mí;
Que el corazon late aquí,
Y el rostro se enciende en ira.
¡Cómo! ¿Vuestras hijas dais
Por no osar una batalla,

Y de esa impura canalla
Pasto infame las mirais?
Más bajos sois que la fiera
Que de esos montes desciende;
Ella sus hijos defiende;
Defiéndelos aunque muera.
Vosotros no osais alzar
La frente de envilecidos;
Pero escuchais los quejidos,
Y no os sentís desgarrar...
¡Bien! Proseguid de esa suerte:
Dad vuestras hijas al moro,
Por conservar vuestro oro,
O por miedo de la muerte.
¿Qué puede importarme á mí
Vuestra gloria ó vuestra pena?
Yo no arrastro la cadena;
Yo soy libre cual nací.
Por fortuna no es Leon
La sola tierra de España:
Hijo soy de la montaña,
Y es el bosque mi nacion.
Allí, entre riscos salvajes,
Al borde de los torrentes,
Ni el rubor sube á las frentes,
Ni se pagan vasallajes.
Allí se vive y se muere
Cual vive y muere la encina:
Ni un pagano nos domina,
Ni mano infame nos hiere.

—¿Hay alguno, por ventura,
Que aun sienta el pecho latir?
Que indignado quiera huir
De esta ciudad vil, impura?
Si los hay, yo los aguardo:
Allí tendrán acogida...
¿Hay alguno, por su vida,
Que seguir quiera á Bernardo?

UNO.

¡Bernardo! ¡Bernardo es!

OTRO.

No en balde nos animaba.

OTRO.

En Leon Bernardo estaba,
El valiente montañes!

RAMIRO.

No alguno te seguirá
Al monte que nos ofreces;
Que ni el monte tú mereces,
Ni volver debes allá.
Un ángel te trajo aqui,
Honra y prez de la montaña,
Pues la salud de la España
Hoy solo pende de tí.
Que no para vencer osos
Al cielo animarte plugo;
Mas para romper el yugo
De los paganos odiosos.
Tu voz nos infunde aliento,
Y tu nombre confianza:

Mira brillar la esperanza,
En vez del abatimiento.
Nuestro jefe, nuestro guía
Tú serás, jóven gallardo,
Y regidos por Bernardo,
Venga el moro y su ufanía.
Manda, ordena... A tu querer
Todos obedientes son...
Para salvar á Leon,
Habla... ¿qué habemos de hacer?

BERNARDO.

¿Y era menester mi voz
A romper la indigna calma?
¿Nada os grita vuestra alma
Contra el tributo feroz?

VARIOS.

Lo negarémos.

BERNARDO.

¡Negarlo!
Rásguese esa infame ley!

UNO.

¿Mas cómo obligar al Rey,
Si el Rey no quiere rasgarlo?

BERNARDO.

El Rey no puede querer
Lo que á su pueblo degrada;
Que su fama inmaculada
A él le toca defender.
Si el vilipendio sufrió,
Por vosotros lo ha sufrido:

Os hubieseis resistido,
Y no lo sufriera, no.
Que en su corona no echara
Baldon tan ignominioso,
Si en silencio vergonzoso
El pueblo no se humillara.
Y si echarlo en fin queria
Por temor indigno y vano;
Si el alto nombre cristiano
Cobardemente vendia;
Si porque no es padre él,
Y porque en su vida amó,
Vuestras hijas condenó
Á entregarlas al infiel:
Os hubierais vos alzado
Con valor, con ardimiento,
Y el pacto vil y cruento
Hubieseis despedazado.
Que el honor es alta ley,
Entre todas la mayor,
Y quien vende así el honor
Es un tirano y no un rey.

RAMIRO.

No: no es el Rey un tirano;
Que es honrado, es justo, es bueno:
Que aborrece al sarraceno,
Y ama á su pueblo cristiano.
Jamás, jamás ha querido
Lo que á la España degrada:
Si su fama está manchada,

No es él quien la ha envilecido.
Antiguo era ya el tributo
Cuando Alfonso entró á reinar:
Sobre otro debe pesar
La infamia de tanto luto.
Si él calló, todos callamos,
Mas él jamás lo pagó...
Hoy tan solo se pidió;
Hoy solo á llorar tornamos.

BERNARDO.

Pues bien: corramos á él
Hoy que se torna á pedir:
Nuestra voz hágase oir
En el momento cruel.
Y si acaso no la escucha,
Si á su pueblo desatiende,
Si vuestro honor no defiende
En santa y gloriosa lucha...
¿Qué necesitais, por suerte,
Seguir de Alfonso el pendon?
Salvarémos á Leon
Con la gloria ó con la muerte.
Y Dios que nos ve de allí,
Y penetra en nuestras almas,
Dios nos echará sus palmas,
Pues por él lidiamos...

TODOS.

¡Sí!

(Vánse en tumulto. Un momento antes han aparecido por el lado opuesto Almanzor é Ismael).

ESCENA III.

—

ALMANZOR, ISMAEL.

ISMAEL.

¿Comprendes, Almanzor?

ALMANZOR.

Lo he comprendido.

ISMAEL.

¿Y tu frente serena no se agita?

ALMANZOR.

¿Porqué se ha de agitar?... Gracias al cielo
El reino de los fieles no peligra.

ISMAEL.

¡Es la guerra tal vez!...

ALMANZOR.

Es la victoria...
Es el laurel glorioso, es la conquista
De estas montañas, que con triste mengua
Del árabe burlaron la osadía.
Lo que no hicieron Muza ni Abdalazis
En el ímpetu rudo de sus iras,
Lo que vosotros descuidásteis ciegos,
El cielo nos reserva en su justicia.

ISMAEL.

¡Tú la quieres tambien!... Tú, el digno, el santo,

El amigo, el teniente del Califa,
Que con voces de paz de su alto trono
A este rincon del mundo nos envia...
¿La guerra quieres tú que él aborrece?

ALMANZOR.

No á buscarla mi pié se precipita,
No á llamarla mi labio, ni en el pecho
Arde un volcan que á derramarla aspira.
Del reposo comprendo las dulzuras,
El ansia de la sangre no me anima,
Y en blando amor y en plácido sosiego
Puedo vivir con descansada vida.
Mas no aparto los ojos conturbados
Si un incendio los cielos ilumina,
Ni duda el corazon ni la voz tiembla
Si el orbe incierto al huracan vacila.
Ministro del Señor es la victoria:
Su mano eterna los valientes guía:
Él desnudó el acero del Profeta,
Y hundió en la nada la soberbia altiva
De mil pueblos y mil; Ménfis, Cartago,
Salem la santa, la sin par Sevilla.
Si el cristiano encerrado en estos montes,
Iludido de loca fantasía,
Quisiere guerrear, rompa en buen hora
El cordel que sus miembros martiriza:
Dios abrirá su mano, y en el polvo
Se perderá la raza fementida.

ISMAEL.

Oh! ¿quién sabe, Almanzor? Tanta braveza,

Tu juvenil y ardiente bizarría,
Te seducen quizá... Yo, mas cansado,
Distingo la ilusion que te fascina.
Tambien he sido yo como tú eres:
Tambien sobre estos pueblos mi cuchilla
Quise un tiempo blandir, segura el alma
De que á mis plantas prosternarse habian.
¡Dios no nos ayudó! Dios, de Pelayo
Afirmó la bandera maldecida,
Y como roca que la mar enfrena,
Por límite la puso á la conquista
De los hijos de Omar. Aquí rompimos,
Espumoso torrente, nuestras iras;
Aquí los vencedores de la tierra
Vencidos fuimos en tremenda lidia.
De Abderramen y Alcama los desastres...

ALMANZOR.

Cesa, cesa Ismael... ¡Triste delicia
Es rebuscar un punto de desgracias
En campo inmenso de fortuna y dichas!
¡Triste es el predecir eternos males,
Porque una vez se nos mostrase esquiva
La mano del Señor, quizá indignada
De nuestra vil y torpe cobardía!
De Abderramen y Alcama los desastres,
Lijero eclipse de lumbrera limpia,
Vengados han de ser: nuestros pendones
Deben lucir en la rebelde cima;
Y el leonés y el astur á nuestras plantas
Su frente han de postrar con ignominia.—

Fé, fé os faltó á vosotros, cuando un tiempo
Conservar su diadema deslucida
Dejásteis al infiel, pactando solo
El doloroso feudo que le humilla.
Del débil, del impuro Mauregato
Era fácil barrer la monarquía,
Cual barre el huracan en el desierto
Sus montones de arena movediza.
Tuviérais fé, y hundiérase en el polvo
Del godo la nefanda idolatría:
Tuviérais fé, y el nombre del Profeta
Resonara en los mares de Galicia...
No lo hicísteis empero. Perdonásteis
La estirpe condenada, incircuncisa
De los hijos de Hispan: solo un tributo
La impusísteis en nombre del Califa...
Yo vengo á reclamarlo. Vuestro pacto
No pretende rasgar esta cuchilla,
Por mas que aquí, en el pecho, fuego y brasas
Se enciendan en mi sangre enrojecida.
No le quiero romper; quiero exigirlo.
Pues con el feudo rescató la vida,
Compró la libertad, el feudo peche,
El vasallaje pague que la libra.
Sufran y lloren, pues vivir les plugo!...
Si otra lucha prefieren, si codician
Nuevas batallas, batallemos luego:
Arda la lid inextinguible, impía...
No á cien doncellas, sino al pueblo todo
Sus anchas puertas abrirá la Libia.

ESCENA IV.

—

DOÑA SOL y UNA DUEÑA, que salen de la iglesia, para dirigirse al palacio.—Los de la anterior.

SOL.

Ven, Sancha, ven... La voz de nuestro padre,
Su oracion que á los cielos se encamina,
El pecho llenan de inefable calma,
Y fuerzas dan á la angustiada vida.
No sé porqué, pero mi pecho espera...
¿Será inútil, oh Dios, tanta vertida
Lágrima, tanto luto, dolor tanto,
Como este pueblo á vuestros piés envia?

ALMANZOR.

Vano es, oh vírgen, si pedís con ello
Del godo levantar la raza antigua:
Estéril es, si demandais ilusos
Abatir del Profeta las insignias.
Habló el Señor: su voluntad suprema,
Con caractéres de diamante escrita,
Ni el humilde mortal eludir puede,
Ni el cielo mismo resistir podria...
Mas enjugad el llanto... ¿Qué, oh sultana,
Teneis vos que temer? Rosa y delicia

De estas regiones, si la suerte os lleva
Del claro Bétis á la hermosa orilla,
Delicia y rosa brillaréis en ella.
Para vos su pradera enflorecida
Tenderá abril: las auras de la tarde
Dulce objeto os harán de sus caricias:
De la Persia y la Arabia los aromas,
La púrpura y las sedas de la India,
El oro del Ofir, á vuestras plantas
Todo se ofrecerá como conquista
De esa divina luz, que en vuestros ojos,
Deslumbrando al mortal, al sol eclipsa.

SOL.

No hablaba yo con vos, cuando mi labio
Su pena y su esperanza descubria...
No os escucho esas bárbaras lisonjas,
Aun más acerbas que la muerte misma...—
Apartad.

ALMANZOR.

Permitid... (*Ofreciéndole la mano*).

SOL.

Loca insolencia
Vuestro ademan y vuestro paso indican,
Que si no mereciesen mi desprecio,
Ejemplar correccion merecerian.
¿Sabeis con quién hablais?

ALMANZOR.

Sé que una esclava
Es quien debe de estar ante mi vista:
Sé que esclavos del árabe sois todos:

Sé que la quise honrar: sé que atrevida
A mi atencion responde con insultos...
Sé que me ha de escuchar, por vida mia...
(*Asiéndola del brazo*).

SOL.

¡Favor! ¡Favor, cristianos!

ALMANZOR.

¡Llama, llama!...

SOL Y LA DUEÑA.

¡Favor!

ALMANZOR.

¡Aun no ha nacido quien lo impida!

ESCENA V.

—

BERNARDO, RAMIRO, PUEBLO.—LOS DE LA ANTERIOR.

BERNARDO.

Yo te lo impediré. (*Cogiendo del brazo á Almanzor.*)

ALMANZOR.

¿Tú?

BERNARDO.

Yo, pagano...
Yo, á quien el cielo en su poder destina
Para abatir tu orgullo... Yo: Bernardo...
¿Lo escuchas, musulman? ¡La frente humilla!...

ALMANZOR.

Muy arrogante estás...

BERNARDO.

Tú, muy osado.

ALMANZOR.

Yo puedo estarlo... (*Empuñando la espada.*)

BERNARDO.

La arrogancia es mía.

ISMAEL.

¡Almanzor! ¡Almanzor! (*Conteniéndole.*)

ALMANZOR.

Basta... En su tiempo
Volveré á desnudar esta cuchilla:
Verémos si á su brillo refulgente
Podeis, esclavos, levantar la vista.

BERNARDO.

En su tiempo esta mano que conoces
Refrenará de nuevo tu osadía;
Y blandiendo la espada de la patria,
Rayo será de vuestra raza indigna.

ALMANZOR.

¡Ay de tí, si en el campo te encontrare!

BERNARDO.

¡Ay de tí, si te ofreces á mis iras!

(Vanse todos: los moros por un lado; Doña Sol á Palacio y los cristianos acompañándola.)

Salon de Palacio.

ESCENA VI.

—

El REY, el OBISPO y ORDOÑO.

REY.

¿Inútil, dices?

ORDOÑO.

Inútil...
No cede de sus intentos.

REY.

¡El feudo pues!

ORDOÑO.

Vanamente
Mis palabras le ofrecieron
Las joyas de vuestra casa,
Los tesoros de este reino.
Ni la amenaza de guerra,
Ni la súplica y el ruego,
Nada vencerle han podido.
Orgulloso y altanero
Me rechazó. Del tratado
Solo pide el cumplimiento:
Las cien doncellas.

REY.

¡Así,
Guardados me tuvo el cielo
Tal baldon, oprobio tanto,
Para manchar mis cabellos!
Así, en vano por seis lustros
Hice justicia á mi pueblo,
Y veraces bendiciones
Sobre el sólio me siguieron;
Que al fin de mi larga vida,
Cuando el solemne momento
Se acerca ya, y el sepulcro
Abre su cóncavo seno,
En vez de piadoso llanto,
Y de doloridos ecos,
Maldicion y execraciones
Echarán sobre mis restos...
¡Qué horror!... Mas no: que mi nombre
Se conserve puro, ileso;
Y pues como rey vivimos,
Tambien cual rey acabemos. —
Ordoño, para lidiar
¿Qué fuerzas nos dará el reino?

ORDOÑO.

¿Para lidiar?... Vuestra Alteza
Sabe si yo lo deseo...
Mas desprevenido todo
Con tan larga paz tenemos:
Sin presidio los castillos,
Sin lanzas, sin ballesteros...

REY.

Y sin poder en los brazos,
Y sin valor en los pechos...
¿No es verdad? Cuando estas canas
Eran rizados cabellos,
Cuando esta barba de nieve
Era de azabache negro,
Jamás, jamás Don Alfonso
Pensó en contar sus guerreros.
Cuéntalos hoy, porque hoy
Los contrarios cuentan ellos.

ORDOÑO.

Yo, señor...

REY.

Vos sois soldado,
Sois godo, sois caballero...
Vos no faltaréis el dia
Que os llame el Rey.

ORDOÑO.

Sabe el cielo
Que jamás tembló mi espada
Al chocar con otro acero.
Sabe tambien si daria
Mi pobre vida contento,
Por anegar en mi sangre
De la patria el vilipendio.
Pero yo no basto. El moro,
Mintiéndonos largo tiempo
Traidora paz, para herirnos

Escoge el fatal momento.
Y en vano el alma quisiera...

REY.

¡ Ordoño !

ORDOÑO.

¡ Señor ! mi celo...

REY.

¡ Basta !... ¡Y teneis treinta años,
Y sois, vive Dios, mi deudo,
Y amais tal vez mi sobrina,
Que ser puede de las ciento !

ORDOÑO.

¡ Doña Sol !... ¿ Y á vuestra sangre ?...

REY.

¡ Y á la sangre de mi pueblo !...

ORDOÑO.

¡Doña Sol ! ¡ Oh !

REY. (*Al Obispo.*)

Mas en tanto
¿ Ese funeral silencio
No rompeis vos ?... De tal pena
¿ No me aliviaréis el peso ?

OBISPO.

Aliviarle, no lo sé ;
Compartirle, os lo prometo :
Que en los momentos de angustia
A llevarlas no me niego...

REY.

¡ Proseguid !

OBISPO.

Ante las turbas
He sido defensor vuestro;
Mas aquí en vuestra presencia,
Solo la verdad os debo. —
Rey Alfonso, de Pelayo
Llevais el pesado cetro,
Y la corona de espinas
Que le clavaron los cielos.
Muralla del Cristianismo,
Dios os concede el imperio
Para que salveis del moro
Los destinos de mil pueblos.
Mas éste, el que confiara
Su bondad á vuestro celo,
En equidad y en justicia
Debeis regirlo y tenerlo.
Pagar el feudo á Almanzor
Es quebrantar sus derechos:
Negarlo, y llamar la guerra
Con generoso ardimiento,
Imprudencia temeraria,
Que nos hunda en largo duelo.
Un medio queda. Tornad
Los ojos al Pirineo;
Ved el poder que se eleva,
Uno, fuerte, grande, inmenso,
Que desde Roma á Lutecia,
Desde el Garona á los senos
De la Germania, protege

Bajo su sombra cien reinos.
Llamad á Cárlos. No es mengua
A su defensa acogeros;
Que solo es mengua el delito,
Y el poder lo da el Eterno.
Llamadle, y negad al punto
Ese vergonzoso feudo:
Llamadle: su brazo fuerte
Ahuyentará al agareno.
Sed prudente con la Europa,
Sed justo con vuestro imperio,
Y vuestro imperio y el mundo
Os quedarán bendiciendo.

(Se oyen trompetas y rumor. Entra un Paje.)

EL PAJE.

El Embajador.

REY.

¡Dios mio!
¡Dios mio! Compadeceos
De vuestros hijos... Prestadme
Vuestra fuerza y vuestro aliento.
Aquí el tributo y la infamia...
Allí un poder extranjero...
¡Iluminadme, oh Señor,
Que en vuestras manos me entrego!... —
Venga el moro... Vos cuidad
Que el palacio quede abierto;
Y pues del pueblo se trata,
Entre á escucharnos el pueblo.

ESCENA VII.

—

ALMANZOR, ISMAEL.—El REY en el trono, el OBISPO, ORDOÑO, GRANDES, GUARDIAS, PAJES, PUEBLO por todos lados; entre él BERNARDO y RAMIRO.

ALMANZOR.

A tí, oh noble sultan de la montaña,
Que en el sólio te sientas asturiano,
Precioso resto de la antigua España,
Y del nombre custodio del cristiano:
A tí, el dominador de la campaña,
El fuerte, el vencedor, el soberano,
El Califa y señor de Andalucía
Salud y paz por nuestro labio envía.
No hay más Dios sino Dios. En su camino
El rayo le precede fulminante;
Marcha sobre ardoroso torbellino;
Habla, y retumba el trueno horrisonante.
Póstrase el cielo á su querer divino,
Y los ejes del orbe vacilante
Tiemblan á su ademan, y en sus asientos
Conmuévense sus hondos fundamentos.

Él inclinó su frente, y como arena
Fué á su soplo el imperio de Rodrigo.
Su mano abrió de maldiciones llena,
Y echólas en el godo por castigo.
Rayo que abrasa, y huracan que atruena,
La alárabe nacion trajo consigo,
Entregando á su fé, como trofeo,
Desde Calpe al nevado Pirineo.

Asturias quedó empero. Sí, quedasteis
Al lado del Titan que os amagaba.
Como junco entre encinas os doblasteis,
Así burlando la tormenta brava.
Mas si vuestra existencia conservasteis...
No sabe el mundo bien si libre ó esclava...
Pacto y convenio por vivir hicisteis,
Y al vencedor tributo le ofrecisteis.

Cien doncellas por feudo... Insigne muestra
De vasallaje humilde y dependiente:
Confesion clara de la gloria nuestra;
Ofrenda del Ocaso hácia el Oriente.
Por ese precio en desigual palestra
Alzar pudisteis la abatida frente;
Y doblando del árabe la saña,
Por él os fué dejada la montaña.

Yo lo vengo á exigir... Si en largo sueño
El leon mauritano adormecido,
O apacentado en lánguido beleño,
Su poder y su gloria dió al olvido;
Hoy vuelve á despertar... Él, vuestro dueño,
El tributo os demanda prometido.

Ved en mi mano de la paz la rama...
Mas mi voz las doncellas os reclama.
(Murmullos. Pequeña pausa.)

REY. (*Se levanta.*)

¡Pueblo astur, valerosos españoles!...
Escuchad de un anciano la palabra,
Que en largos lustros de virtud y gloria
Ilesa y pura conservó su fama.
Ni como Rey, ni como jefe os hablo:
Ménos hora que nunca, de esas vanas
Fútiles distinciones el ambiente
Puede, oh cristianos, embriagar el alma.
Si he partido mis dichas con vosotros,
Si he sabido llevar vuestras desgracias,
De un padre, de un amigo, de un hermano
Sentid las penas, y templad las ansias.
Al moro habeis oido... En vuestros pechos
Aun resonando está su voz infausta,
Cual carbon encendido que consume,
Como puñal agudo que desgarra.
Vuestras hijas os pide, vuestra sangre...
Y de antorcha infernal su diestra armada,
Con llanto y destruccion é incendio y muerte
A la afligida cristiandad amaga...
¡Pueblo astur, generosos españoles!
Bajo tan grave y ominosa carga
Inclínase mi frente, que estos hombros
Flacos, débiles son para llevarla.
¡Pagar el feudo yo, de vuestros brazos
Arrancaros las hijas adoradas,

Y entregarlas al árabe... ¡ oh, primero
El rayo del Señor sobre mí caiga !

PUEBLO.

¡ Viva el Rey !

REY.

Mas la guerra y sus horrores,
De vivo incendio las voraces llamas,
Hambre y esclavitud, dolor y muerte,
Eso, no os engañeis, eso os aguarda... (*Pausa.*)
Si lo temeis, si vacilais acaso,
Si templada no está vuestra constancia
Cual mi constancia está ; si más prudentes
Quereis guardaros y guardar la patria...
Á mí, españoles, el piadoso cielo
Hijos no me otorgó... De esta dorada,
Punzante silla bajaré gustoso :
Quién vosotros nombreis venga á ocuparla,
Y Dios extienda su potente mano,
Y por él salve á la afligida España. (*Murmullos.*)

BERNARDO.

¡ Tened, por Dios, tened !... ¡ Más digno nunca
Has sido, oh Rey, de la diadema santa :
Más digno nunca del alzado trono,
Donde señor el español te aclama !
La voz del pueblo por mi voz escucha :
Del pueblo, que, movido á tu palabra,
Sus brazos, su vigor, su vida toda
Con enérgica fé pone á tus plantas.
No más mengua y baldon. Tú nos conduce
A donde crecen del honor las palmas:

Todos, por tí muriendo y por la gloria,
La libertad salvemos de la patria.
¿No es verdad, españoles? ¿No es el voto
Universal, que acabe la nefanda
Mengua del torpe, vergonzoso feudo,
Que con su sello horrible nos infama?

PUEBLO.

¡Sí; que acabe, que acabe!

BERNARDO.

¿No es el voto
Universal, que la bandera santa,
La Cruz del Redentor demos al viento;
Y en guerra inacabable, despiadada,
De un triunfo en otro triunfo, la plantemos
Allá de Calpe en la remota playa?

PUEBLO.

¡Sí: la guerra, la guerra!

RAMIRO.

¡La victoria!
¡O vencer, ó morir en la demanda!

BERNARDO.

¡Oyelo, oh Rey!... Al eco de tu labio
Responde de tu pueblo la palabra:
Si tú eres digno de regir su suerte,
Él es digno tambien de su Monarca.
Dios y la libertad tú pronunciaste;
Dios y la libertad el pueblo clama:
Tú el cetro dieras por salvar su vida;
Él dá su sangre por salvar tu fama.

REY.

Yo la acepto, españoles. Yo en la lucha
Seré el primero á desnudar la espada:
Donde brille mi acero, allí la gloria,
Allí el honor, la libertad se hallan.
Lo has escuchado ya. Dí á tu Califa,
Lo que responde á su insolencia España.

ALMANZOR.

Así, la guerra demandais ilusos...
Así, Dios oscurece en vnestras almas
La luz de la razon, y abre su mano,
Y al precipicio con fragor os lanza...
¡Santo y bendito su designio sea!
Escuchad, escuchad cómo sus alas,
Agitando el arcángel de la muerte,
En vosotros destila sus venganzas.
¡Áy, España, de tí! ¡Tus campeones
Pasto son de las aves sanguinarias:
Tus matronas plañientes en la Libia
So las tiendas del árabe se arrastran:
Y entre la hoguera y el dogal tus hijos,
Maldiciéndote á tí, la vida exhalan!

BERNARDO.

No, moro, no... La Cruz es la que vence:
El infierno á su vista se anonada:
Vuestro poder deshácese cual humo:
Vuestro Alcoran como la sombra pasa.
Ante la Cruz, de Córdoba y Sevilla
Se abatirán las débiles murallas;

Abrirá el mar sus ondas, y otro mundo
De su centro saldrá, para adorarla.
La Cruz es la que vence, compañeros.
Elevemos la Cruz por siempre santa...
Ella es nuestra salud y nuestra gloria:
En ella está la libertad de España!

PUEBLO.

¡Elevemos la Cruz! ¡ella es la gloria:
¡En ella está la libertad de España!

ACTO SEGUNDO.

Vestíbulo de la Catedral.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA SOL, que se dirige á la Iglesia; BERNARDO, que se le adelanta, y le ofrece agua bendita; UNA DUEÑA: detrás observando, JORDOÑO.

SOL.

Mil gracias os vuelvo á dar
Por tan galan cortesía.

BERNARDO.

Es prez de la suerte mia
Donde vos estais, estar.

SOL.

No puede el alma olvidar
Lo que una vez os debió.

BERNARDO.

¿Eso recordais?

SOL.

¿Pues no?...
Recordar y agradecer
Es de noble y de mujer,
Y noble mujer soy yo.

(Hace una cortesía á Bernardo, y se entra en la Iglesia, seguida de la Dueña.)

ESCENA II.

—

BERNARDO; en el fondo ORDOÑO.

BERNARDO.

Que recuerda y agradece,
Me dice ¡ oh cielos! la Infanta...
¡Voz que el ánimo levanta!
¡Voz que el sentido enloquece!
¿Por qué el alma se estremece?
¿Por qué tiembla el corazon?...
¡Despacio, imaginacion!
Conten tu rápido vuelo,

Que fuera escalar el cielo
Dar alas á esta pasion...
De lumbre y de fuego avara
Al sol el águila mira:
Su ardiente fuego respira,
Su lumbre ve cara á cara.
Pero el águila cegara
Al mirar luces tan bellas;
Porque tanto exceden ellas
Del sol al rojo arrebol,
Como excede el mismo sol
A la luna y las estrellas.
Es águila mi destino
De estos encumbrados montes,
Y en sus vastos horizontes
Vuela por ancho camino.
Pero ella es ángel divino
De region más elevada;
Y en la esfera inmaculada,
En donde brilla su lumbre,
Allá del cielo en la cumbre,
¿Qué puede el águila?... ¡Nada!—
¿Aquí vos? (*Volviéndose y viendo á Ordoño.*)

ORDOÑO.

Estaba aquí.

BERNARDO.

¿Y escuchásteis?

ORDOÑO.

Fuerza fué.

BERNARDO.

¿ Sabeis, pues?...

ORDOÑO.

Todo lo sé;
Como que todo lo oí.

BERNARDO.

¡ Vive Dios!...

ORDOÑO.

No hagais así
Ultraje á fama tan pura...
Sabed, por vuestra ventura,
Que esa luz que os deslumbró
En ella nunca brilló,
Y en vos es... solo locura. (*Se vá.*)

ESCENA III.

—

BERNARDO.

¡ Y le he escuchado acabar,
Y está mi espada pendiente!.....
¡ Oh! me ha escupido en la frente,
Y no he sabido matar!
¡ Ha podido pronunciar
Que es un delirio mi amor;
Y en vergonzoso estupor,

Como una estátua de hielo,
Ha enmudecido mi anhelo,
Ha callado mi valor!
Mas ¿qué hacer?... Lo que él decia
Eso estaba yo diciendo:
Lo mismo que me está hiriendo
Oyó de la boca mia.
Si ardiente la fantasía
Soñó divina ventura,
Luego de la razon dura
Resonó la voz fatal,
Que me dijo por mi mal
Lo que él me ha dicho: —¡locura!
¿Locura?... No, ¡Vive Dios!
Que es harto noble mi pecho,
Que el mundo le viene estrecho;
Que no le conoceis vos...
¡Locura!... No: entre los dos
Ese duelo se levanta...
Pues ¡vive Dios! que mi planta
Tan alta se ha de elevar,
Que he de poder contemplar
Sin deslumbrarme, á una Infanta. (*Váse.*)

ESCENA IV.

—

DOÑA SOL y EL OBISPO. Salen hablando, de la iglesia.

SOL.

¿Así el ejército está?

OBISPO.

Resuelto, ufano, imponente,
Levantando audaz la frente
Que el laurel coronará:
Brillando á la luz del sol
Sus refulgentes aceros,
Como de bravos guerreros,
Honra del suelo español:
Pidiendo con noble fé
La lid de vida y de gloria,
Seguros de la victoria
Que patria á sus hijos dé...—
Es Dios que tendió su mano,
Y á Bernardo suscitó;
Dios, que en su pecho inspiró
La libertad del cristiano;
Y mostrándonos por ley
La norma de su virtud,
Al pueblo dá la salud,
Y afirma en su trono al Rey.

SOL.

¡ Proseguid!...

OBISPO.

¡ Viérais, oh Sol,
La que lumbre escasa fuera
Convertirse en alta hoguera,
Y arder el suelo español!
Viérais, cual de espesa lava
Raudo, asolador torrente,
Cundir la pasion ferviente
Que de su pecho brotaba:
Y pueblos, y campo, y montes,
Todo repetir su voz,
Que lleva el eco veloz
Por los anchos horizontes:
Y en toda robusta mano
Lucir desnudo el acero,
Y bendecir al guerrero
Mujer y niño y anciano:
Y del Duero á la montaña,
Con ardor que al mundo asombre,
Levantarse como un hombre
La gente toda de España!...
Al verlos, al contemplar
Tanto ardor, y valor tanto,
De puro y gozoso llanto
El alma siento inundar!
Y humillando mi razon
Al inefable consuelo,
Bendigo al piadoso cielo

Por la salud de Leon.—
Van á venir. Sus pendones
Quieren á Dios ofrecer,
Y en ellos van á caer
Mis humildes bendiciones.
¡ Así pueda la victoria
Ceñirles su lauro hermoso,
Y vuelvan luego al reposo,
Cargados de inmensa gloria !

SOL.

¡ Tan fecundo es el poder
De un corazon elevado !
¡ Tanto el ánimo esforzado
Alcanza en el mundo á hacer !
¡ Oh ! ¡ cuán grande, cuán sublime
Es volar á la alta cumbre,
Y ser el farò y la lumbre
De todo un pueblo que gime !
¡ Cuán digno de envidia es
El que, elevándose allá,
Como un arcángel está,
Que mira el orbe á sus piés ! —
Perdonad si de mi pecho,
Que tanta miseria vió,
El alma al labio salió,
Y el labio la vino estrecho.
Perdonad si se estremece
La agitada fantasía;
Y á la luz que el cielo envía
Tambien brota y se engrandece.

Vos me conoceis, señor,
Desde que al mundo nací:
Vos sabeis si guardo aquí
Admiracion y dolor.
En la triste soledad
Que me sigue y me rodea,
Dó omnipotente campea
La régia severidad;
Vos sabeis las ilusiones
Que mi espíritu formara,
Y cómo se apacentara
De fantásticas creaciones...
Soñaba yo... (pues soñado
Siempre lo juzgué en mi mal,
Y á tenerlo por real
Jamás hubiera aspirado...)
Soñaba yo que algun dia,
Vencida su infausta suerte,
Este sudario de muerte
Asturias sacudiria.
Soñaba un bravo guerrero,
Noble, generoso, rudo,
Que levantando el escudo,
Que desnudando el acero,
Brillante como la luz,
Vestido de pura gloria,
Condujese á la victoria
A los hijos de la Cruz.
Lo soñé... De su ilusion
Se apasionó luego el alma,

Y echó palma sobre palma
A su querida creacion.
Y mirándola tan bella,
En mi retiro profundo,
La espalda tornaba al mundo
Por vivir solo con ella:
Hasta que un golpe fatal
De la realidad austera
La fantástica quimera
Disipaba por mi mal...
Tal fué mi existir, señor,
Entre despierta y dormida:
Durmiendo hallaba la vida,
Despierta hallaba el dolor.—
Ved pues el gozoso empeño
Que me anima en este instante,
Cuando contemplo delante
La realidad de mi sueño...
Tambien hora, como vos,
La razon al cielo humillo,
Y en mi corazon sencillo
Tambien ¡ay! bendigo á Dios.

OBISPO.

¡Hija! ¡Sol!... ¡Oh desdichado!
¿Qué es lo que escucho, Dios mio!
¡Faltaba ese golpe impío
A este viejo infortunado!
¡Irresistible pasion
Que ya el palacio asolaste!...
¿Es posible que tornaste,

Para perder á Leon?
¡Pobre, pobre desgraciada!
¿Sabes lo que estás diciendo?
¿No adviertes el golfo horrendo
Do te pierdes anegada?
¡Sol! ¡Oh recuerdo infelice!

SOL.

Mas ¿qué os ha dicho mi labio?
¿A quién, sin saberlo, agravio?
¿Qué pecado, oh señor, hice?

OBISPO.

¡Pecar tú!... De la alta esfera
Eres ángel enviado:
Jamás hubo en tí pecado,
De España insigne lumbrera.
Mas tal vez un alma pura
Sube, elevándose, al cielo:
Y en derredor tiembla el suelo,
Y el mal su veneno apura.
Ese acento, ese mirar...
¡Oh! tú le amas...

SOL.

¡Yo!

OBISPO.

Á Bernardo...

SOL.

Y tan noble y tan gallardo,
¿Quién su gloria no ha de amar?

OBISPO.

Pero esa pasion, que así,

Naciendo, llena tu mente...

SOL.

¿No es digna? ¿No es inocente?
¿A quién, con tenerla, herí?

OBISPO.

¡Oh! dime... ¿la compartió
Bernardo? ¿Sabe tu afan?

SOL.

Bernardo es noble y galan...
Mas sé mis deberes yo.

OBISPO.

¡Bien, hija, bien!... Hoy forzoso
Es la verdad declararte:
Puedes ¡ay Dios! despeñarte
En un abismo horroroso.
En la copa de ese amor
El borde es puro placer;
Mas ¡ay si quieres beber!
Despues vendrá el amargor.
É inconsolable llorara
Mi criminal cobardía,
Si tu desdicha algun dia
A mi silencio acusara...

SOL.

¡Decid!

OBISPO.

La tremenda historia
De la infelice Jimena
De enseñanzas está llena...
Oye, calla, y tén memoria.—

Hermana de Alfonso fué,
Quien como hermano la amó,
Y Jimena le pagó
Con pura y sencilla fé...

SOL.

¡Tuvo una hermana!

OBISPO.

Entre tanto,
Lució valiente un guerrero,
Que mas noble caballero
No puso en el moro espanto.
Vióle Jimena brillar
En ostentoso torneo:
Siguió á la vista el deseo:
Siguió el ceder al rogar.
Al fin le dió el corazon,
Con aplauso de la España,
Que era bien digno Saldaña
De la Infanta de Leon.
Pero Alfonso... Roca dura
Cuentan que su pecho ha sido:
Que nunca blando ha latido:
Que jamás de la hermosura
Sintió el celeste fulgor:
Que nunca ardoroso amante
Rindió tributo anhelante
En los altares de amor...
Tú has visto la austeridad
Que aquí en palacio campea,
Cómo en él se enseñorea

La régia severidad...
Así fué entónces. En vano
Ella á sus plantas lloró:
En vano, humilde, imploró
Perdon del Rey y el hermano.
Que faltas de amor el Rey,
Oh Sol, perdonar no sabe:
Nada á su vista es tan grave:
Castigar... no hay otra ley.
Una toca consagrada
De ella veló la cabeza:
Él... ¡desdichada crudeza!
Fuéle la vista arrancada.

SOL.

¡Qué horror!

OBISPO.

Monja de Sion
Murió en el llanto Jimena:
Saldaña en dura cadena
Vive léjos de Leon.

SOL.

¡Qué horror! ¡qué horror!

OBISPO.

Piensa ahora
Si es justa el ansia que siento:
Considera si tu acento
Me es palabra aterradora.
Si al mirar tras de ilusiones
Correr tu agitada mente,
No ha de temblar quien prudente

Sabe el fin de esas pasiones.
Mariposa confiada
Vuelas en torno del fuego,
É ignoras que luego, luego,
Serás por él devorada.
Contempla ¡ay Dios! de Jimena
La suerte horrorosa, impía:
No maldiga yo este dia
En que he escuchado tu pena.
Y en tan acerba leccion
Empapando tu alma pura,
Llora, infeliz, tu hermosura,
Y guarda tu corazon. (*Entra en la iglesia.*)

ESCENA V.

—

DOÑA SOL.

Tuvo una hermana, que amó,
Y fué á morir ¡desdichada!
Bajo la toca sagrada,
Que su labio no pidió:
Y al que su pecho encendió,
Que de amarla digno era,
A quien la nacion entera
Cual héroe invicto aplaudia,

Arrancó la luz del dia,
Y vive en honda ceguera...
¡Oh confusion singular
Que turba mi pensamiento!
¡Oh infelice nacimiento,
Orígen de mi penar!
¿Qué me importa á mí el brillar
Con esta fútil grandeza?
¿Qué me importa á mí la alteza
De mi blason soberano,
Si una palma dá á mi mano,
Y una toca á mi cabeza?
Ya alguna vez hasta mí
Un eco sordo llegó,
Donde el Rey apareció
Como en este instante oí.
Yo, incauta, no lo creí,
É impostura lo juzgué:
Que al considerar su fé,
Su religion, su bondad,
Tan desmedida crueldad
Imposible contemplé...
¡Si se engañan! ¡Si su pecho
No es quizá como se dice!
¡Si él tambien, siendo infelice,
Siente su rigor deshecho!
¡Si en el trance duro, estrecho,
Que amenaza su corona,
Cuando la fama pregona
Su salvador en Bernardo,

Depone un rigor bastardo,
Y me escucha, y me perdona!
Ilusion, ilusion vana,
Que mi sentido fascina:
¿Qué ha de hacer por su sobrina
Quien no perdonó á su hermana?
En la esfera soberana
No laten los corazones:
En las doradas mansiones,
Donde vivir es mi ley,
No hay ser hombre siendo rey;
Hay deberes, no hay pasiones.
¿Qué hacer, en fin, alma mia?
¿Qué hacer? Sufrir y penar:
A mi retiro tornar:
Vivir con mi fantasía.
Rómpase la venda impía
Que ofuscaba mi razon;
Y en esta triste prision,
Centro de mi desventura,
¡Lloremos ¡ay! mi hermosura,
Guardemos mi corazon!

ESCENA VI.

—

Óyese una marcha militar que se acerca. LA DUEÑA que entra precipitada.—DOÑA SOL.

LA DUEÑA.

Ya vienen... Vedlos lucir...
Ved las banderas al viento...
¡Oh venturoso momento!
Corred á verlos venir...

SOL.

(¡Una toca consagrada
Veló su altiva cabeza!...
Ánimo ¡oh Sol!.. Tu nobleza
Viva y muera inmaculada!)

ESCENA VII.

—

EL REY, rodeado de GRANDES, PUEBLO, SOLDADOS. Delante de ellos, ORDOÑO, con un pendon encarnado, y en él un leon de oro; RAMIRO, con uno morado, y en él un castillo de plata; BERNARDO, con uno verde, y en él una cruz. EL OBISPO, rodeado del CLERO, asoma por la puerta de la iglesia.—DOÑA SOL, LA DUEÑA.

REY.

A vos, de mi reino glorioso Patriarca,
Del pueblo asturiano devoto Pastor,

A vos hoy dirige su acento el Monarca,
Luchando en su pecho la fé y el temor.
La espada tajante que el cielo me diera
Desnuda en mi mano se apresta á lucir:
Con ecos de muerte palpita la esfera;
Las tumbas cerradas se tornan á abrir.
Mas no me conducen pasiones livianas,
Ni agita mi mente fatal ambicion;
De cólera exentas se miran mis canas:
Las tierras que gozo bastantes me son.
Si el ángel de horrores, sus alas tendiendo,
De lloro y de espanto nos da la señal;
Si el grito de sangre difúndese horrendo,
Y brilla la lanza con brillo fatal;
Tu mente lo sabe, Patriarca glorioso,
Y el Dios que me escucha lo sabe á su vez:
Mi pueblo defiendo leäl y piadoso,
Sus bienes, su gloria, sus hijas, su prez.
Del cielo es la causa que todos servimos,
Por faro llevamos su esplendida luz,
Su nombre invocamos, su enseña seguimos,
Terror del infierno, de Cristo la Cruz.
¡Pues bien! Nuestras armas á vos os postramos;
Que caiga sobre ellas de triunfos el don:
Los régios pendones al suelo inclinamos;
Verted en sus pliegues feliz bendicion.
Que vuele con ellos la ufana victoria
Allá donde el Bétis se pierde en el mar;
Y luego, cargados de prez y de gloria,
Aquí, á vuestras plantas, se miren tornar...

ORDOÑO.

Del grande Alarico la enseña sagrada
Tenderse á los aires gloriosa ya ves,
En luchas sin cuento de lauros cargada...
Sus lauros, su gloria yo rindo á tus piés.
La goda nobleza, los héroes del polo,
Espanto de Roma, del franco terror,
Sus frentes soberbias bajando á Dios solo,
A vos, su ministro, demandan favor.

RAMIRO.

Las villas del reino, de España la gente,
Tambien su bandera presentan á tí:
Marchando al combate con ánimo ingente
Tambien á tus plantas la postran aquí.
Escucha, oh Prelado, la voz dolorida
De Oviedo y de Lugo, de Braga y León:
Derrama en sus pechos el aura de vida:
Derrama en sus frentes feliz bendicion.

BERNARDO.

Y yo, por los riscos, que nunca acataron
A cetro extranjero con tímida faz:
Y yo por las selvas que nunca escucharon
La pérfida magia de lengua falaz:
Del Cántabro insigne, de la alta montaña
Llevando los lienzos que azota aquilon,
Demando á tus preces valor para España,
Constancia en los pechos, laurel al pendon.
Que vuele con todos la ufana victoria
Allá donde el Bétis se pierde en el mar;

Y luego, cargados de espléndida gloria,
Aquí, do nacimos, nos miren tornar.

OBISPO.

Del Rey de los cielos la próvida mano
Encierra la suerte que al hombre guardó:
Doblar su cabeza le toca al cristiano...
¡Ay de él, si los vientos airado soltó!
Las pompas del mundo, valor, fortaleza,
Tesoros y gloria, que eternos creerás,
La prez de las armas, la antigua nobleza...
Son polvo, son aire, son humo no más.
Habló, y en un punto la goda pujanza
Allá, en Guadalete, se vió deshacer;
Y al árabe fiero, blandiendo su lanza,
Del mar de Galicia le vimos beber.
Lloramos, rogamos, cubrimos el suelo,
Ofrenda piadosa, de luto y dolor...
El llanto y las preces ya suben al cielo:
Su frente apacible nos muestra el Señor.
¡Bendito el que humilde sus ojos eleva
Al puro venero de gracia y de luz;
Que fé y esperanza por lábaro lleva,
Que sigue y acata la ley de la Cruz!
Marchad, oh guerreros! La Cruz os dirija
Al rudo combate del bárbaro infiel;
La fé, del Eterno magnánima hija,
Os sirva en la lucha de hierro y broquel.
Yo, pobre ministro del Rey de la gloria,
Bendigo las armas, bendigo el pendon.
Yo pido á los cielos os dén la victoria:

Yo pido que salven la triste nacion.
Rey, nobles, ciudades, gloriosa montaña,
Al Dios de las lides la frente humillad;
Y luego... el destino llevais de la España:
¡Salvad su destino, la España salvad!

SOL.

Del cielo clemente palabra piadosa
Despierta, oh guerreros, el santo valor:
Su brazo os sostiene, y en lucha afanosa
Su mano os prepara victoria y honor...
Mas ¡ay! si el destino con rostro sangriento,
Cual hizo otras veces, os torna la faz:
Si el árabe ufano, de estragos sediento,
Debela y humilla la hispánica häz;
No aquí, desgarrados los ricos pendones,
Y el llanto en los ojos, penseis en volver.
La muerte primero!... morir, campeones...
Mi voz os lo dice:—¡morir ó vencer!
Ni es vida la vida que en llanto y miseria
Por años sin cuento llevamos aquí:
Perezcan primero los hijos de Iberia,
Que sigan viviendo cual viven así!
Yo, pobre doncella, que inútil mi mano
No puede en las lides la lanza empuñar,
Yo pido á los cielos, á Dios soberano,
¡Primero la muerte que tanto penar!
Pidámoslo todos. La prez y la gloria,
Si el cielo piadoso nos dá su favor!...
Si el cielo nos deja, la eterna memoria...
¡Perdamos la vida, salvando el honor!

BERNARDO.

No, Infanta; no, nobles; no, pueblo asturiano...
Lanzad el recelo que os postra cruel:
Bernardo os lo jura, la espada en su mano;
Su estrella en los aires preságialo fiel.
Aquí, dentro el pecho, distinta, sonante,
El ánima escucha del cielo la voz.
« ¡Bernardo!—me grita—¡Bernardo, adelante!
» Al árabe postra su orgullo feroz! »
Y de eco tan santo llevada la mente,
Las hondas cavernas del monte dejé:
Y aquí, donde el pueblo lloraba impaciente,
Vosotros lo vísteis, ansioso bajé.
Calmad pues, señora, el llanto y la pena
Que empañan y anublan la tímida faz.
Por siempre está rota la antigua cadena:
No hay mengua ni sangre; hay triunfos y paz.
Yo haré, por mi vida, del cielo ayudado,
Las ondas del Bétis beber mi bridon;
Y el triple estandarte, de lauros cargado,
En júbilo y gozo tornar á Leon.

ESCENA VIII.

—

GARCIA, que pugna por abrirse paso, hasta que lo consigue, y se arroja á los brazos de BERNARDO.—Los DE LA ANTERIOR.

TODOS.

¡Lo juramos! ¡lo juramos!

RAMIRO.

Corramos á la batalla:
Cada instante que se pierde
Pierde de su vida España.

GARCÍA.

¡Dejadme llegar! ¡dejadme
Que yo me arroje á sus plantas!
¡Es mi Bernardo... es mi gloria...
Es la gloria de mis canas!
¡Bernardo! ¡Bernardo mio!

BERNARDO.

¡Mi padre!,.. ¡Padre del alma!
¡Vos vivo! ¡vos en mis brazos!
¡Oh felicidad colmada!...
Tres años sin vos...

GARCÍA.

Tres años
Que ruda cadena embarga
Mis piés, y lloran mis ojos
En cautividad infausta...

BERNARDO.

¡Qué horror! ¡cautivo!

REY.

(Es García...
No puede dudarlo el alma...
Y entónces él!...)

GARCÍA.

¡Cuánta pena
Allí la mente desgarra!
¡Cual tósigo en sus horrores

El corazon despedaza!
Que dejarte á tí, oh Bernardo,
En esas cumbres heladas
Donde te eduqué, dejarte
En la confusa ignorancia
De tu nombre y de tu estirpe,
Del destino que te aguarda,
Cual si fueses un villano
Hijo de las selvas bravas,
Y no corriese en tus venas
Sangre, como pocas, clara...
¡ Oh ! para tan dura pena
La resignacion no basta...

BERNARDO.

¡ Qué me decís?

GARCÍA.

Hoy al verte
El pecho late y se ensancha;
Y cuando escucha tu nombre
Bendecido por las auras,
Y cuando vé esa bandera
Que así tu mano levanta,
Al supremo Dios del cielo
Rinde fervorosas gracias.
Mas esto que aquí, hijo mio,
Tu prez y tu valor ganan,
Que el Rey y el pueblo ignorantes
A tu mérito consagran;
Esto, Bernardo, si es gloria,
Esto, Bernardo, si es fama,

Aun de tu insigne linaje
A los méritos no iguala.

BERNARDO.

¿Qué decís?

GARCÍA.

No de un villano
Naciste, humilde prosapia,
No en las breñas de esos montes
El pecho abriste á las auras.
No eres mi hijo, en fin...

BERNARDO.

¡Dios mio!

GARCÍA.

¡Oh! no maldigas mis canas!
Escucha... Escuchadme todos...
Y vos, insigne Monarca, (*Poniéndose de rodillas.*)
A cuyos altos preceptos
Mi existencia consagrada
Fué; perdonadme si al plazo
Que Vuestra Alteza fijara
Para volverle la prenda
De su amor y de mis ansias,
Esa turba de bandidos
Me alejó de vuestras plantas.
Veinte años cumplidos eran
En nuestra salvaje estancia,
Y ni en virtud ni en nobleza
Nadie á Bernardo igualaba.
Entonces fué...

REY.

¡Bien, García!
Gozosa te escucha el alma;
Y lo que tú no dijísteis,
El Rey á decirlo basta. (*Levantándolo.*)
¡Sabe el cielo que en mi pecho
Hoy un bálsamo derramas!
¡Sabe que placer mas puro
No ha latido en mis entrañas!—
Leoneses, vuestro Bernardo
Es el hijo de mi hermana...

TODOS.

¡Bernardo!

REY.

Á quien lloré muerto,
Y que hoy mis brazos aguardan.

SOL.

¡Cielos!

BERNARDO.

¡Gran señor! (*Queriendo arrodillarse.*)

REY. (*Impidiéndolo.*)

No... nunca.
No consentiré á mis plantas
Mirar al que es de mi sangre,
Y que mi corona salva. (*Lo abraza.*)

BERNARDO.

Señor, en tan alta esfera
Se turba la vista vaga,
La mente se desvanece,
Tiembla el pecho y el pié falta.

Que si bien el corazon
Latidos de gloria daba,
Y la ardiente fantasía
Tendió á los vientos sus alas;
Es al cabo mucha altura
La que una corona guarda,
Donde cien pueblos cristianos
Sumisos la vista clavan...—
¡Dejad que corra la sangre
Que aquí, en el pecho, se estanca:
Dejad que el mundo de ideas
Se ordene que me arrebata:
Dejad que mi labio ponga
En vuestra mano su estampa!

PUEBLO.

¡Viva el príncipe Bernardo!
¡Viva por edades largas!

BERNARDO.

Y hora, señor, que á tal punto
Vuestra dignacion me ensalza;
Hora que me colocais
Del trono sobre las gradas:
Decídmelo en fin... Mis padres
¿Quiénes son? ¿Dónde se hallan?
¿Viven? ¿do puedo adorarlos?
¿Murieron? ¿dónde descansan?

REY.

La infanta Doña Jimena
Y Don Sancho de Saldaña
Tus padres son... Mas, Bernardo,

No querais rasgar la opaca
Nube, que sobre su suerte
Ha echado el bien de la patria...
No existen. Su ilustre nombre,
De su nobleza la fama,
Los deberes de su sangre,
Y el amor de su Monarca,
Eso os dejaron... Bernardo,
No es el Rey quien hora os habla;
Es un deudo cariñoso,
Que os recibe y os abraza.
Básteos saber vuestra alcurnia,
Básteos quererla y honrarla,
Básteos ser príncipe insigne
De la familia de España;
Y no penetreis misterios
Que, si se tocan, abrasan.

BERNARDO.

¡Murieron!... No es ya posible
Besar sus queridas plantas!
¡No podré estrechar sus manos,
Ni en mi frente colocarlas!
¡Murieron!... ¡Tal vez al hijo
Al fenecer invocaban,
Que esos montes recorria
Libre y suelto en su ignorancia!

GARCÍA.

¡Bernardo!

BERNARDO.

¡Quitad... dejadme!

Vuestro silencio es la causa
De mi mal : vuestra impostura
Es el áspid que me mata :
Y ese amor que os he debido ,
Maldice y detesta el alma !

GARCÍA.

¡ Bernardo ! ¡ Bernardo ! ¡ Oh, cielos !

BERNARDO.

Perdonad de mis palabras
La dureza : en tal instante
Delira la mente insana. —
Seamos hombre.—Perdonad
Tambien, oh Rey, esta flaca
Ofrenda, que el triste pecho
A tal memoria derrama.
Hora vos, Señor, mi padre
Sois no más, y esa montaña,
Que en sus robustos arrullos
Vida y fuerza dió á mi infancia.
Si ántes por vos y por ella
Este pecho palpitaba ;
Si antes mi brazo y mi mente
El ánimo os dedicara ;
De hoy más con mayor esmero
A ella y á vos los consagra ,
Y en vuestro eterno servicio
Cifra toda su esperanza. —
Marchemos, pues : que el alarbe
Sienta el rigor de las lanzas
Españolas, y que el mundo

Llenen nuestro nombre y fama.
En ellos cebe Bernardo
La cólera que le exalta,
En ellos vengue el acero
De su suerte la desgracia,
Y ellos postre por despojos
De su señor á las plantas!...

ESCENA IX.

—

LOS DE LA ANTERIOR, y UN MENSAJERO.

VOCES.

¡Plaza, plaza al mensajero!

MENSAJERO.

A vuestros piés, gran Señor...

REY.

¡Bermudo, el Batallador...
Alzad, mi buen escudero!
¿Qué nuevas?

MENSAJERO.

Nuestra frontera
El alárabe ha pasado.

REY.

¿Adónde le habeis dejado?

MENSAJERO.

En Santorcaz nos espera.

REY.

¿Son muchos?

MENSAJERO.

Muchos á fé,
Que no los pude contar...
Parecen olas del mar...

GARCIA.

Yo, señor os lo diré.
Prófugo de sus prisiones
Aquí á vuestros piés me hallo...
Son treinta mil de á caballo,
Y tres tantos de peones.

REY.

¿Quién los dirige?

GARCIA.

Almanzor.

MENSAJERO.

Y es su espada rayo impío.

OBISPO.

¡Llegó el momento, Dios mio!
Dadnos, pues, vuestro favor.

REY. (*Sacando la espada.*)

A cumplir nuestro deber...
¡Hijos! de todos lo aguardo.—
Ved vuestro jefe... (*Señalando á Bernardo.*)

TODOS.

¿Bernardo?

REY.

¡A combatir!

BERNARDO.

¡A vencer!!!

ACTO TERCERO.

Galería baja en el palacio de Leon. A la izquierda una puerta que da á la plaza: á la derecha, entrada á las habitaciones: en el frente un jardin. Es de noche. La escena estará colgada de guirnaldas de flores, é iluminada como de gran fiesta.

ESCENA PRIMERA.

Se oyen por la izquierda aclamaciones populares de júbilo. Muchos gritos de *viva el Rey* y *viva Bernardo*. EL REY y El OBISPO entran rodeados de muchedumbre de PUEBLO.

REY.

¡Bien!... Mas primero acatad
Al que es Señor de la gloria...
Despues, tan alta victoria
Con júbilo celebrad.

De contento y de placer
Es digno un pueblo cristiano,
Que con la espada en la mano
Supo lidiar y vencer.

PUEBLO.

¡Viva el Rey!

REY.

Con justa ley
Me paga ese acento amigo:
Tambien sabeis que yo digo:
¡Viva el pueblo!

PUEBLO.

¡Viva el Rey!

(El pueblo se retira poco á poco por la izquierda.)

ESCENA II.

—

EL REY y EL OBISPO.

OBISPO.

Así, la España respira
En el trance do se halla...

REY.

Mas fué horrible la batalla;
No fué valor, que fué ira.

OBISPO.

¿Muy grande la mortandad?

REY.

Tales triunfos no dé Dios...
Uno basta, que á otros dos
Perece la cristiandad.

OBISPO.

¿Todos cumplieron?

REY.

Sí, todos.
Como refulgentes soles
Brillaron los españoles,
Compitiendo con los godos.
Alzó Ordoño su blason,
Cual pudiera el más gallardo;
Y Bernardo... mas Bernardo
No es un hombre, es un leon.

OBISPO.

Suya la prez de la lid
Todo el ejército aclama.

REY.

Sí: no hay fama con su fama,
Ni con él hay adalid.

OBISPO.

Dios con su piadosa mano
Nos reservó tal ventura...

REY.

Y el alma bendice pura
Su insigne don soberano.

OBISPO.

¿Y vos?

REY.

Yo le colmaré
De los más justos favores:
Yo del cetro los honores
En su blason verteré.
Nadie más alto será
En los términos de España:
Desde el Duero á la montaña
La nacion le adorará;
Y cuando á la luz del dia
Cierre mi vista impotente,
Yo colocaré en su frente
La régia corona mia.

OBISPO.

Mas hora, oh Rey... Perdonad
A quien os ama cual yo...
¿Me permitís?...

REY.

¿Porqué no?
Hablad como siempre, hablad.

OBISPO.

No por brillantes favores
Tal vez su pecho se afana:
A su altura soberana
Son humo tales honores.
Un premio digno, reäl,
Podeis otorgarle vos...
¿No me comprendeis?...

REY.

Por Dios,
¡Quisiera entenderos mal!...

OBISPO.

No importa: vuestros enojos
A arrostrar me determino...
Yo, señor, á vos me inclino
Con lágrimas en mis ojos.
No es esta la primer vez
Que compasion os pedí
Para el que léjos de aquí...

REY.

¡Mirad que hablais á su juez!

OBISPO.

No le defiendo. No dice
El labio que fué inculpable...
Pídoos no ser implacable
Con quien es tan infelice.
Dios, el soberano Sér,
Tambien se apiada y perdona:
Vos llevais una corona,
Y como él debeis hacer.
Veinte y cinco años son ya
Que gime en prision oscura;
Baste con pena tan dura:
La falta purgada está...
Y luego... bien de Bernardo
Tal premio el valor merece.
Por quien al moro estremece:
Por quien resuelto y gallardo

Vuestro cetro afirma así,
Que á la España despertó,
Y que en Santorcaz venció...
Haced lo que os pido aquí.
Vísteis el filial amor
Que agita y arde en su mente...
Premiadle siendo clemente:
Dadle á su padre, señor!

REY.

Os he dejado acabar
Conociendo vuestra fé:
Respetándola, veré
De templarme y contestar.
Y ni recordaros quiero
De Sancho el crímen impío,
Ni cómo fué al sólio mio
Traidor y mal caballero.
La sentencia que dicté
Hija fué de mi conciencia:
Si fué dura la sentencia,
De ella á Dios responderé.
Él verá si fué razon
Penar con severidad
Una infanda liviandad
En la casa de Leon...
Yo os juro que lo que allí
Hice en el tremendo dia,
Desgarrada el alma mia,
Hoy lo repitiera aquí.—
Mas hora, me decís vos,

Perdonad como juzgásteis...
Obispo, vos olvidásteis
Cuál está el Conde, por Dios.
¿No sabeis que de sus ojos
Se arrancó la luz del cielo?
¿A quién ha de dar consuelo?
¿No dará mas bien enojos?
Bernardo muerto le cree,
Ley comun del mundo todo:
Volvérselo de ese modo
No fuera premiarlo, á fé.
¿Quereis desterrar la calma,
Y hacer tal volcan su pecho,
Que mi reino venga estrecho
Al incendio de aquel alma?
Dejad á Sancho dormir
Allá en su prision oscura:
Dejadle su falta impura
Con su llanto redimir.
Tres personas, y no más,
Que aun vive el Conde sabemos:
A ninguno lo dirémos...
Pero á Bernardo...

OBISPO.

¡Jamás!

REY.

Lo sé: plena confianza
Siempre en vos he colocado:
Vos siempre me habeis pagado,
Aun mas que fué mi esperanza.

Mas escuchad lo que os digo,
Y, por Dios, no lo olvideis...
Jamás de Sancho me hableis,
Si es que quereis ser mi amigo.

(*Váse por la derecha.*)

ESCENA III.

—

EL OBISPO.

¡Duro, implacable rigor!
¡Virtud adusta y severa
De quien jamás conociera
Filial ni paterno amor!
Ese argumento es error
Que engaña vuestro sentido:
¡Si hubiéseis vos conocido
Tan dulces estrechos lazos,
Viérais ¡ah! que en tales brazos
Todo mal se dá al olvido!...
Le penásteis con crueldad
En momentos de pasion;
Y hora vuestra misma accion
Os estorba la piedad...
¡Nunca Dios, en su bondad,
Os juzgue con tal crudeza;
Y cuando vuestra cabeza

Dobleis humilde ante él,
Recuerde que fuísteis fiel,
Y olvide tanta dureza! (*Váse por la izquierda.*)

ESCENA IV.

—

DOÑA SOL y BERNARDO. Vienen del jardin, cada uno por su lado, y se encuentran al llegar á la escena por el foro.

BERNARDO.

¡Pláceme hallaros!

SOL.

Tan bella
Estaba la noche pura,
Compitiendo en hermosura
Tanto fuego y tanta estrella,
Que sola al jardin bajé
Á gozar sus auras leves,
Y como momentos breves
En él las horas pasé.

BERNARDO.

Así, con empeño vano
Os buscaba mi porfía,
É impaciente recorria
El alcázar soberano...

SOL.

¡Cómo! ¿Me buscábais?

BERNARDO.

Sí.

¿Podeis extrañarlo vos?
Pues ¿á quién quereis, oh Dios,
Que busque Bernardo aquí?
En este recinto estrecho,
Do se ahoga mi palabra,
¿A quién quereis que yo abra
Los misterios de mi pecho?
¿Quién puede en él penetrar
Sinó vos, y quién su pena
En calma dulce y serena
Sinó vos puede tornar?

SOL.

Yo me complazco tambien
En veros... deuda y amiga...

BERNARDO.

¡Oh! que vuestro labio siga...
Mas no con ese desden!

SOL.

No hay desden en mi expresion,
Sinó afecto muy sincero.

BERNARDO.

Afecto, me decís... pero...
(¡Afecto... Y en mí pasion! —)
Escuchadme... Largos dias
Mi secreto devoré:
Largo tiempo le enterré

Bajo mis horas sombrías.
¿Quién era yo ¡desdichado!
Para alzar tanto mi vuelo,
Que osase tocar del cielo
Al alto sólio vedado?
Del monte un engendro impuro...
Que fieras solo domó,
Príncipe que coronó
Sin mérito el hado oscuro...
¡Oh! para elevar mi frente
A tan espléndida gloria
Me faltaba la victoria,
Con su diadema fulgente.
Ya la tengo... su esplendor
Me hace ya digno de mí...
¡Escuchadme, pues, aquí,
Ángel puro del Señor!—
Escuchadme... A vuestros ojos,
Que deslumbrado contemplo,
Teneis el mas triste ejemplo
Del amor y sus despojos.
Yo, que con audacia fiera
Su poder desafiaba,
Que sus esclavos burlaba
Con vanidad altanera:
Que viendo desde la orilla
De naufragios lleno el mar,
Me jactaba de llevar
Hasta el puerto mi barquilla;
Yo... bajo la comun ley

Miradme por fin postrado,
Y al niño traidor, vendado,
Proclamando dueño y rey.
Un momento me venció:
El alma soberbia y ruda,
De sus defensas desnuda,
A vuestras plantas cayó;
Y el que dejó la montaña,
De patrio amor impelido,
¡Ah! por otro amor rendido
Corrió luego á la campaña.
Lo confiesa mi rubor:
No era de España la suerte
Quien en los campos de muerte
Inspiraba mi valor.
Fué vuestro nombre la estrella
Que me condujo á la gloria:
Si conseguí la victoria,
Déboselo solo á ella.
Á vos, lábaro divino
De la mente arrebatada:
A vos que teneis fijada
La rueda de mi destino;
A vos, que cobarde huia
Cuando os miraba presente,
Y que apartado y ausente
En el corazon sentia!
Por rendirlo á vuestros piés
Tras de ese laurel corrí:
¡Oh! recibidlo de mí!

Recibidlo... vuestro es.
Y si no desdeña el alma
La ofrenda de quien la implora,
Débaos Bernardo, señora,
Más bella, más digna palma.

SOL.

Bernardo, de vuestro amor
La ofrenda pura y sincera
Es corona que excediera
Al mas alto resplandor.
Mas tened piedad de mí!...
Jóven, sencilla, inocente,
Me mirais... ¡Oh! ¡no mi frente
Querais encender aquí!
Como amiga, como hermana,
El alma ya os contempló:
Héroe tambien os llamó
Con admiracion ufana.
Cual defensor de la Cruz
A la lid habeis corrido;
Y mi mente os ha seguido,
Deslumbrada en vuestra luz.
Mas no querais empañar
Lo puro de vuestra gloria:
De España fué la victoria;
¡Dejadla sin rebajar!...
Y ved que si Doña Sol
Vuestra palabra ha escuchado,
Es porque habeis elevado
Al cielo el nombre español.

BERNARDO.

Yo os juro que le pondré
Tan alto, y digno, y brillante,
Que á una esfera se levante
Do ninguno llegue, á fé.
Yo os juro que aquesta espada,
Terror de la gente mora,
Que ya lució como aurora
De la libertad sagrada,
Raudo cometa, espantoso
Rayo que aturde y que quema,
Nuestra cristiana diadema
Llevará al Bétis un loso.
¿Qué no podrá mi valor,
De la montaña torrente,
Si en su ímpetu fiero, ingente,
Lo ilumina vuestro amor?
¡Oh! mostradme de esa gloria
Un lucero de esperanza,
Y pedidme cuanto alcanza
El poder de la victoria.
Responded á mi pasion,
Calmad mis ánsias crueles,
Y yo inundaré en laureles
El palacio de Leon.

SOL.

Bernardo, cuando nací
Sola en el mundo me hallé,
Sin mis Padres me crié,
Y sola me encuentro aquí.

Pero sobrina del Rey,
Que cuanto puede me amó,
Por Padre le tuve yo,
Y su querer fué mi ley.
Harto os he escuchado ya,
Y no sé si bien he hecho:
Ha sido culpa del pecho...
No me pesa, que hecho está.
Mas no consiente el deber
Que por más tiempo os atienda:
Desgarremos esta venda,
No vayamos á caer.
Nuevo en el palacio vos
No conoceis sus rigores:
Aquí pláticas de amores
Son peligrosas, por Dios.
Es la regia voluntad
La que todo en él ordena;
Y yo, de respeto llena,
Me humillo á su autoridad.
Y pues que el Rey os amó
Tanto, y pues que sois tan grande,
Mirad vos lo que el Rey mande,
Que eso, Bernardo, haré yo.

(Vase por la derecha. Momentos ántes ha aparecido Ordoño por el frente. Bernardo no le ve sinó despues de los primeros versos de la siguiente escena.)

ESCENA V.

—

ORDOÑO.—BERNARDO.

BERNARDO.

Lo mandará... lo mandará!.. Lo juro
Por la belleza que en sus ojos arde,
Por el amor que mis sentidos turba,
Por el nombre sagrado de mi Padre!...—
¡Vos, Ordoño, otra vez!... ¿Tambien ahora
Apareceis aquí para escucharme?

ORDOÑO.

Tambien os he escuchado. Vuestra suerte
De una y otra ilusion testigo me hace,
Para que rompa las espesas nubes,
Y la dura verdad siempre os declare.
Yo soy vuestro rival. Por largos años
Esas angustias que en el seno os laten
He conocido yo: por largos años
Veneno tan mortal llevo en mi sangre!
No sé si Doña Sol á mis ardores
Ha de corresponder: sé que su imágen
Grabada está en el pecho, y que es inútil
Pretenderla borrar sin desgarrarle.

BERNARDO.

Tengo yo espada, que lo hará.

ORDOÑO.

¡Bernardo!
Moderad de esa cólera el alarde.
No jactancioso de poder y gloria
Tan alto vuestro acento se levante:
Sois bravo, sí; pero tambien mi diestra
El hierro destructor manejar sabe.

BERNARDO.

Luego será.

ORDOÑO.

Tened... La vez primera
No es esta que os provoco, en otro instante
Os ha hablado mi voz, y ya tuvísteis
Harta paciencia en él para escucharme...

BERNARDO.

Tanta fué vuestra audacia en aquel punto,
Tan alto me juzgué, me ví tan grande,
Y tan pequeño á vos, tal de la patria
Sonaban el quejido y los desastres,
Que me pude imponer duro silencio,
Y al desprecio entregar vuestros desmanes.
Sobrino luego del Monarca, alzado
Al esplendor excelso de mi sangre,
El príncipe Bernardo no vengara
De Bernardo el del pueblo los ultrajes.
Nunca de ello os habló... Mas pues ahora
Vos mismo habeis querido recordarle
Vuestra nécia jactancia; pues que ahora

Su nobleza al leon le reprochásteis;
Sabed que la melena ya sacude,
Que ya su corazon se enciende y arde,
Y, el rujido de muerte en su garganta,
Sobre vos, infeliz, corre á lanzarse.

ORDOÑO.

Un momento tened... Ya las espadas
Con rudo choque incendiarán los aires:
Que el que allí señaló vuestra locura.
No esconderá su rostro en el combate.
Mas escuchad sin prisa. En vuestro seno
Este acero tambien clavar me place,
Que en mataros el alma me deleito,
Antes que el cuerpo con mi espada os mate.
Vencido ó vencedor, nunca la mano
De la Infanta aguardeis: nunca elevarse
Espere al régio trono, quien naciera,
Como nacísteis vos, de impura sangre.

BERNARDO.

¡Mientes, Ordoño, mientes!...

ORDOÑO.

De locura
Tu necio intento motejara enántes,
Cuando de la montaña descendido,
En sus nieblas velabas tu linaje...
Hora que España le conoce toda,
De locura mayor puedo acusarte.

BERNARDO.

No fué placer, fué pena, á mi nobleza
Descubrir de mi cuna los azares;

Que el valor que en el pecho se encendia
Bastaba ¡ vive Dios ! para elevarme.
¿ Piensas que soy cual tú ? ¿ Piensas que invoco
De cien abuelos la velada imágen ,
Para que el lustre que sus frentes orna
En mi desnuda frente se derrame ?
¡ Oh ! no... Su corazon basta á Bernardo :
Bástanle de su espada centellante ,
Terror del moro , de la España gloria ,
Las hazañas , los lauros inmortales.
Si grandes otros sois por vuestra herencia ,
Por sí , solo por sí , Bernardo es grande :
Hijo de la montaña ó del palacio ,
Mas que todos vosotros siempre vale.

ORDOÑO.

¡ Oh ! no me has comprendido... No mi labio
De tu incógnito orígen hace alarde ,
Ni te llama *villano*, cual un dia.
De villano pudieras elevarte :
Fueras honrado , en fin... Mas hoy , *bastardo* ,
Vil es tu condicion , vil es tu sangre.

BERNARDO.

¡ Horror ! ¡ horror y muerte !

ORDOÑO.

Ya la espada ,
Sedienta de matar, se agita y arde ,
Y á la venganza que mi voz principia
Sus destellos serán tristes fanales.
Sí, *bastardo* : el desprecio de la España
Sobre tu frente maldecida cae ,

Y si vencido espérate la tumba,
Vencedor te condeno á sus ultrajes.

BERNARDO.

¡Maldicion! ¡maldicion!... Venid, Ordoño:
¡Pedid al cielo que vuestra alma salve!

(*Se van precipitadamente por el jardin.*)

ESCENA VI.

—

El REY, que sale escuchando por la derecha.

Pensé escuchar... Fué engaño... Nada, nada...
La noche que se escapa silenciosa...
Aun del pueblo la turba, retirada,
Busca el sosiego ya, duerme y reposa.
Solo yo en el espíritu agitado
Verter no puedo la tranquila calma.
De mis pueblos esclavo coronado,
¿Quién, santa paz, te inspirará en el alma?
Hemos vencido, sí: del alto cielo
Nos sostuvo la mano prepotente:
Cubierto de cadáveres el suelo,
Huyó á sus muros la africana gente.
¿No volverán? El ancho Mediodía
¿No romperá otra vez la angosta valla,
Y sus hijos de inmensa nombradía
No lanzará otra vez á la batalla?...

Mucho puede la espada de Bernardo:
Mucho alcanza la fé que nos domina:
Mucho de un pueblo vencedor aguardo,
Si benigno el Señor su frente inclina...
¡Bernardo!... Yo no sé si mi entereza
Es pasion ó justicia: recelosa
Considera la mente su dureza...
¿Le debo perdonar?... ¡Duda horrorosa!
Tal vez... tienen razon... mezclar su llanto,
Abrazar á quien muerto se creia,
De la tumba romper el triste manto,
Tornar sus presas á la luz del dia...
Tal vez, tienen razon: á tanta gloria
Ningun otro placer quizá se iguala;
Y del mal padecido la memoria
Huye cual sombra, cual vapor se exhala...
Fuí duro con Saldaña, inexorable...
¡No conmigo el Señor así lo sea!
No su eterna justicia inescrutable,
Como ellos me miraron, yo la vea!
En el silencio de la noche oscura,
Solo, ante mi conciencia colocado.
¡Cuántas veces la infanda desventura
Con llanto de mis ojos he llorado!
Y hora, por fin, ¿qué hacer?—Doliente el pecho
Combaten mi piedad y mi decoro...
Cien pueblos diera por borrar lo hecho...
Mas deshacerlo ¡oh Dios!... tu auxilio imploro!
¡Duda que me consume y me anonada!
Que en vano agito y resolver aguardo!...

Querer y no querer... y al cabo... nada!
¡Desdichado de mí! ¡Cielos!... Bernardo...

ESCENA VII.

—

BERNARDO, muy agitado, sale con la espada en la mano. Al ver al Rey, la envaina.—El REY.

BERNARDO.

Os encuentro aquí, señor,
Y de encontraros me gozo...
Perdonad...

REY.

Mas ¿qué te agita?
¿Qué afan demuda tu rostro?
¿Porqué el acero en la mano?...
Aquí no se encuentra el moro...

BERNARDO.

Lo sé... El moro en las batallas
Combate con franco enojo;
En los palacios se hiere
Por detrás, como alevosos.

REY.

¡Bernardo!

BERNARDO.

De mis palabras
Dispensad el eco bronco:
Siempre á vuestras plantas regias
Súbdito y deudo me postro.

REY.

Pero, en fin...

BERNARDO.

Cuando los brazos
Me tendisteis cariñoso,
Cuando mi humildad alzasteis
Hasta las gradas del trono,
Y el ejército cristiano,
Grande, fuerte, noble, heróico,
Me confiábais, ¿pudo nunca,
Vuestra lealtad, Rey Alfonso,
A la injuria de un cobarde
Entregarme con desdoro?

REY.

¿Qué decís?

BERNARDO.

¡Perdon de nuevo!...
Sabeis vos, y saben todos
Que contento en mi llaneza,
Siendo mi cuna los troncos
De la montaña, arrullado
Por sus vendabales sordos,
La púrpura de los reyes
Humo, nada, era á mis ojos.
Vos me alzasteis: vuestro labio

Me dijo que cabe el solio
Naciera, de vuestra sangre
Vástago insigne y glorioso.
Yo os pregunté por mis Padres;
Y vos con solemne tono
Me ordenásteis el respeto
Hácia un misterio que ignoro.
Os obedecí. De entónces
Al rudo combate pronto,
Salvando vuestra corona
De los embates del moro,
Exaltando de la patria
El renombre esplendoroso,
Las vendas de ese misterio
Ni he levantado, ni he roto.
Mas esta noche... ¡Oh! la lengua
Se entorpece, y en mi rostro,
Que tal infamia azotara,
De rubor se enciende un horno...
¡No más necia confianza!...
No más culpable abandono!
Rásguese el misterio, y entre
La vista en sus senos hondos.
¿Quién soy yo? ¿Qué de mis padres
Cuenta el vulgo malicioso?
¿Qué secreto es el que miro,
En que me pierdo y me ahogo?
¿Porqué, si bajo el amparo
De vuestro potente trono
Nací, mecieron mi cuna

Las frescas auras de un soto?
¿Porqué cual padre á García
Me disteis, señor, vos propio,
Y cual villano nacido
Me mostraron á mis ojos?
¿Porqué un lustro y otro lustro,
En aquellos antros hoscos,
Compañero de los ciervos,
Rival de los fieros osos,
Escondido me dejasteis
A la sombra de los olmos?...
Decidlo, señor, decidlo:
No crudamente piadoso
Me negueis más una antorcha
A ese laberinto ignoto.
Saber quién soy necesito:
Saber si un villano tosco
Puede escupirme en la frente
Con tan infame sonrojo.
Fortaleza hay en mi pecho
Para el destino más torvo:
Grandeza el ánima tiene
Para verlo sin asombro;
Mas ¡vive Dios, que esta nube
Do me pierdo y me sofoco,
Si no la rompeis vos mismo...
A pesar de vos, la rompo!...

ESCENA VIII.

—

EL REY, BERNARDO.—Guardias y hombres del pueblo, que entran precipitadamente del jardin.

UNO.

Justicia, Señor, justicia!...
Han asesinado á Ordoño...

REY.

¡Bernardo!

BERNARDO.

Cual caballero
Mi espada le hundió en el polvo:
Y mil vidas que tuviese
Fueran de mi ardor despojos.

PUEBLO.

¡Fué Bernardo!

REY.

¿Y vuestra audacia
Ignoraba en sus enconos
Que para haceros justicia
Me puso Dios en el sólio?
¿Ignorábais que en seis lustros
Que el cetro de España gozo,
Sin distincion la dispenso,

A humildes y á poderosos?
¿Ignorábais que si osado
Pudo afrentaros su enojo,
A corregirle y penarle
Estaba aquí Don Alfonso?...
Grande es, Bernardo, la gloria
Que os circunda: grande, heróico,
Vuestro nombre: vuestros hechos
Vuelan por el mundo todo;
Mas si esto os ensoberbece
Para despreciar mi trono;
Si esto ha de ser en ultraje
De la justicia que invoco,
En agravio de mi pueblo,
De mis canas en desdoro;
Primero que tal consienta
Veréis que el cetro depongo.

BERNARDO.

Y ¡vive Dios! yo os repito,
Que si otro que vos... que si otro,
Cuando encendida la mente,
Brotando fuego mi rostro,
Vengo á denunciaros, yo,
La vil infamia de Ordoño...
Si de otro, digo, escuchara
Lo que con acento torvo
Me decís, no con palabras
Exhalárase mi encono,
Ni en respeto reverente
Pusiera á mi rabia coto.—

Le maté... De su osadía
Aun me enciendo y me abochorno,
Y si lo que él aquí dijo,
Fuera de vos, rey Alfonso.
Otro dijese, en mis brazos
Juro al cielo que le ahogo.

REY.

Basta!... Entre el Rey y el vasallo
Escándalo tal yo corto;
Que la corona de Asturias
No ha de arrastrarse en el lodo.
Salid luego de mi córte;
Salid de mi reino pronto:
Id á vivid con las fieras,
Pues que fiera sois vos propio.

BERNARDO.

En buen hora; con mi espada
Nada temo, nada imploro:
Si una patria me desdeña,
Otra patria así recobro.
Nada, oh Rey, os he debido;
Vos me lo debísteis todo...
Nada os reclamo... Otras gentes
Me darán asilo honroso,
Donde una palabra infame
No venga á azotarme el rostro,
Y do un Rey ingrato y duro
En mí no quiebre sus ódios...
Y ¡plegue á Dios que algun dia
En medio al estruendo ronco

De desastres y matanzas,
No volvais los tristes ojos
A Bernardo; que Bernardo
No los volverá á vosotros!

(*Váse por la izquierda.*)

(Durante esta escena y la siguiente se ha aumentado y sigue aumentándose la concurrencia del pueblo. Al final del acto debe ya ser numerosa.)

ESCENA IX.

—

LOS DE LA ANTERIOR, menos Bernardo. A poco un MENSAJERO.

REY.

¡Dura ley de mi destino!
¡Deber triste á que me postro!
¿Es quizá expiacion tremenda
De la desgracia que lloro?
Uno muere; el otro parte...
Cubre nublado espantoso
Nuestro horizonte, y en tanto
¡Pobre Rey, te quedas solo!...

MENSAJERO.

¡Plaza! ¡plaza!... A vuestros piés...

REY.

¡Oh Dios! ¿qué nuevas?

MENSAJERO

El moro
Vuelve á presentarse ufano:
Su ejército numeroso
Hácia el castillo de Luna
Se dirige... A sus enojos
Los pueblos de la frontera
Huyen con fatal asombro...
Horrible llama ilumina
El inmenso territorio,
Y gritos de espanto y muerte
Atruenan los aires sordos...
¡Salvadnos, oh Rey, salvadnos!

REY.

¡Así se conjura todo
En mi contra, y este cáliz
Debo apurarle con colmo!...
Tengamos fé.—Compañeros:
Si el triunfo insigne y heróico
Que en Santorcaz conseguísteis
No basta á nuestro reposo:
Si el Señor en su justicia
Aun truena severo y hosco,
Si aun es menester mas sangre,
Si aun es menester mas hondo
Sacrificio, si la patria
Aun pide mas de nosotros;
Empuñemos nuevamente
El acero victorioso,
Conquistemos estos lauros

Cual ya conquistamos otros,
O muramos como buenos,
Como españoles y godos.
Á las armas... ¡ Viva España !

TODOS.

Y viva el Rey Don Alfonso !

ACTO CUARTO.

En el castillo de Luna. Gran salon tosco, embovedado, con varias puertas. Una pequeña y fuerte, con gruesos cerrojos. Galería en el fondo, por donde es la entrada principal.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA SOL, EL CASTELLANO.

SOL.

Así, nada del combate
Sabemos...

CASTELLANO.

Nada, señora:
Que al ejército pagano
Embistieron nuestras tropas:

Que corre la sangre á rios:
Despues... lo que Dios disponga!

SOL.

¡Fiera, horrible incertidumbre!...
¡Oh! ¡qué bárbara congoja
Saber que en el campo lidian,
Y estar encerrada y sola!
¡Oh, quién me diera encontrarme
Allí, enmedio á la espantosa
Batalla, y la dura suerte
Conocerla por mí propia!
¡Pudiese animar al ménos
Las escuadras españolas:
Pudiese de sus heridos
Restañar la sangre heróica;
Y aun de la espantable muerte
Endulzar la saña torva!—
¡Mísera mujer! ¡tu nombre
Es debilidad, tus obras
Sufrimiento, tu destino
Largo llanto á todas horas!
Nada valemos... En vano
La llama en el pecho brota:
En vano el nombre de patria
Levanta la mente absorta;
El destino nos condena
A quietud tan vergonzosa,
Que ni aun por nosotras siendo,
Podemos nada nosotras.

CASTELLANO.

Pues si tan sentidas quejas
Al cielo elevais, señora,
¿Cuáles no dará el soldado
Que aquí su valor sofoca?
¡Vive Dios, que casi el alma
Lo mira como deshonra,
Y que, si al Rey obedezco,
Bien el corazon lo llora!
¡Vive Dios, que en doce lustros
Que ya mis hombros agovian,
Es ésta la vez primera
Que, oyendo sonar la trompa,
En la vaina detenida
Yace la cuchilla ociosa!
¡Vive Dios que Don Alfonso
No debió manchar mis glorias,
Encerrándome en murallas
Que ellas mismas se custodian!
Cuando se lidia en los campos,
Cuando tal vez la victoria
Va á pesar en su balanza
La suerte de España toda,
Para guardar un castillo
No son hombres de mi estofa.

SOL.

Mucho tiempo, sin embargo,
Pienso le guardais con honra,
Y más de una vez le hicisteis
Dique á la pujanza mora.

CASTELLANO.

Le hice, sí... Como los mares
Se quiebran en firme roca,
Y en vapores y en espumas
Se desvanecen sus ondas;
Así, al pié de estas murallas
Rompiéronse una trás otra
De los moros andaluces
Tres irrupciones furiosas.
Muchos años han pasado!...
Brillaba entonces la aurora
De Alfonso, y aquestas canas
Eran cabellera blonda...
Mas paréceme que escucho
La grita feroz y ronca;
Que miro el voraz incendio
De la batalla horrorosa;
Que aun corre hirviendo la sangre,
Y entre muertes y congojas
Siempre triunfante se eleva
La noble insignia española. —
¡Oh! pasaron ya, pasaron,
Aquellas fugaces horas,
En que, salvando á los nuestros,
Llevaba al cielo mi gloria...
¿Qué he sido despues?... ¡La suerte
Embargó mi espada heróica,
Y mísero carcelero
En estas negras mazmorras,

Me ciñó la edad cansada
Su no envidiable corona!...

SOL.

¡Qué es lo que dices? ¿Acaso?...

CASTELLANO.

No digo nada, señora...
Me quejo de mi destino,
Que así mis ánimos postra:
De la juventud me quejo,
Que vale tan poco ahora:
Me quejo, en fin, del Monarca,
Que en vida inútil y ociosa,
Este guerrero descuida
Cuando muchos no le sobran...
(¡Vive Dios, que en poco estuvo
Decir más de lo que importa!)

(Suena una corneta.)

SOL.

Escuchad... este sonido...

CASTELLANO.

¿Qué significa esa trompa?

ESCENA II.

—

LOS MISMOS, UN SOLDADO.

SOLDADO.

Del bosque inmediato un hombre
Saliendo, á la puerta toca.

Viene armado, pero solo:
De caballero blasona,
Y pide entrar.

CASTELLANO.

Haced luego
Que los cerrojos descorran:
Ábrase la puerta, y suelten
De la puente las maromas. —
¿Quién sabe si es del combate
Alguna nueva dichosa?

SOLDADO.

Viene de otro lado.

CASTELLANO.

En fin,
Éntre, pues que lo ambiciona...
Verémos lo que desea,
Y haré lo que corresponda.
(Váse el soldado.)
Si vos permitís... (*A Doña Sol.*)

SOL.

Ya os dejo... —
(Grabados en la memoria
Sus acentos van... Se llama
Carcelero, y de mazmorras
Habló... ¿Quién sabe ¡oh! quién sabe
Si bajo estas anchas losas
De Bernardo el Padre triste
Yace en sempiterna sombra!) (*Váse.*)

CASTELLANO.

Un guerrero, y no lidiando...
¡ Vive Dios, que tales cosas
Hoy se ven, que de mirarlas
El ánimo se sonroja!
Buena presencia... sepamos...

ESCENA III.

—

El CASTELLANO: BERNARDO, EL SOLDADO. Este le introduce, y se retira.

BERNARDO.

Dios guarde vuestra persona.

CASTELLANO.

Y él á vos.

BERNARDO.

¿El castellano
Sois de esta torre famosa?

CASTELLANO.

Seis lustros ha que la tengo
Por Don Alfonso, y con honra.

BERNARDO.

Lo sé: vuestros claros hechos
Por esos valles pregonan,

Y cual de soldado insigne
Se dilatan vuestras glorias.

CASTELLANO.

Merced por la cortesía!

BERNARDO.

¡Vive Dios, que no es lisonja!
Como vos, soy un soldado:
Cual esa, mi espada corta;
Y si no lo mereciérais,
No os celebrara mi boca.

CASTELLANO.

Mas en fin...

BERNARDO.

De la montaña,
Do sus estribos azota
La mar, tierra de valientes,
Que nunca la raza mora
Mancilló, á las fieras lides
El amor patrio me arroja.
Buscando de Don Alfonso
Las banderas victoriosas,
Perdido por esos valles,
Que jamás ántes de ahora
He pisado, en esta torre
Ví el faro de mi derrota.
Rendido está mi caballo...
Si consentís que reponga
Sus fuerzas, y si vos mismo
Le dais á mi marcha norma,
Presto, dejando estos muros,

Correré en pos de las tropas
Del Rey, á buscar con ellas
O la muerte ó la victoria.

CASTELLANO.

Como bueno habeis hablado;
Y por Dios que en mis congojas
Es un placer, cuando escucho
Palabras tan generosas...
Ved de partir sin tardanza.
Sabed, jóven, que á estas horas
Lidiando están los cristianos
Con los hijos de Mahoma:
Sabed que si presto, presto,
No volais á la horrorosa
Batalla, no tendréis parte
Ni en el llanto ni en la honra.

BERNARDO.

¿Qué me decís?

CASTELLANO.

De estos muros
Alfonso salió á la aurora.
El combate se ha empeñado:
La sangre corre espumosa...
¡Dichoso el que en lid tan santa
El nombre de Dios invoca;
É infeliz quien encerrado
Aquí su valor ahoga!...—
Voy á ver si vuestra alfana
Del cansancio se recobra,

Y al punto vendré á mostraros
El camino de la gloria.
(Aprieta con efusion la mano á Bernardo, y váse.)

ESCENA IV.

—

BERNARDO.

Sé por fin donde están... De la batalla
Casi el rumor á mis sentidos llega;
¡Y entre tanto mi espada victoriosa
Es rayo inerte que en mis manos queda!...
Mas ¿qué he de hacer?... De Ordoño los denuestos,
Del altivo Monarca la soberbia,
Hiriendo sin razon mi noble orgullo,
Condenaban mi frente á la vergüenza,
O á resistir su injuria me empeñaban.
De Bernardo la santa independencia,
El puro honor, como las nieves limpio
Que Pirene en sus ámbitos ostenta,
Es menester que grandes y que Reyes
A conocer y á respetar aprendan.
El fué quien me arrojó... Quizás ahora,
En los rudos peligros que le cercan,
Se acordará de mí: quizá su labio

Al que ultrajaba llamará con pena:
Quizá entre horrores, entre sangre y muertes.
Con puro gozo aparecer me viera...
Cálmate, oh corazon... ¡calma y reposo!—
¡Tristes memorias que la mente aquejan,
Presagios en un tiempo de ventura,
Y hoy fiero torcedor que la envenenan!...
¡Vírgen de mis ensueños celestiales!
¿Quién me dijera ¡ay Dios! quién me dijera
Que la esperanza de mi eterna dicha,
Sombra fugaz, hundiérase tan presta,
Y, capullo que hiela el cierzo frio,
Para luego morir, brotase apénas?
Pero ¿porqué abatirse?... Aun en el pecho
Mi noble corazon late con fuerza,
Y el limpio acero, vencedor del moro,
En la robusta mano centellea.
Esperemos, oh Sol... De tu palacio
Mi gloria insigne llamará á las puertas;
Y tan digno he de ser de merecerte,
Tanto me he de elevar hasta la esfera
Do vives tú, que el Rey, que pueblo, todos,
Con gozo universal mi dicha vean...
Pero, ¿qué es lo que miro?... (*Viendo á Doña Sol.*)

ESCENA V.

—

DOÑA SOL.—BERNARDO.

SOL.

¡Oh Dios!... ¡Bernardo!
¿Vos en este castillo?

BERNARDO.

Mi sorpresa
No es, Infanta, menor... ¿Cómo dejasteis
De la corte de Astúrias las almenas?

SOL.

Seguimos al Monarca. Más seguras,
En los dudosos trances de la guerra,
Que en una villa abandonada y sola,
Presumimos estar donde estuviera.
Pero vos...

BERNARDO.

Os encuentro: en este dia
Mi cruda suerte sus horrores templa,
Y un lucero de paz calma en los aires
El furioso huracan de mi tormenta.
¡Oh! ¡cuán léjos la mente presagiaba

Tanta felicidad! ¡Oh! ¡cómo ciega
Por campo de ilusiones se perdia,
Cubierto el rostro de tupida venda!
¡Os encuentro, por fin, del alma pura
Idolo celestial que me enajena;
Y á vuestros piés Bernardo prosternado
De placer inefable se embelesa!

SOL.

No es ocasion, Bernardo, de lisonjas.
Esas palabras de ternura llenas
Repudia el alma, cuando sangre y lloros
Corren dó quier, y donde quiera reinan.
No es ocasion de amor; éslo de gloria.
¿Sabeis que en esos llanos que nos cercan
Defiende Don Alfonso, de la patria,
En lucha desigual, la suerte incierta?
¿Sabeis que de sus grandes campeones
La infelice nacion exhausta y yerma
Se mira triste, y al favor del cielo,
Partido el corazon, tan solo apela?
Bernardo!... si escuchando sus gemidos
Vuestras entrañas de piedad no tiemblan;
Si escuchando este acento que os implora,
No es rayo vuestra espada á la proterva
Multitud del infiel, y del cristiano
No destrozais las hórridas cadenas...
Que jamás á mi vista desolada
Vuestros terribles ojos aparezcan,
Y que jamás palabras de dulzura
Osado el labio á dirigirme vuelva.

BERNARDO.

¡Doña Sol! Doña Sol!... ¿Sabeis vos misma
De mi destierro la veraz tragedia?
¿Los ultrajes de Ordoño y del Monarca,
Y su injusticia bárbara y crüenta?
¿Sabeis que cual villano y asesino
Del reino todo sin piedad me echan,
Cual pudieran echar un can rabioso,
O de los montes desmandada fiera?
¿Sabeis que esta palabra, sí, la misma,
Se permitió decir para mi ofensa,
Quien, no siendo su deudo y su vasallo,
A decirla otra vez jamás volviera?...
Pues bien, oh Sol!... Injurias tan odiosas
Mi mente enaltecida las desprecia,
Que es Bernardo muy grande en su destino
Para que herirle con ladridos puedan.
Yo fuera á combatir: yo los salvara.
Mas ¿no temeis que en su procaz soberbia,
Lo que en mi pecho es noble y generoso
A vil humillacion atribuyeran?
¿No temeis que si el triunfo los halaga,
Si el hado incierto su favor les muestra,
Vanos han de pensar que yo he podido
Invocar de su altura la clemencia?
Dejadlos, Sol, dejadlos, que la suerte
Dé á su jactancia la debida pena:
Dejad que lloren con amargo llanto
De mi destierro la injusticia acerba.
Siempre queda un escudo, si ellos caen:

Siempre Bernardo y la montaña quedan;
Y en sus riscos la suerte de la España
Invencible será, vivirá eterna.

SOL.

¡Ilusion de tu orgullo y tu bravura!
Triste ilusion, que á llanto nos condena,
Y que pierde la patria desdichada!
Nadie mas eminente tu grandeza
Considera que yo: nadie mas alto
El puesto vé dó tu valor te eleva.
Mas por mucho que encumbres tu destino,
Un hombre eres no más: el sello llevas
De nuestro sér, é inútil quedarías
Cuando en lid desigual único fueras.
Hora combate España: tú de España
Puedes el héroe ser en la contienda:
Y á su frente, ensalzándote á la gloria,
Salvarla de los males que la cercan.
Mas si España sucumbe; si esos bravos
Que así contrastan la fortuna adversa,
Heridos en la lucha desparecen:
Si en viudez y orfandad la patria dejan,
¿Dónde hallarás, Bernardo, otros guerreros,
Que así te sigan, á la santa empresa?—
¡Oh! de una mujer débil el conjuro
Escucha con piedad; y si su pena,
Si el llanto ardiente que sus ojos brotan
Al corazon empedernido llegan,
No les niegues, Bernardo, como gracia,
Cuanto de ese valor gimiendo esperan!...

Corre, corre á la lid... yo te lo ruego...
¡Lo que la España no, mi amor te deba!

BERNARDO.

¡Tu amor, dices, tu amor!... Esa palabra
Vence mis dudas, y mi ardor despierta,
Y cual rayo del cielo desprendido,
Lumbre, incendios y estragos do quier lleva.
¡Tu amor!... tú lo dijiste... lo que nunca
En sueños de placer el alma oyera,
De tus labios, oh Sol, muda y absorta,
Lo escucha en fin, y de ventura tiembla.
¡Otra vez por piedad!...

SOL. (*Tendiéndole la mano.*)

Parte, oh Bernardo!...
En su curso fugaz las horas vuelan...
Lo que allí á tu valor debiere Asturias,
Feliz mi pecho si á pagarlo acierta!
Corre, vence: la huérfana infelice
De coronas espléndidos no es dueña;
Mas si un alma te basta en tu victoria,
La suya te dará por recompensa...

UNA VOZ.

¡Ay de mí! (*Suena detrás de la puerta cerrada.*)

BERNARDO.

¿No escuchaste?

SOL.

Parecía
Lúgubre acento de doliente pena.

LA VOZ

¡Ay mísero de mi!

BERNARDO.

No, no es engaño...
Lo he distinguido bien... tras de esa puerta...

SOL.

Si es, gran Dios, lo que temo!

BERNARDO.

Calla... calla!...

LA VOZ.

¡Ay mísero de mí!

BERNARDO.

De tanta queja
Hallemos el motivo... (*Forcejeando sobre la puerta.*)

SOL.

Mas, Bernardo...
La lid, eterno Dios!... la lid apremia...
¡Me lo habeis ofrecido!

BERNARDO. (*Sacando la daga para abrir.*)

Un solo instante!...
Contemplemos no más lo que se encierra
Tras de tantos cerrojos; y á la gloria,
No lo dudeis, oh Sol, mi espada vuela... (*Abre.*)
Se abrió... ¡Cielos! ¿qué miro?... Es un anciano...
¡Espantosa prision! ¡morada horrenda!

SOL.

(Oh! no hay duda... ¡infeliz! ¡destino impío!
¡Ante su vista el corazon se hiela!)

ESCENA VI.

—

BERNARDO, que ha entrado en la prision, saca al CONDE DE SALDAÑA, sostenido en sus brazos; DOÑA SOL.

BERNARDO.

Venid, venid, Señor... Que vuestro rostro
Enjugue de los cielos el ambiente... (*Lo sienta.*)
Aquí podeis sentaros... ¡ Que en las venas
Vuestra encendida sangre se refresque!...

CONDE.

Gracias! ¡eternas gracias, hijo mio!
¡Y á tí, Dios de los buenos, que consientes
Dejarme respirar las auras puras,
Antes que el corazon fallezca inerte:
¡Gracias! gracias sin fin! (*Se desmaya.*)

BERNARDO.

¡Cielos! ¿qué miro?
¡Habeis, Infanta, visto de su frente
Arrancada la luz?... ¡Cruda barbarie!
¡Horrorosa impiedad que me estremece!

SOL.

¡Oh, Bernardo! Bernardo!... ¡desdichado!

BERNARDO.

Si ha sido criminal. diéranle muerte!...

Mas arrancar los ojos á un anciano
Es infame baldon para sus jueces...
¿Vos llorais?

SOL.

¡Tengo el alma desgarrada!
De ese anciano infeliz lloro la suerte,
Y de la patria los acerbos males,
Que á cada instante sin piedad acrecen...
Bernardo, esa entereza prodigiosa,
Asombro y gloria de la hispana gente,
Ese valor que os alza hasta los cielos,
Hoy cual nunca jamás debeis tenerle.

BERNARDO.

No os comprendo, señora... (*El Conde vuelve en sí.*)

SOL.

El desdichado
Parece en fin que á sus sentidos vuelve:
Si es cierto lo que el alma me predice,
Sostenedlos, gran Dios, y sostenedme!

CONDE.

¿Qué escuchan mis oidos? ¿Qué palabras
Dulces cual la virtud, á herirlos vienen?
Señora, perdonad si un pobre ciego...

SOL.

¡No, por Dios! no, por Dios! (*Impidiéndole que se levante.*)

CONDE.

¡Santo y clemente
Bendígale mi labio, que este dia
Consuelo tal en mi destino vierte!

BERNARDO.

Mas decidnos, en fin...

SOL.

¡Cielos! Bernardo!

CONDE.

¿Bernarno pronunciais? ¿Bernardo?... ¿Es este
Vuestro nombre?... Mi pecho dolorido
Mas crudo afan al escucharlo siente...

BERNARDO.

Sí, Bernardo me dicen. Por do quiera
Es conocido un nombre que protege
Benigno el cielo; que al cristiano afirma,
Y en su poder al árabe estremece.

CONDE.

Bernardo era tambien — ¡ha cinco lustros! —
El nombre de un lucero refulgente,
Que cual prenda de gloria y de ventura
Vino á enjugar mis lágrimas crueles.
¡Quién me dijera en tan feliz momento
¡Ay! que nunca jamás tornara á verle!
¡Bernardo! ¡hijo del alma!

BERNARDO.

Cinco lustros
Son tambien de mi vida el plazo breve;
Y del paterno amor, don de los cielos,
Nunca la bendicion sentí en mi frente...

CONDE.

¿Quién sois? quién sois? decid...

BERNARDO.

¿Lo sé, por dicha?

Oscura nube mi destino envuelve:
Misterios de dolor y de vergüenza,
Que el alma agobian, y que el rostro encienden.
En la tumba descansan ya mis Padres:
Que sus tumbas al ménos se respeten!
El conde de Saldaña...

SOL.

¡Desgraciado!

CONDE.

¡Hijo del corazon!... ¡Cielos! valedme... (*Le abraza.*)

BERNARDO.

¿Qué escucho? ¡Vos mi Padre!

CONDE.

Sí, Bernardo...
Tu Padre, el Conde, que abrazado tienes...

SOL.

Por muerto le juzgabas... ¡infelice!
Es el sepulcro que su presa vuelve...

BERNARDO.

¡Yo sueño, eterno Dios!... Sueño... deliro...
Va á reventar la enardecida frente...
¡Vos mi Padre! ¡mi Padre!... ¿soy acaso
Juguete vil de caprichosa suerte?
¿Vivís? ¿vivís? ¿vivís?... Dejad que os toque
Con mis manos, Señor, mil y mil veces.

CONDE.

¡Gracias! ¡gracias, mi Dios! ¡gracias cumplidas!
A tu seno eternal llamarme puedes...
He escuchado su voz: contra mi pecho
He sentido latir su pecho fuerte.

Cinco lustros de tumba en tal instante
Su redencion y su consuelo tienen...
Una pregunta solo... ¿Qué, hijo mio,
Ha sido de tu Madre?

BERNARDO.

No se atreve
El labio á responder. De torpe engaño
Víctima triste el corazon doliente,
A los dos os juzgaba en el sepulcro.
¿Quién sabe si tambien?... Todo lo puede
El alma sospechar, cuando un Monarca —
¡Villana condicion!—engaña y miente.

SOL.

No, Bernardo: no, Conde: vuestra Esposa,
Roto el lazo terreno, á la celeste
Morada se elevó, do sus virtudes
La gloria del Señor eterna premie.

CONDE.

¡Feliz ella tambien!... Alma dichosa
Que del martirio la corona obtienes:
Que en piélago de amores infinitos
A este valle de horror la vista vuelves...
Escucha de tu esposo la plegaria:
Consíguele valor para que lleve
Tan contrarios afectos, como pudo
Por largos años conllevar la muerte.
Y al hijo del amor que te presento,
Tambien tu amparo poderoso tiende,
Para que, digno de su noble cuna,
El nombre de los dos honre y sustente...

No te apartes, Bernardo... de mi seno,
Hijo del corazon, nunca te alejes!...
Quizá por poco tiempo nos es dado
Tal ventura gozar...

BERNARDO.

Mas concededme,
Amado Padre, que la infanda historia
De vuestros labios oiga reverente.
¿Cómo os encuentro aquí? ¿Cómo, malvados,
En esa tumba sin piedad os tienen?

CONDE.

¡Mi historia!... ¿Qué es mi historia? Es una aurora
Que en borrascosa noche se convierte:
Un momento de dicha, y largos años
De martirio sin fin, que el pecho hienden...
Era noble... era bravo, en las batallas
Comenzaba á coger frescos laureles:
La fortuna do quier me sonreia:
El amor me brindaba sus placeres.
A Jimena adoré: su tierno pecho
Se rindió á mi pasion: pura, inocente,
Me amó cual yo la amaba; y tú, Bernardo,
De nuestro mútuo amor la prenda eres.
Hasta entónces misterio impenetrable
Nuestro cariño oscureció en sus pliegues,
Descubierto por tí, fué necesario
Al terrible Monarca someterse.
A sus piés nos echamos: nuestro lloro
Pareció que ablandaba sus desdenes:
Promesa de perdon su labio dijo;

Promesa que aceptamos reverentes,
Y que vino á verter en nuestras almas
De inefable placer puro deleite.—
Un solo instante fué. De la frontera
Me nombra capitan, y me previene
Que venga á este castillo, y que una carta,
Al que mandaba en él, cerrada entregue.
Era mi amigo... En cien y cien combates
Unidos arrostráramos la muerte...
Era un bravo soldado, á quien la España
Horas de gloria y de ventura debe...
Él me enseñó la carta: él en mis brazos
Largo tiempo lloró; mas obediente
Cumplió el precepto que escribiera Alfonso,
Y vista y libertad perdí por siempre!...

BERNARDO.

¡Horror y maldicion! ¡atroz perfidia,
Que llore el alma, y que mi brazo vengue!

CONDE.

Nada hay mas en mi historia: la desgracia
El vigor abatió del pecho fuerte;
Y en vez de luenga y rubia cabellera,
Blancas sedas y escasas dió á mis sienes.
Cinco lustros pasaron... De la tumba
Soy vaga aparicion que se desprende...
Tú, solo tú, Bernardo, eres el lazo
Que me llama á vivir... Si tú no fueses,
Alma de mi Jimena! ¡oh! cuál tardara
El instante feliz que á tí me lleve!

BERNARDO.

¡Horror y maldicion! Y entre sus brazos
Quiso halagarme con nefandas redes;
Y de su frente, que amistad mentia,
Vuestra sangre, señor, cayó en mi frente!
¡Oh cólera! ¡oh baldon!... ¡Y era Bernardo
Quien venciendo á los árabes ginetes,
Allá de Santorcaz en las llanuras,
Su corona agobiaba de laureles!
¡Era mi brazo el que se armaba ahora,
En este mismo instante, á sostenerle;
Y el olvido de bárbaras injurias,
Fementido pagaba de esa suerte!
«Ya no existen tus Padres—me decia:
»Tu nacimiento investigar no debes...»
¡Y mi Padre espiraba en una tumba,
De su infanda crueldad pobre juguete!...
Vos tambien, Doña Sol; vos, en su amparo
Invocábais mi acero refulgente...
Vos, tan buena, tan pura... por salvarle
¿En la tremenda lid quisiérais verme?
¡No!... De los cielos el castigo horrible
Sobre su frágil trono se desprende:
De la furia que arrolla sus pendones
Bernardo no será quien le liberte...
Mi maldicion, vencido, le acompaña;
Mi venganza verá si acaso vence.

SOL.

Yo lloro de la patria los desastres...
Combatido en tan míseros vaivenes

Se parte el corazon, que donde quiera
De esperanza y de amor objetos tiene.
Inútil es, Bernardo, que yo os diga
Si lágrimas de horror el alma vierte
Del Conde ante la faz, si con mi sangre
Animara la suya que fallece.
Mas contemplo tambien de nuestra España
La que le espera dolorosa suerte:
Que solo tu valor defenderia;
Que perdida sin tí sucumbe y muere,

CONDE.

¡Oh! ¿qué es lo que decís?

SOL.

Junto á esos muros
El destino de Asturias se resuelve...
Hora mismo, hora mismo, del combate
Va á decidirse el éxito. A mis preces
Cediendo en fin Bernardo...

BERNARDO.

¡Oh! nunca! nunca!—
¿Qué me importan su triunfo ó sus reveses?
¿Tengo yo acaso patria? Á vuestra España,
Decid, decid... el corazon ¿qué debe?
Al Rey, denuestos y crueldad horrenda:
A los grandes, envidias y desdenes:
Al pueblo, nada; nada... que callando,
Injuriarme los mire, y que los deje.
¿Qué me importan su triunfo ó sus desastres?
Aquí solo mi patria se contiene,

En esta tumba... ¡ Moros y asturianos
Todos iguales á mis ojos vense!

CONDE.

Bernardo, de ese ardor que te enagena
Complacido mi pecho se estremece;
Y dulces tus palabras á mi oido,
Prendas son de cariño reverente.
Mas escucha de un padre los acentos...
Que su prudencia tu bravura enfrene:
Que su razon á tu pasion presida:
Que su perdon en tu dolor refleje.
Nunca así de la patria en nuestro labio
Se escuche maldecir: nunca su frente
Condenemos á dura servidumbre
Por rencores que ciegos nos aquejen.
La patria ántes que todo: de la patria
Ningun buen español vengarse puede:
Contra ello no hay razon; de todos madre,
A todos en su seno nos comprende.
Defenderla, salvarla es nuestra gloria...
Yo mismo, yo, que en horrorosa muerte
Cinco lustros arrastro de existencia;
Yo que tanto sufrí, del hierro ardiente
A poderla intentar mi brazo armara;
Y los gloriosos triunfos que otras veces
Cual ofrenda he rendido en sus altares,
Bernardo, ¡ vive Dios, que hoy los rindiese!

SOL.

¡ Oh virtud sin igual!

BERNARDO.

¡Padre!... ¿Vos mismo?...

CONDE.

Sí, Bernardo, yo propio... Defenderte
Tócame á mí de la pasion impura
Que amancille tu nombre refulgente.
Tócame á mí enseñarte de la gloria
La noble senda que á su templo asciende,
Y mostrar á los siglos venideros
Cuán injusta y cruel fué nuestra suerte.
De oscuro porvenir la espesa niebla
A mis ojos se rasga y desparece;
Tu destino contemplo, y en sus glorias
Ventura sin igual el alma siente.
A combatir, Bernardo!... de Saldaña
A coronar de espléndidos laureles
El claro nombre, y que á los cielos suba,
Dó ningun otro nombre jamás llegue.

BERNARDO.

¿Qué me mandais, Señor?

CONDE.

El pobre anciano
A mandarlo, Bernardo, no se atreve...
Pero lo osa pedir, y de rodillas. (*Quiere arrodillarse.*)

BERNARDO.

¡Basta, basta... no más!... Fiera rugiente
Desatais de la bárbara cadena:
Volcan soltais que en las entrañas hierve
De monte mugidor, lanzando al cielo
De su espumosa lava los torrentes.

Voy á lidiar... Cercanos al castillo
Aguárdanme mis bravos montañeses:
Conmigo correrán á la batalla,
Y postrarán del árabe las huestes...
Pero vos entretanto...

CONDE.

Yo, entre tanto,
Al cielo invocaré que te proteje;
Y la mente, siguiéndote á la gloria,
Por do quier volará donde tú fueres.

SOL.

Yo á su lado me quedo. ¡ De Saldaña
Juro á los cielos compartir la suerte...
No salir del castillo, si él no sale:
No volver á la córte, si él no vuelve!...

BERNARDO.

Padre, ¡ tu bendicion! (*Se arrodilla.*)

CONDE.

¡ Marcha, hijo mio!
El ángel del Señor tus pasos lleve;
Cual recibes la nuestra, así, Bernardo,
Su santa bendicion caiga en tu frente!

BERNARDO.

Adios, Señor... Adios...

CONDE.

¡ Hijo del alma!

BERNARDO.

¡ Esperanza y valor! (*Váse.*)

SOL.

¡ Dios! protegedle!

ESCENA VII.

—

EL CONDE y DOÑA SOL.

CONDE.

Y vos, señora, que piadoso el pecho
Así tendeis al infeliz anciano;
Que en esta cárcel derramais benigna
El bálsamo feliz de vuestro llanto,
Permitidme ofrecer á tantos dones
De pura gratitud copioso lauro,
Unico resto de la antigua suerte
Que en mi acerbo infortunio me dejaron.
Bendígaos el Señor cual yo os bendigo...
Y hacedme el bien de encaminar mis pasos
Do recline la lánguida cabeza,
Que tanta conmocion ha fatigado...
Necesito reposo: necesito
Con la mente seguir á mi Bernardo;
Orar al justo cielo, y de Jimena
Invocar el auxilio para entrambos.

SOL.

Venid, Señor... Sobre mis flacos hombros
Vuestras manos poned... así... apoyaos!...

Tan noble y santo y plácido servicio,
Como en esta ocasion, nunca prestaron.
(Conduce al Conde á su prision. Vuelve á salir, y cierra.)
Cerremos esta puerta. — ¡ Dios piadoso !
Gracias sin cuento á tu poder consagro !
Prenda de tu piedad es tanta dicha...
¡ Complétese, gran Dios, y nos salvamos !

ESCENA VIII.

—

LA DUEÑA, que entra precipitadamente.—DOÑA SOL.

DUEÑA.

¡ Señora ! ¡ Oh qué desgracia ! ¡ Oh qué infortunio !
Vencido Don Alfonso, derrotado
Nuestro ejército, corre á guarecerse
De este castillo en el estrecho espacio.

SOL.

¡ Santo Dios ! ¿ qué decís ?

DUEÑA.

De las almenas
Todo el desastre de mirar acabo...
Las bandas españolas que sucumben...
El ejército moro, que llevando
La destruccion, la muerte por do quiera,
Casi envuelto con ellas cubre el campo.

Primero, retirábanse en buen órden:
Luego rotos, dispersos... todo espanto
Y luto y horror es. El Rey Alfonso
De su noble caballo derribado,
A punto de morir...

SOL.

¡Vírgen del cielo!
¿Pereció? ¿pereció?

DUEÑA.

Solo un milagro
Le ha podido guardar... Un caballero,
Cubierto el rostro del bruñido casco,
Lanzándose á los mil que le cercaban,
Con cien prodigios consiguió salvarlo...
¡Ah! miradle... miradle...

SOL.

¡Dios eterno!

ESCENA IX.

—

LAS MISMAS.—EL REY, EL OBISPO, EL ALCAIDE, un tropel de JEFES y SOLDADOS, cubiertos de polvo.

REY.

Nada, no ha sido nada... Bueno y salvo
Me encuentro yo... La patria es la que hundida
Por siempre queda en el combate aciago!...

Ella es la que cayó para no alzarse...
Su sangre la que riega el triste campo!...

SOL.

¡Señor!

REY.

¿Porqué á la muerte me arrancasteis?
¿Do mejor la ganara, cual soldado
Y cual Rey, que cayendo como bueno,
Dó mis antiguos triunfos se eclipsaron?
Cuando sucumbe España, allí debia
Su Monarca morir...

OBISPO.

Señor, guardaos
Para vengarla... En tan atroz conflicto
Bastantes son los males que lloramos.
Mientras vos existais, existe España!...

REY.

Pero ¿quién me salvó?... Yo un esforzado
Guerrero ví, que de los cielos era
En tormenta de horror fulmíneo rayo.
Rota la espada, en el revuelto polvo
Cayendo bajo el pié de los caballos,
Sin duda iba á morir, si de el peligro
No me sacara su potente brazo.
¿Fué Ramiro quizá?

OBISPO.

No, que Ramiro
Aun lidia entre los restos desbandados...
Él salió del castillo, y parecia
Un ángel del Señor para salvaros.

CASTELLANO.

¿Del castillo, decís?

SOL.

¡Cielos!

CASTELLANO.

Entonces...

REY.

¿Quién pudo entonces ser?

SOL.

Señor, Bernardo!...
Bernardo, que al combate se arrojaba...
Muy tarde ¡santo Dios! para ayudarnos,
Mas de salvar á tiempo vuestra vida.
Yo le ví, yo le hablé...

REY.

Justos y santos,
Eterno Dios, se muestran tus designios!
Yo en humildad sincera los acato.—
¡Amigos, compañeros! este dia
Es de luto y dolor... En signo infausto,
De la espléndida cumbre dó nos puso
Dios nos arroja con potente mano.
A sufrir la borrasca cual valientes...
A recoger los míseros soldados,
Que aun vagan esparcidos por el valle:
En este antiguo fuerte á resguardarlos...
En sus muros respiro saludable
Podemos encontrar; y mientras tanto
Que nuestro corazon la vida anime,
En el Dios esperemos de Pelayo.

ACTO QUINTO.

La misma decoracion del acto cuarto. Al principiar el acto comienza á amanecer.

ESCENA PRIMERA.

RAMIRO, sentado en un banco; EL CASTELLANO, que entra por el fondo.—Está aun algo oscuro.

RAMIRO. (*Levantándose.*)

¿Quién vá?

CASTELLANO.

De la fortaleza

El alcaide... ¿Y vos?

RAMIRO.

Ramiro...

Guardia del Rey.

CASTELLANO.

De encontraros
Me place en aqueste sitio.

RAMIRO.

¿Me buscábais?

CASTELLANO.

Os buscaba.

RAMIRO.

Por ventura ¿ha sucedido
Algo nuevo?

CASTELLANO.

Nada: el muro
Vengo de correr yo mismo,
Y todo yace en reposo
En las lindes del castillo.

RAMIRO.

¿Y allá fuera?...

CASTELLANO.

De la aurora
A la luz, los enemigos
He observado: el campamento
Descansa mudo y tranquilo...
Tal silencio no me agrada.

RAMIRO.

Pues ¿qué predecís?

CASTELLANO.

Predigo
Desastres. Mas turbulentos
Los hubiera yo querido.
El órden en los contrarios

Es mal presagio, por Cristo!
Que el órden es disciplina;
La disciplina es peligro.

RAMIRO.

¿Y los nuestros?...

CASTELLANO.

Mucho temo...
Flacos, débiles, caidos,
Están jefes y soldados.
Si en este duro conflicto
Desesperan, de la España
Se hundió por siempre el destino.

RAMIRO.

¿Vos lo observásteis?

CASTELLANO.

Yo propio.
Toda la noche he corrido
La plaza, do quiera hablando
Con la tropa y los caudillos.
Sabed, capitan, que pocos
Se hallan cual vos decididos
A lidiar hasta la muerte:
Que el mayor número tibios
Y dudosos son; y que otros
Están del todo rendidos.
Que el Rey lo sepa conviene:
Por eso vengo á decirlo...

RAMIRO.

En verdad, fué la batalla
Tremenda... Todos cumplimos

Nuestro deber como buenos,
Y arrostramos el conflicto
Hasta morir... Mas la vida
Que ántes supiera infundirnos
Bernardo, la confianza
Que de su ardor aprendimos,
Aquel fogoso entusiasmo,
Aquel ufano delirio,
Que de su mente á la nuestra,
Cual incendio puro y vivo,
Comunicaba, eso, Alcaide,
Faltó ayer á nuestro brío.
Cumplimos nuestros deberes,
Pero milagros no hicimos
Como en Santorcaz, milagros
Para salvarnos precisos.—
En fin, el cielo disponga
Lo que plegue á sus designios;
Que los buenos españoles
Muriendo habrémos cumplido.

CASTELLANO.

Lo sé de vos. Nunca el pecho
Se engañó en sus vaticinios,
Y que érais noble y honrado
Desde que os miré, me dijo... —
¿Pero... el Rey?...

RAMIRO.

Ha largo rato
Que entró en su estancia el Obispo.

CASTELLANO.

¿Afligido está?...

RAMIRO.

Su frente
Mal encubre el dolor vivo
Que le aqueja: de su llanto
Hondas señales he visto.

CASTELLANO.

¡Tiene razon!

RAMIRO.

Desde el cielo
Hoy le arroja en el abismo
El hado injusto: con sangre
Se empaña el glorioso brillo
De su diadema; y el pueblo,
Que de la victoria al grito
Le saludó, sus aplausos
Trueca, infeliz, en gemidos...

CASTELLANO.

Alguien viene...

RAMIRO.

Es Veremundo,
Un valeroso caudillo.

CASTELLANO.

¿Estáis cierto?... Yo dijera...

ESCENA II.

—

VEREMUNDO.—LOS DICHOS.

VEREMUNDO.

Dios os conserve, Ramiro.

RAMIRO.

Y él á vos.

VEREMUNDO.

¡Salud, Alcaide!...
Huélgame el veros reunidos.
Antes de hablar al Monarca
Hablar con vos necesito.

RAMIRO.

¿Al Monarca?

VEREMUNDO.

Á Don Alfonso.
En el tremendo conflicto
Que nos cerca, mil valientes,
De la España nobles hijos,
Hasta los piés de su trono
Sus acentos afligidos
Quieren elevar... Mi labio
A interpretarlos resigno.

RAMIRO.

¿Y qué pedís?

VEREMUNDO.

Es ya inútil
La resistencia. Vencidos
Como ayer en esos llanos
Por tal huracan nos vimos,
No ilusos nos empeñemos
En prolongar el martirio
De la patria, hasta llevarla
Al fondo del precipicio.
Guardarla es lo que queremos:
Reservarla á otros benignos
Tiempos, en que Dios piadoso
Nos acuda mas propicio.
Ya el honor hemos salvado.
Triunfantes primero fuimos,
Y pudo admirar el orbe
De nuestras armas el brillo.
Somos pocos. Junto al moro,
Flaco, débil, reducido
Es nuestro pueblo. Empeñarse
En lidiar, es extinguirlo:
Es de nuestra pobre España
Ahogar por siempre el destino.
La paz del Rey reclamamos.

RAMIRO.

Y así, con acento indigno,
En este trance de muerte,
¡Muerte le daréis vos mismo!

Flacos, débiles, vosotros
Sois no mas, los que rendidos
Por el desastre de un dia,
Despedazais el invicto
Blason, y á la triste Asturias
Arrojais en un abismo.
Veremundo, dó se lidia,
Dó de las armas el limpio
Fulgor arde, dó la sangre
Corre por el suelo tinto,
La fortuna y la desgracia
Se siguen con raudo giro.—
¡Que es pequeño nuestro Estado!—
No era mayor imagino
Cuando con aliento heróico
Las espadas nos ceñimos.
¿No recordais, Veremundo,
Pues os miré en aquel sitio,
Lo que al responder al moro
Al Rey Alfonso dijimos?
¿No recordais que la guerra
Fué allí de todos el grito,
Y la victoria ó la muerte
Juramos enardecidos?
Pues triunfemos ó muramos...
Muramos, pues no vencimos.
Más injurias, más venganzas
Dejemos á nuestros hijos.
Y al que otra cosa intentare
En el duro compromiso

Dó estamos, juro á los cielos
Que de traidor lo apellido.

VEREMUNDO.

A quien tal diga, mi espada...
¡Vive Dios!

RAMIRO.

Lo dicho, dicho. (*Empuñan los dos.*)

CASTELLANO.

¿Qué haceis? Tened los aceros...

VEREMUNDO.

Quitad...

RAMIRO.

Quitad vos...

CASTELLANO.

¡Ramiro!

VEREMUNDO.

Ha de morir quien me insulta...

RAMIRO.

¡Vereis si al traidor castigo!...

ESCENA III.

—

EL REY, EL OBISPO: salen por la derecha.—Los DE LA ANTERIOR.

REY.

¡Cómo! ¿Quereis batallar
Vos y vos?... ¡Riñendo aquí!

Si gastais la vida así,
¿Quién al moro ha de lidiar?
Y vive Dios, caballeros,
Que es desdoro de la ley
Ante la estancia del Rey
Sacar los limpios aceros...
Nada teneis que decir,
Que nada quiero saber...
Que no vuelva á suceder,
Si los dos quereis vivir.—
Alcaide, tengo que hablaros.
Vos despejad. (*A Ramiro y Veremundo.*)

VEREMUNDO.

Un favor
Os demando aquí, Señor...
Escuchad...

REY.

Ya haré llamaros.

VEREMUNDO.

Urgente súplica es
La que elevo á Vuestra Alteza:
Conceded á mi nobleza...

REY.

Os he dicho que despues.
(*Se van Ramiro y Veremundo.*)
¿Mi precepto habeis cumplido?... (*Al Alcaide.*)

CASTELLANO.

Como mandásteis, Señor:—
En un completo estupor
El Conde nada ha sentido.

Pero el mejor aposento
Del castillo ocupa ya...

REY.

Ved cuando despierto está,
Y decídmelo al momento. (*Se vá el Castellano.*)

ESCENA IV.

—

EL REY. EL OBISPO.

REY.

Me habeis vencido. Mi saña
Va á terminar este dia:
Cese en fin en su agonía
Sancho, el conde de Saldaña.
Ora debamos morir,
Y ofrecernos al Señor,
O milagros de valor
Nos dén vencer y vivir;
El alma no puede ya
Soportar tan duro peso:
Me abrumaba, lo confieso...
Libre el pecho quedará.
Yo mismo, yo, le veré:
Yo deploraré sus males...
De mis sentencias fatales

El perdon le pediré;
Que no quiero, por mi vida,
Que en el Reino que perdí
Pueda quejarse de mí
Ninguna persona herida...
¿Estais contento?

OBISPO.

Señor...
Dejadme besar las huellas
Que pisais... de las estrellas
Empañais el resplandor.

REY.

De lisonjas no es momento:
En trance tan duro y fuerte,
Al igual de nuestra suerte
Alcemos el pensamiento.
A Carlos tambien ahora
Pidiendo auxilio escribí...
Veis que en todo os complací.

OBISPO.

¡No esperáseis á tal hora!

REY.

¡Oh! es horroroso baldon
Apelar al extranjero:
Mientras lidiaba el acero
Esquivé la humillacion.
Mas si España ha de morir,
Si la suerte escribió impía
Que al Norte ó al Mediodía
Deban sus hijos servir;

Asegúrese á lo ménos
De su Iglesia la fé pura,
Y en acerba desventura
No muramos sarracenos.
Lejos es cierto que está
El potente Emperador;
Pero sinó salvador,
Vengador nuestro será.

OBISPO.

Mas entre tanto...

REY.

Entre tanto,
Lidiar como se pudiere;
Perecer si fuerza fuere,
Nadar en sangre y en llanto.
Cuando la espada saqué
A mis pueblos quise oir:
Prefirieron combatir,
Y yo la vaina arrojé.
Desde entónces, de constancia
Vestí mi pecho acerado,
Y como norte he tomado
El ejemplo de Numancia.
Morir libres ó triunfar
Fué nuestro grito en Leon:
O el triunfo y la salvacion,
O la muerte; no hay dudar.
Dios lo que le plegue dé,
Árbitro del mundo todo:
Hágalo de cualquier modo.

Mi vida le consagré.
Recíbala, si esto es ley,
Con el trono que me dió;
Mientras que le ocupe yo,
He de vivir como Rey.
Otro se pudo elegir...
Yo á guardarlo no aspiraba...
Al pueblo se lo brindaba;
Nadie en él quiso subir...
Pues perecer ó triunfar
Dije, y ellos aplaudieron,
Si el triunfo no consiguieron,
Morirémos, no hay dudar.

(Suena un clarin.)

ESCENA V.

—

LOS MISMOS.—UN SOLDADO

SOLDADO.

De plática viva seña
Hace el moro, y un caudillo,
Dirigiéndose al castillo,
Tremola una blanca enseña.

REY.

Ábrase, y pueda venir. *(Vase el soldado.)*

OBISPO.

¿Nada temeis arriesgar?

REY.

Todo se puede escuchar,
Cuando se sabe morir.
Venga á arengarnos el moro,
Y amenace á su placer;
El Rey sabrá responder
Como cumple á su decoro.

OBISPO.

Si tal fuese su razon
Que España aceptar pudiera...

REY.

Esperanza lisonjera,
Que no admite el corazon!...
Vendrá á pedir el tributo
Que nos reclamó otro dia:
Pedirá lo que pedia,
Con más infamia y más luto...

OBISPO.

¡Oh!

REY.

No os dejeis iludir:
No tenemos que esperar...
Mas podémosle escuchar,
Porque sabemos morir!...

ESCENA VI.

—

EL REY, EL OBISPO, ALMANZOR, DOS MOROS que le acompañan. Detrás entran RAMIRO, EL CASTELLANO VEREMUNDO, y VARIOS JEFES y SOLDADOS CRISTIANOS.

ALMANZOR.

Segunda vez, oh Rey de la montaña,
Del noble musulman la voz escuchas:
Segunda vez el cielo por mi mano
Rama de salvacion tiende á la tuya.
No hay más Dios sinó Dios. ¡Ay del iluso,
Que á sus preceptos resistir procura!
¡Ay del que cierra sus cobardes ojos,
Por negar el poder que le deslumbra!
Osásteis combatirle: vuestra audacia
Provocó los torrentes de su furia;
Vuestra loca soberbia, su castigo.
Desató el huracan, y las impuras
Huestes cayeron al tremendo soplo
De quien los orbes con su faz conturba.
Fuísteis vencidos en la lid sangrienta:
Sobre el cuello de España la desnuda
Cuchilla pende, y aun su nombre odioso
Hundirse amaga en sempiterna tumba.

REY.

Detente, musulman. Si tus palabras
Baldones han de ser, si solo injurias,
Terminalas al punto: aunque vencido,
Rechazo los denuestos que pronuncias.
Lidiamos como buenos. La victoria
Que propicia nos fué, torpe y sañuda
Se tornó luego á vos; y en esos campos,
Que vuestra sangre y la española inundan,
Traidora á nuestras cruces, sus favores
Concedió ayer á la africana luna.
Lo sé: lo saben todos. Vária, instable,
Siempre ha sido la suerte: dó se lucha,
En raudos giros, á la voz del cielo,
Se siguen el dolor y la ventura.
Hora faimos vencidos. ¿Quién os dice
Que el árabe mañana no sucumba,
Y, cual aquí miramos nuestra suerte,
No pueda luego contemplar la suya?
Dejad pues de injuriarnos. Proponednos
Lo que querais pedir á las Asturias:
Breve, como á guerreros corresponde;
Claro, como entre bravos se acostumbra.

ALMANZOR.

Sí, bravos sois. Quien os venció en el campo
Daros tan digno nombre no rehusa:
Su estimacion ganásteis: tal diadema
Es la mas bella que la sien os cubra.
Pero no os halagueis con ilusiones,
Ni el retorno soñeis de una fortuna

Que os niega Dios. Las vendas que os envuelven,
El torpe error que vuestras almas turba,
Esos, esos no mas, son, oh cristianos,
La fuente de los males que os abruman,
Que os seguirán do quiera. El alto cielo
Abate el crímen, la impiedad repudia;
La santa religion sube á los tronos,
Y al infiel y al idólatra conculca.
Compasiva por vos se agita el alma:
La desgracia respeta en la bravura;
Y, honrando al enemigo que sucumbe,
De mas alta diadema se circunda.
Yo os ofrezco la paz.

REY.

¿Que condiciones,
Ministro del Califa, son las tuyas?

ALMANZOR.

La gloria del Señor, no de sus fieles
Mezquina vanidad, soberbia injusta,
Mi ambicion es. Reconoced sumisos
El excelso poder donde se encumbra;
Y ofreced á su planta el homenaje
Que el universo entero le tributa.
Yo os quiero condonar la antigua ofrenda:
Guardad las cien doncellas; dadnos una...

(*Rumores de aprobacion.*)

Si el vasallaje humilde se conserva,
Á una lijera muestra se reduzca.
Lo has escuchado, oh Rey: de un enemigo
Oye y acepta la palabra adusta:

Última vez su compasion te salva;
No la soberbia piérdate iracunda.
Considera tu estado: considera
Cómo tu imperio todo se derrumba.
No en ilusiones imprudente fies...
Á cada aurora crecerá tu angustia...
Á cada nueva aurora en tu garganta
El dogal de la muerte más se anuda.
Una jóven tan solo; y desatado
Quedas, oh Rey, de la cadena dura.

VEREMUNDO.

¡Una piden no mas!

UN JEFE.

Dárseles debe.

OTRO.

Así España se salva de su furia.

REY.

¿Qué escucho?... ¿Vos quereis?... ¡Mis capitanes!

VEREMUNDO.

De sus guerreros Vuestra Alteza escucha
El voto aquí: la suerte despiadada
Nos obliga á aceptar pena tan cruda.
Salvado está el honor. Así amenguamos
Con nuestros hechos la nefanda injuria,
Que nuestros Padres débiles sufrieran.
No quiso el cielo más!... Si la fortuna
Coronase do quier á los valientes,
Del todo se borrara la amargura
De nuestro afan. Lidiamos como buenos:

La voluntad de Dios es quien nos juzga.
¡Aceptadlo, Señor!...

VARIOS.

Sí, sí: aceptadlo....

REY.

¡A tal degradacion, á tan profunda
Vileza, estaba escrito que bajase,
Antes que á la anhelada sepultura!
¿Todos me lo pedís? ¿De tal vergüenza
Me pedís todos que la frente os cubra?
¿Todos quereis la paz?

RAMIRO Y VARIOS.

¡No!

VEREMUNDO Y OTROS.

Sí.

RAMIRO.

No: todos
No la queremos.

VEREMUNDO.

Sí.

RAMIRO.

Deshonra impura
Es, que nos mancha con baldon eterno.

VEREMUNDO.

Al Reino salva.

RAMIRO.

Póstralo en la tumba.

ALMANZOR.

Esa misma contienda, Rey iluso,
Rompa la venda que tu vista anubla...

Tus propios capitanes te abandonan:
El poder del destino te subyuga.
Aquí, sobre los muros de tu fuerte
Estás en mi poder: aquí retumba
La sonante palabra del Profeta,
Y te impone la paz que tú rehusas...
Sí, guerreros, la paz: si el Rey no quiere,
Que al bien de todos su querer reduzca...
A su sobrina Doña Sol elijo.
Dádmela, y libres sed. (*Estupor general.*)

OBISPO.

¡Oh desventura!

VARIOS.

¡Doña Sol! ¡Doña Sol!

RAMIRO.

¡Almas cobardes!...
¿Entregarla quereis?

ALMANZOR.

¡Por todas, una!

(El Rey ha quedado sumido en la mayor afliccion. Al pedir el moro á Doña Sol, se advierte un movimiento general de repulsa. Doña Sol aparece serena.)

ESCENA VII.

—

LOS MISMOS y DOÑA SOL.

SOL.

Aquí está Doña Sol, que entre vosotros
Se viene á presentar... Cese la duda.
La corona que el cielo me prepara,
No temais que mis sienes la rehuyan.
Felice más que todos, por el pueblo
Me es dado perecer. Ya me circundan
Laureles inmortales, y el destino
Teje coronas que mi sien ilustran.
¡Oh gloria de mi suerte! Yo muriendo,
Emboto de la guerra la sañuda
Cuchilla: yo muriendo, de mi España
Los crespones desgarro que la enlutan.
¿Quién es dichoso aquí cual yo me miro?
Envidiad, oh españoles, la ventura,
Que, flaca, inútil, desolada vírgen,
Á solio tan espléndido me encumbra!—
Y vos, señor, mi Padre, mi Monarca,
Al cielo, al cielo levantad la augusta
Frente: de vuestra sangre es la victoria:
Nuestra es la prez en tan honrosa lucha

De vos, solo de vos el Reino espera:
Llevad su nave en tempestad tan ruda:
Que yo digna de vos seré en los hierros,
Cual del trono lo he sido en las alturas...
Otra cosa aguardé... ¡Vana esperanza!—
¡Cesen, cesen las nubes que conturban
Mi pobre corazon!... ¡Estaba escrito
Que en desdichada soledad sucumba!—
Adios, señor, adios.—Pronta á seguiros
Me teneis, musulman: á la coyunda
Yo misma doy el cuello, ¡venturosa
Si así España sus dichas asegura!

ESCENA VIII.

—

Los mismos. ISMAEL, que entra precipitado.

ISMAEL.

¡Presto, presto, Almanzor!... El mismo averno
Hórrida nube de cristianos lanza...
Corre la sangre por do quier... el campo
Voraces arden destructoras llamas.
Es huracan del cielo desprendido!..
El ardor, la bravura, la constancia,
Todo, todo vacila... En un momento

Pueden hundirse nuestras fuertes armas.
¡ Presto, presto á la lid !

SOL.

¡ Cielos ! Bernardo !
¡ Es Bernardo, Señor !

ALMANZOR.

¡ Perfidia infanda !
¡ Horrorosa traicion !... Muertes ! ¡ mil muertes
Á aquel que de vosotros se apiadaba !
¡ Temblad, esclavos ! En mi armada diestra
Aun brilla la terrible cimitarra.
¡ A lidiar ! á vencer ! á castigaros !...
Musulmanes, valor ! ¡ Sangre y venganza !

(Se va seguido de sus Moros.)

ESCENA IX.

—

EL REY, DOÑA SOL. Los cristianos de la escena anterior. Confusion. Algunos de ellos salen como para lidiar. Otros corren al fondo, y abren las ventanas á su tiempo. Se descubre el incendio del campo.

SOL.

Cristianos, al combate, á la victoria!...
De un momento de error lavad la mancha...
Para todos hay triunfos; para todos

El astro de los libres se levanta... —
¡Señor! (*Echándose en los brazos del Rey.*)

REY.

Ven á mis brazos. Con orgullo
Quiero besar tu frente, coronarla...
¡Ángel puro de Dios! mártir sublime!
Gloria de mi blason y de mi Patria!

UNO. (*En las ventanas.*)

Arde el campo do quier... los moros huyen...
¡La victoria es ya nuestra!...

SOL.

¡Gracias! ¡gracias,
Santo y eterno Dios!

OBISPO.

¡Bendito sea,
Que así protege á la afligida España!

UNO.

¡Es Bernardo, son ellos... Del alarbe
El ejército todo se desbanda...

REY.

¡Sostenedme, gran Dios!

VOCES.

¡Bernardo viva!

SOL.

¡Oh, Bernardo, Bernardo!

ESCENA X.

—

LOS DE LA ANTERIOR.—BERNARDO, JEFES, SOLDADOS, MONTAÑESES.

BERNARDO.

Mi palabra
Os he cumplido, oh Sol: vencido el moro,
Su frente ya la cristiandad levanta.
Era imposible ayer... Solo mi brazo
A restaurar la lucha no bastaba...
Mas llegaron mis bravos montañeses,
Y, miradlos aqui... todo lo salvan.
Vos, señor, perdonad si un desterrado...

REY.

¿Perdon? perdon, Bernardo! Quien desgarra
El cordel que los cuellos oprimia,
Quien tanta afrenta con ventura lava,
No de perdon á los vencidos hable.
Eterna gratitud sella en sus almas.
Á mis brazos venid.

BERNARDO.

En otro tiempo
No más mi corazon ambicionara;
Que deudo y que vasallo, excelso trono

Fuéranme á mí los brazos del Monarca.
Ese tiempo ha pasado! Otras ideas
Aquí en el corazon con fuego labran;
Y de honra tal, que confusion me infunde,
Permitidme, señor, se excuse el alma.
Premio mayor de Vuestra Alteza imploro.
Un Padre el cielo en su bondad me guarda,
Ciego, postrado... cual está os lo pido!...
Como se encuentra allí, dadle á mis ansias.

REY.

No allí, Bernardo, le hallaréis. El Conde
En la cámara régia de este alcázar
Descansa ya... Miradle... Que en sus brazos
Se extinga ese rencor que nos separa.

(Varios soldados, entre ellos el Alcaide, sacan al Conde por una puerta distinta de la del acto anterior. Viene vestido con mucho esmero.)

ESCENA XI.

—

SALDAÑA.—Los de la anterior.

BERNARDO.

¡Padre! ¡querido Padre! ((*Abrazándole.*)

MUCHOS.

¡El Conde! el Conde!

CONDE.

¿Qué escucho? ¡Eterno Dios! ¡hijo del alma!
¿Vencíste en fin?

BERNARDO.

Vencimos: del alarbe
Disipamos la hueste sanguinaria;
Y levantada de su horrible huesa,
¡Merced y gloria á vos se alza la Pátria!

CONDE.

¡Merced y honor á tí! ¡Gloria á los fuertes
Que la sienten latir en sus entrañas;
Y, pagando desdenes con favores,
Á los cielos la elevan por venganza!
Colmado el pecho con placer tan puro,
Trocadas en contento mis desgracias,
Ya moriré feliz...

REY.

Conde Don Sancho,
De un Rey y de un hermano las palabras
Lleguen, sin irritarle, á vuestro oido..

CONDE.

¡Vos, señor! ¡vos, señor! (*Quiere arrodillarse.*)

REY.

(*Impidiéndoselo.*) Discordia infausta,
Errores lamentables, hondo abismo,
Ha largos años que á los dos apartan.
Severo con vos fuí. Tanta dureza
Confiesa y llora arrepentida el alma;
Y aquí, á presencia de la corte toda,
Con mi sangre quisiera remediarla.

¿Qué quereis más?... La mano yo os ofrezco:
¿Vacilaréis, oh Sancho, en aceptarla?

CONDE.

Me humillais, me venceis... Bondad tan suma
Permitidme que pague á vuestras plantas...
Que en ellas fije el labio: que del pecho,
De mi eterna lealtad los votos salgan.—
¡Ah! Me falta la vida... mis sentidos
La sorpresa, el placer, la muerte embargan...
La voz espira... extínguese el aliento...
Á mi Jimena escucho que me llama!...
Pero es gozo, señor, esta agonía:
Estoy en vuestros brazos... reclinada
En el hijo que amé yace mi frente...
Yo os le dejo... os le dejo... la mas alta
Prenda de mi cariño... mi Bernardo!...
¡Espérame Jimena... ¡Adios, oh Patria!... (*Muere.*)

BERNARDO.

¡Fallece, eterno Dios!

SOL.

¡Socorro!

REY.

¡Sancho!

OBISPO.

Es inútil, inútil... Quebrantada
Su mísera existencia, tanto gozo
Sufrir no pudo, y el aliento exhala.

BERNARDO.

¡Ha fallecido!

REY.

¡ Prez á su memoria !
¡ Respeto y honra á su ceniza helada !
(Todos se descubren.—Breve pausa.)
Hermano del Rey fué... Que entre los Reyes
Régio sepulcro á sus despojos abran.—
Bernardo, de la pena que os agobia
Yo no condeno las agudas ansias:
Hombre soy como vos, como vos lloro...
Mas si un Padre la muerte os arrebata,
Un Padre hallais do quier : Asturias toda
Por hijo adopta al que sus hijos salva.

BERNARDO.

¡ Asturias !... ¡ nombre augusto !... ¡ voz divina !
¡ Norte de gloria, que la mente exalta !
¡ Fuego celeste, que mi pecho incendia !
¡ Puro amor, que consume mis entrañas !
¡ Oh patria !... En el altar que te consagro
Las pasiones acepta que me inflaman,
Y estas que lloro, lágrimas de sangre,
Ofrenda del dolor, á tu pié caigan.—
¡ Á combatir, cristianos ! Nuevas lides
Nuestro valor, nuestra entereza aguardan:
Nuevos triunfos la Cruz, nuevos laureles
De Córdoba os ofrezcan las murallas.
Ni paz ni tregua : la bandera alzamos:
¡Á llevarla de Cádiz á las playas!...
¡ Póstrese ante ella el mundo, y á los cielos
La gloria dilatemos de la España !

III.

DISCURSOS ACADÉMICOS.

I.

DISCURSO DE RECEPCION

DEL AUTOR

EN LA ACADEMIA ESPAÑOLA.

1845.

SOBRE EL PERIODISMO

EN SUS RELACIONES CON LA LITERATURA.

Profundamente reconocido á la honra que acaba de dispensarme la Academia, admitiéndome en su seno, es hoy, no solo un deber, sinó una viva complacencia para mí, el apresurarme á disfrutar de su favor, y el dirigirla al mismo tiempo las sinceras expresiones de gratitud que no ha podido menos de arrancar de mi ánimo una distincion tan inesperada. Si ella fué siempre apetecible y gloriosa aun para los ilustres varones que calificamos con justo título de príncipes de nuestra moderna literatura: si lo ha sido para aquellos que se nos mostraron en nuestra juventud como modelo y estímulo en las artes del bien decir, y que, en nuestra edad adulta, decaida la arrogancia de los primeros años, se nos presentan solo para desesperarnos y afligirnos con su perfeccion inimitable; ¿qué no deberá ser para quien, contemplándose imparcialmente, se halla tan lejano de

esos brillantes destinos, tan poco merecedor de que su nombre se inscriba enmedio de esos nombres, tan convencido de que, por más altos que fueran sus deseos, no tiene reservada ninguna página especial en la historia literaria de nuestro siglo y de nuestra nacion?

Hablo, señores, con toda la sinceridad de quien está acostumbrado á decir verdades para sí mismo dolorosas, y que, severo por lo comun al examinar los méritos ajenos, no puede ser indulgente, ni cerrar los ojos á la evidencia, cuando se trata de los suyos propios. Hablo, como debe hablarse á tan eminente corporacion, que si se digna alguna vez de tender la mano y sublimar hasta sí á la aplicada medianía, no deja de ser por ello la insigne Academia encargada de conservar el idioma de Cervantes, y en cuyo seno se escucharon, resuenan aun y se repetirán por largos siglos, la pura, rica, pintoresca estrofa de Melendez, y el fluido, y nervioso y grandilocuente periodo de Jovellanos.

Hubo, á la verdad, un tiempo, en que tambien yo soñé con alcanzar esta gloria que ahora consigo; y en que el amor á la belleza de las artes, y el entusiasmo de inexperta y acalorada fantasía, me parecieron irrecusables signos de una vocacion fecunda, seguros precursores de una predestinacion harto lisonjera. Tambien me atreví á pulsar la lira que tan armoniosamente habia sonado en este recinto; tambien me atreví á invocar la musa de la tragedia castellana, para presentar en nuestro teatro los que bullian en mi imaginacion apasionados crímenes y grandes infortunios. Pero semejantes obras no podian considerarse, ni aun por mí propio, sinó como leves ensayos, albores de una luz apenas encendida, y que reclamaba tiempo y alimento para convertirse en antorcha que iluminase mi existencia. Se-

mejantes obras, cualquiera que hubiese sido con ellas la benignidad de los que consideraba como maestros, no podian autorizarme sinó para empeñar más y más todos los esfuerzos y toda la resolucion que en mí cupiesen, á fin de que fueran seguidas por otras, que se aproximasen á las ideales concepciones que la inteligencia entrevé, y que solo realizan y vivifican los ingenios privilegiados. Y estos eran, señores, en efecto, mi propósito y mi esperanza: justificar á fuerza de aplicacion y de estudios la favorable acogida que se dispensara á mis primeras producciones, y marchar con decision por el camino en que me habia lanzado, siguiendo las gloriosas huellas que imprimieron en él los grandes poetas, los grandes hablistas, los grandes autores dramáticos de nuestra escena nacional.

¡Propósito y esperanza vanos! Esa existencia artística que habia sido mi ilusion y mis amores, habia de pasar como un relámpago, para perderse en la vida azarosa de la política, en esta vida de agitacion y de combates, de ambiciones y desengaños, de orgullo y de miseria, que nuestros padres no conocieron, que nos consume á nosotros con su calenturiento ardor, y cuya copa apuramos algunos hasta sus amargas y sangrientas heces.

No es á mí, señores, á quien compete decir mal de la política. Aunque ella me haya separado de la primera via que en mi juventud seguí, y haya desvanecido mis primeros sueños literarios, al cabo, si algo soy en este mundo, por la política es, y á la vida política se lo debo. Por ella he combatido en los periódicos: por ella he luchado en la tribuna: aun ha sido ella misma la que animaba mis palabras en el foro al defender á ilustres procesados, y la que ha conducido mi pluma para trazar el cuadro histórico de estos propios sucesos, en que todos hemos sido actores, espectadores, víctimas. No seré yo, vuelvo á repetir,

quien haga ahora muestra de ingratitud, denostando á lo que es orígen de mi escasa importancia: no seré yo el que pronuncie acentos de censura, al calificar esa vida, en que tanto como al que más, y más que al mayor número, me ha destinado á vivir mi inflexible suerte.

Solo diré, señores, que la política me arrancó de la clásica esfera literaria; que la política me arrojó en su atmósfera apasionada y ardiente; que la mano de la política segó sin piedad las rosas de mis primeras ilusiones, y que esas rosas se agostaron y se deshojaron, secándose y deshojándose con ellas mis juveniles esperanzas, y mis vivos é inocentes propósitos de gloria. No me fué concedido á mí el hermoso privilegio, que algunos pocos han obtenido, de hermanar y concertar á la vez los bellos ensueños de la poesía y las acerbas realidades de la verdad: el habla de la imaginacion se extinguió en mis labios, cuando hubieron de pronunciar las aceradas palabras de los intereses de partido, de los derechos del pueblo, de las obligaciones de los gobernantes.

Pero tanta es la fuerza, la constancia de un primer cariño, tanto el poder de los hábitos literarios, tan irresistible y benéfico el influjo de las bellas artes en los que alguna vez llegaron á gustar de su pureza, que aun en el agitado y revuelto estadio de la política, me sentí, señores, arrastrar á lo que tiene más relaciones, más puntos de contacto y de armonía con las letras humanas. Aun allí brotaron los gérmenes que innatos debian de existir en el fondo de mi espíritu, bastardeados quizá, pero no destruidos por su nueva direccion; y aun allí, desertor como lo era de la literatura clásica, académica de nuestros padres, dediqué mis vigilias y mis esfuerzos á esa otra especie de literatura, militante y febril, que nos han traido las revolu-

ciones, y que es hoy dia un accidente necesario en el estado de nuestra sociedad.

Me refiero, señores, al *periodismo*, creacion de la presente época, signo y expresion de la actividad que nos devora; ménos aún garantía, como le llaman, de las libertades y las instituciones, que instrumento de combate para la batalla interna y contínua en que vivimos y nos agitamos. Me refiero al *periodismo*, que los insignes fundadores de esta Academia ni conocieron, ni alcanzaron á prever; que la generacion última pudo todavía calificar desdeñosamente; pero al que nosotros debemos hoy considerar de un modo sério y grave, porque es serio el lugar á donde se ha levantado, y grave é importante el destino que le corresponde en nuestra edad, y que cada dia ha de corresponderle más de lleno.

Fácilmente comprenderá la Academia que no me propongo ocupar su atencion con reflexiones políticas ó sociales; que no es mi ánimo desnaturalizar ni pervertir la índole de este distinguido instituto. No voy á discurrir acerca de las causas que han engendrado, y que hacen indispensable y omnipotente en el dia á la *Prensa periódica*: no voy á explicar cómo se ha apoderado del porvenir, de manera que no concibamos á la sociedad futura sin su existencia y su predominio. Bástame, señores, con indicar tales hechos: porque las observaciones que sobre ese nuevo elemento de la moderna civilizacion voy á someter á la Academia, son, como deben serlo, puramente literarias.

De seguro, no es esta la primera vez que se ha hablado del *periodismo* en el seno de tan respetable Corporacion; no era posible que lo fuese. La aparicion y la presencia en medio de la sociedad de lo que de tal suerte afectaba al idioma, y se rozaba

con todos los géneros de la literatura, no podian pasar ni torpemente ignoradas, ni descuidadas con desden por los eminentes escritores que son la prez y el orgullo de las letras españolas. El *periodismo*, revolucion literaria á la vez que social y política, debió herir sus sentidos, llamar su atencion, preocupar su ánimo, desde el momento en que, nacido apénas, le vieron ya extenderse de golpe como la luz, y apoderarse como ella de todo lo que existe, dilatando su imperio hasta los límites de la posibilidad. Nueva forma de la inteligencia humana, el *periodismo*, se hizo luego tan grande y tan universal como esa propia inteligencia: pudo amársele, ó aborrecérsele; pudo juzgársele con favor ó con hostilidad; nadie pudo negarlo, nadie pudo desconocerlo.

Natural es, señores, que no fuesen sentimientos benévolos los primeros que el *periodismo* inspirase á la Academia. Cuerpo conservador, no podia mirar sin recelo y sin desvío á lo que era la revolucion misma en el mundo literario: custodio de las antiguas tradiciones, de las clásicas humanidades, no podia abrir amorosamente sus brazos á una nueva especie de literatura, tosca, desaliñada, procaz, que en lo externo se presentaba inventando nuevas formas, que en lo interno traia la subversion necesaria de los dogmas hasta allí acatados y reconocidos. El espíritu académico ha repugnado siempre, y ha repugnado con justicia, toda innovacion, por el solo hecho de ser tal, salvo el admitirla despues, cuando insignes ejemplos y el uso comun la hubiesen en fin legitimado: ¿cómo, pues, no habia de repugnar esa creacion presuntuosa, multiforme, voluble, innovadora por esencia, y que consiste en la proclamacion diaria del derecho personal contra el antiguo derecho de las autoridades? El espíritu académico ha repugnado siempre, y ha

repugnado con justicia, todo lo que podia alterar, manchar, empañar siquiera la pureza de nuestro bello idioma, tal como le formó el génio de nuestros grandes hablistas del siglo décimosexto, tal como le conserva el esmerado estudio de nuestros buenos escritores actuales: ¿cómo, pues, no habia de repugnar esa desenvuelta osadía, cuya práctica por lo ménos, ya que su doctrina no fuese, habia de ser el desprecio de aquella pureza, la relajacion de la correcta frase castellana, y su substitucion irremediable, ora con desacordadas invenciones, ora con giros y períodos extraños, tomados, como no podia menos de ser, de las lenguas donde aprendíamos nuestros pensamientos políticos?—Suponer que la Academia hubiese podido considerar impasible esa, permítaseme decirlo, bárbara invasion en los dominios de nuestro idioma y nuestra literatura; sería, lejos de favorecerla, lanzarle la mas grave injuria que ciertamente podria recaer en un Cuerpo de su índole y de sus obligaciones. ¿Quién se habia de preocupar por aquellos dignos objetos fiados á su custodia, si ella los miraba con desden y con abandono?

Pero ha marchado el tiempo, señores: los acontecimientos sociales han continuado inflexibles su carrera, como todas las innovaciones que no proceden del acaso, sinó que se enlazan necesariamente con el destino providencial de los pueblos. El *periodismo*, léjos de pasar como una borrasca, se afirma y asegura como condicion permanente de la sociedad. Acontece con esta invasion de bárbaros lo propio que aconteció con la del siglo quinto: las hordas se convierten en naciones, aposesionándose del suelo que habian devastado. Talentos insignes, privilegiados escritores, se colocan al frente de esa conquista, y cubren sus miserias y su desolacion con la aureola que Dios ha concedido constantemente al ingenio.—¿Deberán, cuando se

llega á semejante estado, continuar las Academias en su primitiva repulsa del *periodismo*, insistir con dureza en su condenacion, mantener la censura acerba, absoluta, universal de su existencia y de sus obras? ¿Podrán, y les bastará decir como ántes: «el *periodismo* adultera la literatura: el *periodismo* pervierte los idiomas; desechemos, proscribamos el *periodismo?*»

Procediendo de este modo, desconocerian sus deberes y se engañarian torpemente acerca de su poder: emprenderian convertirse en inflexibles, en lugar de permanecer conservadoras; y no conseguirian al cabo los mismos propósitos que eran objeto de su anhelo.

Para mí, señores, una de las dotes capitales que debe tener todo cuerpo resistente, es el conocimiento instintivo de hasta qué punto, y no más, debe llevar su resistencia. Cuando ese punto se traspasa, los bienes de la conservacion se convierten en males de inmovilidad; la tenacidad reemplaza á la prudencia, y hay, de cierto, abuso, donde solo deberia haber derecho.

Tal ha sido siempre el principio director de la verdadera crítica, que es el espíritu académico, en el mas puro sentido de esta palabla. La crítica racional y justa (ya lo dejamos dicho ántes), ha mirado siempre con desvío, ha rechazado resueltamente toda novedad, por el hecho solo de ser novedad, y en hacerlo así se conducia de seguro con alto fundamento, porque las coronas literarias, como las del mundo político, han menester que sean *legítimas*, para ser reconocidas y respetadas. Mas la *legitimidad* se gana con el tiempo y con las obras; y cuando grandes escritores han consagrado, en fin, la de cualquier género nuevo, entónces la crítica le acepta y le registra en

sus archivos, y la Academia sonrie y abre sus puertas á los que le cultivan con gusto y explendor.

Una conducta semejante, la aplicacion de estos principios, tan racionales, tan dignos de un cuerpo como la Academia, es lo que el *periodismo* puede reclamar con justicia en favor suyo. Elevado á la altura en que le vemos dentro y fuera de nuestra España, constituyendo ya un verdadero género literario, con su índole, con su carácter, con sus condiciones propias; bien está autorizado para pedir lo que se ha ido concediendo succesivamente á la multitud de creaciones especiales que no conoció la clásica antigüedad, y que han añadido los siglos poco á poco á su magnífica herencia.

Pero ¿es verdaderamente el *periodismo* (se me podrá acaso preguntar), una rama fecunda de la literatura? ¿Merece tal nombre ese elemento corruptor, que tiende á pervertir todos sus géneros, y que mancha y adultera, sobre todo, la pureza y condiciones de nuestro idioma? ¿No es evidentemente una pretension audaz la de asentarse en el foro literario aquello mismo que lleva la perturbacion, la degeneracion, la anarquía á la república de las letras?

Señores, yo he principiado hablando con una justa dureza del *periodismo*, y no pienso seguramente retractar ninguna de mis palabras. Le he llamado tosco, desaliñado, procaz: he dicho de él que era la revolucion enmedio de esa república: le he acusado de desconocer el diccionario, de conculcar la sintaxis española. Sin embargo, lo que tiene un objeto propio; lo que se reviste de una forma especial; lo que en ese objeto y en esa forma puede remontarse y se ha remontado de hecho, merced al talento de grandes escritores, interesando, cautivando, arrastrando á toda clase de personas; lo que se presta á una

belleza indudable y á una sublimidad mas indudable aún; esto, señores, no es digno de desprecio; esto, señores, tiene un valor real, un valor artístico, que podrá, cierto, estimarse de ménos buena ley que el de otras obras literarias, mas que no será menos efectivo que el de ninguna. El ingenio y el arte se han aplicado vivamente al *periodismo;* el ingenio y el arte pueden hacer literario todo lo que sea objeto de la expresion, y se dirija á la fantasía y á las pasiones.

¡ Y qué ingenio, señores, y qué arte en todos los paises de la moderna Europa! ¡ qué ingenio y qué arte en esta zona occidental de nuestro continente! El ingenio de Brougham y de Russell, el ingenio de Chateaubriand y de Lamennais, el ingenio de Thiers, de Lamartine y de Guizot, el ingenio entre nosotros, de nuestros primeros escritores, de nuestros primeros oradores, de nuestros primeros poetas, el de muchos individuos de esta Academia misma, á quienes estoy dirigiendo mis palabras! Arrastrados por el impulso de los acontecimientos, apenas habrá un hombre distinguido en la Nacion por su alta capacidad, por su eminente puesto literario, por la dignidad de su carácter, que no haya probado sus armas en esta contienda, y que no haya contribuido en mas ó en ménos, pero muy eficazmente, á la creacion de ese género especial á que nos referimos. Durante este período, político en verdad para toda Europa, revolucionario además para nuestra España, necesario, indispensable nos ha sido arrojar en la lucha que nos devora, todo el talento, toda la fantasía, toda la sensibilidad que se encerraban en nuestro espíritu y en nuestro ánimo: ¿cómo era posible que donde se agitaban tan insignes artistas, dejase de haber algun resultado que reivindicase la literatura, que señalase la teoría como suyo propio?

Es menester reconocerlo. Si el *periodismo* comenzó como un hecho instintivo y no otra cosa, encaminado á la esfera política y no á la literaria; en el dia es ya un hecho reflexivo, una obra del arte, una alta produccion del ingenio: militante y febril, como ya le llamé; bastardo, si se quiere darle este nombre; pero literario siempre, y de una especie de literatura viva, espontánea, agitadora, infiltrada en la sociedad hasta la médula de sus huesos, afectándola y conmoviéndola más que otra ninguna.

Literatura, señores, que puede sujetarse como todas, á reglas; que puede recibir de la observacion y de la filosofía sus preceptos; que puede entrar, hasta donde es factible que entren las obras del ingenio humano, en los grandes moldes que concibe el espíritu y señala el compás de la razon. Género literario, que ha principiado como todos los géneros por una completa expontaneidad; pero que en el dia debe ser, como lo son tambien todos, una obra de la naturaleza y del arte, recibiendo de la primera sus inspiraciones y perdiendo su grosería, encaminándose mejor á su objeto, perfeccionándose, en una palabra, por medio del último.

No es ciertamente un obstáculo para esta idea el que los tratadistas no se hayan apoderado aun de su aplicacion, señalando esas reglas y promulgando esos preceptos. Sábese, señores, que la teoría viene siempre despues de la práctica, como que no consiste sinó en la generalizacion de lo observado, para extenderlo en seguida á objetos semejantes á los que concibió y trazó primitivamente el ingenio. De seguro no habria escrito Aristóteles su doctrina de la epopeya y del teatro, si no hubiesen existido con anterioridad los poemas homéricos, si la Grecia no hubiese coronado ya á Esquilo y á Sófocles. Y ¿negarémos, sin

embargo, á la Iliada y al Edipo-rey el lugar que les corresponde en lo más alto, en lo más sublime de la clásica literatura? Pero ¿que más? ¿Se ha escrito por acaso aun la teoría de la novela en ninguna de sus diferentes especies? ¿Dónde está el tratado retórico á que se ajustaron Cervantes y Walter Scott? Pues á pesar de ello, no solo es la novela una obra literaria, sino que es por excelencia la obra literaria de nuestro siglo, la que inspira su carácter, é impone su sello á todas las demás.

Lo mismo sucede, señores, en su esfera respectiva al *periodismo* de que vamos hablando. Fáltale por compilar el código de sus leyes; y confesaré tambien que se ve invadido con frecuencia por escritores ignorantes, los cuales, desconociendo su actual situacion, y los progresos que legítimamente le corresponden, trabajan por reducirlo al estado inculto de su infancia, al en que era una aspiracion más bien que un pensamiento, un instinto antes que una idea. Pero eso no quiere decir, ni que aquellas leyes no existan, ni que esa carencia de arte deba ser en el dia su constante norma. El entendimiento concibe los cánones que deben regirlo: la observacion puede ya señalarlos: la ciencia los recogerá. Existe el arte, aunque no le encontremos formulado ni promulgado en ningun libro: los que hemos escrito en estos últimos tiempos le conocemos bien, no vacilamos, no tenemos duda sobre lo que ordena y lo que prohibe. Nos es notorio y definido el objeto que nos proponemos alcanzar: nos son igualmente familiares los instrumentos de que nos valemos, y su modo de accion, y el resultado que producen: — hé ahí el arte completo en cuanto le es esencial y necesario.

Mas no se entienda, señores, que porque vindico yo al *periodismo* de la manera que lo acabo de intentar; que porque reclamo para él nombre y consideracion de obra literaria; que por-

que quiero rodearlo de esa aureola artística que algunos le han disputado ó negado injustamente, son tambien mi ánimo y mi intencion el sublimarlo al igual de los otros grandes géneros de la antigua y clásica literatura. Se equivocaria mucho quien me atribuyese semejante propósito. Conozco demasiado bien la distancia que los separa; y sé contenerme en los límites que impone la razon, y no comprometer con aventuradas pretensiones una causa, que solo es justa, porque es modesta y prudente.

No, señores, no. No tiene derecho el *periodismo* para ostentarse tan pura, tan altamente literario, como las insignes creaciones que recibimos de la clásica antigüedad, y que hemos conservado cuidadosamente, uniendo á la primitiva forma la inspiracion de nuestra moderna fantasía. El *periodismo* no destronará á la oda, no destronará á la tragedia, no destronará al poema épico, no destronará siquiera á la historia; ni aun compartirá con ellas y con él la dominacion del mundo literario. A fuerza del talento de que se ha servido, conseguirá que se le abran estas puertas, y se sentará en este festin; pero su puesto no será de los más elevados, su corona nunca será de las más brillantes. Ese mismo espíritu agitador que le anima, y por el cual le corresponde el imperio del mundo, le veda para siempre el imperio y la dominacion de este recinto. Ha de haber constantemente algo de grosero y de precipitado en él; y esa grosería, y esa precipitacion empañarán con su hálito la pureza de la forma, que es la condicion esencial de todo lo eminentemente bello.

Pero hay más todavía, señores; y no consiste solo en ese defecto de la forma lo que ha de menguar constantemente la importancia de este género de literatura: es tambien un defecto interior del que nunca ha de poder eximirse el *periodismo*, como consecuencia necesaria de su propia naturaleza. Si le hemos

calificado de espontáneo, de ardiente, de agitador; si hemos señalado el interés que inspira, como superior á todo otro linaje de intereses; téngase entendido que su brillo, que su llamarada duran un momento y no más, y que despues de haber deslumbrado como el relámpago, y aturdido como el trueno, vuelven á dejarnos en un silencio profundo y en una obscuridad completa. La belleza, la sublimidad de tales producciones, naciendo principalmente del asunto, consistiendo en la aplicacion oportuna de ideas que suscitan fugaces circunstancias, huyen y mueren con estas, sin que apénas quede sinó una levísima memoria del efecto que causaron. ¿Quién lee, señores, un artículo de periódico, pasado el dia, pasados los momentos para los cuales se escribió? ¿A quién ocurrirá formar colecciones de estos artículos, solo bajo el punto de vista literario, como se forman colecciones de poesías, y aun compilaciones de discursos académicos? Impídelo, no puede dudarse, la índole misma, el género de la composicion, que, escrita principalmente para causar efecto en determinados instantes, há menester de otra especie de belleza que la que demandaria para causarlo al cabo de años, al cabo de siglos. Semejante á la pintura y á la decoracion teatral, por lo mismo que produce completa ilusion en la escena, por eso no puede mirarse fuera de allí, porque solo presentaria borrones y rasgos mal trazados.

¿Cómo, pues, señores, se ha de comparar lo que de esa suerte es grosero y transitorio, con lo que es delicado, permanente, bello en todos tiempos y bajo cualesquiera circunstancias? ¿Cómo ha de pretender el fugaz *periodismo* igualarse con las concepciones eternas de la imaginacion y del gusto, en que halló sus delicias la más remota antigüedad, donde encontramos las nuestras, que harán aun las de la posteridad más distante? Po-

drá quedar en la historia literaria, como débil eco, el nombre de un periodista que haya conmovido profundamente los ánimos de sus contemporáneos; pero sus obras serán perdidas, y de seguro no las consultarán los mismos que siglos despues se ocupen de su fama. ¿Quién desentierra en el dia los que fueron, hace veinte años, sublimes artículos de Chateaubriand? ¿Quién vuelve á tomar en su mano, quién lee hoy el diario escrito por Thiers en el mes anterior? Y en tanto, señores, una oda de Horacio, una égloga de Virgilio, al parecer tan sencillas, tan poco interesantes, cautivan y embelesan dos mil años há á todos los amantes de lo bello, y seguirán cautivando y embelesando mientras lata nuestro corazon, y se eleve la fantasía á las regiones de lo ideal y de lo sublime.

¡Gloria, pues, señores, á la primitiva, á la clásica literatura! Los mismos que entramos en este lugar por títulos muy extraños á ella, nosotros mismos reconocemos y proclamamos altamente su supremacía sobre todos los géneros que la actividad humana ha ido imaginando despues. En ella debe contemplarse y admirarse la primitiva flor: ninguna puede llegarle ni en lozanía ni en aroma.

En cuanto á mí, cualquiera que sea el lugar á que me haya llevado la literatura política, única que verdaderamente he podido cultivar, y siendo tan alta como es la benignidad de esta Academia, dispensándome la insigne honra con que hoy me favorece, y realizando sin méritos mios la esperanza de mi juventud; siempre conservaré, señores, un íntimo y melancólico pesar por no haber dedicado plenamente el vigor y la energía de mi espíritu á esas ideales concepciones que me arrullaban desde mis primeros años, tan bellas, tan puras, tan refulgentes como las soñé! He seguido otro camino, me he lanzado en otra esfera, he to-

mado parte en una vida más ruidosa, más agitada, más llena de fuertes emociones, más fascinadora para la multitud; pero cuando en momentos de reflexion se repliega el ánimo sobre sí mismo, y examina lo que es y lo que pudo ser, ¡ oh! entónces se aprecian en lo poco que valen las coronas políticas, y se suspira involuntariamente, contemplando lejana la que es siempre pura, inmarcesible gloria. ¡ Inútiles pesares ! ¡ Vanos y tardíos arrepentimientos! Precisamente á la puerta del imperio político es donde está grabada la terrible y desesperante inscripcion:

Lasciate ogni speranza, o voi ch'intrate!

II.

DISCURSO DE CONTESTACION

AL SR. D. FERMIN DE LA PUENTE Y APEZECHEA.

EN SU RECEPCION

EN LA ACADEMIA ESPAÑOLA.

1850.

SOBRE LA POESÍA ANDALUZA.

SEÑORES:

En el acto solemne que celebra hoy delante del público la Real Academia Española, el primer sentimiento que nos anima á todos sus individuos no puede ménos de ser un sentimiento de dolor. Vuélvense naturalmente nuestros ojos al lugar que encontramos vacío, y que ocupaba ántes un tan distinguido compañero (1); y angústiase nuestro corazon cuando contempla que no ha de escuchar otra vez la inteligente y simpática palabra, de la que hemos recibido los más enseñanza y preceptos, todos sin excepcion, consejos saludables y pruebas inequívocas de sincera y benevolente fraternidad.

Pero á esa triste, desconsoladora idea, sigue muy luego otra de satisfaccion y de esperanza. Tambien se cumple aquí la ley

(1) El Sr. D. Alberto Lista y Aragon.

general de la creacion, que enlaza el nacimiento con la muerte, como dos puntos correlativos en el grande hecho de la existencia. Donde falta el varon insigne, cargado de años y de gloria, manantial de experiencia y de profundas observaciones, luminoso destello, por decirlo así, de una generacion que pasa; allí viene á sentarse el jóven lleno de confianza y de vida, modelo de aplicacion y de severos estudios, que simboliza una parte, y no la ménos apreciable, de la generacion que entra lozana á desempeñar la tarea literaria de nuestro tiempo. Al fruto que maduro cae, succede la flor, que promete á su vez otros nuevos frutos. Al escritor eminente, que nos envió Sevilla, en los principios del siglo décimo-nono, para que repitiese de cerca á nuestros oidos la bella, limpia, inolvidable frase de Rioja, llega á reemplazar treinta años despues otro escritor que tambien Sevilla nos envia, á fin de que no se rompa esa cadena de buen gusto, en aquella ciudad mejor que en otras partes conservada, ni falte entre nosotros un vivo y constante eco de las tiernas melodías de Luis de Leon y del santo Juan de la Cruz.

La Academia habia estimado buena esa descendencia, legítimo ese reemplazo; y el discurso que acabais de escuchar, tan nutrido de hechos, tan empapado de buena crítica en su fondo, tan puro, tan castizo, tan español en su forma, viene á ser en este dia la irrecusable comprobacion de aquel juicio. Quien os ha presentado un cuadro tal sobre el permanente, no desmentido carácter de los poetas andaluces, y sobre la influencia que siempre ejercieron en la literatura patria, bien deja hechas sus pruebas para sentarse entre vosotros, y para ser tenido por digno representante de un país, que sinó le vió nacer, le ha amamantado, le ha criado, le puede contar de seguro entre sus hijos más amorosos y más fieles.

Encargado yo, señores, de responder á ese discurso, comprometido á hablar sobre esta misma materia, tan propia de nuestros trabajos académicos; no puedo ménos de resentirme de la violenta estrechez que por precision aqueja al que se conoce desigual para una obra de tanta importancia, sobre todo cuando acaban de emplearse las mismas ideas que bullian en su espíritu, y que, ordenadas con algun esmero, habria podido en otro caso, extender y presentar á una reunion tan respetable. No debiendo renunciar á ellas, ni pudiendo adoptar otras doctrinas, ni mentir diferentes convicciones, por el estéril placer de contradecir aquello que cree; quédale únicamente el recurso de recorrer de nuevo un campo ya explorado, y de espigar con mano avara las desperdiciadas riquezas que, enmedio de una cosecha tan abundante, hubiese dejado caer el primitivo colector.— Por fortuna, esa abundancia era tal, que sobraria aun materia para muchos y diversos discursos, como quisiese y pudiese estudiarse con detenimiento el asunto que nos ocupa: — la historia literaria, la historia poética, sobre todo, de aquella célebre region que se dilata desde el Guadiana hasta las columnas de Hércules, comparativamente á lo que han sido la Literatura y la Poesía de nuestra España, con sus tendencias propias, con su marcha característica, con su peculiar y distintivo sello.

Vosotros conoceis esa region. Habeis descendido las ricas faldas meridionales de Sierra Morena, pisado las orillas del Guadalquivir, respirado los perfumes del azahar, sentido en vuestro pecho la vivificadora accion de aquel sol esplendoroso. Recordais la vega de Granada, los vergeles de Córdoba, la ribera de Sevilla, y tambien las nieves eternas del Mulhaacen y los incomensurables abismos de Ronda. ¿Qué necesidad, pues, tengo yo de deciros que la Poesía es natural, es espontánea, es indispensable bajo

semejante cielo, ni que las formas de esa Poesía han de distinguirse por la lujosa exuberancia, que es el carácter universal de la creacion en un país privilegiado?

Sé muy bien, señores, que el sentimiento poético cabe en todas las latitudes y en todos los climas; porque donde quiera puede haber, ora belleza que nos arrastre, ora grandeza que nos subyugue. Mas si la belleza y la grandeza están repartidas por el mundo en desiguales proporciones; si ostentan, sobre todo, varia y diferente índole; si se revisten con diversa forma en una que en otra region; vuélvanse los ojos á aquella de la cual vamos hablando, y júzguese de buena fé si pueden encontrarse otras muchas, en donde se reuna tan abundantemente todo lo que encanta á los sentidos, todo lo que vivifica á la fantasía, todo lo que sublima á la inteligencia.

Pero no nos limitemos á la contemplacion de la naturaleza material. Pasemos de ahí á la observacion, al exámen de los hombres que pueblan aquel territorio; y fijémonos en la antigua y permanente raza, tan despierta de ingenio como indolente para otras faenas, que desde los tiempos primitivos viene ocupando sus valles y sus llanuras, y absorbiendo y confundiendo en sí á todas las otras, ya septentrionales, ya meridionales, que han puesto el pié dentro de sus límites. Interróguese por donde quiera á aquellas gentes del comun, tan desprovistas de instruccion, tan reducidas á lo que las han hecho el suelo que huellan, el ambiente que respiran, la luz que las envuelve; y seguro es que nos admirará del propio modo tanta riqueza de imaginacion y de gracia como hallarémos en todas partes, unos tesoros de tan buena ley, rociados, casi pudiéramos decir despreciados, sin el sentimiento ni la conciencia de su alto y distinguido valor. Y depende esto, señores, de que existe, como ha existido siem-

pre, plena correspondencia y perfecta armonía entre aquel país y sus habitantes; de que la belleza y la galanura que señalan al primero, se reflejan como en un cristal purísimo en el espíritu de los segundos, y brotan de sus labios en inagotables raudales de una Poesía pintoresca y ardiente.

Esto nos dice la más exquisita observacion; esto nos confirma por su parte la historia de todos los tiempos. Si la inspiracion poética ha sido en otros países, ya un accidente de la naturaleza, ya un adorno de la sociedad, en nuestra Andalucía española, comparable bajo este concepto con la Grecia antigua, no solo constituye el necesario carácter de la una, sino que fué asimismo el primer albor y el hecho fundamental de la otra. Cuenta de allí la fábula que Orfeo levantaba muros con los sonidos de su canto: refiere de aquí la historia que eran cantos tambien, que estaban escritas en verso las leyes de la Turdetania, y que esas leyes existian con seis mil años de antigüedad, en aquel país apellidado los Campos Elíseos por las más remotas generaciones. —Rebajad, señores, lo que quisiereis de esta aseveracion: acortad cuanto os parezca ese centenar de siglos; siempre tendréis un segundo ejemplo de la tradicion griega que acabo de citaros: siempre veréis á la Poesía naciendo con el pueblo como su habla propia, ordenando la ciudad, consagrando los lares y la patria, siendo á la vez la cuna, el testimonio, y la razon de una cultura que asombra al espíritu, cuando se detiene á contemplar lo que de hecho debió sér, y lo que hubiera sido no contrastada en sus naturales y legítimos adelantos.

Pero las invasiones extrañas, el choque y el triunfo de otras culturas ajenas, cegaron de todo punto la corriente de tan magestuoso río. Los fenicios y los ródios, primero grabaron en nuestro país la férrea marca de su actividad, fundando colonias

en sus costas: los cartagineses le saquearon despues como unos bandidos: los romanos le impusieron su yugo, y le ataron por último al carro de su gloria y su poder. Enmedio de torrentes de sangre, y bajo una atmósfera de servidumbre, desapareció la civilizacion turdetana; como se extinguió su idioma, como feneció la historia misma de aquellos venturosos y memorables tiempos. Cuando Estrabon conservaba en la frase que hemos citado el postrer recuerdo de aquella época expirante, ya los descendientes de Argantonio vestian la toga del Lacio, ya eran gobernados por el procónsul, ya dejaban llamar á sus ciudades Colonia Patricia en lugar de Córduba, Colonia Augusta Firma en lugar de Astigis, Colonia Romulea en lugar de Hispalis. Viriato habia llevado á su tumba la nacionalidad turdetana, como la de todos los pueblos de la península ibérica.

Sin embargo, señores, no habia concluido en Andalucía, en la Bética, por mejor decir, aquel génio poderoso, que, como he observado antes, brotaba de sus fértiles llanuras, bajo el influjo de su sol y en el regazo de sus auras. Roma podia dar su lengua é imponer sus leyes á los turdetanos; mas no tenia fuerza para destruir su instinto, para arrancarles el carácter que habian debido á Dios y á la naturaleza, para borrar el sentimiento poético tan primitiva é indeleblemente grabado en lo más hondo de su ser. En aquella lucha de dos siglos pudo morir, y murió de hecho, una civilizacion entera; el pueblo á quien se arrancaba quedó de pié enmedio de la ruina, con las ricas dotes que le habian distinguido de antemano, y que deberian distinguirle en todos los tiempos, porque formaban su natural, ingénito carácter.

Así apenas puede decirse terminada en la Turdetania la laboriosa obra de la adopcion del lenguaje latino, de la plena y com-

pleta aclimatacion de aquella nueva cultura, cuando vemos á sus hijos elevarse sobre el más alto nivel en la que era entónces capital del mundo, y disfrutar de una gloria que ningun poeta compartirá con ellos en el inmenso estadio del poder romano. Duerme la Grecia entonces, como asombrada de que pudiese existir una literatura aparte de las tradiciones y del idioma homéricos; duerme Italia á la sombra del laurel de Virgilio, no arrebatado por nadie del borde de su tumba: el Oriente y la Galia dormian tambien, envilecido el primero con su eterna y cada vez más baja servidumbre, vacilando la segunda entre los recuerdos druídicos no bien acabados, la dominacion latina apenas asentada, y la amenaza germánica, que ya se levantaba pavorosa sobre las ondas del Rhin y las cimas de los Alpes. El fuego sagrado, agonizante en las orillas del Tíber, brotaba solo en las del Bétis; pero con desusados resplandores que debian iluminar al mundo.

No necesito detenerme en largas consideraciones acerca de la familia de los Sénecas. Acabais de oir sobre la pléyada de poetas que llevan ese ilustre nombre, y sobre el más grande de todos ellos, Lucano, cuanto puede decir un severo, concienzudo é imparcial exámen. Acabais de escuchar una merecida apreciacion de sus dotes, de sus excelencias, que eran verdaderamente suyas y de su país; de los que pueden llamarse sus defectos, que, si efectivamente lo son, éranlo tan solo de la misma época en que brillaban. Conforme de todo punto con ese juicio, serán muy breves las palabras que me permitiré añadir á semejante cuadro.

Es una injusticia, señores, de la moderna crítica, no siempre acertada ni filosófica, la de llamar degeneracion y decaimiento, en la literatura y en las artes, á lo que no es sino la marcha natural, forzosa, del espíritu humano, necesitado por una parte

de cosas nuevas, incapaz por otra de contentarse en tiempos de más ilustracion con algo parecido á lo que le satisfacia en los de ignorancia y sencillez. Así como se modifica cuotidianamente el idioma, así como cambian las ideas, así como progresa, ó por lo ménos se agita cuanto constituye la sociedad, así tambien es una ley de la literatura la de moverse por caminos análogos, y la de no permanecer estadiza, ni aun en el punto en que la colocaran los ingenios más eminentes. Solo las obras de Dios son siempre bellas, apareciendo unas propias: las de los hombres, en la imperfeccion de su orígen llevan el gérmen y la necesidad de esa variacion constante que, á pesar de todos los esfuerzos, ha de señalarlas. ¿Sabeis lo que seria preciso para que se fijase de todo punto un sistema poético, para que hiciese alto y permaneciese en una determinada situacion cualquier idioma? Pues nada ménos habríais menester, sino que pereciese la sociedad que usaba este segundo, y que habia dado vida á aquel primero: nada ménos, sino que una habla nueva, sino que una poesía diferente vinieran á reemplazar en el activo mundo de las realidades á lo que regalábais al mundo de los recuerdos y de la historia. Si el griego y el latin, si las literaturas de Aténas y de Roma son en la actualidad idiomas y sistemas invariables, no penseis que en otra cosa consista, sinó en que pasaron aquellos pueblos, y en que fenecieron las civilizaciones de que los unos y los otros eran expresion. Mas en tanto que aquellas sociedades vivieron, en tanto que cualesquiera otras duren y subsistan, su inteligencia, su espíritu, marcharon y marcharán con el mismo paso, y tan insensato será el quererlos detener con una cadena de leyes y de prohibiciones, como lo seria el pugnar por echarla á la vida especial de un indivíduo, ó el empeñarse en detener e tiempo, ese gran novador de todo lo criado, de todo lo existente.

No es decir esto, señores, que no puedan caer las literaturas y los idiomas, ora en enfermedades, ora en decrepitud: la misma semejanza que les hallamos con nuestro propio y humano ser, indica bien claro cuál estimamos en esta parte la verdadera, inconcusa doctrina. Mas guardémonos de juzgar con lijereza sobre tal punto: no atribuyamos á corrupcion cualquier desvío de las primitivas formas: temamos sinceramente calificar como deterioro lo que es solo el desenvolvimiento natural de una vida que adelanta en sus naturales condiciones. El hombre adulto no tiene la morbidez de contornos que distingue al adolescente; pero sus músculos, más recios y señalados, poseen sin duda la belleza enérgica y viril, que corresponde á su edad y á su destino. De la misma suerte, la frase cortada y áspera de Tácito no es la redonda y fluida de Ciceron: pero ¿quién dirá, á pesar de todo, que el historiador de Tiberio sea ménos grande, ni su obra ménos insigne ó ménos bella que la del acusador de Catilina?

Pues bien: eso es lo que no se debe nunca perder de vista, cuando se habla de los Sénecas y de Lucano: eso lo que conviene tener presente, no solo para apreciar su mérito de escritores, sino aun para estimar tambien el valor intrínseco de sus poesías. ¿Decís que son oscuros? ¿Qué sabemos nosotros sobre la verdadera claridad de un lenguaje, que hace más de mil años dejó de existir como vivo y popular, y que nos hemos empeñado en estudiar y en imitar únicamente por los autores de un determinado período? ¿Decís que son declamadores? Y ¿cómo querríais que no lo fuesen, escribiendo bajo la más estúpida tiranía que han presenciado los siglos, cuando Calígula nombraba cónsul á su caballo, cuando Neron, por el deleite de verla arder, incendiaba á la capital del orbe? ¿Los acusais de filósofos?

Por ventura, ¿qué es la Poesía sin la instruccion, sin la ciencia, cuando ya ha pasado el fugitivo instante de su inocente virginidad? ¿Culpais la tendencia descriptiva de sus inmortales obras? Y ¿no es acaso la descripcion el necesario carácter de esa segunda edad, en todas las literaturas existentes? ¿no significa la madurez del pensamiento, que, despues de admirar y de referir, necesita penetrar y conocer en todo lo que le rodea?

Déjese de censurar por tanto á los insignes poetas cordobeses del imperio, con el espíritu mezquino que en lo general ha inspirado sus críticas. Declamadores y obscuros al modo de Tácito, descriptivos como, por ejemplo, lo son todos los grandes ingenios de nuestro siglo décimo-nono; ya hemos dicho que nadie les disputó, que nadie compartió con ellos el laurel de la gloria, y no á la verdad en el modesto recinto de una provincia, sinó en la corte de los emperadores, en la ciudad que era señora del universo romano. Los Sénecas nos han dejado, en fin, las únicas tragedias de la literatura latina; tan bellas cuanto puede serlo una poesía académica, y no espontánea, escrita para la meditacion y el deleite de los lectores instruidos, y no para la representacion escénica, delante de un pueblo que buscaba en el circo sus verdaderos asuntos trágicos: Lucano, niño todavía, entonaba su epopeya de un nuevo género, si ménos pura artísticamente, más interesante, más propia de su siglo, más popular y más filosófica á la vez que la del Cisne de Mántua. No me señaleis, vuelvo á deciros, en ella, ni incorrecciones de plan, ni defectos de ejecucion; señaladme solo quien, muriendo de veintisiete años, haya legado á la inteligencia un recuerdo más rico, una joya más preciosa; y entónces tendréis razon para investigar esos defectos y esas incorrecciones, que mientras tanto ni admito ni discuto.

Sin embargo, señores, es indispensable hacer una confesion para terminar esta materia. —Si al aclamar el orbe entero los más grandes de sus poetas á nuestros compatricios, era ciertamente el triunfo que obtenian, una gloria española, turdetana; los resultados de ese triunfo, el impulso dado á las letras, la marcha en que se las hacia entrar, nada de esto constituia para nosotros una herencia propia, nada quedaba limitado á los aledaños de nuestra Península: todo era universal, romano, como eran universales y comprendian el mundo, aquel imperio de que eran súbditos nuestros ascendientes, aquel idioma que se hablaba en las márgenes del Nilo y del Danubio como en las del Bétis y en las del Tíber. Vencíamos en una contienda general, y sin duda era nuestra la corona; pero no podíamos decir otro tanto ni de las armas con que se ganara, ni de los resplandores que de ella habian de irradiar sobre tantos y tan diferentes pueblos.

Paso, señores, respecto á la civilizacion goda, que no puede darnos materia en este interesante asunto. La monarquía que lleva ese nombre, encierra un período completo; mas período de transicion, que no corresponde ni á la edad antigua ni á la edad moderna; en el que todo es á un mismo tiempo informe y degenerado, decrépita infancia donde no fué jamás posible una literatura vigorosa. Añadid á ello que los godos, desde la misma Tracia, habian abandonado su idioma, para hablar un dialecto latino, corrompido y grosero; que era tambien latin lo que se hablaba en la Bética, y casi puede decirse en la España toda; y sacaréis en conclusion que solo pudieron ser escritos de baja latinidad, y no verdaderamente gótico-españoles, gótico-turdetanos, los que dieron á luz Leandro, Fulgencio é Isidoro, esas tres lumbreras de una familia, que ilustra en el sép-

timo siglo la region de cuya historia poética nos ocupamos en este instante.

Mas la jornada de Jerez habia puesto fin á la dominacion de los succesores de Alarico. Deshecho su poder, los escasos restos de aquellas tríbus tártaro-germánicas vinieron á confundirse y á perderse en los diversos pueblos de la raza española. El torrente meridional que corrió á grandes oleadas sobre nuestro suelo; los esfuerzos de restauracion que agitaron sus provincias del Norte; aquella confusion, aquel desgarramiento, á pocos otros comparables; todo arrojó á nuestra desgraciada Patria en un verdadero cáos intelectual, donde era forzoso que se extinguiese cuanto podia quedar en ella de su literatura y sus artes anteriores. El idioma mismo tenía que fenecer, como feneció, enmedio de tan general ruina.

Este cáos, sin embargo, habia de ser fecundo. De su obscuridad, de sus horrores, debia nacer á raudales la nueva luz. A la civilizacion que terminaba, estaba escrito que succediesen civilizaciones lozanas y brillantes. Al degenerado latin de los godos tenian que reemplazar otros sonoros y enérgicos idiomas: á su facticia literatura, otras literaturas de mejor ley, que tuviesen delante de sí un largo y glorioso destino.

Tres grandes estados, tres poderosas nacionalidades hubieron de dividirse la Península, á consecuencia de los acontecimientos que acabamos de indicar. La nacionalidad árabe-española, que tomó su asiento y echó hondas raices en la Andalucía, moderno nombre de la antigua Bética: la nacionalidad ibero-lemosina, que apoyada en el Pirinéo marchó poco á poco por Navarra, Aragon y Cataluña, hasta venir á los muros de Granada en la persona de Fernando el Católico; y la nacionalidad gótico-cantábrica, llamada castellana despues, que desde Cova-

donga, en donde la salvó Pelayo, se adelantó á Toledo, conquistó más tarde á Sevilla, y absorvió en sí al cabo de ocho siglos, toda la suerte y toda la civilizacion de las Españas.

No puede ser mi ánimo, señores, el recorrer succesivamente, ni aun con la mayor brevedad, el campo de esas tres literaturas. Reclama hoy solo tal distincion la de nuestros países meridionales; y nada tengo por consiguiente que deciros ni del Poema del Cid, ni de los cantos de Ausias March y de los trovadores de este lado del Pirineo. Córdoba, Sevilla y Granada, con sus poetas árabe-andaluces, con ese nuevo aspecto, con esa variante de su genio literario, es lo que se presenta ahora á nuestros ojos, y lo que demandaria ciertamente una voz más segura de lo que puede serlo la que escuchais con tanta dignacion.

Tampoco á mí me es dado comprender el bello y pintoresco idioma, que nos trajeron de Damasco los conquistadores del Mediodía, y que fué por muchos siglos el habla de nuestros abuelos; y sé, además, aunque lo comprendiese, que los grandes tesoros de aquella civilizacion han desaparecido por su mayor parte, abrasados en las hogueras que encendia y avivaba el fanatismo. Mas, aun prescindiendo de las escasas noticias directamente venidas á nosotros por algunos apreciables escritores, que han merecido bien de aquella literatura, hay otros datos por los cuales podemos comprenderla, como que facilitan su clave al hombre observador, ya que no le pronuncien sus mismas palabras.—Contemplad por un lado lo que eran las artes en aquel país; y deduciréis el genio y la índole de su poesía, la primera de todas: fijad vuestra atencion en los nuevos tonos que adquirió la castellana, luego que ocupamos aquellos reinos; y podréis calcular qué desconocidos elementos vinieron á der-

ramar sus riquezas en el gran depósito de la civilizacion triunfante.

¿No recordais, por ventura, la Alhambra de Granada, la Mezquita de Córdoba, el Alcázar de Sevilla? ¿No habeis reparado en aquellos arcos, en aquellas filigranas, en aquellas tintas, en aquellos encajes, que inventó y ejecutó el ingenio árabe-andaluz? ¿No ha llamado vuestra atencion aquella gallarda imaginería, que encontramos allí primitivamente, y que vemos despues copiada y transportada sobre las catedrales góticas, y las obras del renacimiento? Y no os dicen, bien claro toda esa gala, todo ese lujo, todo ese brillo tan oriental, tan suntuoso, tan desemejante á la índole de las rivales civilizaciones; no os dicen, repito, lo que era en sí verdaderamente la andaluza; no os descubren el carácter de su poesía; no os revelan el secreto de su sér, el misterio de sus encantos? Si el Partenon explica á Sófocles, si el Colosséo traduce en piedra á Virgilio, ¿cómo no ha de verse en los grandes monumentos que cité más arriba, la índole del canto que se elevaba de las márgenes del Genil y del Guadalquivir, enmedio de aquellas mares de delicias de Zahara y de Generalife?

Considerad por otra parte el estado de la poesía castellana ántes y despues de la conquista de aquel territorio. Haced memoria de su dureza, de su rigidez, de su encogimiento, aun habiendo llegado el lenguaje al alto esplendor que ostenta en los libros de Don Alfonso el Sabio. Pues bien: hemos ocupado á Córdoba, y ya podemos tener un Juan de Mena: hemos plantado la cruz sobre las Alpujarras, y ya pueden exhalar nuestros cantares los sentimientos más delicados, y revestirse con las galas más fantásticas, en el romonce morisco, que es el primero de los romances todos.

Yo siento, señores, que la extraordinaria abundancia de nuestro asunto apénas haya permitido al nuevo y digno compañero que acabais de escuchar, el bosquejaros con ligeras pinceladas la gran figura de Juan de Mena. Quizá reclamaba mayor espacio, mayor atencion, el insigne poeta que inaugura entre nosotros el siglo décimo-quinto, y que descuella como un coloso sobre los muchos estimables ingenios de la córte de Don Juan de Castilla. Hay algo de Dante, hay un poco de Lucano, en el Laberinto, del cual todo el mundo recuerda varios episodios, y que, para bien de las letras españolas, deberia ser más conocido y más estudiado de lo que generalmente lo es. Porque dejando aparte la estructura de su copla, monótona por su índole, y no siempre bien acentuada para nuestros oidos del siglo décimonono; es lo cierto que ni en la diccion, ni en el estilo, ni sobre todo en la entonacion grandilocuente que campéa desde el principio al fin de aquella obra, en nada de esto tiene Juan de Mena igual ó semejante entre sus coetáneos, ni aun entre sus succesores; y es necesario atravesar casi dos siglos, y llegar á Fernando de Herrera, para encontrar algo que continúe aquel sendero, y se eleve á semejante majestad.

Y en cuanto al romance, señores; si para hablar de él oportunamente, si para exponeros las ideas que se agitan en mi ánimo sobre ese género español, nacido del pueblo, y llevado á una perfeccion asombrosa por nuestros grandes escritores, tendria necesidad de un tiempo de que no puedo disponer, y de una paciencia de que no debo abusar; por lo ménos habeis de permitirme que os presente en observaciones ligerísimas lo que no es lícito dejar olvidado, cuando se trata de la poesía árabe-andaluza, y cuando se inquiere su influencia en la poesía universal española.

No voy á pretender de ningun modo que el romance sea primitiva y exclusivamente meridional: fáltanme para ello los oportunos datos, y confieso que pudieran presentárseme en contra tales argumentos, á los que no sabria qué responder. Pero si la forma externa del romance no es de todo punto morisca, su espíritu, su tono, las idéas á que se le consagró, la civilizacion que en él hubo de pintarse, no cabe la menor duda en que fueron los de aquel bello país, que las armas de Castilla acababan de conquistar, que sus guerreros contemplaban con satisfecho orgullo, que admiraban sus vates con amoroso asombro. Como ha sucedido mil veces en el mundo, la inteligencia vencida se hacia dueña de la fuerza vencedora; y el pueblo expirante legaba lo más bello de su civilizacion al pueblo que le habia arrebatado su patria y su porvenir.

«Comenzaron aquellos,—dice hablando de los romanos-moriscos un distinguido escritor (1), á cuya autoridad no iguala ninguna otra en esta materia, y que la Academia Española tiene la fortuna de contar en su seno: — comenzaron aquellos en el siglo XV: en el XVI y parte del XVII llegaron á su apogeo, ya revestidos de la pompa oriental, que aceptamos de los árabes (de los andaluces) directamente. Luego que nuestros caballeros y poetas vieron el país libre de sus contrarios, se apoderaron con frenesí de los recuerdos que nos dejaran; de suerte que al leer los cantos de aquel tiempo, nadie creeria que los moros no ocupasen la España y no la poseyesen aún. Las guerras, los combates, las fiestas, los juegos, los amores, los celos y las pasiones, la expresion de los sentimientos y de las idéas, las galas,

(1) El Sr. D. Agustin Duran, Romancero general: Observaciones sobre los romances moriscos.

los trajes, y hasta los nombres; todo, todo en los romances moriscos es una escena completa, un retrato vivo y brillante, un espejo fiel de aquellos recuerdos, que los moros nos dejaron, partiendo á los desiertos de Berbería, y que, amalgamados con los elementos de nuestra antigua civilizacion, formaron el sistema poético popular, que predominó en España desde las tres últimas décadas del siglo XVI hasta el último tercio del siguiente. Aunque los asuntos de estos romances fuesen fingidos, su espíritu era la misma verdad.... Allí se conoce desde luego que se imita, no ya un modelo extraño é indirecto, sino una segunda naturaleza, creada por la combinacion de elementos que existian aparte: allí se vé la manera con que se modificaron é influyeron uno en otro dos pueblos diversos, dos razas que muchos siglos se combatieron, mas que habitaban el mismo suelo sobre que guerrearon, y que, á su pesar, y aun sin conciencia de ello, confundian y aunaban sus diferentes civilizaciones.»

Es excusado, señores, añadir nada á semejante cuadro. La índole de la poesía árabe-andaluza, su influencia sobre la castellana, están aquí dibujadas de mano maestra; y con una perfeccion á que seria desacato añadir el más ligero toque.

Despues de este importante suceso, de la definitiva incorporacion de nuestras provincias meridionales en la gran monarquía española, innecesario es decir que no han desmentido aquellas sus eternos antecedentes, y que han llevado adelante su poético renombre, con una gloria que nada puede eclipsar ni poner en duda. Sin detenerme en los interesantes análisis que habeis escuchado, y aun sin volveros á recordar esa larga, brillante cadena de escritores que han visto la luz del otro lado del Guadiana, séame suficiente citar á Fernando de Herrera y á D. Luis de Góngora, para haceros conocer todo lo que debe el

Parnaso español á la musa del Mediodía; y toda la influencia que ha ejercido el genio andaluz en esta vastísima literatura, que no se encierra solo en nuestros límites peninsulares, sino que se dilata desde el Pirinéo hasta los últimos confines del mundo transatlántico.

Y no cito precisamente estos dos nombres, como podeis conocer, ni porque la fama de ellos, ni porque la perfeccion de las obras que los llevan al frente, las haga incomparables con cualesquiera otras obras del mismo género. Ha habido y hay nombres más repetidos, más mimados de la fortuna, que tambien es dios en el mundo literario: ha habido ingenios dotados indudablemente de mejor gusto, y cuyas producciones señalará como más correctas una severa crítica: lo que no ha habido desde Juan de Mena acá es otras personas, que se ocuparan más asídua y constantemente en la elocucion poética de nuestro lenguaje, ni á quienes ella deba más, ya en verdaderos adelantos, que al célebre vate de Sevilla, ya en un cáos de adelantos y de retrocesos, de perfeccion y de desolacion, que al no ménos célebre vate de Córdoba.

Hé aquí, señores, lo que distingue, en mi modo de ver, á la poesía andaluza, desde su union con la general castellana: el haber sentido, el haber conocido mejor que ninguna otra, la necesidad de una diccion que la caracterizase, el haber trabajado para formarla, el haber dado el ejemplo, por no decir impuesto la ley, á todos los escritores de las demás provincias. Esa obra tan digna, tan importante en donde quiera, pero mucho más en los países donde domina la forma, donde la poesía es por lo comun exterior, donde no puede ser compensado el prosaismo de aquella por la grandeza de los pensamientos, de los caractéres y de los sucesos á que se consagre; esa obra, en

que la concepcion es ya un triunfo, en que la consecucion es uno de los más altos que puede obtener el genio; esa obra ha sido intentada y llevada principalmente á cabo entre nosotros por Juan de Mena, por Fernando de Herrera, y por D. Luis de Góngora, todos tres andaluces, todos tres nacidos á las orillas del Bétis, en aquella Turdetania que conservaba sus leyes en verso tres mil años há, y donde hace mil y ochocientos brillaron los poetas del siglo de Neron, los Sénecas y Lucano.

El tiempo me falta, señores, y no puedo detenerme á manifestar todo lo que debe la elocucion poética castellana á los tres grandes ingenios que acabo de citaros. Básteme deplorar que hayamos perdido tan buena parte de lo que la adelantó Juan de Mena en su famoso Laberinto, eterna desesperacion, bajo ese punto de vista, de los poetas modernos, y cuyo abandono es el cargo más grave contra los introductores de la manera italiana: básteme consignar el imponderable mérito con que restauró todo lo posible de su obra el divino Herrera, restituyendo á nuestra musa el vigor, la armonía, la pompa, la riqueza, la entonacion, que nadie le sospechaba, y que hacía exclamar entusiasmado al gran Lope de Vega con aquellos acentos de asombro que se han transmitido hasta nuestra edad: básteme referir, por último el triste caso de un ingenio no menor que los otros dos, pero que arrebatado por un soplo de orgullo, y no queriendo ser el segundo en ninguna via, se lanzó frecuentemente por una despeñada, en la que nos dejó como ejemplo tantos portentos admirables, y tantas ruinas desastrosas: grande en su belleza, cuando es bello, sobre toda ponderacion; grande en sus miserias, cuando es miserable, más allá de todo lo que concibe el entendimiento humano.

Aquí, señores, pongo fin á esa confirmacion que habia pedido

á la historia, de lo que nos inspira en su primer aspecto el exámen de la naturaleza y de los pueblos andaluces. Eso basta para mi propósito, sin necesidad de ocuparnos en nombres y en obras más recientes. Lo que se repitió por el largo período de tres mil años, no dudeis que habrá seguido repitiéndose despues, y que se repetirá en tanto que duren aquella tierra, aquellas flores, aquel ambiente, aquel sol, aquellos habitantes.

Dios, que reparte los bienes del mundo; Dios, que dilató como un mar inmenso los arenales de la Libia; Dios que envolvió en sus nieblas, como en un sudario, á la antigua Albion; Dios fué quien arrojó sobre las provincias meridionales de España esa varia y ostentosa vestidura, que las engalana como para un espléndido festin, y quien puso en el corazon de sus moradores la chispa de ardoroso ingenio, que hará brotar constantemente de sus labios fúlgidos raudales de armonía. Si por acaso anhelais hallar un espíritu profundo, que os patentice las cavernosas miserias del corazon humano, que os conduzca á la torre de Ugolino, ó al banquete de Macbeth, no le busqueis en ese bello país de que venimos hablando, y cuya poética inspiracion nos ocupa en estos momentos. Sería un acaso milagroso que lo encontrárais: donde debeis buscarlo es en las islas del polo, en las cuevas del Apenino. Aquí es otra poesía la que podeis buscar, otra la que siempre ha existido, otra la que perpétuamente hallaréis: poesía exterior, de forma, de brillo, de expansion; poesía que no encierra esos volcanes; poesía que se complace en la dulzura, en la luz, en el deleite; un poco quizá más de lo justo, en la amplitud, en el número, y en la arrogancia; poesía, que aun para morir cuando de morir se trate, preferirá al fragor del trueno, y al terrible golpe del rayo, el canto de las sirenas, y el sepulcro de hojas de rosa en que

envolvian los Césares á sus convidados en la capital del antiguo mundo.

No sé, señores, lo que pensaréis vosotros; pero yo doy gracias á Dios de haber puesto mi cuna á la sombra de aquellos naranjos, y bajo la espléndida bóveda de aquel cielo.

III.

DISCURSO DE CONTESTACION

AL SR. D. RAFAEL BARALT,

EN SU RECEPCION

EN LA ACADEMIA ESPAÑOLA,

1853.

SOBRE EL MARQUÉS DE VALDEGAMAS.

SEÑORES:

En la solemnidad que hoy reune á la Academia Española, y despues del brillante y filosófico discurso que acabais de escuchar, cualquiera de sus individuos podria contestarlo dignamente, inspirado por el asunto, y sostenido en él por su juicio y su inteligencia: yo solo, á virtud de muy especiales circunstancias, temo y vacilo en este encargo, agitado por mi memoria, conmovido por mi corazon.

Hace, señores, treinta años, —como que era en Octubre de 1823, —que entraban dos jóvenes, casi dos niños, de catorce á quince de edad, por las puertas de la Universidad de Sevilla. Arrojábalos al uno y al otro en aquel asilo la tormenta política, que habia bramado y bramaba en nuestro horizonte, y

que con un conocimiento certero descargaba preferentemente sus rayos en los que habian tocado apénas los umbrales del mundo. Aquel venia de Salamanca, donde su imaginacion precoz diera larga muestra de un infantil liberalismo: éste venía de Córdoba, donde, con más modesto continente, tambien se habia hecho notar entre los partidarios de las instituciones constitucionales. Aquel y este, siguiendo el ejemplo de Padres amados y venerados, y llevando en sus entrañas el noble sentimiento que se indigna de toda opresion, que repele toda tiranía, habíanse agrupado con viva fé y con espíritu ardiente en derredor de la nueva idéa que iluminaba á la sociedad española, abriendo á ella sus inocentes ánimos, acariciándola en sus sencillos corazones, dilatándola y predicándola en sus poco reflexivas, en sus tal vez imprudentes palabras. — Por eso los amagaba, cuando no los hiriese, la reaccion: por eso tenian que huir de los lugares en que habian comenzado sus estudios: por eso iban á obscurecerse y á confundirse en aquel mayor y mas inextricable espacio, donde nadie se ocuparia de seguro en sus antecedentes, donde nadie inquiriria sus aspiraciones ilusorias, sus vagos deséos, sus imposibles, quiméricos propósitos.

La concurrencia á unas propias clases, la analogía de situacion instintivamente adivinada, la posesion de unos mismos principios y gustos, á la par que de diversos caractéres, que quizá se completaban entre sí, los enlazó con una amistad íntima, de aquellas que solo inicia la juventud, pero que duran por toda la existencia, como el perfume de una flor que jamás se agosta. Juntos vivieron, juntos se formaron, en aquella ciudad de nobles y artísticos recuerdos; juntos procuraron inquirir las ciencias del derecho y de la razon: juntos abrieron sus almas á la viva luz de la belleza; juntos, sin abdicarlas nunca,

modificaron tambien sus ilusiones de niños, cual lo exigia el discernimiento de la edad, que se adelanta en madurez con las pruebas de la sujecion, y con los quebrantos del infortunio.

Si posteriormente, el oleaje social y el huracan de las pasiones políticas los echó por rumbos diversos más bien que contrarios, la memoria de aquellos tiempos dichosos fué siempre un nudo indisoluble, que entrambos llevaron con placer, sintiéndolo eterno en sus corazones. ¡Hoy lo ha sellado, lo ha santificado la tumba!... — Comprended, señores, cómo no puede el que sobrevive, fijar sus ojos en el que murió sin que se le arrasen en lágrimas: comprended cómo no puede juzgarle con la fria impasibilidad de una crítica indiferente: comprended como— agradeciendo á nuestro digno Director que le haya dispensado esta honra, y encargádole la última palabra que aquí se ha de pronunciar respecto al amigo de su niñez, — duda en el momento de pronunciarla, y casi se arrepiente de un deseo, para el que no habia contado con las flaquezas de su fraternal cariño. Mayor serenidad, mayor imparcialidad de idéas reclamaba este acto: disculpadme, señores, si no alcanzo la una, si no me es dado remontarme á la otra.

Afortunadamente, el discurso de nuestro nuevo compañero es tan completo y tan acabado; califícanse en él con tal exactitud las concepciones del filósofo, y las dotes de expresion y forma del escritor á quien reemplaza; enúncianse con tan atinado juicio las ideas que todo entendimiento recto debe deducir del análisis de sus obras, que yo no tendria nada que rectificar ni que añadir si quisiera seguirle en su estimable trabajo, y me veria en la precision de hacer variantes sobre lo dicho, con el grave riesgo, que siempre amenaza á los de rebusca, de pare-

cer forzados y premiosos, en comparacion de los espontáneos y naturales.

Prefiero, señores, fijar por algunos momentos mi vista en la persona del querido académico á quien lloramos: señalar algunas circunstancias, poco conocidas, de su sensibilidad, de su carácter, y aun de su talento propio; y encontrar en ellas el gérmen y la explicacion de las que resaltan en sus escritos, ora de contínuo como inagotables raudales de luz, ora tambien de tiempo en tiempo, como golpes de sombra que los contrastan y los anublan.

No tengo que hablar ni de la fuerza de comprension, ni de la facultad generalizadora, que desde niño le distinguieran. Está viva en la memoria de todos la elevacion de sus pensamientos, y la grandilocuente sonoridad de sus palabras. Si alguna aspiracion crítica puede levantarse hasta él acerca de ese punto, solo ha de consistir en aquella propia elevacion y sonoridad constantes, que, despojadas de más suaves tintas ó de tonos más apacibles, fatigan al cabo con su permanente tension á ménos poderosos entendimientos. Tambien la luz que contempla el águila en las purísimas claridades del espacio, cansa y deslumbra á los que, careciendo de su fuerza, la recibimos de lleno en nuestros débiles ojos.

Mas á esa facultad de generalizar, á esa necesidad de remontarse siempre y para todo hasta los principios, por una síntesis que no descansaba sino en lo simple y lo absoluto; uníase en nuestro sócio el exquisito don de sentir con extremada viveza, pero no con duracion ni constancia, y uníase tambien un carácter tímido, que contrastaba hasta no más con la reconocida audacia de su talento. Si por la inteligencia era gigante, era asímismo mujer por la sensibilidad, y era niño por el corazon.

ios le habia hecho de ese modo: no permitiendo quizá sus inescrutables juicios que se acumulen y completen todo género de grandezas, en este ser miserable que ha condenado á la imperfeccion y á la incertidumbre.

Pues bien, señores: en ese conjunto que os acabo de indicar de diferentes y encontradas dotes; en esa reunion de discordes cualidades, que pocos han podido conocer mejor que el que os habla, está la clave segura para comprender y juzgar con acierto á la persona en quien nos ocupamos, como tambien lo estuvo el destino de su vida, y la succesiva generacion de sus siempre grandes, de sus siempre sorprendentes idéas. El mundo que no poseyó esa clave, ha podido algunas veces pararse ante ellas con duda ó con asombro: para los que la tuvimos, conociendo al hombre, nada más fácil que seguirle en su marcha; nada más sencillo que comprenderle como era, y aun casi predecir cómo habia de ser en cada momento.

Dedícase en los primeros años de su juventud al cultivo de las letras humanas: oye con ardor los consejos del insigne patriarca de nuestra literatura, prez y gloria de esta Academia (1): explica en el Instituto de Cáceres: lucha en el memorable concurso del Cerco de Zamora; arroja, en fin, á la luz pública varios cantos, que se escapan de su alma, ora con motivos de júbilo, ora en instantes de dolor. Y ya desde entónces, con la leche de la enseñanza en los labios, comienza á lucir esa distinguida individualidad, que debia acompañarle hasta el sepulcro. Lo grandilocuente de la expresion, lo atrevido, lo absoluto, lo exagerado de la idéa, son sus reconocidos caractéres. Ni espereis de él el depurado gusto, que significa serenidad y prudencia; ni espereis la moderacion,

(1) El Sr. D. José Manuel Quintana.

que se deriva de la duda ó de la templanza. Es un retoño del antiguo genio cordobés el que nace y se ostenta al mundo, con su valentía, con su desenfado, con su negligencia tradicional: es otro Lucano, que prepara una nueva Farsalia, escribiendo la tragedia de Padilla: es otro Góngora, no despeñado aun en sus delirios, sino desenvolviendo las tendencias de Herrera, el gran imaginador; pero un Góngora quizá más inflexible y ménos variado que el autor célebre de Angélica y Medoro, capaz de sobrepujarle en sus Canciones, incapaz de seguirle en sus Romances.

De haber permanecido por algun tiempo las instituciones de 1830; de no abrirse á la juveniud el nuevo estadio que de allí á poco se le franqueó, llamándola á las cuestiones públicas, puede tenerse por seguro que el cantor de la Duquesa de Frías hubiera llegado á ser muy luego un jefe de escuela en nuestra república literaria. Su independencia, por no decir su desden hácia los ajenos juicios, la fuerza creadora de su rica imaginacion, el atrevimiento de su pintoresca palabra, lo fascinador y dominante en la cadena de su discurso; todo acredita la exactitud con que concebimos y enunciamos esta idéa. Habria sido un bien ó un mal, no necesitamos discutirlo ahora. Pero siempre es necesario rendir homenaje al talento que despunta con tal elevacion; y reconocer cuánto se distinguen y sobresalen entre la muchedumbre de escritores los que arrastran á las generaciones succesivas por cualquier inusitado sendero, siquiera no sea ni el más desembarazado y espacioso, ni el que más rectamente dirija al templo de la inmortalidad y de la gloria.

Entretanto, señores, cambia segun dejamos indicado, la situacion de las cosas públicas: reemplaza 1833 á 1830; y quien se anunciaba hasta allí como poeta ó como disertador literario, levántase de repente como político, como estadista, como filóso-

fo, de la más importante y transcendente de las filosofías todas.

Pero observad de qué manera se levanta, y con qué condiciones se presenta al mundo: observad cuál sigue su camino, al parecer tortuoso y vario, en realidad idéntico consigo propio, como impelido por una misma fuerza, como producto necesario de una sola causa.

No me refiero, señores, al estilo ni á la forma. Reconoce todo el mundo que no hay en estos otra variacion sinó la que exige la naturaleza de los asuntos tratados, y el desenvolvimiento que imprime la edad aun en las cualidades más consistentes. Siempre igual grandeza de imágenes; siempre igual sonoridad de períodos; siempre idéntico lujo de generalizacion, siempre la carencia absoluta de tonos modestos, en que descanse el ánimo, y que den fuerzas para admirar nuevamente otros nuevos arranques de fantasía.

No es esto de lo que quiero hablar. Entro más en el fondo de las cosas, y descubro y contemplo la unidad á que me he referido en la extraña combinacion que cité antes; cual resulta de ese talento que tan alto concibe, de esa sensibilidad que se afecta tan viva y pasajeramente á la vez, y de esa condicion tímida y flaca, efecto quizá de la dolencia física que le llevó á la tumba, y que es posible le trabajase desde sus primeros años. Hé aquí, señores, á mi juicio, lo que nos explica su vida toda: hé aquí lo que nos da el secreto de sus variaciones aparentes, reivindicando y reconstruyendo la unidad, que en pocos ha sido tan verdadera y tan constante.

Fijad sinó vuestros ojos en el publicista de 1833, en el profesor de 1836, en el negociador de 1841. Las ideas son diversas, son contrarias en cada cual de estas épocas; no hay que ponerlo en duda, porque antes de todo es el derecho de la verdad. Las idéas son diversas; y sin embargo, en cada caso son las que

comprende el escritor con la más sincera buena fé, son las que concibe destinadas para labrar la felicidad del mundo. ¿Sabeis por qué sucede así? ¿Quereis conocer el motivo que le coloca, con tan pequeños intervalos, en tan diferentes puntos de vista? ¿La razon de aparecer aquí liberal ardoroso, allí liberal doctrinario, despues apénas liberal?

Pues depende, señores, de que en 1833 acaba de presenciar los desafueros del poder absoluto y la procaz conducta de los voluntarios realistas; de que en 1836 ha visto de cerca el movimiento revolucionario de las provincias, con su aterrador carácter: de que en 1840 por último, ante los pronunciamientos de Setiembre y la regencia militar, cree reconocer estéril y baldía la Constitucion moderada, que tres años ántes hicimos ó aceptamos todos. Es liberal, ardiente liberal, primero, porque el liberalismo es el refugio contra los excesos de la monarquía pura: es en seguida doctrinario, porque la soberanía de la razon le proteje contra las saturnales de la demagogia: se lanza finalmente en la reaccion monárquica, porque juzga vilipendiada y abatida la autoridad, y porque entiende que solo siendo fuerte y legítima es como salva á las sociedades de vaivenes y trastornos.—Hubo, pues, en todos los casos para conmoverle, para decidirle, un peligro que hirió su fantasía. Temió, se apasionó, y se lanzó consiguientemente en un nuevo refugio: generalizó sobre un órden de idéas, y tuvo en poco, cuando no suprimiese, las que le atenuaban ó modificaban. Y puesto ya en esos caminos, y olvidado de antiguas impresiones que le habian empujado á otros, su talento extraordinario encontró siempre grandes imágenes y expresiones sonoras, que llenaron el espíritu de los oyentes como habian llenado el suyo, y que abrumaron, cuando no convencieran á los que le escuchaban, con

su reconocida, innegable majestad. Es lo cierto que faltaba en su carácter un contrapeso de energía, como de duracion y de constancia en los sentimientos de su ánimo; y que al considerar en cada ocurrencia los últimos aspectos de la causa pública, se eclipsaban ó desvanecian en él las propias consideraciones que en época anterior tenian ocupado su juicio:—de ahí la facilidad para inclinarse á todos los extremos y la exageracion al adoptar todas las doctrinas, huyendo en cada caso de la idéa que le ofende, ó del peligro que le amenaza.

Y esto mismo sucede despues, señores, cuando al tomar mayor y más resuelto vuelo, da la espalda á las cosas terrenas, maldice de la política liberal y de la humana filosofía, y quiere elevarse, á la sombra y amparo de la religion, hasta los mas altos principios de lo verdadero y de lo absoluto.

Habia sido testigo en 1847 del prolongado acabamiento, de la agonía admirable, de la santa muerte de uno de sus hermanos: jóven modesto y sencillo, humilde de corazon, dechado de todo género de privadas virtudes. Aquella dulce serenidad, aquella inefable resignacion, aquel tránsito visible y misterioso de los padecimientos del mundo á las dulzuras de una eternidad feliz, le hirieron y conmovieron vivamente, sojuzgando su criterio, y arrebatando su inteligencia. Apareciόle notorio lo fútil de las especulaciones humanas; vió la derrota de los sentimientos del orgullo, postrados por el Cristianismo inocente y sincero. Admiró su alma, necesitada, como siempre, de entusiasmo: animóse su debilidad, necesitada, como siempre, de apoyo: despertóse y exaltóse su fé, que, no renegada nunca desde niño, dormitaba, como en tantos otros dormita, al alhagüeño arrullo de los intereses y doctrinas de la tierra.

Mas entrado en esa vía, su naturaleza le llevaba á ser fervo-

roso cristiano, como habia sido liberal ardiente, resuelto doctrinario, decidido reformista. Nunca le habia de consentir su genial índole el hacer nada á medias, ni el proceder con vulgar templanza. Como pedia las Córtes, tronando contra la Diplomacia extranjera, en 1833; como se atrincheraba con las teorías racionalistas en 1836: como pugnaba por una regencia dinástica en 1841, y por una Senaduría Real en 1845; así tenía que arrojarse ahora en los estudios teológicos, y embeber su alma en los arrobamientos del misticismo: emulando á Bossuet y á Santa Teresa, cual emulara antes á los políticos profanos de más nota; y hablando tan dignamente de las cosas santas, como hablara de las terrenales en su profesorado, y en su apostolado, de los intereses del mundo.

Coincidia esto, señores, con los acontecimientos de 1848. Y bástame citar esa fecha, para que se conciba todo lo que debió influir en el alma del nuevo y apasionado cristiano. No busqueis otra explicacion del último período de su existencia; no la busqueis particularmente del célebre escrito que ha llevado por toda Europa su nombre, y que ha sido principal materia del discurso á que debo responder en estos momentos.

Desde los sombríos terrores de 1793, y desde las vergonzosas orgías de 1797, no ha habido una época más fatalmente ominosa á la libertad que ese tristísimo año de 1848. Desbordado y triunfante por donde quiera el espíritu que se engalanaba con sus mentidos arréos, todo lo conmovió, todo lo amenazó subvertir en nuestro antiguo continente, no habiendo institucion, por sagrada que fuera, que no vacilase ante el horrible cataclismo. Poder, sociedad, familia, á todo atentó en su vértigo; el estremecimiento fué universal; el gemido de desesperacion se escuchó tan pavoroso como profundo en las entrañas del género humano.

Es un gran milagro, señores, es la prueba más concluyente de lo perdurable de la libertad política el no haberla visto sucumbir para siempre, tras de aquellos delirios; el considerarla incólume en los ánimos, vencedora de sus propios desmanes, levantando su martirizada y laureada cabeza, entre el crugir de las armas y los despiadados alaridos de la reaccion. Verdad es que se halla cubierta con un velo en las márgenes del Sena; pero luce en las del Mosa y en las del Tajo; pero se levanta espléndida y llena de porvenir en las cimas de los Alpes; pero vive sobre todo, con una vida inextinguible, en la afortunada region donde tuvo su cuna para los estados modernos, de donde procedió el último siglo entre los pliegues de la filosofía, y de donde procederá otras mil veces, si fuere necesario, en el aliento de la razon, y en el multiforme vehículo de la actividad que nos devora.

Mas no podia esperarse de ningun modo que este milagro de la entereza y del buen sentido alcanzaran á nuestro amado compañero. En la situacion de ánimo en que se encontraba por entónces (1848); tenía que cortar definitivamente el débil lazo que aun podia unirle con las doctrinas del liberalismo racional. Como hombre de gobierno, habia de invocar la dictadura: como filósofo, habia de refugiarse del sistema del libre exámen en el de la obediencia pasiva, y del de la exencion del pensamiento en el de la infalibilidad del poder monárquico.

Estoy muy léjos, señores, de censurar que contraponiendo aquel insigne escritor lo que es de institucion divina á las que parecen invenciones humanas, ensalce á lo primero sobre lo segundo, y vuelva sus ojos al cielo, asustado y hastiado de los azares y decepciones de la tierra. Yo tambien humillo mi frente en presencia de lo eterno y lo inefable; y no le comparo con

criminal audacia lo que siendo humano, es perecedero como tal. Mas ¿era por ventura necesaria semejante contraposicion? ¿Era ésta tampoco legítima? ¿Debíanse señalar como puntos que se excluyeran, que se repelieran, en que la sublimacion del uno fuese la caida y condenacion del otro, el cristianismo el liberalismo, y el socialismo?

Aquí está, en nuestro modo de sentir, el notable yerro del autor y de la obra: yerro, que no lo deja de ser por los magníficos accidentes de idéas y de formas con que se le reviste; yerro, que nace como todos los de la persona de quien hablamos, en esa vivísima sensibilidad que le ofusca sobre las más antiguas concepciones, y en esa generalizacion extremada, por la que prescinde ó descarta á veces muy importantes elementos, dignos de ser apreciados y considerados. Estimó al liberalismo un accidente de nuestra edad, no mirando sinó á su forma: olvidó que su esencia es de todos los tiempos, de todas las sociedades, necesaria mientras ellas subsistan, ingénita en la humana naturaleza; y el resultado fué el de empequeñecerle y rebajarle, para ensalzar lo que sin ese recurso era por sí propio tan digno y tan sublime.

Un estudio más sereno, y de consiguiente más imparcial, un análisis más acabado de la índole y de la historia del hombre, hubiera impedido semejante error, y hecho perfecta y fecunda aquella síntesis que no lo es. Valdria sin duda el cristiano tanto como vale ahora; y el ciudadano y el filósofo no estarian expuestos á las censuras que pueden alcanzarles. Porque el filósofo habria considerado anchas y subsistentes las bases del liberalismo; y el ciudadano habria tambien descansado en ellas con satisfaccion, como quien descansa en su indudable y legítimo derecho.

No quiero, señores, que se me crea por mi palabra. Reconozco mi deber de justificar los pensamientos que emito; y espero de vuestra benevolencia que me permitais intentarlo, tan brevemente como es forzoso en esta contestacion.

Pongamos nuestra vista en toda sociedad humana: interroguemos con sencillez y sin prevenciones á su historia: demandemos á los siglos lo que pueden enseñarnos, acerca de la cuestion que nos ocupa. Y la historia y los siglos nos responderán que no hubo jamás sociedad alguna, en donde no existan y hayan existido dos órdenes de instituciones, que acreditan dos órdenes de idéas. Son unas las que constituyen el verdadero poder; las que ordenan y regulan su accion; las que, por medio de la disciplina y la obediencia social, consagran y afirman la tranquilidad pública. Son otras las que constituyen garantías contra los desmanes y abusos de esa autoridad ya creada; ora rodeándola de útiles resistencias, ora levantando distintos y parciales poderes, que sirvan de contraste á sus actos, para que no se ejerzan con holgura en perjuicio de los individuos ni de la propia nacion. Y si bien tales instituciones no están de ordinario materialmente separadas entre sí, es seguro que el entendimiento las distingue, y las estima y las señala como son, dobles y diversas. La autoridad y la garantía, la disciplina y el exámen, el mandato y la discusion, el poder y sus limitaciones; todo ello constituye esos dos órdenes paralelos y de una relacion necesaria, en la esencia de los diversos estados del mundo. El Autor Supremo los dotó á la vez con lo uno y con lo otro; y nuestra observacion tendrá que reconocerlo, sin duda, en cualesquiera de ellos donde se fije, y que haga objeto de sus imparciales investigaciones.

Los ha habido, ciertamente, los hay, los habrá, en tanto que

el hombre durare, en que las idéas correspondientes á cada série sobrepujen á las de la série contraria, y parezca que las absorven, ó por lo ménos, que las eclipsan. Lo conocemos, y lo declaramos, sin dificultad de ningun género. En las cosas que no son simples, la perfeccion y ponderacion exacta es más bien un deseo, que no un hecho positivo y real. Los principios individuales y garantizadores se han sobrepuesto á veces á los de disciplina y autoridad, embarazando y destruyendo la gobernacion; como los principios de autoridad y disciplina tambien se han sobrepuesto, y casi han ahogado, otras, á los contrarios que los enfrenaban. Mas á pesar de lo uno y de lo otro, ni estos ni aquellos han podido jamás desaparecer completamente. Nuestra naturaleza humana, libre á un tiempo y disciplinable, racional y necesitada de órden y direccion, hace absolutamente precisa la coexistencia de esos dos linajes de instituciones. Y decimos más: que en donde quiera que con poco acuerdo se ha querido acabar con uno de los dos, allí, ó la usurpacion afortunada del poder por una mano firme, ó el soplo de las revueltas, por quienes no tenian otro medio de gestionar sus intereses ó de expresar sus voluntades, han venido á dar una nueva canonizacion á los principios que vamos proclamando, y á acreditar repetida y constantemente que es imposible la sociedad humana sin una autoridad que la gobierne, y sin una garantía que la defienda.

Pues bien: esas instituciones, esas idéas de garantía, tan indispensables en su fundamento, aunque varias y mudables en su forma, aunque susceptibles de ménos y de más, de restriccion y de desarrollo, al compás de las diversas sociedades; esas son las que en el lenguaje usual de nuestros dias constituyen la base del presente *liberalismo*. A ellas, á su proclamacion y sostenimiento, á la doctrina que las desenvuelve y las propugna,

que las justifica con amor, que las dilata con valentía, que lucha por su consagracion y su triunfo contra aquellos que las comprimen ó las niegan; á eso es á lo que damos este nombre, que tan equivocada como dolorosamente se buscó, para ofrecerlo por antagonismo de la escuela cristiana, deducida de la Santa Religion, reguladora de nuestras creencias y de nuestra moral.

Vése, pues, notorio el yerro, como lo veníamos señalando de más arriba. La contraposicion se fundaba en suponer al liberalismo accidental, moderno, transitorio; y acaba de hallarse por las anteriores consideraciones que es no solo en su esencia antiguo, sinó necesario; que si cambian y se corrompen sus formas, su natural índole dura y permanece inalterable, revistiéndose de las que son acomodadas á la contemporánea situacion de los pueblos. Sin duda ninguna, es más alta y más fecunda, como más celestial, la Religion: son más puros y más universales sus beneficios: aun sin tener por objeto directo las cosas terrenas, trajo al mundo una más santa libertad, no conocida de nuestros antepasados, y que forma hoy parte de la herencia que poseen ó reivindican las naciones. Pero si ella es una nueva garantía de la dignidad humana, y la ofenden los que quieren constituirla en mero instrumento de gobernacion, ¿por qué ha de presentársela como antítesis de las que son tambien garantías naturales y justas, y se ha de maltratar y abofetear á estas, para levantar y celebrar sobre su deshonra lo que no necesita de facticios y deleznables pedestales? No olvidemos nunca, señores, que solo en lo comprensivo y en lo armónico se encuentra la verdad; y que buscarla en lo exclusivo y en lo simple, cerrando los ojos para no ver lo que nos ofende ó nos estorba, no es glorificar la verdad misma, sinó iludirse á sí pro-

pio, y navegar al cabo en un océano de brillantes errores.

Por lo demás, si esta base de la obra á que aludimos nos parece exagerada y aun falsa, todo lo que en ella no procede de ese dato especial encanta á la imaginacion, y satisface al ánimo con su inmejorable acabamiento. Y aun eso mismo en que no se puede convenir, ¡cuánto no seduce ó abruma, ya que no convenza ni demuestre! ¡Qué de grandeza, señores, en las idéas! ¡Qué de bellezas varoniles, qué de perfeccion en las formas! El pensador y el hablista tocan ya á la cúspide de lo que pueden ser en tiempo alguno. No se habia ostentado más grande Tertuliano, combatiendo á los antiguos heresiarcas: no habia aparecido más severamente bello Bossuet, en sus vigorosas refutaciones del moderno protestantismo.

Dios, cuyos inefables, supremos arcanos, confunden y burlan nuestra miseria, cortó de repente, cuando ménos podia esperarse, esa lumbrera de nuestro siglo, esa prez de nuestra nacion! Dios derramó una gran lástima en el espíritu de cuantos le estimaban, que eran todos los que le conocian: una gran amargura, un dolor inacabable, en el corazon de los que le habíamos amado con nobles y sinceros afectos. Acatando su juicio, bendiciendo su nombre, la sociedad entera ha echado coronas sobre aquella tumba, y nosotros la hemos regado con nuestras lágrimas. Tambien la Academia paga gustosa este tributo á quien se honró llamándose su sócio; á quien la honró, reflejando en ella los rayos de gloria que le circundaron, y que hoy coronan su recuerdo.

Mas cumplido tan piadoso deber, arrojados el último lauro y la última flor sobre ese sepulcro, es obligacion mia tornar los ojos á lo que ya tengo delante, y consagrar algunas palabras á la eleccion que hemos hecho, y al nuevo compañero que por

primera vez se sienta entre nosotros. No podrán ser muchas; que el ánimo desfallece cuando se ha ocupado en objetos tan dignos; y falta la atencion para las cosas literarias, despues que se la lleva á lo más alto, á lo más sublime que puede llenar el entendimiento humano, Dios y la libertad.

Era estrecho, era apremiante el compromiso en que la muerte del marqués de Valdegamas ponia á la Academia Española: al llenar su desocupado asiento, necesitábase hacerlo con dignidad, para que no recayese la vergüenza de una humillante comparacion, ni en los que sin cordura lo adjudicaran, ni en el que osase sin títulos invadirlo. Es este, señores, uno de los bienes que dispensan á tales Cuerpos los hombres de primera línea: no solo los enaltecen y los decoran en tanto que viven, sino que los custodian con su sombra, despues de fallecidos, defendiéndolos de intrusiones que pudieran amenguarlos.

Ahora bien: si la Academia ha cumplido con su obligacion, si desempeña el forzoso deber en que su buena suerte la colocaba, dígalo el discurso que acabais de escuchar, tan superiormente pensado, escrito con tanta pureza, con tan agradable estilo, en tan correcto y escogido lenguaje. Quien sabe juzgar así al ilustre compañero que la Providencia nos arrebata, bien tiene hechas sus pruebas para reemplazarle, bien se puede sentar con segura, aunque modesta frente, donde se sentaba aquel, en medio de nuestra noble Corporacion.

Pero no es esto tan solo. Sin hablar de otros títulos que distinguen al nuevo académico, sin analizar escritos de muy diversa índole que le ha debido nuestra literatura, sus apuntes históricos, sus controversias políticas, sus poesías tan sentidas como delicadas; me es imposible, señores, no recordar la empresa de su filosófico Diccionario, que ha merecido tiempo hace

nuestra más cumplida aprobacion, y que la España inteligente aguarda con viva impaciencia. Y ¿cómo no la habíamos de aprobar y estimular nosotros, y cómo no habíamos de rodearla de todo el interés que verdaderamente merece, cuando la primera idéa de semejante obra nació en esta casa misma, y se enunció más de cincuenta años hace, en un acto análogo al que celebramos hoy?

Permítame la Academia un recuerdo, que hace tan natural y tan oportuno la recepcion de este dia.—Verificábase otra en Octubre de 1799; y el sócio que en aquellos momentos era admitido por nuestros predecesores, el gran escritor, el gran poeta, el insigne ciudadano, D. Nicasio Alvarez de Cienfuegos, disertaba sobre el carácter y los destinos de la noble y hermosa lengua á cuyo estudio nos consagramos todos. Y despues de haber discurrido acerca de este tema con la elevacion de pensamientos que le era tan comun, decia del modo siguiente, dirigiéndose á la Academia misma, que de seguro debió contestarle con aplauso tan sincero como universal.—«La lengua castellana, que es sin disputa una de las más ricas, de las más libres, de las más grandilocuentes, y de las más melodiosas entre todas las modernas, está bajo tu sombra paternal, esperando que tus cuidados la habiliten para llevar al supremo grado las ciencias entre los españoles. Tú, que tanto has trabajado para darle un vocabulario, y que no cesas ni cesarás hasta que se le perfecciones, encerrando en él todas nuestras voces, giros, frases, locuciones antiguas y modernas; tú acometerás despues la grande empresa de formar un diccionario metódico, en que las palabras ocupen su lugar, no segun el órden alfabético, sinó segun el de las idéas, que es el órden de la naturaleza. Allí verémos con la historia de cada signo la de cada pensamiento por él re-

presentado, y por consiguiente la historia del entendimiento entre nosotros. Allí, subiendo al orígen de cada voz, explicarás su sentido propio y primitivo, y derivarás de éste los sentidos secundarios y trasladados; y determinando la diferencia que hay entre las palabras llamadas sinónimas, probarás que cada signo representa una idéa diferente, ó una modificacion diferente de la misma idéa. Allí, fijando el número y el valor de las terminaciones y el de las preposiciones y adverbios iniciales, presentarás los verdaderos radicales de nuestra lengua, enseñando por este camino el modo de formar voces nuevas, para que las ciencias no se valgan en adelante de nomenclaturas ininteligibles y absurdas.....»

No necesitamos copiar más. Vuestra inteligencia hubiera creido oir, oyendo estas palabras, el prospecto de ese Diccionario etimológico á que antes me referia, y que, con una audacia de las más justificadas y honrosas, tiene emprendido nuestro nuevo compañero, al son de los elogios de la España entera.

¡Cosa singular, señores! Un gran poeta, á fines de la centuria pasada, entrevé en su lozana imaginacion esa obra colosal, y la propone á la Academia para corona de las suyas. Pasan años y años, guerras, trastornos, revoluciones: el infeliz Cienfuegos va á morir desterrado en Francia, donde todavía yacen sus cenizas: su discurso, cubierto de polvo, queda tambien en olvido en los estantes de la Academia. Y medio siglo despues, otro escritor, que no vivia cuando se pronunció el vaticinio, que no tenia del mismo la menor noticia, concibe el propio pensamiento, lo enuncia con palabras idénticas, recibe por él las felicitaciones de este cuerpo literario, y viene, en fin, á sentarse hoy entre nosotros, donde le podrá llevar á término con mas facilidad y mas perfeccion, valiéndose de los tesoros que ha acu-

mulado el estudio, ayudándose eficazmente con la suma de luces congregadas en este recinto.

¡Así se cumplen los faustos destinos de la Academia! Sus individuos pasamos, arrastrados en la perdurable corriente de las cosas humanas; pero la idéa, pero la ciencia, pero el arte, emanacion de la divinidad, vive inextinguible, renace, si por un momento se eclipsa, y progresa sin cesar en los incomensurables límites de lo verdadero y de le bello. Todas las altezas concurren á ese propósito, todas las capacidades llevan para formarlo, su tributo al tesoro general. El genio, su grandeza que admiramos: el talento y la crítica, su laboriosidad que bendecimos: el don profético, su intuicion de lo que ha de venir en tiempos más felices. Hasta la modesta medianía, que siempre tiene algun lugar en estos cuerpos, hasta los que la personificamos más sencilla y humildemente, todos contribuimos por nuestra parte á la obra comun, siquiera no hagamos otra cosa que consagrar á tan distinguidos ingénios el elogio que merecen, y rodear con la aureola de la gloria unos nombres que son nuestro ornato y nuestro orgullo.

IV.

DISCURSO INAUGURAL

EN LA APERTURA

DE LA ACADEMIA DE LEGISLACION Y JURISPRUDENCIA.

1858.

SEPARACION

DEL DERECHO Y DE LA POLITICA.

SEÑORES:

Comenzamos hoy nuestros estudios sobre el Derecho, en el año de 1858 á 1859; y cábeme á mí, sinó nuevo del todo en este sitio, poco acostumbrado al ménos á verme entre vosotros, la que es á la par noble taréa é insigne honra de iniciar y dirigir tales conferencias. Puesto que ha sido vuestra la eleccion, vosotros me dispensaréis sinó lleno, como mis predecesores, los árduos deberes de este encargo; y si inferior en justa autoridad al Sr. Cortina, en sólida erudicion al Sr. Gomez de la Serna, en elocuencia varonil al Sr. Rios Rosas, en todo género de mérito á todos los demás, solo puedo seguirlos trabajosamente y á distancia, repitiendo sus pasos, inspirándome con sus ejemplos, é iluminándome con sus resplandores.—En un punto solo ni quie-

ro ni temo quedarme detrás de ninguno: en el celo por el cumplimiento de mis deberes; en el interés por la prosperidad de la Academia.

Próspera, señores, la encuentro; próspera, sin ningun género de duda, la tenemos en estos instantes. El brillo de su tradicional nombradía no se ha empañado en los años últimos: la luz que viene difundiendo desde su orígen, no ha experimentado mengua ni decadencia, aun en este tiempo en que refulgen tantas luces análogas. Se ha levantado y ha echado raices en frente de ella la gran Universidad de la córte, que antes no existia; se ha consolidado para siempre el Parlamento, que tampoco tenia ser cuando nuestra Academia nació y creció; y á la par con la una y con el otro, y enmedio de tan noble elocucion y de tan distinguida enseñanza, ella tambien ha subsistido, ella tambien se ha conservado, y no, de seguro, en la modesta obscuridad de un puesto subalterno, sino alimentando altas aspiraciones, ostentando ambiciosos propósitos, y ganando frescos y gloriosos laureles.—Yo, señores, puedo decirlo sin embarazo, porque no es mi propia alabanza lo que declaro en ello: en el recinto en que resuena ahora mi voz se ha enseñado tan bien como en la Universidad, y se ha discutido y se ha hablado tan bien como en las Córtes.

A continuar esta honrosa ocupacion, sin desmerecer del puesto que hemos alcanzado, es á lo que nos reunimos nuevamente en el año que principia: á reanudar esas taréas, á proseguir esos debates, que si para cada cual de nosotros, seres limitados, meros individuos, se agotan y parece que acaban; para todos en conjunto, para la humanidad de que hacemos parte, no tienen posibles límite ni término. Una nueva generacion llega cada dia á escucharnos primero, á ayudarnos despues, á

reemplazarnos por último; y ante ella, y para ella, y con ella, es deber nuestro el proseguir las pasadas investigaciones, y el adelantar cuanto nos permita nuestra imperfeccion en el conocimiento de lo recto y de lo justo. La posesion adecuada de lo uno y de lo otro, seguro es, señores, que no ha de lograrse en la tierra; pero el ideal que vislumbra nuestra mente; pero la aspiracion que conmueve nuestro ánimo, nos impelen y nos arrastran por esa vía, que nos señaló como indeclinable destino el autor y supremo legislador de la naturaleza y de la sociedad.

Pues á esa generacion que hoy entra en este sitio llena de juventud y de fé, con la viva presuncion que da la inexperiencia, con la halagüeña confianza que inspira el primer sentimiento de la fuerza propia, no quebrantada aún con decepciones y desengaños; á esa generacion que amamos doblemente, porque nos recuerda lo que fuimos, y nos presenta lo que aún quisiéramos y ya no podemos ser, es á la que voy á consagrar estas breves palabras, que una práctica respetable me obliga á pronunciar hoy delante de todos vosotros. Para varones acostumbrados á la meditacion, para los que siquiera han subido el áspero sendero de la vida, y visto dilatarse ante sus ojos ese ancho, desigual y desapacible horizonte de la realidad de las cosas, nada podria yo decir que no fuese vulgar, descolorido, inferior á lo que saben y á lo que sienten. Discúlpenme por lo mismo, sino intento lo que sería excusado é inútil; y permítanme que me dirija á nuestros jóvenes compañeros, sometiendo á su benevolente atencion, con la autoridad que nos presta la desgraciada primacía de los años, algunas observaciones y consejos, tan sencillos como leales, sobre lo que deben temer y lo que deben procurar, sobre los que son á la vez escollos pe-

ligrosos y antorchas necesarias en la noble y distinguida profesion á que consagran su existencia.

Es, señores, una ley rigorosa de nuestro sér la de que vivamos bajo las condiciones del tiempo en que hemos nacido, la de que experimentemos el influjo de la sociedad de que formamos parte, la de que no podamos aislarnos enmedio de la atmósfera que nos circunda, ni desprendernos y quedar fuera de la corriente en que bullen las necesidades y opiniones de nuestro siglo. Sabido es que cada cual de estos tiene su fisonomía y carácter que le son propios; sus tendencias, sus aficiones, sus adelantos, sus defectos y enfermedades tambien, que constituyen en conjunto la especialidad de su naturaleza. Y así como nuestro cuerpo lleva notoria la marca del clima en que vió la luz, así ostenta una análoga nuestro ánimo, y del propio modo poderosa é indeleble, tomada de la época y de la civilizacion que le recibieron al nacer, y que le amamantaron á su seno. Si el espíritu del hombre, por su esencia, ha sido siempre igual, y ha podido ocuparse en las mismas cosas, por la manera con que lo ha hecho y por los accidentes de que las ha acompañado, nada ha habido tan diverso como esa idéntica y repetida accion en los succesivos períodos de la historia humana. Cabalmente por eso ha existido esta, la historia: porque el hombre es uno y es múltiple, porque nada hay más semejante y más desemejante á la par que nosotros y nuestros mayores; porque cada paso que damos en nuestra indefinida y constante marcha, ofrece una modificacion que cambia nuestro aspecto, por más que respete y conserve nuestra natural y necesaria índole.—Cuando hayamos tocado al término de este destino, habrá concluido el tiempo, y viviremos en la eternidad.

Lo que acabo de decir, señores, en esta exposicion general y

sintética, es una cosa conocida de todos. Nadie niega en abstracto el influjo de los siglos, ni el poder de las edades. Ante la evidencia de tal hecho no hay ojos que se cierren á su luz: bajo la presion de tal poder no hay fuerzas que no se doblen y no se confiesen desiguales á su fuerza.

Así, descendamos naturalmente de esa abstraccion y de esa altura, y vengamos á la aplicacion de estos principios, á la práctica de estas idéas. Puesto que nos ocupamos en el estudio del derecho, y vivimos en el siglo XIX, meditemos un poco sobre el carácter de este siglo, y estimemos cómo puede influir, y con qué género de influencia, sobre ese punto que es nuestra ocupacion.

No creo decir, señores, ninguna cosa nueva, sino emitir por el contrario un pensamiento muy vulgar, repitiendo en este sitio lo que se dice por todas partes: que es eminentemente política la edad que hemos alcanzado. Sea un bien ó sea un mal, debamos jactarnos ó dolernos de ello, estemos satisfechos ó pesarosos de tal circunstancia, en la realidad de la misma no cabe cuestion, no cabe duda; el sentimiento político y la agitacion que es consiguiente, caracterizan, dominan y arrastran la inteligencia y la actividad de nuestro mundo contemporáneo. Aquellos propios que maldicen de ese hecho, se ven tan sometidos á él como los que le contemplan ufanamente; los propios que se declaran adversarios de la política y pugnan por su supresion, hacen á su vez política, y quizá no ménos viva, y quizá no ménos apasionada que la de sus contradictores. Es ella, sin que podamos remediarlo, el ambiente moral de nuestro tiempo: es ella la condicion necesaria de nuestra vida, tal como nos la ha formado lo que trae y forma la de todos los períodos sociales; aquella otra que vivieron y llenaron los períodos precedentes.

Por lo que á mí toca, señores, si me fuera indispensable tener una opinion y enunciar un parecer en el contradictorio juicio de tal suceso, guardaríame mucho de censurar ese estado, esa inclinacion, ese carácter del siglo en que nacimos. Teniendo siempre á honra el ser hijo suyo; siendo consecuente á la enseñanza que me ha dado; recordando la pureza de intencion con que he procedido constantemente al aplicarla; y sin olvidar en fin las distinciones que le ha debido mi humilde persona, yo me envanezco y me envaneceré de haber venido á la luz en una época en que, despues de todo, se aprecia la dignidad del hombre; y doy y daré gracias á Dios por haberme hecho conocer, amar y servir, en la medida de mis facultades, la libertad de mis conciudadanos. Sé bien que esa dignidad y esa libertad no son en este mundo cosas adecuadas ni absolutas: conozco bien los defectos que las amenguan, las tormentas que las combaten, los escollos en que peligran: estoy persuadido, como el que más, de la imperfeccion de todo lo que es transitorio y terreno, y de la imposibilidad de llegar en la práctica á los ideales que percibe nuestra mente; pero todavía me hallo satisfecho con el lote que me ha cabido, cuando le comparo con los otros lotes que eran posibles; y todavía prefiero esos nobles objetos que admira mi inteligencia, y por los que late mi corazon, á la dependiente, oscura y mezquina tranquilidad en que solo ha podido consistir la beatitud de algunos renombrados tiempos. *Malo periculosam libertatem*, decia el primero de los historiadores filósofos al contemplar el Senado romano de la decadencia: *Malo periculosam libertatem*, repito yo tambien al fijar mis ojos en la historia de los últimos siglos, y al meditar sobre el infeliz pueblo de Cárlos II de Austria y de Cárlos IV de Borbon.

Pero no tenemos que tratar aquí ni de mis sentimientos ni de

mis aficiones. Era tan solo un hecho lo que yo queria consignar, y lo que ciertamente consignaba; y cualquiera que sea el juicio que se forme sobre él, bástanos con su realidad incuestionable para las observaciones que os he anunciado como objeto de este discurso.

Nuestra época es política; nuestra atmósfera intelectual y moral está completamente saturada con ese elemento; ni nuestra inteligencia ni nuestra voluntad pueden libertarse de su influjo, ni quedar exentas de su accion. Cuando en esta época estudiamos el derecho, objeto intelectual, ciencia moral, si los hay que merezcan tales nombres, la idéa política ha de venir á mezclarse en nuestro estudio, y á tocar con su hálito, y á revestir con sus colores la laboriosa investigacion en que se ocupa nuestra mente. ¿Es esto un bien, ó es esto un mal? ¿Es una ventaja, ó es un peligro? ¿Es un suceso de que podamos congratularnos, dejándonos llevar apaciblemente por sus consecuencias, ó es una desgracia que no nos sea dado desconocer, y contra la cual debamos precavernos, conjurándola ó atenuándola por todos los medios que estén á nuestro alcance?

Lo declaro, señores, con tanta conviccion como imparcialidad; tengo ese hecho por un peligro, por un mal, por una desgracia. En el estudio de que tratamos, creo que es un principio perturbador el advenimiento de la idéa política; juzgo que la accion de esta sobre aquel, lejos de ser concordante, auxiliadora, benéfica, es una accion contraria, deletérea y disolvente. La justicia y la política no son de seguro una misma cosa: aun admitiendo que Dios las haya hecho hermanas, es lo cierto que ha dado á cada cual de ellas sus diversas facciones y su diferente destino. Donde se requiere templanza en las formas y serenidad en el ánimo, no viene bien una agitacion bullente y fe-

bril, que se apasiona más que discurre, que declama más que medita, que combate en vez de investigar. Donde sería forzoso que campeasen en primer término el principio de la autoridad, el respeto á las seculares, constantes tradiciones, la sumision de los juicios del individuo á los juicios colectivos é históricos, claro está que es trastornador, antitético, lo que vive de razones de teoría, de razones puras, lo que consiste esencial y necesariamente en el libre exámen, lo que tiene por base capital la omnipotencia del concepto contemporáneo, y por indispensable propósito el de ganar, el de apoderarse de ese concepto. Lo uno es verdaderamente un sacerdocio; lo otro es forzosamente una milicia. Y cuando amalgamamos esta con aquel, el espíritu de esta con el espíritu de aquel, no diré yo que confundimos lo contradictorio, ni que pugnamos por realizar lo absurdo, pero diré, sí, que nos exponemos á que lo accidental desnaturalice á lo necesario, y á que lo transitorio ocupe el antiguo y legítimo puesto de lo perdurable.

Todo esto me parece tan sencillo, tan elemental, tan óbvio, que no concibo necesite de más prueba, ni aun de mayor esclarecimiento, que su mera enunciacion.

Otra cosa es la que podeis esperar de mí; otra, lo que quizá se agita en vuestra mente, y lo que puede ser que casi formulen y me pidan vuestros labios.

Puesto que os he dicho el mal, el peligro, vosotros aguardais que os exponga lo que debe combatirle, el remedio: puesto que he tenido resolucion para poner la tienta en la llaga, vosotros podeis pensar que la tendré tambien para aplicar el cauterio oportuno.—«Para eso ocupas la silla presidencial, me direis; para eso te hemos colocado al frente de nuestra Academia.»

No es, señores, la resolucion, no es el ánimo lo que á mí me

falta por lo comun en presencia de los grandes problemas de nuestra pobre y fatigada sociedad: es el poder lo que no siento, lo que no tengo en mis manos, como no lo tiene ningun hombre, delante de esa fuerza abrumadora, que han creado poco á poco quince siglos, para ostentarse y dominar en el presente. Mas de cualquier modo que ello sea, no me cumple esquivar la dificultad que he provocado ó declarado yo propio: si acabo de señalar un bajío en el derrotero que corre nuestra época, obligacion tengo de aconsejaros respecto á él, á fin de que podais salvarlo, y no os estrelleis ciegamente contra sus puntas.

Mi consejo principiará desde luego, rogándoos que os persuadais bien del mismo peligro: si dudais de su existencia, si no le estimais tan grave y tan cierto como es en sí, estais perdidos sin remedio, y no hay nada que alcance á libertaros. Es el canto de las sirenas, que os halagará irresistiblemente, y que embarazando vuestros miembros, sojuzgará sin defensa vuestra pobre voluntad.

Si os convenceis, por el contrario, del pernicioso influjo que ejercen en el estudio del derecho, en su comprension, en su profesion, el sentimiento y la pasion de la política; si lo creeis; si lo temeis; si os prevenís poderosa y suficientemente contra él, no digo yo, señores, que de seguro podréis evitarlo, pero entiendo sí, que sereis capaces de aminorar y atenuar sus necesarios y tristes efectos. Afirmaos en esa conviccion, y resolved enérgicamente combatirlos; y yo os respondo de que habeis encontrado el camino único, por donde se puede llegar al noble término de vuestras dignas aspiraciones. Se ha dicho que *querer es poder*, y esto es verdad en todo lo posible: en lo imposible, *querer es casi poder*; y con eso basta en semejante esfera.

Aun así no lo conseguiréis todo; no dejaréis enteramente el

hombre exterior á la puerta de este recinto; no os despojaréis por completo de vuestra naturaleza ni de vuestros hábitos: mataríais primero vuestro propio sér. Mas si llegais con la decision que os propongo y os recomiendo; si tomais la resolucion enérgica de que os hablo; si os fijais en el ideal que la razon os señala; y si, consiguientemente á todo ello, prevenidos contra cuanto es pasion, agitacion, osadía, individualidad pura, os esforzais en un propósito de tranquilidad de formas, de serenidad y templanza de ánimo, de respeto á la justa autoridad, de deferencia hácia lo que han creido y han enseñado los siglos; si os esfarzais, repito, á elevaros de lo que es pasajero á lo que es inmutable, de lo que es accidental á lo que es esencial, de lo que es transitorio á lo que es eterno, yo os aseguro otra vez de que habréis disminuido, cuando no neutralizado, el peligro con que nos rodéa nuestra edad, y de que habréis conseguido lo que es posible al hombre conseguir, en la laboriosa combinacion de su grandeza y de su pequeñez, de su ingénita libertad y de su dependencia necesaria de cuanto le circunda.

Atreveos á esta obra, señores; emprended decididamente esta taréa, y contad conmigo para aconsejaros y ayudaros. Yo, que soy hombre político, y que no reniego ni me avergüenzo de serlo, yo procuraré tambien con todas mis fuerzas olvidarme de ese carácter en los momentos que consagro á nuestra comun ocupacion; y aun os prometo exagerar este principio de desconfianza, persuadido de que es indispensable hacerlo así para contrarrestar el peso de la atmósfera y el empuje de la costumbre. A la manera que en cierta órden religiosa no se saludan los profesos sin anunciarse la muerte, para prevenirse contra los encantos de la vida, de la propia nos precaverémos nosotros con una incesante voz de alarma, á fin de evitar el

escollo que hemos señalado, y del que absolutamente no nos podemos alejar. Mi creencia es, señores, la de que siguiendo denodadamente ese rumbo no naufragarémos, no nos perderémos en él: que si pudieron decir los poetas antiguos que la libertad y los esfuerzos humanos alcanzaban á vencer el hado escrito en las estrellas, no ha de negarse á los filósofos modernos el demostrar que esa libertad y esa voluntad pueden disminuir el influjo que ejercen sobre el mismo hombre las corrientes morales de la sociedad y de su tiempo. Yo no os anuncio otra cosa; yo no contraigo empeño de otra cosa: pero os digo, sí, que esto es posible, y os añadiré que esto solo es lo necesario. Un remedio más radical, más absoluto, ni le concibo ni le quiero: si lo deseais vosotros, y si encontrais quien os lo ofrezca, podeis invitarle á que ocupe esta silla, que yo dejaria desde luego sin pena como sin dificultad alguna.

Pero, no, señores, no. Tambien sois hijos vosotros del siglo XIX; y os ufanais con sus glorias, y no maldeciréis de él por sus inconvenientes. Tambien le aceptais como nos lo ha dado el Supremo Dispensador de todas las cosas, sabiendo que no hay ninguna en la que no estén reunidos los bienes y los males. Si estos males, si estos inconvenientes, si estas desventajas nos imponen un aumento de fatiga, y nos exigen una laboriosidad mayor para llenar nuestro destino, no por eso hemos de desconocer este destino propio, ni sublevarnos en idéa contra las eternas leyes á que estamos irrevocablemente sujetos. Nos empeñarémos más, pondrémos más de nuestra parte, trabajarémos con un ahinco mayor. El trabajo es á la par nuestra ley y nuestra honra en este mundo. Dios, que nos lo impuso como pena, ha querido tambien que sea la condicion de todo mérito, de toda estima, de todo triunfo. Lo que por acaso adquirimos sin él,

jamás tiene el sello de lo legítimo ni de lo perdurable; solo con el sudor de la frente, solo con el tributo del ánimo, solo con los esfuerzos del corazon es con lo que se llega al término del contentamiento y de la felicidad.

No nos arredren, pues, señores, las dificultades: osemos y esperemos; perseveremos y consigamos. El objeto es grandioso, como que nada hay más digno que la contemplacion del derecho; como que nada hay más alto que la profesion, que la aplicacion de la ley y de la justicia. Los medios para llegar á él deben ser proporcionados á su grandeza: si nuestra edad nos ofrece, por su índole, obstáculos que le son especiales, tambien esa misma edad realza con su educacion los espíritus, y los forma más capaces para comprender, para querer, para poder. Semejantes épocas, las épocas políticas, son las de los caractéres enérgicos, y no hay, en mi juicio, ni calidad ni ventaja que sean comparables con las de la energía y de la decision.

No hace muchos meses, señores, visitaba yo la antigua Universidad de Bolonia, cuna de los estudios jurídicos en los tiempos medios, centro de donde irradiaron tan vivas luces para esclarecer y civilizar á la Europa moderna. Dominado por la emocion que inspira aquel lugar, abrumado bajo los recuerdos que bullen en aquella atmósfera, he pasado horas enteras en sus vastos salones, hoy desiertos y silenciosos, pero que llenó en otras centurias tan noble agitacion y tan contínuo y animado movimiento. Y entre las varias cuestiones que se alzaron allí delante de mi ánimo, la que os he sometido esta noche no fué á la verdad ni una de las últimas, ni una de las que ménos le ocuparon con sus dificultades. Porque aquella Universidad, señores, tan elevada y tan insigne, donde se escuchó tal enseñanza, donde surgieron y tocaron á su término tales glorias, tuvo su orígen en el XII, y

llegó á su apogéo en el siglo XIII de nuestra era, edad política en Italia, si alguna lo fué, tiempo de novedades y de luchas, período de *güelfos* y de *ghibelinos*, de tiranos y de *condottieros*, de Sumos Pontífices soldados y de municipalidades que proclamaban por su rey á Cristo, y que escribian como blason sobre sus muros la palabra *libertas*, libertad. ¿Cómo pudo suceder esto, me preguntaba yo, sentado en aquellos viejos escaños, vagando mi vista por los millares de nombres que cubren aquellas paredes, sumido mi espíritu en los graves, severos pensamientos que en aquel recinto son tan naturales, son tan propios? ¿Cómo no ahogó la política semejante instituto; y cómo, por el contrario, le dejó nacer, crecer, encumbrarse adonde ningun otro ha llegado hasta ahora, y adonde ya no es posible que ninguno llegue, atendida la civilizacion, atendido el carácter de nuestro tiempo?

No hay contestacion á esta pregunta, no hay solucion, señores, á este problema, sinó en la misma idea que os vengo enunciando. Si lo resolvió el siglo XIII, debióse á la virilidad, á la robustez, á la entereza de los hombres que en él vieron la luz, y que fueron su prez y su gloria. Eran de cierto varones ingentes los que, artistas, se llamaban *Giotto;* los que, poetas, se llamaban *Dante;* los que, reformadores de la sociedad, se llamaban *Francisco de Asís*, los que, sábios, se llamaban *Tomás de Aquino* y *Buenaventura*. Cuando semejante pléyada resume y caracteriza una edad, esa edad puede hacerlo todo, porque tiene ánimo para concebirlo todo, y corazon para quererlo todo.

Ni pido ni espero yo que hagamos nosotros cosas parecidas. Somos débiles y pequeños al lado de tan nobles figuras: si nuestro siglo puede compararse con aquel siglo, nosotros no podemos compararnos con aquellos hombres: el lustre y la honra de

la presente generacion son lustre y honra de otra especie. Pero si nadie aguarda, si nadie sueña, si nadie presume de que repitamos aquí esos grandes, extraordinarios ejemplos, reconozcamos, señores, que de algo puede servirnos, que en algo nos puede empeñar; que no es estéril, baldío, inútil, el contemplarlos y el admirarlos. Es, señores, una gran enseñanza la que ofrece el poder de la voluntad dominando las dificultades del tiempo, cuando nos hallamos rodeados de idénticas dificultades, y no contamos con otro recurso que el de la voluntad para combatirlas y vencerlas.—He dicho.

V.

DISCURSO DE CONTESTACION

AL SR. D. DOMINGO MARTINEZ,

EN SU RECEPCION

EN LA ACADEMIA DE SAN FERNANDO.

1859.

SOBRE EL GRABADO.

SEÑORES:

Si las bellas estampas del Sr. Martinez, si esa reproduccion fiel y concienzuda del más amable y popular de nuestros grandes pintores, le habian franqueado con justicia las puertas de esta Academia, é inclinado con razon vuestros votos para concederle el asiento que hoy ocupa, el discurso que acaba de pronunciar, y que con tanta complacencia hemos escuchado todos, confirma de seguro aquellos títulos, y pone indudablemente el sello á lo acertado de semejante eleccion. No es un artista cualquiera, es un artista ilustrado, reflexivo, digno de pertenecer á Cuerpos de esta índole, el que así conoce la materia y el objeto de sus afanes: no posee solo la facultad instintiva de ejecutar obras que sean bellas, sinó que comprende bien la belleza y sus

condiciones, sinó que se remonta á su contemplacion y percepcion, sinó que puede noblemente razonarla, explicarla y difundirla, quien discurre con tanto acierto y profundidad sobre una de las artes que la tienen por asunto, sobre la naturaleza, sobre el orígen, sobre los progresos de esa arte propia. Con tales hombres es con quienes se conciben, y para tales hombres es para quienes se han instituido asociaciones como la presente: que bien sabeis, señores, que no fué nunca, que no puede ser el ideal del académico un Rembrandt, con su genio, aunque poderoso, descontentadizo, uraño, casi iba á decir ignorante, despreciador de toda regla, conculcador de toda autoridad, sinó un Murillo, que despues de haber pintado la Santa Isabel y el San Antonio, reunía amistosamente á sus compañeros, aun los más modestos é inferiores, para departir con ellos sobre el carácter y los destinos de nuestra pintura, y para estudiar juntos los dibujos de Rafael venidos de Italia.

Dicho esto, señores, que es lo primero que naturalmente inspiran el acto en que nos encontramos y el discurso á que debo contestar, yo vuelvo la atencion sobre mí mismo, y me pregunto de qué es de lo que puedo hablaros para desempeñar el encargo que me ha confiado la Academia.

Una razon de buen juicio, no ménos que de cortesía, ha querido que á la palabra de cada individuo que viene á su seno, y que saluda por primera vez á esta Corporacion, responda la de otro de sus colegas, ya más antiguo, ya más aposesionado en este recinto, la cual, devolviéndole su saludo, complete tambien sus ideas, y confirme ó rectifique sus apreciaciones. Al pensamiento por decirlo así individual que viene de afuera, háse deseado que suceda el pensamiento interior y colectivo, más grave y más autorizado de suyo: á nociones que pueden estimarse

inexpertas, atrevidas, quizás un tanto utópicas, háse deseado que sirvan de contrapeso otras nociones, donde estén representadas la experiencia y la tradicion, que lo aquilatan y lo justifican todo. Y en desearlo así, y en ordenarlo así, se ha tenido por principio una gran idéa, que es fundamental en las cosas humanas, perfectibles siempre y jamás perfectas por completo; la de no cerrar la puerta á la novedad que vivifica, sin permitir á esa novedad que arrolle y trastorne lo existente digno de ser respetado; la de conciliar en la manera posible el progreso, sin el que se extinguen y acaban las artes, con la conservacion, sin la cual esas artes mismas enloquecen, desbarran, y tambien concluyen.

Mas por justo y acertado que sea en regla general el motivo que me impone este deber de la palabra, ya comprenderéis, señores, que puede haber casos, en los que es ó excusada é inútil, ó muy difícil al ménos, por no decir imposible, su uso. Cuando el nuevo académico que aquí se presenta ha atendido á todos los principios, ha respetado todas las consideraciones, ha satisfecho todas las exigencias que se podian señalar en el punto de que ha tratado, y cuando lo ha hecho con la maestría y con la autoridad de un verdadero profesor, ¿qué ha de venir á aumentar, á retocar, á corregir en su discurso el que no es artista siquiera, aunque tenga la señalada honra de ocupar uno de estos asientos? ¿Es necesario, por ventura, que se repita, aun dado que se repitiese bien, lo que ya se ha dicho con perfeccion? ¿Es oportuno que se debilite, por una gratuita y estéril variante, lo que está ya expresado en términos á la par más sencillos, más naturales y más propios?

Prefiero, pues, no seguir ese camino, puesto que sea el que espontánea y abiertamente se ofrece á mi vista: prefiero colo-

carme en otro terreno, arrostrar otra senda, iniciar una distinta exploracion. Del arte del Grabado es de lo que pienso hablaros, sin ninguna duda, como que ese es mi deber, y no puedo ni desconocerlo ni eludirlo: mas dejando aparte su historia general, mas no examinando ni sus progresos ni su suerte enmedio de toda la civilizacion européa, voy á considerarle solo en sus relaciones especiales, ó en algunas de sus relaciones especiales, con nuestra sociedad española, y á presentaros las idéas que esa determinada y particular consideracion ha hecho nacer en mi espíritu. No es una série da sucesos ni un catálogo de nombres, no es una narracion histórica lo que me propongo someter á vuestras luces: es una cuestion que he entrevisto, es una duda que ha asaltado á mi ánimo, y que quiero al ménos exponer y discutir, si no puedo resolverla, delante de vosotros.

Tal vez ha llamado vuestra atencion, al escuchar el notable discurso del Sr. Martinez, la escasa parte que corresponde á nuestra España, no digamos en el descubrimiento, que ese pudiera depender de la casualidad ó de la fortuna, pero ni en el cultivo, ni en los adelantos, ni en la verdadera marcha por donde ha venido á su situacion presente esa bella y noble arte que cautiva y ocupa en estos momentos nuestra idéa. De seguro lo sabiais ya, tan ilustrados, tan conocedores como sois todos de su historia; mas al observar que cuantos esfuerzos ha prodigado nuestro nuevo compañero, inspirado por un vivo patriotismo, ayudado por una vasta erudicion, han sido inútiles para ocultar ese hecho, para llenar ese vacío, para completar lo que deseáramos todos los buenos españoles, amantes de las glorias artísticas de nuestra patria, indispensable es que hayais vuelto á pensar en ese extraño y desabrido accidente, y reconocido

una vez más lo que (fuerza es confesarlo) no constituye una distincion, una ilustracion para nuestros padres.

Hé aquí, señores, francamente dicha, toda la verdad. Desde el siglo décimo-quinto hasta nuestro siglo, España ha contado de cuando en cuando con grabadores muy insignes: hijos tuvo que estudiaran y profesaran el arte, apénas fué ese arte conocido y estimado por la Europa culta: los nombres más célebres de nuestros grandes pintores se leyeron al pié de planchas apreciables: la calcografía Real, fundacion de Cárlos III, publicó estampas de un mérito notorio: y en el dia de hoy, al cabo de cuatro centurias de la invencion, el pliego de las Aguas, debido al buríl de Esteve, se puede colocar sin desventaja al lado de cualquiera otro venido de París ó de Munich, de Milan, de Lóndres ó de Roma. Mas á pesar de esto el Grabado no se arraigó nunca en España hasta hacerse popular en ella: España no tuvo nunca de él una escuela propia, capital, característica; España no le hizo dar ningun paso, que pueda considerarse como decisivo, ó siquiera como fecundo, para su progreso y perfeccion. Ni en el décimo-sexto ni en el décimo-séptimo siglo encontramos un solo grabador español que debamos colocar á la altura del aleman Alberto Durero, del italiano Marco Antonio, del flamenco Rubens, del francés Nanteuil, del inglés Reynolds. Si queriendo bosquejar una historia del Grabado, aun la más breve y compendiada, descartáseis cualquiera de estos nombres, si os olvidáseis de cualquiera de las escuelas que personifican, vuestra obra aparecería desde luego incompleta, vuestra ilacion defectuosa, mancas é incomprensibles vuestras conclusiones: si por el contrario, solo prescindiérais de los grabadores españoles, quizá os preguntarian por ellos los que fuesen más curiosos que entendidos en el arte, pero no cabe duda en que vuestro traba-

jo podria ser perfecto, porque no habríais dejado fuera de su cuadro á ninguno de los génios que reclaman un necesario lugar en el resúmen que os propusiérais.

Parece esto, señores, tanto más extraño, y llama á primera vista la atencion con tanto mayor motivo, cuanto que todo el resto de la historia artística de España en esos propios siglos décimo-sexto y décimo séptimo, es un conjunto de maravillas y de resplandores, que llenan muchas y muy brillantes páginas en la universal del arte restaurado. Nuestros pintores, nuestros escultores, nuestros arquitectos, unos en lo clásico, otros en lo original, no reconocen ventaja á los de ningun otro país de la civilizada Europa. Nadie raya más alto con el pincel y la paleta que Velazquez, Zurbarán, Murillo: nadie levanta un templo que sobrepuje al que esculpió Herrera en las vertientes del Guadarrama: si Montañés no copia la estátua antigua, que nunca vió, como Miguel Angel ó Benvenuto Cellini, sus Cristos, aunque de madera, no son ménos bellos que el Perseo, no son menos sublimes que el Moisés, y—yo no sé lo que juzgaréis vosotros,—pero para mí son harto más cristianos que la Piedad.

Ahora bien, señores;—y hé aquí la duda, hé aquí la cuestion que os anunciaba poco hace:—¿cuál es la causa de esta diferencia? ¿Cómo se concibe, cómo se razona, cómo se justifica una contradiccion aparentemente tan extraña? ¿En qué consiste que, contra lo que indica la razon, contra lo que comprueban generalmente los hechos comunes, no crecen á la par entre nosotros, y con análoga salud, y con semejante robustez todas las ramas del bello y frondoso árbol del arte? Eso no sucedió en Grecia ni en Roma, los pueblos cultos del mundo antiguo; eso no ha sucedido en Italia, en Flandes, en Alemania, en Francia, los otros pueblos artísticos de la civilizacion pre-

sente. Verdad es que una cosa parecida aunque contraria, observamos en Inglaterra, donde el Grabado logró y conserva altísimo lugar, cuando su pintura es convencional y pobre, cuando su arquitectura se muestra ordinariamente excéntrica y antojadiza, cuando no tuvo jamás una escultura que fuese digna de tal denominacion. Mas esto se explica sin ningun embarazo por el conocido génio de aquel pueblo, donde el cálculo precede á la fantasía, donde las facultades mecánicas dominan y extinguen á las facultades imaginadoras; la nacion inglesa,—bien puede decirse sin agraviarla; que sobrados títulos tiene de distincion y de lustre;—la nacion inglesa no se ha señalado jamás como nacion artística. Pero nosotros, pero el pueblo español, nacido bajo el más puro cielo, y mecido por las auras más vivificantes; el pueblo español dotado de la imaginacion más audaz, de la sensibilidad más delicada, del espíritu más poético; el pueblo español que ha podido comprender siempre la belleza en todas sus formas, y adorarla en todas sus expresiones así sensuales como espirituales; ¿cómo es, vuelvo á repetir, que ese pueblo no haya tenido lo ménos habiendo tenido lo más, y que siendo excelente, siendo superior en las sublimes aplicaciones del diseño, solamente se reconozca desigual y escaso en la que al lado de aquellas otras es indispensable calificar, cuando no de humilde, por lo ménos de modesta?

Para responder acertadamente á tal pregunta, y resolver como debe hacerse en este sitio semejante cuestion, buscando y exponiendo causas sérias, filosóficas, ineluctables, yo he creido que era necesario adelantar un poco más, y remontarse aún á más cardinales investigaciones. Háme parecido que podria conducirnos á donde deseamos, primeramente, una imparcial exploracion de lo que es el Grabado en sí propio, y de las rela-

ciones que le unen con las demás artes; y en segundo lugar una apreciacion justa, razonada, igualmente verdadera, de lo que fueron las españolas en el grande, en el para siempre memorable período de los referidos siglos décimo-sexto y décimo-séptimo. Confio, señores, en que vuestra indulgencia no llevará á mal ni lo uno ni lo otro; y en que, sosteniéndome con vuestra benévola atencion, me ayudaréis en una obra, que de seguro habriais ejecutado todos los que me ois, con más perfeccion, como con más autoridad que el que la emprende.

Para estimar, para calificar acertadamente lo que es el arte del Grabado, no tengo de seguro que buscar ni colocarme en otro terreno que en el escogido con completa exactitud por el Sr. Martinez. Habeis escuchado textualmente en sus palabras que esa digna y noble arte *se asocia á las primitivas, ilustrándolas, y difundiendo de una manera extraordinaria sus luces.* Aquí, en esta breve y sencilla fórmula, teneis la verdad, y toda la verdad. El Grabado, os repito yo, no es pues un arte primordial, como lo son la pintura, la escultura y la arquitectura, á las cuales él se asocia: la Musa que lo inspira, si es de la familia de las otras Musas, no es su coetánea, no es hermana gemela de todas ellas. Hízola nacer una idéa subsiguiente, una necesidad posterior, un paso más en la civilizacion humana; y puesto que sea bella como sus primogénitas, y puesto que sea merecedora de un decoro y de una prez semejantes á los ojos de la reflexion que medita y juzga, forzoso es confesar que poniéndose necesariamente en una línea secundaria, no alcanzó nunca el mismo brillo á los de la espontaneidad que siente y se apasiona.

Cuando arrobado en sus primeros ensueños artísticos entrevió el hombre fugaces destellos de la belleza, ideal de su cora-

zon, y quiso realizarlos para poseerlos tan completamente como en su pequeñez le era permitido, su idéa no fué más allá que á formar con sus manos la estátua, que á diseñar y á revestir con líneas y con colores el cuadro, que á levantar por fin el templo, el palacio, la torre. A las sencillas aspiraciones de su situacion bastaba con esas simples obras de su juvenil inteligencia: realizando su fantástico pensamiento, creando, no tenia necesidad de repetir, de multiplicar la obra de su creacion. La estátua y el cuadro que salian de su taller, podian ser admirados en sí mismos por todos los habitantes de la ciudad á que estaba reducida la patria: todos ellos consideraban la torre, se paseaban en los pórticos del palacio, llevaban sus sacrificios al ara del templo. El arte era, por decirlo así, una propiedad nacional, y recelosa y exclusiva como son todas las propiedades: si el extranjero podia venir á contemplarlo, y á rendirle un tributo de admiracion y de envidia, á nadie ocurrió que tuviera cual el patricio derecho á su goce, ó que disfrutara de él de otro modo que como huésped, ni de otra manera que en la originaria, la natural, la de la contemplacion de la propia obra.

Anduvieron rápidamente los tiempos; comenzó la vida á tornarse en doméstica, de pública que fuera en los principios; y el arte se redujo tambien á la casa, de su antigua esfera que habia sido la ciudad. A este período no solo corresponde la transformacion del arte mismo, sustituyéndose lo grandioso por lo gracioso, sino tambien la copia y la reduccion de las obras pictóricas y esculturales de la primitiva escuela. A la par que nacia Praxiteles nacian tambien los reproductores de Fidias: succesores de Zeuxis adornaban los gineceos de Aténas y de Corinto, los vestíbulos de Parténope y de Roma; y computadores y matemáticos tomaban y publicaban las medidas del

Partenon, para que pudieran imitarse sus proporciones en todo el mundo civilizado, desde el Nilo al Danubio, y desde el Eufrates á las Columnas de Hércules.

Esto, sin embargo, no habia de ser todo. Si bastó para la sociedad antigua, para el universo romano, no podia bastar para el orbe moderno, para la Europa cristiana y culta. Ante la difusion general de las luces, ante el estudio renacido del arte, ante el amor creciente de la belleza y el ansia de poseerla más para sí, la copia habia de encontrarse insuficiente, y la reduccion homogénea no habia de llenar todas las aspiraciones. Era necesario algo más,—siquiera no fuese tan completo,—que satisficiese en lo posible necesidades reales, llevando por el ámbito de la civilizacion, que lo iba á ser ya el de la tierra entera, los inapreciables tesoros del antiguo, y los no ménos inapreciables de una época que se anunciaba tan grande y tan fecunda. Era necesario que lo que el genio presentia como próximo, que lo que iba á ver la luz en cada uno de los centros artísticos de Europa, en Florencia, en Roma, en Venecia, en Flandes, en Alemania, en Francia, en España, pudiese ser conocido por el mundo todo, y puesto á disposicion de todos los pueblos, como de todos los individuos que lo componian. El arte, nacional al principio, doméstico despues, debia hacerse en la era moderna, á un mismo tiempo más doméstico que nunca, y tambien universal, completamente universal, propio de todos los paises; humanitario, si nos fuera permitido usar de este nombre. El destino de la insigne época á que nos referimos, no era solo el de restaurarlo por el conocimiento de la antigüedad, levantándolo á una gran altura; era tambien, era más aun el de extenderlo, el de difundir su estudio, el de dilatar sus glorias, el de vulgarizarlo hasta los extremos de la posible, sin

despojarlo de su dignidad, sin rebajarlo de su divina expresion.

Hé aquí, señores, lo que vino á hacer el Grabado: hé aquí la razon de su ser, hé aquí la indicacion de su orígen, hé aquí la definicion de su naturaleza, hé aquí por último el timbre de su legitimidad y la corona de su destino y de su triunfo. No fué una nueva arte primitiva, que buscase ignoradas manifestaciones de lo bello; fué un arte auxiliar y secundaria, que trató de reproducir, de dilatar, de multiplicar esa belleza, sentida, recogida, enunciada ya por las antiguas artes: no descubrió un aspecto diferente de ese inextinguible, eterno ideal de nuestro espíritu; limitóso á los que aquellas descubrieran, tomando el empeño de llevar hasta los extremos del mundo lo que la invencion habia dejado en un lugar solo, y lo que la copia no reproducia sino escasa y limitadamente. Como las artes primordiales tenian por objeto á la belleza en su vaga idealidad, así el Grabado tuvo por tal objeto á esas artes mismas, ó séase á lo bello en cuanto esas artes lo habian concebido y expresado. Más limitado de medios y de fin, más extenso de esfera y de alcance que todas, bien podríamos llamarlo arte de las artes, hijo exclusivo de la civilizacion, alumno del estudio, fórmula la más adecuada y sintética de una cultura artística que llega á sus límites.

Nació cuando debia nacer, y vió la luz en la region afortunada donde le colocaban sus antecedentes y sus propósitos. Porque no creais, señores, que fuesen ni este lugar ni aquel tiempo simples efectos de ciegas casualidades: la casualidad representa en la verdadera historia del mundo un papel mucho menor que el que suele atribuirle nuestra ignorancia. Cuando la comunicacion de los pueblos, despues de las lentas elaboraciones de la edad media, llegó á ser un hecho consumado, norma y ley de

nuestra moderna Europa; cuando el arte y la ciencia necesitaron vulgarizarse, para dar en el destino del mundo los magníficos frutos que habia ordenado desde el principio de los tiempos la suma, inescrutable Providencia; hallada ya la pólvora, que cambiando la faz de las batallas, debia asegurar el triunfo de la civilizacion sobre la fuerza numérica de la barbarie; hallada ya la brújula, que abriendo los mares debia desdoblar los hemisferios, y acercar entre sí á las naciones como á los espacios; entonces fué cuando el Grabado y la imprenta, esos dos grandes medios de difusion, aparecieron coetáneamente, el uno en las márgenes del Rhin, predestinada patria del racionalismo, el otro en las márgenes del Arno, primera entre las regiones artísticas del mundo que se abria, del tiempo que se iniciaba á la sazon. Ni debió ser en otro punto, ni debió ser en otra época. Aquella era la madurez de los tiempos, aquellos eran los lugares á propósito para los nuevos pasos que se daban: el Altísimo dispensador de todas las cosas dejaba caer estas de su mano, con la suprema sabiduría que forma siempre su esencia, aunque no siempre la permita conocer á la flaca razon del hombre.

Comprendido, definido así, señores, lo que es el Grabado, hallada su razon de ser, fijada su condicion respectivamente á las otras nobles artes, podemos y debemos pasar á la segunda de las investigaciones que nos habiamos propuesto, como necesarios preliminares para examinar á fondo, para resolver, si nos es posible, nuestra capital y primitiva duda. Yo os prometí una apreciacion justa, razonada, verdadera, de lo que fuesen las artes españolas en el gran período de su existencia y de sus triunfos, y razon es que os cumpla mi palabra en cuanto alcancen para ello mis reducidas luces y mis pobres meditaciones.

No es ocasion esta, ni viene al caso presente, el repetiros por

milésima vez lo que tantos han dicho ántes que yo y mejor que yo, lo que yo mismo dejo ya enunciado en este discurso: que en los siglos décimo-sexto y décimo-séptimo poseimos en España tales obras de arte, que no ceden ante ningunas otras, y que han sido y son para sus hijos legítima materia de noble y de fundado orgullo. Eso es vulgar en el dia por todos los ámbitos del orbe civilizado: si lo ignoró largo tiempo la Europa, merced al apartamiento de ella en que vivieron nuestros padres, hoy lo reconoce, hoy lo confiesa, hoy unánimemente lo proclama. Abierto el valladar de los Pirinéos, puestos en comunicacion diaria Madrid y Sevilla con Roma, con París, con Viena, con Lóndres, no es ya solo un retrato de la Galería Doria lo que demuestra al mundo el mérito de Velazquez, como tampoco se habla ya en él solo por oidas de la gran fábrica del Escorial. Lo que en su cándida, inocente grandeza, hicieron de portentoso nuestros abuelos, nosotros, los españoles del siglo décimo-nono hemos tenido la fortuna y la gloria de verlo estimado y celebrado por el orbe, que le ha pagado en fin justísimo tributo de aprecio y de alabanza.

No es, pues, de esa grandeza, de ese portento, de lo que os voy á hablar. Lo que llama mi atencion al ocuparme aquí en las artes españolas, y lo que me parece oportuno para la investigacion de que estoy tratando, es que jamás ningun arte, jamás período alguno de ese género de cultura, tuvo ménos la conciencia de sus obras, y estimó ménos el gran valor de los portentos que creaba. Esto es lo que hiere en la actualidad mi idéa; esto es lo que quiero deciros, aun á riesgo de que me tengais por paradójico é iluso; esto es lo que, si llego á demostrároslo, entiendo que nos habrá dado clarísima luz para el camino que me he propuesto recorrer con vosotros en este instante.

No me juzgueis, no me condeneis no obstante sin oirme, señores académicos: tened la dignacion de aguardar mis explicaciones y mis pruebas; y calculad despues en vuestro imparcial juicio si no merecen algun aprecio las reflexiones y conjeturas que voy ahora á someter á vuestros ánimos.

Tambien han notado otros, primero que yo lo notase, que las artes españolas de nuestros grandes siglos están siempre animadas de un vivísimo carácter religioso. Pero yo, señores, no me contento con decir eso; yo adelanto más en la propia idéa; yo creo descubrir, y digo sin dificultad como sin empacho, que las artes españolas no son en aquel tiempo sinó un humilde accesorio, una nueva y sensible forma del espíritu religioso de nuestros padres. Ese solo espíritu es, en mi parecer, el que las anima y el que las sostiene: á expresarlo, á levantarlo, á glorificarlo, hé aquí á lo que ellas consagran todos sus esfuerzos. Solo la belleza cristiana es su ideal, solo el amor de esa belleza es su estímulo, solo la realizacion de esa belleza es su propósito. Jamás hubo arte que pensara ménos en sí propio, ni que pensara más en lo que habia tomado por único objeto de sus fatigas. Jamás le hubo que conciliara mayor sublimidad de fin, con una mayor ignorancia del alcance de sus medios y del mérito de sus trabajos. Jamás se reunieron de un modo más extraño y admirable que en él la grandiosidad y perfeccion de las obras, no excedidas por ningunas otras del mundo, y la sencillez y la humildad de sus autores, que no les daban importancia sinó como una mera expresion de su fé. Asombrosa combinacion de lo sublime y de lo pequeño; absorcion absoluta de lo reflexivo por lo espontáneo; maridaje singular de alteza objetiva y de infantil encogimiento en hombres sencillos de corazon: nunca, ni en lo antiguo ni en lo moderno, hubo otras artes que fuesen

ménos *artísticas*, si me es lícito usar de una calificacion que parece contradictoria, pero que expresa bien el fondo y el alcance de mi pensamiento. Este, señores, es su carácter, este es su distintivo; aquí están su flaqueza y su robustez, aquí sus imperfecciones y su gloria.

Así lo habian preparado nuestros antecedentes históricos, esas necesidades que pesan sobre el arte como sobre todas las creaciones humanas; así lo habian engendrado los elementos que acumulara nuestra civilizacion, que ni en lo positivo ni en lo negativo fueron los propios elementos de la civilizacion italiana, de la civilizacion alemana, de la civilizacion brabanzona, de la civilizacion francesa. Creadas para conservar, para defender, para propagar la fé nuestras monarquías españolas; reducidas á esa sola ocupacion en el largo período de ocho siglos; no habiendo tenido otro destino, otra suerte, otra educacion, otro horizonte; era de todo punto imposible que se inspirase su arte con otras idéas esencialmente extrañas á su pensamiento, con otras tendencias esencialmente extrañas á sus hábitos. El espíritu pagánico de Florencia y Roma, el espíritu feudal de Colonia y Tréveris, el espíritu plebeyamente republicano de Ambéres y de Brújas, el espíritu galante de París, no eran, no podian ser parte del espíritu de Toledo, de Valencia, ni de Sevilla. Si el arte vino de allí, necesario fué que se modificase al asentarse en nuestro suelo, al respirar nuestro ambiente, al tomar puesto en nuestras costumbres; lo que era exótico, lo que pugnaba con las formas de nuestra sociedad, no podia durar ni extenderse en ella; tenia que agostarse y desaparecer, enmedio de un gran todo que le era adverso y repugnante.

Esto, que nos hubiera anunciado desde luego la razon, nos lo confirman abundantemente los hechos de esos grandes siglos.

¿Cuáles son, en ellos, yo os pregunto, fuera de los templos, las obras de la arquitectura española? Mientras se cubren de palacios Roma y Nápoles, Flándes y Francia,—Nápoles y Flándes, señores, que eran dependencias del gran estado español,—¿dónde están los palacios, verdaderamente tales, que se levantan por ese tiempo en nuestra Península? Fácilmente los podeis contar: uno en Sevilla, que consagra á la contratacion el insigne Herrera; dos, que comienza y no concluye en Granada y en Toledo Cárlos V, ese extranjero entre nosotros, ese Emperador de Alemania, ese ciudadano de Gante. Catedrales, iglesias, conventos; puramente catedrales, iglesias y conventos, son las obras de Felipe II, de Felipe III y de Felipe IV. La gran maravilla de aquellos siglos consiste en el Escorial, que continúa el catálogo de nuestras viejas maravillas del órden gótico y de la edad media; cuando quieren elevarse construcciones civiles, el mismo Rey que ha visto acabar la casa de la ciudad en Bruselas no puede hacer construir sino la pobrísima Armería de esta córte.

Si de la arquitectura pasamos á la escultura, la demostracion es más fácil y más evidente aún; nuestra escultura de Berruguete y Montañés es tan grande y tan bella como decíamos al principio, pero todavía más exclusivamente religiosa que ninguna de las otras artes. A nadie ocurrió hacer una estátua sinó para colocarla en el altar ó en el templo: el paganismo intelectual que tanto predominó en Italia en la época de la Restauracion, y que extendieron á Francia Francisco I, Mazarino y Luis XIV, fué de todo punto desconocido en nuestra España. Vanamente eran nuestros Reyes los Reyes de esa Italia, como ántes queda dicho; vanamente iban á gobernarla nuestros pró-

estudiar en ella nuestros sábios, á pelear en ella nues-

tros ejércitos; el espíritu de nuestra civilizacion era antipático con el de la suya; y ni los restos esculturales del antiguo vinieron á adornar nuestras plazas, ni la inspiracion de aquellos tesoros vino á animar ni á hacerse sentir en nuestros talleres. Montañés no esculpió nunca sino Cristos y Vírgenes: jamás salieron una Vénus ni una Flora de las manos de un formador español.

En la pintura misma, que más inmediatamente procedia de aquel clásico país, ¿qué es lo que hallamos, señores, cuando queremos fijar en ella nuestra atencion y nuestra vista? Si cada pintor que viene del otro lado del mar tirreno, Juanes, Vargas, Céspedes, Rivera, el gran Velazquez, repiten un poco en nuestro suelo lo que allí habian aprendido, esa enseñanza se modifica muy en breve, y el carácter constante de la pintura española vuelve á dominar en las obras de sus discípulos, cuando no domine en las de ellos propios, sin aguardar á esa segunda generacion. Considerad al mismo Juanes, al mismo Vargas, al mismo Céspedes, al mismo Rivera; y al lado de ellos á los dos Herreras, á Roelas, á Valdés, á Cano, á Zurbaran, á Murillo, á todos nuestros pintores de primera línea. ¿Qué es lo que constituye su grandeza, lo que asegura su excelsitud, sinó el haber sido intérpretes de la idéa católica, de esa idéa nacional, con un fervor, con un entusiasmo, con un éxito, que están proclamando del modo más elocuente su abnegacion de toda mira humana, y su consagracion á ese puro objeto, que estimaron como el único noble, como el único santo, como el único digno de su arte? Id á las salas españolas del Real Museo del Prado, id á los cláustros de la Trinidad, recordad la Galería de la Merced de Sevilla, recorred los salones de esta Academia: ¿qué os quedará—decidme,—de grande, de admirable, de carac-

terístico, si poneis á un lado los santos y los monjes de Zurbarán y de Carducci, los Cristos de Cano, los mártires de Rivera, y toda la epopeya gloriosa de Murillo, desde la Concepcion de la Vírgen hasta los portentos de la caridad de Santa Isabel y Santo Tomás de Villanueva, hasta los arrobamientos de San Félix y de San Antonio, hasta la milagrosa fundacion de la Basílica Romana?

Una sola cosa nos quedaría, señores; Velazquez: régia, ingente figura, quizá la más alta de todas, pero que no basta á caracterizar el arte español, por lo mismo que es en él una aislada y extraordinaria cúspide, el brillante de más rareza y de más precio. Velazquez, erudito, viajero, hombre de mundo, cortesano; Velazquez, en quien se reunen condiciones y circunstancias que no comparten los demás profesores de su siglo; Velazquez, que deja su retrato en la gran coleccion de Florencia, y que trata como Rafael con los Cardenales y Príncipes de Roma. Sin duda que Velazquez pinta el cuadro de las Meninas y el de las Lanzas; sin duda que Velazquez pone su sello á esas dos preciosas joyas, que llaman el retrato de Felipe IV y el retrato del Conde-Duque de Olivares. Velazquez es no solo un gran pintor; es un gran artista en toda la extension de este nombre; es el artista único de aquella época y de aquella sociedad. Comprendiéndolo todo, sabiéndolo todo, haciéndolo todo, y como no lo comprendia, ni lo sabia, ni lo hacia nadie; adorando la verdad; fotografiando con su pincel la naturaleza; sin maestro; sin discípulos; siendo él solo un arte, y la más admirable de las artes; ni se le puede comparar sinó con el cronista del ingenioso Hidalgo, ese otro sol de nuestro cielo, ni cabe calificarlo sino con la propia palabra con que se ha señalado y calificado á este: *no imitó á ninguno; nadie ha podido imitarlo á él.*

Pero fuera de Velazquez, señores, fuera de esa magnífica excepcion que Dios concedió á España para asombro y envidia del mundo, la pintura española no tiene otro carácter que la escultura y que la arquitectura de este nuestro país. Ella es tambien como esas otras, más que un arte humano con la conciencia y el orgullo de sí mismo, un mero instrumento consagrado á la religion católica por la austera piedad de nuestros mayores; una respetuosa ministra, que pone á sus piés los sorprendentes medios materiales, con que la dotan nuestra imaginacion y nuestra sensibilidad, nuestro ambiente y nuestro cielo. En auxiliarla, en interpretarla, en servirla, están su vanidad y su gloria; ni entrevé otro destino, ni se engalana con ninguna otra distincion. El amor del arte por el arte es una cosa completamente desconocida para aquellos hombres tan grandes y tan pequeños, tan poderosos y tan humildes, tan sublimes y tan cándidos.

Y miéntras esto sucede en la pequeña esfera de los artistas, —que siempre es pequeña, señores, la esfera de lo escogido, la esfera de todas las aristocracias;—no sucede una cosa diferente en la comun, en la universal, de la nacion española. El raciocinio nos dirá desde luego que así debia ser; porque conocido es que nunca ha existido el arte en ninguna region, haciendo progresos dignos de este nombre, sin que los espíritus elevados que lo cultivaban encontrasen en torno de sí algo análogo á sus sentimientos y á sus idéas, que les sirviese de inspiracion, de estímulo, de fuerte y de robusto apoyo. El artista, todos lo sabeis, es una planta que no vive, que no crece, que no fructifica lozana y vigorosa, sinó en un terreno y entre una atmósfera conformes á su naturaleza; donde no tiene un enamorado círculo que la conciba, que la sostenga, que la premie, pronto dobla su tallo, y deja escapar su espíritu delicado, té-

nue, vaporoso. Jamás, en ninguna parte del mundo, hubo una gran escuela sin un gran público que formase su ambiente y su aureola: ella y él se correspondieron siempre por una influencia magnética, tan misteriosa como necesaria, levantándose á la par, existiendo á un tiempo, pervirtiéndose y acabando tambien en una época misma, pues que es ley de las cosas humanas la de pasar, y transformarse, y concluir.

Mas aparte de estas inducciones de la razon, tenemos tambien la irresistible autoridad de los hechos. La sociedad española de los siglos décimo-sexto y décimo-séptimo no es un enigma desconocido para nadie: sabemos lo que era su córte, lo que eran sus magnates, lo que eran sus conventos, lo que era su plebe. Sabemos de qué modo se vivia, se pensaba, se obraba, desde el palacio del Escorial ó del Buen-Retiro, hasta en las humildes casas del antiguo estado llano de Castilla y de Aragon. Y si yo, que me he atrevido á deciros que en aquella época no era artístico el arte, os dijese que mucho ménos era artística la sociedad, no creo, señores, que nadie pudiese contradecirme con datos tomados de su historia, de donde se dedujese una persuasion, una probabilidad opuestas.

Pudo quizá haber algunos veleidosos caprichos de arte en los soberanos de este vasto imperio: Cárlos V y Felipe II eran príncipes ilustrados, que conocian más mundo que el que se dilata de los Pirinéos al mar, y que en Italia, en Alemania, en Flándes habian espaciado su vista sobre variadas y deleitosas obras: Felipe IV, pobre de carácter, pequeño de capacidad, frívolo de aficiones, tuvo sin embargo alguna intuicion de la grandeza, y alguna aspiracion á los goces del arte propiamente dicho. Pero como la monarquía española era entónces tan vasta; como la dominacion de estos Reyes se extendia á tan dilatados

paises: como eran súbditos ó casi súbditos suyos los pintores de Bolonia y de Ambéres, los escultores de Florencia y de Milan: como su política los llevaba á reforzar, que no á aflojar en la Península el exclusivo, ardiente sentimiento religioso; de aquí es que sus aspiraciones artísticas se dirigieron con preferencia á aquellos otros centros, y que en su accion sobre estos reinos de Castilla no cuidaron de desviar, sino de fortificar más bien, el espíritu intolerantemente cristiano, que animaba en ellos á nuestras artes propias y nacionales. Ni el Emperador, ni el Rey del Escorial necesitaban pintores españoles, teniendo como propios los pinceles de Tiziano y de Correggio: Felipe IV, que contaba con Rubens, se limitó en España á proteger á Velazquez, alojándolo en su palacio, y pintando en su pecho la cruz de la Caballería. Ha bastado, señores, esta proteccion para hacerle inmortal, pagada como le fué por el propio Velazquez con soberana, con imponderable usura; pero no bastó para sacar al arte de la estrecha senda por donde caminaba, y para hacerle libre en los dominios de la inteligencia, en vez de servidor sumiso, que venia y que continuó siendo de la idéa religiosa, único principio de nuestra sociedad civil.

Si de la córte bajamos al procerato y á la nobleza, si de los aposentos reales nos trasladamos á las moradas de nuestros grandes y de nuestros hidalgos, la observacion es más fácil, y la idéa que hemos emitido resulta más evidente aún. La aristocracia de Castilla, que habia sido religiosa y patriótica hasta fines del décimo-quinto siglo, no era ya en los siguientes sinó religiosa y leal, sustituida á la patria la personalidad del príncipe. Doblegada por los reyes Católicos, por el Cardenal Cisneros y por el Emperador Cárlos V, sirviendo humildemente á Felipe II y á sus succesores, ni se distinguia por lo ilustrada

como la italiana, ni por lo galante como la francesa: ni continuaba en lo bulliciosa á sus padres, ni habia reemplazado aquella actividad con ninguna otra actividad referente á este mundo. No hace muchos dias que se os ha descrito aquí su vida con una inimitable perfeccion; yo no me atrevo, señores, ni á repetir ni á emular aquel cuadro. Cuando el Rey la llamaba, daba su sangre por el Rey: cuando la dejaba en paz, vivia holgada y pacífica, sin levantar sus pensamientos, sin encender su imaginacion, sin concebir otros goces, productos de fantásticos entusiasmos que ella no tuvo. ¿Qué le importaba el que su palacio no fuese bello, si era cómodo? ¿Qué falta le hacía en su vestíbulo una estátua de Flora, si veia en él un troféo de caza? ¿Para qué necesitaba en sus salones un cuadro de Van-Dyck ó una sublime composicion del Pussino, si tenia una graciosa Vírgen y unos horribles retratos de sus padres, anónimos los unos y la otra? ¿Pensais que si lograba por acaso un Velazquez, un Morales, un Murillo, comprendia la sublimidad ó la belleza de las obras que le habia dado la suerte? ¿Pensais que le hiriese, ni que estimase en ellas otra cosa que el parecido del primero, que la santidad de los asuntos tratados por los otros dos?

Yo me he propuesto, señores, hablaros la verdad. Nuestra nacion es bastante grande, para que de ella pueda completamente decirse: vosotros sois bastante ilustrados, para que no ménos completamente podais oirla. Por eso os la expongo como la comprendo: por eso no vacilo en repetir que nuestra grandeza de los siglos décimo-sexto y décimo-séptimo fué muy leal, fué muy digna, fué muy noble; pero ilustrada, pero inteligente, pero artística, esto, con raras excepciones, no nos engañemos, señores; no lo fué.

De los Reyes y de los próceres debemos bajar á las catedrales, á los conventos y al pueblo mismo. Y en las catedrales, y en los conventos, y en la muchedumbre cristiana que medita en sus cláustros y se agolpa en sus iglesias,—muchedumbre son tambien en este sentido la córte y las clases elevadas,—es donde podrémos sin duda encontrar el público de nuestras artes, y ese apoyo, y ese sosten, y esa aureola, que segun dejamos dicho, es necesario que las circunden donde quiera que hayan de crecer y progresar. Aquel, bien lo sabeis, fué su alcázar y su templo; allí fué donde pudieron tener su altar y su trono: sólo que como aquel lugar era el templo de Dios, y aquellos altares los consagrados á su culto, tambien ellas debian doblar humildemente su cabeza para servirle, deponiendo como ofrenda á sus plantas lo que en cualquiera otro terreno habria podido ser propio contentamiento, orgullo, vanagloria.

Los cabildos eclesiásticos, las comunidades religiosas, las hermandades, las fundaciones pías, los fieles, hé aquí, señores, el público que sustenta, el público que anima, el público que corona nuestras artes. Mas al decir esto, demostrado está ya lo que os anunciaba hace pocos minutos: los cabildos, las comunidades, los fieles, no son personas artísticas, en el sentido recto de esta palabra. Su idéa es una más alta idéa; su pensamiento es un más sobrehumano pensamiento que los del arte propio. Si alguna belleza arrebata sus ánimos, no es ella la belleza que deleita blandamente al hombre compuesto de alma y de sentidos; es una belleza sobrenatural, que exige la maceracion de la carne y el sacrificio de los goces del mundo; es una belleza á cuya contemplacion no llegamos plenamente sino por la gracia y en la eternidad. El ascetismo de Zurbarán

y de Carducci nos señalan el camino para conocerla: solo Murillo la ha entrevisto en las nítidas concepciones de su angelical mente, y la ha diseñado entre celajes en las armoniosas *glorias* escapadas á su inimitable pincel.

Yo me extenderia sin término, yo no acabaria nunca, si dejase correr libremente mi voz al hablaros de esta materia; pero todas las consideraciones que se agolpan á mi ánimo, no harian otra cosa sino confirmar lo que ya me parece que resulta de los ligeros análisis que dejamos hechos. Ni el arte español por sí mismo era otra cosa que un accesorio al culto religioso de nuestros padres, ni la sociedad española le habia inspirado, ni le podia inspirar ni consentir otra naturaleza. Era grande, porque Dios dotó á nuestra raza de grandes medios para él: era digno, porque nada lo es tanto como la idéa en que se concretaban su generacion y su perfeccion: era sublime, por esa propia sencillez, por esa misma infantil ignorancia, que le hacía único entre todos sus hermanos de la tierra. Pero su objeto era estrecho; pero la conciencia de sí propio era nula; pero el amor reflexivo por sus obras era una idéa que jamás habia encendido su ánimo. Así como el pueblo español no tenía semejanza con ninguno otro pueblo del mundo,—hecho lo que era por una historia especial, no parecida á ninguna otra historia; —así tambien el arte de nuestros mayores constituia una creacion singular, que no comprenden fácilmente los que no la hayan considerado en su verdadera luz, y con el justo conocimiento de su propia, histórica índole. Desenvolverla del todo, exigiria mayor extension que la de un discurso: si os he dado la clave para que entreis á ella, paréceme que he cumplido con lo que podíais pedirme y con lo que yo necesitaba.

Ahora, señores, anudemos los hilos sueltos, recojamos las

idéas esparcidas, y vengamos á nuestro primitivo y capital propósito. Yo me preguntaba al comenzar mi discurso porqué no habíamos tenido Grabado los españoles en los siglos de nuestra grandeza; é investigaba, para resolver esa cuestion, de una parte, que es en sí mismo el Grabado, y de la otra, cuál fué el carácter, cuál la índole del arte español de aquellos tiempos. Si estas investigaciones nos han hecho conocer, primero, que el Grabado es la expresion más sintética, más reflexiva, más artística, de las artes mismas; y despues, que las artes españolas fueron en esa época las ménos reflexivas, las menos concienzudas, las ménos artísticas de todas las artes; paréceme, señores, que algo, mucho hemos adelantado para nuestro objeto, y que una contradiccion que se ofrecia tan evidente, y que una dificultad que se presentaba tan grave é irresoluble, no lo son en realidad para quien penetra en el fondo de las cosas, y no se deja iludir por meras apariencias y por simples y no definidas palabras.

¿Porqué habia de arraigarse, porqué habia de progresar, porqué habia de tener una gran existencia el Grabado en nuestra sociedad española? ¿Le traia, por ventura, algun goce nuevo? ¿Le satisfacía alguna nueva necesidad? ¿Se habia menester acudir á su auxilio para el papel que aquí desempeñaban las otras artes sus primogénitas hermanas? ¿Era tan artístico nuestro pueblo, que debiera apasionarse por él, como síntesis de esas artes propias?

La corte no necesitaba el Grabado, teniendo á Velazquez, y las colecciones italianas y flamencas reunidas por este. La grandeza no necesitaba al Grabado, encontrando buenos ó malos retratistas, que conservaran las facciones y el blason de sus hombres ilustres. Las catedrales y los conventos no necesitaban al

Grabado, que se despega de los cláustros y de las iglesias, y que no podia competir con los pintores originales de todo mérito y de toda categoría. Nuestro pueblo era sério y no era artista: carecia de hábitos de lujo y de fruicion: vivia en una sencillez que casi tocaba á los límites de la pobreza. Madrid no compitió nunca con París; Sevilla no igualó á Florencia; Toledo y Barcelona no llegaron á las ciudades de Flandes. ¿Qué habia de hacer la bella, la nítida estampa en casa de nuestro labrador, de nuestro industrial, de nuestro hidalgo de provincia? ¿Representar un asunto religioso? Más agradablemente se lo recordaba el pincel de un discípulo de Ribalta, de Castillo ó de Gutierrez. ¿Ilustrar un devocionario, un libro de horas? Para eso bastaba el antiguo, el primitivo, el elemental Grabado de madera: esos libros no fueron jamás en manos de nuestros mayores, obras de placer, obras de recréo. ¿Recordar el juicio de Páris, las bodas de Psiquis, la fábula de Acteon? Y ¿quién nos asegura,—dado que la idéa de poseer tal estampa hubiese ocurrido al perulero venido de las Indias, cuando el diseñar el cuadro no ocurria á ninguno de nuestros pintores;—¿quién nos asegura que no le hubiera retraido de su propósito el temor de encontrarse mal visto, sospechado, denunciado quizá, por el indiscreto celo del familiar del Santo Oficio, que vivia en la casa inmediata? ¿Seria esto tan imposible, tan sorprendente cuando el gran poeta fray Luis de Leon habia padecido cinco años en un encierro, por haber hecho asunto de arte lo que el espíritu comun no podia considerar sinó como materia mística, como materia religiosa?

No extrañemos pues el que en los siglos décimo-sexto y décimo-séptimo, en la propia época en que nuestra arquitectura, nuestra escultura y nuestra pintura se elevaban tan altas, hu-

biese permanecido nuestro Grabado en comparativa postergacion, en indudable, notoria inferioridad. Fué lo que pudo ser; lo extraño hubiera sido que alcanzara mayores proporciones. Empleóse por algunos como mero auxiliar de la pintura: brotó en las manos de otros, como una gran muestra de la capacidad artística que Dios ha derramado en el ámbito de nuestro suelo y en la sangre de nuestra raza. Pero ¿cómo se habia de distinguir lo que en otros paises, al lado de nuestras artes ni en el seno de nuestra sociedad, cuando nuestras artes no necesitaban de él, y nuestra sociedad no le concedia el puesto de honra que toda creacion del genio demanda y exige?

No puedo detenerme, señores,—he sido ya demasiado largo; he abusado por mucho tiempo de vuestra atencion;—no puedo detenerme en lo que sucedió despues. En la ruina universal de nuestra potencia, de nuestra antigua y noble civilizacion, de nuestras artes verdaderamente españolas, los pobres gérmenes de Grabado, que existian entre ellas, debian y no podian ménos de hundirse, con todo lo demás que en la Península se desplomaba. Dios habia querido que pasásemos por tal abatimiento: démosle gracias muy rendidas porque nos dejó nuestro carácter en el fondo del corazon, porque nos dejó nuestra nacionalidad en la tierra que pisamos, porque nos dejó la esperanza en esa estrella que luce en nuestro cielo. España ha podido renacer, y ha renacido de sus cenizas: lo que el simbólico Fénix habia augurado á la imaginacion de los antiguos poetas, nosotros, esta nacion de caballería y de fé, lo estamos demostrando, lo estamos patentizando al mundo.

Hubo un albor de este renacimiento en el reinado de Cárlos III, monarca glorioso, que nos trajo de allende los mares alteza de idéas y tendencias civilizadoras y artísticas. A ese pe-

ríodo, que sigue inmediatamente al de la fundacion de esta Academia, corresponde el primer cultivo sério del Grabado, la primer aspiracion de escuela que puede señalarse en nuestra España. El Sr. Martinez os ha hecho conocer los nombres que la ilustran: yo cito solo el de Carmona y el de Esteve, para comprobar por mi parte cómo podemos elevarnos en este estudio al nivel de cualesquiera otros pueblos, de cualesquiera otros artistas de la Europa. Morghen no fué más clásico que aquel; Calamatta no se desdeñaría de haber firmado las estampas de este último.

Y sin embargo, señores, la obra de Cárlos III no subsiste. Despues de aquel albor, de aquel crepúsculo, volvimos á caer en una triste y oscura noche. Al lucero de la mañana, no siguió inmediatamente el astro deslumbrador de la plenitud del dia. Facticio y tan solo oficial aquel renacimiento, no tomó posesion, no echó aun raices en el vasto terreno de nuestros hábitos. Ahora, ahora es, señores, cuando las puede, cuando las debe echar.

Bien lo sabeis, bien lo conoceis, no es necesario que yo os lo diga ni os lo explique. La luz que venía de lo alto, no habia penetrado aun en los senos de nuestra sociedad, para que esta se iluminase y fecundase. El trono podia ser semejante á los demás de la moderna Europa; el pueblo no era todavía semejante á los otros pueblos. Se principiaba apénas la obra lenta, íntima, necesaria de la reconstruccion de nuestro sér. No teníamos arte; ni cándido como el antiguo, ni reflexivo como el que habia de sustituirle. Era una confusion, fecunda sí, y llena de esperanzas, la que bullia en los profundos senos de la nacion española; mas al cabo era una confusion, no era nada de positivo, de ordenado, de determinado.

En el dia, señores, ya es otra cosa. La transformacion se ha hecho, la restauracion se consuma en estos instantes. España es un pueblo européo, en vez de ser un pueblo aislado y singular enmedio del orbe. Conservamos algo, mucho,—¿quién lo duda?—de nuestro carácter y de nuestras tradiciones; pero abrimos nuestras mentes como nuestras ciudades, á la influencia de las idéas extranjeras, al patrimonio comun de la humanidad. El nivel de la civilizacion hace correr enmedio de nosotros las apreciaciones y los hábitos de todos los demás paises. Nuestro gobierno es ya igual á sus gobiernos; nuestra civilizacion análoga á sus civilizaciones; nuestras artes no pueden ser desemejantes de sus artes. Esa vida que nos han enseñado, á cambio de los inconvenientes que pueden señalarse en ella, tiene tambien, no lo dudeis, su mérito y sus ventajas. En lo material, claro es que no nos ofrece ménos goces que la antigua: en lo intelectual, en lo moral, en lo artístico, ¿quién la negará mayor espacio, mayor dignidad, mayor elevacion? Como cristianos, y en la esfera doméstica, nada nos impide que igualemos á nuestres padres; como industriales, como sábios, como artistas, como hombres públicos, podemos ser lo que ellos no fueron, lo que á ellos les era imposible.

El arte especialmente, señores; el arte, de que tratamos ahora, penetra por todos los poros en las entrañas de la sociedad: y el Grabado, que como ya os dije es su expresion más algebráica, más reflexiva, mas sintética; el Grabado no puede ménos de seguir ese necesario, ese universal impulso. Sus destinos, su porvenir son hoy tan grandes entre nosotros, como lo fueron desde el décimo-sexto siglo en toda la Europa culta, en Italia y en Alemania, en Francia, en Inglaterra y en Flándes. Nosotros que, conservando siempre más arte religioso que nin-

gun otro pueblo, vamos á tener asimismo arte histórico, arte descripitivo, arte mitológico quizá, aunque sea en menores proporciones; nosotros podemos tener un múltiple Grabado, que recoja, que ofrezca, que difunda nuestros antiguos y nuestros modernos caudales de toda especie. Si ha podido seguir en cualquier época ese camino el ingenio español, mejor y más facilmente le seguirá, ahora que se han removido los obstáculos que embarazaban ántes sus movimientos y le impedian la libertad de sus acciones.

¿Qué se necesita para conseguirlo? Esta nueva pregunta, señores, me llevaria muy léjos, y yo no puedo más. Diré solo que cuando hay una Academia como la nuestra, grabadores como el Sr. Martinez, y colecciones artísticas como las que encierran nuestros palacios, nuestras catedrales y nuestros museos, semejante pregunta no es una cuestion. Haya voluntad, esa hechicera que tanto alcanza, que tales y tan mágicas maravillas obra; y no dudeis de que podrémos dejar á nuestros sucesores dos cosas verdaderamente grandes, verdaderamente dignas de nuestro siglo, un gran tesoro de arte y á la par una gran escuela de Grabado.—He dicho.

VI.

DISCURSO

EN LA PRIMERA SESION PUBLICA ANUAL

DE LA ACADEMIA DE SAN FERNANDO.

1864.

SOBRE EL CARÁCTER Y DEBERES

DE LA ACADEMIA.

Siento, señores, venir á defraudar las esperanzas de los que me habían honrado con su eleccion, y de los que me honran hoy con su asistencia á esta solemnidad. Cuando prometí que llevaría en ella la voz de la Academia, y que ocuparía vuestra atencion por breves instantes, ora examinando algun punto artístico de los que corresponden á su instituto, ora trazando el elogio de alguno de los insignes ingenios que han sido en esta esfera prez de la nacion española, esperaba yo que el descanso de los negocios que trae naturalmente consigo la estacion de los calores, me dejaría lugar para contraer al asunto que eligiese las escasas fuerzas de mi ánimo, llenando así mi oferta y mi obligacion, cuando no con la brillantez propia de este Cuerpo,

al ménos con la decente medianía sin la cual no parece lícito dirigirle siquiera la palabra. Vuestra benevolencia, de la que habeis dado largas pruebas á quien, si no es artista, tiene acreditado que ama las artes, habría hecho lo demás: cumpliéndose así en los términos posibles, y por vez primera, lo que nos exige la nueva ley, ya que los achaques de nuestro dignísimo Director le imposibilitan hoy de ocupar un puesto donde ninguna otra persona de nuestra edad podria lisonjearse de igualarlo.

Me engañaba, y no nos engañábamos todos. El verano no ha sido ocasion de reposo para mí. Las ocupaciones políticas han llenado mi tiempo, aún al pié de los montes de Navacerrada. No he podido meditar á la sombra de aquellos grandes pinares; no he podido inspirarme en el seno de aquella sublime naturaleza. A mi vuelta á Madríd hánme seguido más vivos y apremiantes idénticos quehaceres. Y cuando al cabo de algunos dias viene y llega por fin la libertad; cuando puedo descargar aquellos de mis hombros, apartarlos de mi mente, tornar la vista á lo que siempre fué verdadero halago de mi espíritu, hállome con que ha pasado el tiempo, con que todo el señalado instante, con que me es forzoso concurrir á este sitio en donde ya me estais aguardando, y hablaros de repente, sin ninguna preparacion, de lo que estaba ayer tan léjos de mi preocupada inteligencia.—¡Perdon, mis queridos compañeros; perdon, todos los que me escuchais, si, como os he dicho desde la primer palabra, vengo á defraudar, y no puedo menos de defraudar lo que esperábais del presente discurso!

Por fortuna, aquello que se pierda en el dia de hoy no ha de constituir una pérdida perpétua ni irreparable. Los destinos, aun el nombre de la Academia, no se comprometen porque quede un momento inferior á sus obligaciones quien en ese momen-

to debia representarla. Si la Academia se contempla á sí misma, puede tener fé en su porvenir: si la contempla el público, ha de saludarla con respeto y ha de confiar en ese porvenir propio. Mas alta que estas nubecillas que se mecen de cuando en cuando á su alrededor, su lumbre igual y permanente se dilata sin intermision por los espacios, fomentando con su templado calor, é iluminando con sus nítidos y serenos resplandores la tan bien dispuesta atmósfera de nuestra Patria.

Ahora, señores, — bien lo sabeis vosotros, — comienza para ella un periodo nuevo, un nuevo sér. Al antiguo instituto, que más que otra cosa era una escuela de Bellas Artes; á la Corporacion cuyo carácter constituia la más íntima dependencia del Gobierno, succede una verdadera Academia, no solo en el nombre, sino en la realidad, que existe, y se ordena, y se rige por sí misma, dentro de los límites que la señalan la ley y la razon, y que si tiene por único objeto las artes propias, no se ve limitada á la material direccion de los estudios, ni al mero despacho de las consultas oficiales. El espíritu de la época, el soplo del siglo han caido en su seno, y tomado posesion de su existencia toda. La iniciativa, el fomento, la discusion, nada se excluye de sus anchísimas bases. Con más libertad, con más responsabilidad, con mayores medios que hasta aquí, la Academia se reorganiza hoy, para ser en verdad lo que la piden que sea el nuevo juicio de sus deberes y los adelantos de la moderna civilizacion.

Y eso es probablemente sobre lo que yo me habria propuesto hablaros, caso de poder meditar en oportuna forma este discurso. Bullen en mi ánimo varias y confusas idéas acerca de lo que deben ser estos Cuerpos en el siglo décimo-nono, acerca de cómo pueden y deben llenar el noble encargo que les fian la expecta-

cion y la conciencia públicas. Quizá no está dicho aún, ó por lo ménos no es vulgar, todo lo que cabe pensarse en la materia; y quizá tambien podrian salir de mis labios apreciaciones y consejos, que no fuesen del todo impropios al objeto que nos reune en estos instantes. Pero ¿qué os he de indicar, señores, cuando me falta materialmente el tiempo, no digamos ya para esclarecer y ordenar inciertas nociones de mi mente, sino para extender, para escribir siquiera aquellas que tengo de antiguo más dilucidadas y ordenadas?

Como quiera que sea, necesario es que vuestra ilustracion supla mis raciocinios, como vuestra bondad excusa mis defectos. Encanecidos vosotros en el cultivo y en la meditacion de las artes, siendo producto de tales meditaciones la reciente reforma de nuestros Estatutos, poco habia de ser lo que yo pudiese ofreceros que no se encuentre ya, por lo ménos como gérmen, en vuestra experiencia y en vuestros juicios. Vosotros sabeis tan bien como el que más en lo que consiste la utilidad de estos Cuerpos; y os sentís dispuestos sin duda á dar al presente, al que nos cemprende á todos, el justo, el necesario carácter que debe tener, para que constituya enmedio de la nacion una prenda de cultura, y una garantía de sólidos adelantos en la aureola artística que gloriosamente la rodea.

No es el genio, señores, —lo sé, lo sabemos todos,—lo que aquí ha de producirse. El genio no se enseña; el genio no sale de los institutos, como una planta que se deba al invernáculo de sus lecciones y de sus esmeros. El genio es un hijo predilecto de Dios, que crece en los brazos de la libertad, que se robustece y triunfa en los azares del combate. Llamóse Giotto, y diseñaba cabras en un desierto: llamóse Rivera, y emborronaba mendigos, alimentándose de pedazos de pan recogidos en la pla-

za pública. Los que han querido encadenarle, deducirle de las meras reglas, han desconocido su índole como su destino, y se han agitado vanamente para desvanecerse en ilusiones y perderse en tristes desengaños.

Pero hay en el mundo algo más que el genio: hay el buen gusto; hay la decencia; hay la crítica y la razon, que llevan á esos resultados, y que impiden al mismo genio que delire y se extravíe. Hay la atmósfera que llenan el órden y el talento, y que tal vez es más útil para las naciones que el genio aislado ó desordenado. Hay la cultura universal, parte integrante de nuestra cristiana civilizacion, y que levantándonos en un digno y constante nivel, ilustra y sublima al hombre á los ojos de sus semejantes y á los de su conciencia propia. Si las Academias no producen el genio, nadie desconoce que pueden producir y que son á su vez el producto de esta cultura.

Las Academias son reuniones de espíritus distinguidos, á quienes junta y concierta el amor de lo bello; y que discutiéndolo, depurándolo, llevándolo como enseña enmedio de la sociedad, forman, por decirlo así, el noble sacerdocio de su culto. En principio, ningun derecho coercitivo las acompaña; ninguna verdadera autoridad ejercen como tales Academias. Y sin embargo, tan natural es esta asociacion á la índole del hombre, tan grande es el influjo moral, que no pueden ménos de ejercer en el ánimo comun desde que existen, que sin esa autoridad y sin ese derecho, su poder es universalmente reconocido, sus juicios son universalmente acatados, su aprobacion es el *desideratum* de cuantos se ocupan en lo que constituye su objeto, y la distincion de que ellas le abran sus puertas el más alto deseo de toda aspiracion noble y de toda conciencia generosa. ¡Magnífico espectáculo de lo que vale la comunion de las almas en la

pura; en la ideal, en la desinteresada contemplacion de la belleza! Ante ella no son jamás posibles la indiferencia ni el desden: aun las malas pasiones que la toman á veces por objeto, se reducen en último análisis al encomio disfrazado y al anhelo de participar de la misma distincion que se combate y censura.

Pero si las Academias son naturalmente tanto y valen tanto, de esa propia excelsitud que las caracteriza ha de deducir el recto juicio sus deberes y sus obligaciones. *Noblesse oblige*, ha dicho con acierto el espíritu reflexivo de la más brillante aristocracia. La distincion compromete; la elevacion impone á todo espíritu que se estima y se respeta, más duras y más estrechas responsabilidades. Si aparecen con mayor viveza las glorias y las faltas del que se encuentra colocado donde le nota la expectacion general, esa es una razon poderosísima para que cuide con mayor esmero de suprimir sus faltas y de multiplicar sus glorias.

No son las Academias tiendas que se levantan para el reposo. Se entra en ellas con el sudor de la frente; y necesario es que no se olvide derramarlo, para continuar en la posesion de lo que se ha adquirido. En este siglo décimo-nono, en que plugo á la Providencia hacernos venir al mundo, ni hay autoridad que se exima de la soberanía de la razon, ni hay puesto que no deba guardarse por análogos medios á los que sirvieron para adquirirlo. Algo y mucho, es poseer para conservar; pero algo y mucho se necesita todavía, si ha de estar justificada y si ha de parecer legítima la conservacion.

Vosotros, los que habeis entrado en este santuario, indispensable es que prosigais en las condiciones á que debísteis vuestra entrada. Existe una relacion forzosa de armonía entre ese puesto á que habeis venido y el sentimiento general artístico de la

humanidad entera: si éste marcha,—y necesario es que se desenvuelva y marche, porque tal es la ley de los seres que son perfectibles y no perfectos,—tened entendido que no podeis hacer alto separándoos de él, sin que se comprometa vuestra reputacion y vuestro nombre. En la vida moral como en la vida física, en el organismo de las Academias como en el organismo de las personas, la inmovilidad absoluta ó es la consecuencia ó es la causa de la muerte.

¿Quiere decir esto que hayais de correr sin principios fijos, aceptando los caprichosos delirios de cualquiera edad, dando carta de naturaleza á cualesquiera invenciones, solo porque son tales invenciones? Muy léjos sabeis que está eso de mi ánimo. El buen gusto tiene sus cánones esenciales, siquiera no sean muchos, siquiera consistan más en negaciones para impedir, que en preceptos afirmativos para hacer. El buen gusto es una regla suprema de la que estos Cuerpos, críticos más bien que creadores, no pueden eximirse nunca. Del buen gusto y de su posesion no debeis abdicar jamás; porque sería abdicar de vuestra razon de ser; porque sería conculcar vosotros propios la legitimidad de vuestro magisterio; porque sería prostituir vuestra mision, y arrojar en el cieno vuestro nombre.

Pero no estrecheis, no escatimeis, por Dios, la significacion de esa palabra *buen gusto*. Pero no la hagais sinónima de amaneramiento y de escuela, mucho menos de frialdad y de tontería. Pero no pretendais que sale de su círculo todo lo que no se vió ó no se enseñó en la época en que vosotros estudiásteis. Dejad que se ensanchen los horizontes con todo adelanto que parezca plausible. Dejad libre el paso á procedimientos nuevos, aunque sean atrevidos tanto como originales, siempre que no quebranten los cánones de lo recto y de lo decente. Pensad que no es

única ni exclusiva la expresion de la belleza; que son varios y discordes sus tipos; que es desconocerla, ya que no matarla, el quererla encerrar en una forma sola. No os apresureis á condenar aquello que no rompa de un modo claro como la luz la verdad, la unidad y la armonía, que son sus necesarias condiciones.

Permitidme que os recuerde aquí una expresion, que si bien fué dicha para algo más elevado que las artes, se aplica sin embargo con la mayor exactitud á las artes propias. *In necessariis unitas, in dubiis libertas.*—Conservad la unidad en lo que es necesario, teniendo en cuenta que lo necesario es poco; pero conceded la libertad en cuanto cae bajo la calificacion de la duda, y no olvideis nunca que esto es lo más, lo dudoso, en los vastos, amplísimos dominios de la inteligencia humana.

Os ruego sobre todo, mis queridos compañeros, que os penetreis de esta doctrina, y que hagais la aplicacion de este espíritu en la eleccion de las personas á quienes habréis de llamar para que compartan vuestros gloriosos trabajos. Por su renovacion es principalmente por donde se conforman ó no se conforman estos Cuerpos á los sentimientos del siglo y de la sociedad en que viven. En su renovacion es donde se muestran aristocracias ininteligentes, y por lo mismo caducas, ó aristocracias pensadoras, y por tanto legítimas y vivideras. Que no falte, señores, esa relacion de armonía de que ya os he hablado: que no retroceda esta Academia en el buen camino que llevó siempre, aun cuando era ménos libre en sus acciones, ménos alta en su condicion. Hoy, que ha entrado en la plenitud de su libertad, hoy que es más que nunca, dueña de sus destinos, sería para ella una ignominia el desmerecimiento de sus antiguos hábitos y el amenguamiento de sus tradicionales glorias.

No lo temo, no se debe temer. Cuando la nacion se ha levantado de la manera que es pública, así en este como en los demás hechos de su vida; cuando no hay más que abrir los ojos y querer mirar para convencerse del adelanto de las artes, imposible sería que nosotros permaneciésemos estadizos, rompiendo la unidad de esta magnífica regeneracion. El movimiento es general, señores; el progreso es notorio; la nueva vida aparece en todos los accidentes de este digno pueblo. ¿Sería posible que sólo la Academia de San Fernando desconociese sus deberes y fuese inferior á su responsabilidad? Vuelvo á deciros lo que antes: *Noblesse oblige,*—y vosotros no desconoceréis ni haréis traicion á vuestra nobleza.

Y aquí me es indispensable poner término á este breve y desordenado discurso. Me falta de hecho el tiempo para seguir escribiéndolo, como me faltó para meditarlo. Me falta aun el necesario lugar hasta para desenvolver las idéas que quedan apuntadas, como me faltó para buscar, para acertar con otras que hubiesen sido más á propósito en una solemnidad como la presente. Os he confesado los motivos, y os he pedido perdon de mi culpa: sois demasiado buenos y demasiado generosos para no concedérmelo.

No depende, repito, de este discurso la fama de la Academia, como no se cifra en mis pobres conocimientos su porvenir. Su fama, su reputacion, su gloria, la constituyen los adelantos artísticos de nuestra España, desde la nulidad en que yacíamos cuando ocupó el trono Fernando VI hasta la brillante distincion en que se muestra al presente: su porvenir está asegurado al considerar de una parte los nombres de los actuales Académicos, y al fijar la vista por otra en la juventud que nos rodea, y que se apresura á llamar á las puertas de este santuario. No, no pe-

recerá, no decaerá, no se rebajará el arte español, el que lleva á su frente á Velazquez, á Berruguete y á Herrera, cuando ciñe la corona de Castilla doña Isabel II, y cuando rebosa por todos los ángulos de nuestro suelo la activa, la noble, la exuberante vida del siglo décimo-nono.—He dicho.

VII.

APÉNDICE.

PRÓLOGO ESCRITO POR EL AUTOR

PARA UNAS NOVELAS DE FERNAN CABALLERO.

1857.

ALGUNAS IDÉAS SOBRE LA NOVELA.

Al comenzar estas pobres líneas, miserable fachada que pego con vergüenza á dos tan graciosos monumentos, y al escribir de novelas—segun creo—por primera vez, despues de tanto como he escrito en este mundo, juzgo que mis lectores no llevarán á mal el que principie confesándome con ellos sobre esta materia, á fin de que conozcan desde luego mis aficiones, mis hábitos, casi iba á decir mis doctrinas, algo de lo que siento y lo que pienso acerca de una lectura tan generalizada en nuestro siglo y en nuestro país.

Declaro en primer lugar, que soy enteramente de estos,—de mi país y de mi siglo,—en el particular de que estamos hablando: declaro que la buena novela me enamora, me cautiva, me arrastra; que pocas distracciones tienen para mí un encanto igual; que embebido en saborearlas y aun en devorarlas, he

pasado y paso todavía horas y horas, discurriendo con sus autores, viviendo con sus héroes, tomando una activa parte en la ficticia, escogida existencia que son su atmósfera y su terreno. —Si este es un defecto por ventura; si todas las personas graves y formales que me oyeren, lo estiman una aberracion del juicio ó una puerilidad de carácter, inclinaré la frente, y me someteré al rigor de la sentencia comun. Pero si hay algunos que conciban semejante ocupacion como un decente y provechoso solaz enmedio de las pesadas taréas del foro y de las acerbas realidades de la vida pública; si los hay para quienes esa aficion á lo distinguido, á lo romancesco, á lo ideal, pueda elevar el ánimo, perfeccionar el gusto, inspirar amor á lo bueno y á lo bello, contribuir en una palabra al ennoblecimiento de nuestro espíritu y á la mejora de nuestro ser; permítaseme entónces que me confirme y aferre en mi costumbre, y que ya que no haga gala de una impenitencia procaz, diga sencillamente, pero sin rubor, que tengo pasion por las novelas, como la tienen algunos por las flores ó por la música, como la tienen otros, y yo tambien con ellos, por las estátuas y por los cuadros.

Claro sin embargo está,—y apénas era necesario decirlo,—que no todas las novelas, ni aun todos los géneros de novela, han de ser ni pueden ser igualmente aceptables para mí. Desde luego, hasta me parece excusado el descartar para condenarlas las que pertenecen á los géneros súcio y tonto; las que se apartan de los ojos con disgusto; las que se caen de las manos por falta de interés, por falta de talento, por falta de estilo. En obras que se dirigen al corazon y á la mente, condenado está por sí mismo lo que ni ilumina la mente ni tiene que ver con el corazon. En obras que pertenecen al arte, condenado está lo que no tiene condiciones artísticas. Todo el mundo conoce que lo im-

pudente no puede causar sino asco; que lo nécio y lo estúpido solo han de producir fastidio y sueño.

De otra cosa, pues, queriamos hablar cuando hemos dicho que hay novelas, que nunca nos agradaron. Y como estamos en acto de confesion, lo declararémos tambien tan sincera como ingénuamente.

Me repugnan ante todo, y me han repugnado desde niño, las que podria llamar novelas anatómicas; aquellas, en que, no sé si con verdad, ó sin verdad, se analizan, se descomponen, se reducen á polvo los sentimientos humanos, cual si fuesen nervios ó tegumentos, pretendiendo llevar el escalpelo hasta sus principios más recónditos y elementales, y colocando en una especie de microscópio sus partículas, para que nos den por consecuencia mónstruos que no se conocen en el mundo, doctrinas que no son las doctrinas de la sociedad. Tales novelas, no necesito de seguro nombrarlas: todos las conocemos; todos hemos tropezado con ellas alguna vez; todos las hemos oido celebrar y recomendar como el límite del ingenio, como la corona de la filosofía y del arte. Pero en cuanto á mí vuelvo á repetir lo que llevo dicho: siempre me han sido antipáticas tales obras, como me lo es una leccion de patología, ó como me lo son esas estátuas de cera que nos demuestran al desnudo las cavidades de las vísceras humanas. Puede cautivar, y cautiva ciertamente mi ánimo, la observacion delicada y exacta de nuestros sentimientos; mas esa que pasa á descomposicion total, á análisis quirúrgica, ni la sigo con deleite, ni la sufro siquiera con resignacion. Suponiendo que semejantes análisis sean verdaderas, paréceme, que no es á la literatura sinó á la medicina á quien corresponden; si á más de ello fuesen voluntarias, mentirosas, creo que no se las deberá colocar sino en la region de los más repugnantes delirios.

Otras novelas, á las que tampoco me he acostumbrado jamás, son las que sirven de cuadro á predicaciones socialistas. Y, no porque el socialismo en mi juicio carezca de importancia, y no deba mirarse con cuidado y con respeto: derivacion, aunque sea bastarda, del espíritu cristiano, engendro doloroso de males incuestionables que no basta cerrar los ojos para no sentir, es algo más que uno de esos accidentes políticos, que duran el espacio de pocos dias, y que solo dejan en pos un nombre que se olvida luego, y un pequeño vacío, que bien pronto y de cualquier modo se llena. El socialismo es y vale mucho más. Ni concebimos un hombre de bien que no tenga el gérmen de su crítica en el fondo del corazon; ni vislumbramos otro medio de combatir y de enfrenar el desbordamiento de sus idéas, tan destructor y tan terrible, sinó el de la sublimacion de los principios pura y santamente cristianos, la justicia, la libertad y la caridad, que resuelven todas las cuestiones humanas, hasta el punto que nos es dado resolverlas en esta vida de tránsito, de imperfeccion y de sufrimiento.

Mas, aun considerando el socialismo como una cosa grave y séria, hemos tenido la desgracia de encontrar siempre á sus novelistas á la par peligrosos y pueriles; falsos en los caractéres y declamadores en los sentimientos, afectando algo que no nos ha parecido sincero ni real; copiosos en palabras *humanitarias*, pero que mal disfrazan sólo, y no pueden encubrir su espíritu de rencor á lo que es digno y respetable. Yo no sé si procede esto de la propia naturaleza de tal doctrina, exageracion, caricatura de la doctrina evangélica, y dada, por consiguiente á caricaturas y exageraciones: si se deriva de la situacion hostil en que se halla respecto á las antiguas sociedades, y que la impele á esos extremos de hostilidad y ódio: si nace por último

del carácter personalmente agresivo de sus más renombrados escritores, que se derrama de su pluma en una emanacion tan necesaria como natural. Pero sea lo que fuese de la causa, el hecho es cierto, es evidente, si no se iluden mis sentidos y mi razon; y las novelas socialistas, que no son en su fondo obras ni de entretenimiento ni de arte, sinó meras máquinas de demolicion social; libros de pura y ardiente controversia, se me presentan tan desnudas de lo que debia formar su atractivo, de lo que debia envolver entre sus halagos la enseñanza, que no puedo ménos de repelerlas con duro desden, repitiendo el *incredulus odi* del eterno Legislador en materia de gusto.

Aparte de las novelas *tontas*, de las novelas *anatómicas*, y de las novelas *socialistas*, todos los demás géneros son buenos y aceptos para mí; como que recrean la mente, como que embelesan el ánimo de una manera delicada y apacible. El género descriptivo, el dramático, el histórico, la pintura de caractéres, la narracion de sucesos extraños, las combinaciones de imaginacion ó de enredo; todo ello es verdaderamente humano, y todo suministra un más vivo interés á las más nobles facultades de nuestro espíritu. Cuando Chateaubriand nos presenta en *Renato* el vago refinamiento de unas nebulosas pasiones que son triste consecuencia de la vejez de nuestra sociedad, y cuando Bernardino de Saint-Pierre lo hace en *Pablo y Virginia* de la candidez de otras que llevan el sello de inocencia propia de las situaciones patriarcales; mi entendimiento y mi corazon los siguen á uno y otro terreno, los acompañan por una y otra vía, y llegan á un placer igual, ora derramando lágrimas de ternura, ora desgarrándose en simpáticos afectos por un dolor que nos penetra hasta el fondo de las entrañas. Si por acaso aparto de allí los ojos, y los llevo á donde Walter Scott nos retrata con

admirable lucidez las verdaderas costumbres de la edad media, Lesage las del décimo-septimo siglo, Cooper los hábitos de los indios y de los *plantadores* americanos, Bulwer las finas maneras del mundo aristocrático de nuestros dias; á donde Manzoni nos ofrece sus admirables *Desposados*; á donde Alejandro Dumas, con una incansable facundia, con un talento escénico que tiene pocos parecidos, y con una desenvoltura de imaginacion que aturde tanto como embelesa, nos dá en sus *Mosqueteros* un libro real de Caballería, como es posible en el siglo décimo-nono; el contentamiento y la satisfaccion quizá no son menores, y el doloroso placer de las lágrimas se vé reemplazado por otros, á veces de tan delicada ley, y siempre igualmente racionales, de análoga dulzura, de semejante y no ménos vivo interés.

Y no he querido citar, de propósito, entre esos distinguidos hombres que resúmen los diversos géneros de la buena novela actual, otro nombre más claro todavía, y que consagrado por la unánime aprobacion de generaciones y generaciones, se levanta y descuella entre todos

«quantum lenta solent inter viburna cupressi.»

Tal es sin duda el del autor del *Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha;* la primer novela que se ha escrito en el mundo; á la que ni en fuerza de observacion, ni en verdad de caractéres, ni en profundidad de pensamientos, ni en gala de estilo y de colores, ni en lo exacto ni en lo ideal, llega ni se acerca ninguna otra de cuantas han concebido el ingenio humano; siempre fresca y lozana á pesar de sus dos siglos y medio; siempre leida con el mismo placer y admirada con el pro-

pio entusiasmo que en los primeros dias, única en el orbe que despues de haber llenado plenamente un especial designio, y cuando parecia que no tuviese ya objeto ni razon, sigue deleitando á toda clase de personas, á la par que desesperando á cuantos cultivan estas flores del espíritu, y se afanan por encontrar algo que la imite, ya que no la iguale. De propósito no queríamos hablar de ella; por lo mismo que un profesor ordidinario de arquitectura no hablará á sus oyentes de la Gran Pirámide de Egipto ó de San Pedro del Vaticano: que hay monumentos, y tambien hay libros, ante los cuales bajamos la frente los hombres del comun, como que son nuestro asombro todavía más que nuestro orgullo; que hay nombres que no se pueden pronunciar enmedio de otros nombres, porque es necesario al pronunciarlos descubrir la cabeza, inclinar los ojos, y colocarse en una respetuosa actitud, como delante de Reyes de la inteligencia, enviados por Dios de tiempo en tiempo para abrirla nuevos horizontes, y para conducirla por nuevos caminos.

Dejemos, pues, en su incomparable gloria á Miguel de Cervantes Saavedra, blason de España, y eterno modelo de cuantos se propongan enlazar la realidad á la ficcion: limitémonos á algo más compatible con nuestra pequeñez, y fijémonos en luces que puedan soportar nuestros ojos sin deslumbrarse y cegar con su brillo. Tambien son altos y dignos los segundos puestos, cuando es tan ingente el que posée una primacía no compartida por ningun otro.

No sé si, continuando ahora en mis declaraciones, deberé tambien confesar que incitado por esta idéa, y más aun por mi aficion al género, hubo una época en que deseé cultivarle, y pensé muy sériamente en alguna obra, que concebía como de

agrado y de interés. Padece sin duda en ello mi pobre amor propio; pero reconozco y declaro con toda humildad, que no supe llevar á cabo semejante intencion, y que me sentí inhábil para una empresa que verdaderamente me halagaba. Ora fuese porque carezca en realidad de la clase de talento que es necesario para tales invenciones y narraciones; ora porque fija mi idéa en ejemplos muy nobles, quisiese llegar hasta ellos de la primera vez, y no me resignara á lo que me parecia harto lejano de la perfeccion; es lo cierto que se negó mi pluma á extender y desenvolver lo que confusamente apercibiera mi espíritu, y que despues de varios ensayos inútiles conocí que no habia nacido para novelista, y me resigné á carecer de esa gloria, y sobre todo, de esa satisfaccion, que me habria sido mucho más importante.

Lo que resultó de ese conato frustrado, de esa triste percepcion de mi inhabilidad, fué que desde entonces estimé en más todavía el título de buen autor de novelas, y admiré más lo que no me encontraba con fuerzas para poner por obra. Esta es indudablemente una ley de la condicion humana. Lo que hacemos, lo que nos sentimos aptos para hacer, nos parece siempre obvio, fácil, de menor mérito: lo que escapa ó excede á nuestra aptitud, eso es para nosotros lo difícil, lo meritorio, lo grande. Yo he escrito de política, de legislacion, de artes, de historia; yo he compuesto poesías y dramas; yo he explicado en la cátedra; informado en el tribunal, disertado en la Academia, improvisado y discutido en el Parlamento: todo eso me parece sencillo. ¿Sabeis lo que encuentro grave, lo que me causa admiracion, casi iba á decir envidia? Escribir buenas novelas, porque no he sido capaz de hacerlo; y predicar buenos sermones, porque no concibo que se predique sino de memoria, y yo, ni supe jamás

la leccion cuando era estudiante, ni he podido aprender en mi vida la suma de veinte palabras.

Llegado á este punto de mi confesion, y habiéndome hecho conocer, segun creo, de los que me leyeren, en mis relaciones generales con la novela y los novelistas, razon es que nos dirijamos ya á *Fernan Caballero* y á las suyas, y que complete bajo ese punto de vista especial lo que puedo decir en esta fastidiosa adherencia, que con el nombre de prólogo autoriza una mala costumbre.

Hace muchos años que conocia á *Fernan Caballero*, aunque no le conociese con este nombre. Era yo un oscuro estudiante de la Universidad de Sevilla, ocupado en revolver el Digesto y la Novísima Recopilacion, cuando él — que entonces no era *él* — brillaba entre lo más distinguido de aquella sociedad por las gracias de su persona, realzadas con lo claro y lo apacible de su talento. Yo no le trataba, y aun juzgo no haberle saludado por aquel tiempo ni una vez siquiera. Le admiraba como todos los que le veian, porque Dios ha querido que se admire en todas las esferas lo bello y lo simpático: pero ni yo ni nadie, ni él mismo quizá, presumia á la sazon que debiésemos alguna vez admirarle de la manera y por los motivos que lo hacemos ahora.

Abandoné de allí á poco á Sevilla, vine á Madrid, corrieron años y años; y al cabo de ellos apareció *Fernan Caballero* en el mundo de las letras, y su novela de la GAVIOTA vino á anunciar á España que poseía un notable escritor, capaz de ponerse en línea con los que honran á cualesquiera otros paises. La aprobacion, el entusiasmo fueron unánimes: siguiólos, como era preciso, la curiosidad aguijoneada por un evidente pseudónimo: y roto bien luego éste,—que nunca duran mucho semejantes velos', y ménos aún en la época de publicidad que alcanzamos,—

hube de recordar con grata complacencia aquella hermosa aparicion de mi juventud, que ostentaba un alma más hermosa todavía, en los puros, interesantes, amables conceptos de su ingenio.

No me incumbe á mí estimarlos ni avalorarlos todos y con detencion en este breve trabajo. Vengo despues de jueces muy competentes, que lo han efectuado de algunos con plena justicia, y no es por otra parte lo que me he propuesto el hacer un prólogo universal para las presentes obras. Cumpliría pues diciendo algo sobre *la Estrella de Vandalia y ¡Pobre Dolores!* que van á encontrar sus lectores en este tomo: que saborearán de seguro con el mismo placer que han experimentado en los precedentes, y que les harán desear otros nuevos, igualmente ricos en emociones tiernas y cristianas. Aún ese álgo me parecería demasiado, si temiese que pudiera servir para dilatar el conocimiento de las propias novelas, y no creyese, como creo, que la inmensa mayoría del público ve siempre—y con mucha razon—los prólogos, despues que tiene vistas y se ha empapado en las obras.

¿Cómo es posible, sin embargo, escribir sobre cualquiera especial de un autor, particularmente cuando se le aprecia, cuando se tiene por él una justa simpatía, cuando se le sigue en todo su camino con *amore;* y no decir nada sobre sus dotes generales, sobre su manera, su sistema, sus perfecciones, su mérito? La tentacion es demasiado fuerte para resistirla; el deber demasiado claro para desatenderle; y como lo que podrá haber en ello es imprudencia á lo más, pero no pecado, ha de permitírseme el consignar aquí en una docena de frases lo que si se puede ya presumir por la mera lectura de estas dos pequeñas obras, se ve plenamente justificado por la de los seis ó siete

tomos que las preceden, y que tienen de seguro á la vista los que nos honran con su atencion en este momento.

Principiaré exponiendo lo que hiere más la mia en las novelas de nuestro autor, lo que me parece su rasgo supremo y característico: tal es la grande, la completa espontaneidad, que bajo todos aspectos le distingue. Nada hay en él, á mi juicio, que sea efecto de imitacion: nada procede y nace de la profesion literaria; todo es natural, todo es original, todo es absolutamente propio. Sus personajes, sus combinaciones, sus descripciones, su manera misma, emanan evidentemente ya de su instinto creador, ya de una observacion fiel y esmerada de personas y de cosas vivas y reales. Yo no sé si *Fernan Caballero* habia leido ó no habia leido muchas novelas ántes de escribir las suyas: pero sé, pero siento, pero veo que ninguna novela anterior transpira ni se refleja en las que él escribe; que ni caracteres, ni situaciones, ni cuadros, nada es tomado, nada es copiado por él de otras; que sus modelos son del natural, del mas puro y sencillo natural; y que al trasladarlos al papel dándoles esta nueva existencia, no se ha preocupado tampoco de la forma en que lo han hecho ó podido hacer los demás escritores, y solo ha cuidado de que correspondan á los dos principios que deben guiar á todo el que trabaja en verdaderas obras de arte,—la exactitud, la verdad en el fondo del retrato; la idealidad en la expresion de la propia figura retratada.

Ignoro lo que pensarán otros; pero confieso que esta circunstancia que acabo de exponer, es para mí de gran valor y de una estimacion suma y decisiva. Estoy cansado, aburrido, de leer imitaciones y más imitaciones de los buenos novelistas, —y aun de los que no son buenos en mi concepto,— hechas por quienes no alcanzándoles en mérito ó habilidad, deslíen sus propó-

sitos, amenguan sus bellezas, y parodian tristemente sus obras. Veinte y cinco años hace, era el género de Walter Scot el que diariamente se nos daba con nombres españoles; despues ha sido el de Eugenio Sue; hoy es el de Alejandro Dumas, aunque sin su imaginacion, sin su talento dramático, y sin su gracia narrativa. Se les ha visto célebres, se les ha juzgado interesantes; y se les ha imitado por ello, creyendo obtener celebridad y ganar interés: sin comprender los imitadores que existia un maestro superior á todos esos maestros,—la naturaleza—; ó sin tener ojos para ver, ni corazones para sentir lo que ésta nos ofrece de primitivamente bello, de digno sobre toda comparacion de ser observado y retratado. Copiando é idealizando, pues, con lentes que eran de otras vistas, sus copias han resultado falsas, y pueriles y absurdas sus idealizaciones. Pueden agradar por naturales á los maestros; pero de seguro no agradan por amanerados los discípulos.

Véase pues cómo aprecio tanto á *Fernan Caballero* esa originalidad, esa espontaneidad, esa franqueza, que por primera dote le reconozco. Véase porqué la estimo y la señalo, sobre todas las demás del artista y del escritor. Véase porqué comprendo que se cifra en ella su mas brillante corona. Escapar al peligro de la imitacion y de la *escuela* en este tiempo; copiar *d'aprés nature*, cuando copian tantos de las que ya son copias, y por cierto no muy fieles; desechar esas malas tradiciones; romper esos tristes prestigios; tener valor para empaparse en la pura, en la franca, en la *verdadera* verdad, y para presentarla sin rodéos como sin afeite; hé aquí lo que ya indica por sí solo un espíritu sano, un entendimiento recto, un juicio merecedor de toda alabanza. Y si añadimos á eso que no sólo ha observado por sí, sinó que ha observado bien; que ha escogido

con talento; que ha pintado con fuerza; que ha sentido con ternura; que ha pensado con corazon; ¿qué otra cosa más hemos de pedirle, para ofrecerle en cambio de todo, nuestra sincera simpatía y nuestros fervorosos aplausos? ¿Qué otra cosa más se pidió ni se ha de pedir, por ventura, al novelista, desde que el ingénio humano halló la novela, y en tanto que acaricie y conmueva esa obra del arte, con sus delicadas ficciones, la inteligencia y el corazon de la humanidad?

No es esto decir que una crítica descontentadiza dejaría de hallar en las obras de *Fernan Caballero* leves lunares, sobre qué poner su fria y descarnada mano: ¿cuál es por ventura el autor que deja de ser hombre, y que no cae como tal, en algun humano defecto? Pero ¿qué importa que peque alguna vez contra la exactitud histórica, como cuando atribuye á los *Romanos* el *sic lucet in Vandalia:* ó que tambien peque otras contra el diccionario de la Academia, usando tal cual palabra que no sea de la mejor ley para los doctores de nuestro idioma castellano? Por ventura ¿hace profesion de cronista, ni se propone escribir unos anales de nuestra nacion? Por ventura ¿puede escapar él al contagio, que más ó menos nos ha alcanzado á todos; ó se han de libertar su diccion ni su lenguaje de lo que trae consigo la desaforada volubilidad de nuestro tiempo? Si en lo general son fáciles, claros, castizos, si describen con admirable exactitud; si espresan los afectos con patética sencillez; si son á veces sublimes por esa simplicidad misma; ¿qué importa un descuido, qué importa un lunar ó una leve mancha, en esa corriente de naturales y ordinarias perfecciones? *Fernan Caballero* no tiene de seguro presunciones académicas; y eso no obstante, no sé yo si hay en la Academia muchos escritores que pudiesen, no ya concebir, ordenar, pensar, sinó contar

siquiera una novela del modo que él la cuenta, ni con la gracia con que él la escribe. En cuanto á mí propio, ya dejo dicho que no puedo, que no sé.

Quizás hay en él,—porque queremos ser completamente sinceros:—quizás hay en él un defecto mayor que los indicados: mayor por lo ménos, bajo el punto de vista del arte, y con relacion al propio fin que le mueve y le anima en sus propósitos. Tal es de suspender ó abandonar á veces el papel de narrador, para convertirse en el de maestro de moral: el de no contentarse con que la enseñanza de ésta se derive naturalmente de los hechos referidos, y que la saque ó deduzca de ellos el lector; avanzando por el contrario á presentársela, á dársela, y no solo en alguna exclamacion ó reflexion corta y breve, sino en razonamientos, en explicaciones, en tono de predicador ó más bien de controversista. Yo bien alcanzo que cuando *Fernan Caballero* toma ese camino, su doctrina es buena, puro su intento, motivada por lo comun su obra; pero aun así y todo, creo que ganarían artísticamente sus libros en que no se dejara ir por esa pendiente que le arrastra, y que de seguro no perderian nada en el propio objeto moral, pues que las consecuencias que él no sacase las sacaríamos todos á nuestra vez, y sin duda con mayor gusto, y sin duda tambien con mayor provecho.

Permítaseme explicar de todo punto esta idéa, acerca de la cual no quiero que quede incertidumbre. De seguro es el complemento de todas las obras de imaginacion el que se aspire á que produzcan una enseñanza cristiana y sólida: de seguro es el más noble designio de todo novelista el que sus ficciones á la par que agradables, sean útiles, sean engendradoras de bien. Mala y vergonzosa corona es la del escritor que ve lanzado su libro del hogar de una honesta familia: triste celebridad la del que

despierta pensamientos impuros en el corazon de los jóvenes, ó tiñe de rubor la mejilla de las doncellas. Pero no es, á nuestro juicio, la predicacion directa la que produce lo uno, ni la que impide lo otro. La gran prueba de ser bueno, enteramente bueno, un libro de esta clase, no está en las máximas que ostenta y declama, sinó en los sentimientos que inspira y produce. Esa gran prueba solo resulta de que, leyéndose con avidez, luego que se ha tomado en las manos, deja el ánimo al concluirle en una disposicion mejor, más moral, más á propósito para la virtud, que cuando se le comenzara. Toda vez que se reune lo uno y lo otro, no hay que pedir más á las obras del novelista: son interesantes, que es su naturaleza; son morales, que es su ley. Temed que no se tornen, exagerando esta última, en tratados expresos de moral: temed que no pierdan de ese modo su sabor y su atractivo, y que no llegue á nacer de ahí lo contrario de lo mismo que se anhela. No olvideis nunca la octava de Tasso, suprema norma, en este particular, de razon y de buen gusto.

«Sai che la corre il mondo, ove piú versi
»Di sue dolcezze il lusinghier Parnaso;
. . . . . .
»Succhi amari ingannato intanto ei beve,
»E dall'inganno suo vita riceve.»

Basta ya, me parece, de juzgar á *Fernan Caballero*, en este aspecto general que me propuse. Gran narrador, gran pintor, gran observador de caractéres, escritor original y espontáneo, al que si puede señalarse alguna leve mancha, es nacida de su espontaneidad propia, uniendo á todo ello el delicado perfume que los hombres, *hombres*, no saben dar á sus obras, ocupa en el dia un lugar muy merecido y muy alto, no solo entre los novelistas españoles, sino aun entre todos los novelistas européos.

No siguiendo las huellas de nadie, dejándose llevar por esa inspiracion libre que ha sido una inspiracion buena, ha recorrido un camino de aciertos y de triunfos, entre el doble aplauso de las personas de letras y de las personas de corazon. Unas y otras han derramado lágrimas sobre estos libros, sin poder abandonar su lectura, mientras que la madre de familias honrada y diligente los ha entregado y los entrega con toda confianza á los tiernos seres que Dios puso bajo su custodia. Así, la prueba de que hablábamos antes, está realizada, está vencida; y las obras de *Fernan Caballero*, ganando en ella ventaja á otras muchas obras de inmensa celebridad, ocupan á un tiempo los estantes de las bibliotecas, los dorados veladores de los salones, y las pobres camillas de pino, en cuyo alrededor se consumen las largas horas de la noche en el humilde interior doméstico.

Cuando sucede de esta suerte, todo lo que hubiera de decir un prólogo, ya que no sea ridículo, es por lo menos excusado. No diré yo, por consiguiente, más; y si algunos extrañasen que no consagre en especial siquiera unas pocas líneas á las dos preciosas novelas de este tomo, sírvame de excusa, primero, que lo que he dicho en general de todas, se aplica á ellas con tanta exactitud como á las restantes; y en segundo lugar, y sobre todo, que no puedo persuadirme hayan tenido el mal gusto de perder media hora en estas reflexiones, vagas, estériles, desnudas de agrado y de interés, y no hayan leido previamente esos lindos, esos tiernos, esos acabados cuadros, que ha apellidado tan poéticamente su autor: La Estrella de Vandalia y ¡Pobre Dolores!

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

Páginas.

BERNARDO, Drama épico..... IX

DISCURSOS ACADÉMICOS.

SOBRE EL PERIODISMO EN SUS RELACIONES CON LA LITERATURA.—Discurso de recepcion del autor en la Real Academia Española..... 179

SOBRE LA POESÍA ANDALUZA.—Discurso de contestacion al Sr. D. Fermin de la Puente y Apezechea, en su recepcion en la Real Academia Española..... 197

SOBRE EL EXCMO. SR. D JUAN DONOSO CORTÉS, MARQUES DE VALDEGAMAS.—Discurso de contestacion al señor D. Rafael Baralt, en su recepcion en la Real Academia Española..... 221

SEPARACION DEL DERECHO Y DE LA POLÍTICA.—Discurso inaugural en la apertura de la Real Academia de Legislacion y Jurisprudencia en 1858..... 243

Páginas.

Sobre el Grabado.—Discurso de contestacion al señor D. Domingo Martinez en su recepcion en la Real Academia de San Fernando..... 259

Sobre el caracter y deberes de la Academia de Nobles Artes de San Fernando, despues de su reciente reorganizacion. Discurso en la primera sesion pública de la propia Real Academia..... 291

APÉNDICE.

Algunas ideas sobre la novela.—Prólogo escrito por el autor para unas novelas de Fernan Caballero..... 303

LS.
P116Zk
25630
Author Pacheco, Joaquin Francisco
Title Literatura, historia y politica.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU